Más de 100 millones de lectores

LA REINA DEL SUSPENSE

MARY HIGGINS CLARK

Y ALAFAIR BURKE

Bajo la superficie

DEBOLSILLO

Biblioteca

MARY HIGGINS CLARK
y ALAFAIR BURKE

Bajo la superficie

Traducción de
Rosa Pérez

DEBOLSILLO

A mis queridos lectores,
cuyo aliento no me ha faltado jamás

Vivid la vida como si fuera una novela,
con sus héroes y villanos, pistas falsas y triunfos.

MARY HIGGINS CLARK

AGRADECIMIENTOS

Ha sido un placer escribir juntas otra novela de la serie Bajo Sospecha. Laurie Moran y su equipo proporcionan material de sobra para hacer volar la imaginación de dos narradoras.

Una vez más, nuestro mayor apoyo en esta aventura ha sido Marysue Rucci, vicepresidenta y directora de redacción de Simon & Schuster. Gracias asimismo a su mano derecha, Hana Park.

También agradecemos el asesoramiento del profesor Barry Scheck, codirector del Proyecto Inocencia, cuyos conocimientos sobre el uso de las pruebas de ADN en las peticiones de revisión de pena son incomparables. Aunque tuvo la generosidad de compartir sus conocimientos científicos con nosotras, este libro y los abogados que figuran en él son fruto de la fantasía. Sospechamos que la historia se habría desarrollado de forma muy distinta si el profesor Scheck hubiera llevado el caso.

Por último, aunque no menos importante, os damos las gracias a vosotros, queridos lectores. Las palabras de una página no se convierten en una historia hasta que vosotros las leéis. Este libro está dedicado a vosotros.

MARY Y ALAFAIR

PRÓLOGO

Hace cinco años

«If I only could I'd make a deal with God».

Roseanne Robinson recordó la letra de aquella vieja canción («Si tan solo pudiera, haría un pacto con Dios») mientras intentaba hacer precisamente eso: un pacto con Dios. «Por favor, seré mejor esposa. Seré mejor persona. Haré buenas obras todos los días durante el resto de mi vida. Haré lo que sea si salvas a mi marido. Haz que pueda estar otra vez con él».

Interrumpió sus oraciones y alzó la cabeza cuando un médico en bata quirúrgica entró por las puertas batientes de la sala de espera del hospital. Contuvo la respiración expectante, pero sus esperanzas se desmoronaron cuando lo vio volverse hacia una mujer mayor del rincón que apenas había dejado de llorar desde que Roseanne había llegado. Pocos segundos después, oyó un gemido de dolor.

«Pobre mujer —pensó—. Por favor, no dejes que me pase lo mismo».

Solo tenía treinta y un años, pero no podía imaginarse una vida sin su marido. Habían empezado a salir en la universidad y habían consolidado su relación mientras él se situaba como arquitecto y ella sumaba nombres a la lista de clientes de su agencia de marketing digital. Él se había comprado la moto hacía tres años, dos semanas después de su segundo aniversario de boda.

«Esa dichosa moto. Es culpa suya que estemos aquí».

Ella había dejado claro su desacuerdo. Incluso había acudido al hermano mayor de su marido, Charlie, pensando que un agente de policía lo haría entrar en razón. Sin embargo, su cuñado le había dado un sermón sobre que «dejara que aquel hombre fuera feliz».

Pese a los riesgos, Roseanne sintió un cierto alivio cuando su marido se compró la moto. Durante meses, había parecido distraído. Ausente. Aburrido. Ella se preguntaba si desaprobaba su decisión de volver a la

agencia, aunque solo fuera a tiempo parcial. O si no estaba contento de ser padre. Peor aún, se preguntaba si su matrimonio no estaría roto de manera irremediable. Pero, en cuanto tuvo la moto, él volvió a parecer el de antes, feliz, encantador y divertido. Por lo visto, aquella especie de crisis de la mediana edad anticipada que había atravesado su marido se había resuelto gracias a un flamante juguetito nuevo de dos ruedas. «Podría ser peor», se había dicho Roseanne.

Pero ahora estaba en el hospital, esperando a saber cómo había ido la operación.

El agente de policía que la había llamado le había dado la noticia con fría indiferencia. Se había producido un accidente, explicó. Una furgoneta de reparto se había saltado un semáforo en rojo. El motorista —su marido, amante de las emociones fuertes— estaba inconsciente pese a llevar puesto el casco, como ella le había suplicado tantas veces que hiciera.

Miró su reloj. Las doce menos cinco. Bella saldría de la guardería dentro de cinco minutos. Su vecina, Sarah, la recogería junto con su hija, Jenna. Bella pasaría la tarde jugando con su mejor amiga, pero, en algún momento, querría saber dónde estaban sus padres.

«Por favor, Dios. ¿Cómo le explico a mi hija que su padre no volverá a casa?».

Otro médico entró en la sala de espera, una mujer esta vez, con el pelo aún recogido bajo el gorro quirúrgico azul.

—¿Roseanne Robinson? —llamó.

Había llegado el momento de la verdad. Su futuro y el de Bella dependían de la noticia que estaba a punto de recibir. Continuarían recorriendo el camino que era su vida actual o se encontrarían en uno completamente distinto. Puerta número uno o puerta número dos.

Se puso de pie.

—Yo soy Roseanne Robinson.

O Ro-Ro, como la llamaban casi todos sus amigos. Aquel apodo había sido la razón principal de que hubiera decidido conservar su apellido de soltera cuando se habían casado. «Si vives, amor mío, incluso me cambiaré el apellido, como tú siempre has querido».

—Por favor, dígame —le suplicó Roseanne. Cerró los ojos con

fuerza, preparándose para el golpe de una noticia que le cambiaría la vida para siempre.

—Su marido está vivo.

El abrazo de Roseanne fue automático, una pura manifestación de la gratitud que sentía en ese momento.

La médica describió los tratamientos que tendría que recibir su marido: más injertos de piel, fisioterapia, rehabilitación. Roseanne asimiló hasta el último dato e imaginó todas las visitas médicas, pero, entretanto, no pudo dejar de pensar en lo afortunada que era. Su familia se había salvado.

Pero, con el paso de las semanas y de los meses, la realidad se impondría. La rehabilitación. La recuperación. El resentimiento. La vida no continuaría, al menos no como antes. Cada día sería otra ficha de dominó que caía.

Hasta que un día, cinco años después, sabría por una llamada telefónica que todas las fichas de dominó caídas formaban una pista que terminaba en un niño llamado Johnny Buckley.

Miércoles, 15 de julio

Primer día

1

Laurie Moran se sobresaltó al oír otro bocinazo más, esta vez el de la camioneta que tenían detrás.

Charlotte Pierce, que iba al volante, miró por el espejo retrovisor y alzó una mano en un gesto de impotencia.

—No sé dónde quiere que me meta.

Laurie contuvo la respiración cuando el camión de reparto que iba delante de ellas arrojó una oscura nube de gases por el tubo de escape.

Era miércoles y ni tan siquiera mediodía, pero la autopista de Long Island ya estaba colapsada por la cola de neoyorkinos que se dirigían a las playas buscando un respiro del calor sofocante de las calles de Manhattan. Las dos horas de viaje a los Hamptons serían tres para ellas ese día, y aumentarían a cuatro o cinco el viernes por la tarde.

Ajena al atasco, Charlotte coreó alegremente la canción de Janis Joplin que sonaba en la radio.

—*Take another little piece of my heart now, baby...*

«Quédate con otro pedacito de mi corazón, cariño». Sonrió a su pasajera.

—Aaah, el glamour de la autopista de Long Island a mediados de julio.

Charlotte se había comprado aquel coche —un Mercedes descapotable nuevo— hacía tan solo un mes y aún disfrutaba enormemente de la novedad de viajar con la capota bajada. Llevaba unas grandes gafas de sol, redondas y oscuras, y, para el viaje, se había pasado por detrás de las orejas el pelo cortado al estilo paje. Laurie vio que estaba mirando el coche del carril derecho.

—Ese tipo de nuestro lado te ha echado el ojo, amiga mía. El pobre no sabe que estás a punto de ser una mujer casada.

De manera instintiva, Laurie volvió la cabeza. En efecto, el conductor del todoterreno le estaba sonriendo. Apartó rápidamente la mirada.

—Por favor, nos mira por la música. Sabe que vamos a necesitar

audífonos cuando lleguemos a nuestro destino.

Por toda respuesta, Charlotte subió aún más el volumen.

—*Take it!* —cantó, moviendo sinuosamente los hombros al son de la música. La carcajada ronca y satisfecha que soltó a continuación era contagiosa y, cuando el tráfico volvió a moverse, Laurie se descubrió sonriendo y cantando con su amiga.

Tenía razones de sobra para estar contenta. Dentro de cuatro días se casaría con Alex Buckley, que se había pasado más de dos años convenciéndola de que podía formar parte de su ajetreada vida de viuda y madre trabajadora. Después de una pequeña ceremonia en la iglesia para los familiares y los amigos más íntimos, y un banquete de boda en uno de sus restaurantes preferidos, pondrían rumbo a Italia para una luna de miel de diez días. Laurie no solo había hecho sitio para Alex en su existencia, sino que estaban a punto de empezar una vida aún mejor juntos.

Había sido Charlotte la que le había quitado de la cabeza la idea de una «luna de miel familiar». Aquel viaje a solas con Alex sería la primera vez en diez años que se separaba de su hijo, Timmy, durante más de una o dos noches. No obstante, en lugar de ese viaje en familia después de la boda, Alex y ella habían organizado justo antes una estancia de tres días con todos los familiares más cercanos en el extremo oriental de Long Island para celebrar el cuarenta cumpleaños de Alex.

Para la escapada, habían elegido el South Shore, un resort con *spa* de los Hamptons, justo al lado del océano. Además de Laurie, Alex y Timmy, estarían el padre de Laurie, Leo; el hermano de Alex, Andrew, con su mujer y sus tres hijos; y, por supuesto, Ramon, que seguía diciendo que era el mayordomo de Alex, pero al que todos ellos consideraban ya una especie de tío. Para ayudar con los niños, también habían invitado a la niñera preferida de Timmy, Kara.

Laurie tenía previsto salir temprano por la mañana con Alex, Timmy y Ramon, hasta que el mundo había decidido entrometerse. Era la productora de *Bajo sospecha*, un programa de televisión que volvía a investigar casos archivados. Lo tenía todo listo para empezar el rodaje del nuevo especial a su regreso de Italia. Ocho años atrás, un

periodista llamado Jonathan Brown había desaparecido sin dejar rastro. Según su mujer, Amy, Brown iba a reunirse con una fuente anónima por un posible fraude en una farmacéutica. Cuando la policía no pudo confirmar nada relacionado con la presunta reunión, las sospechas de la opinión pública recayeron en Amy. Nunca encontraron a Brown, ni vivo ni muerto, y a Amy nunca la acusaron de nada.

Después de un año de intentar ponerse en contacto con antiguos empleados de la farmacéutica, Laurie se centró en un investigador que había muerto en un atropello con fuga tan solo una semana después de la desaparición de Brown. Más misterioso aún era que, según la viuda del investigador, Carrie, en las semanas previas a su muerte, él había estado preocupado por un asunto de trabajo. Cuando Laurie le preguntó si su marido conocía a un periodista llamado Jonathan Brown, Carrie pareció desconcertada hasta que le recordó que Brown era un periodista que había desaparecido una semana antes del atropello de su marido.

Carrie palideció.

«No —respondió—. O, al menos, eso me parecía. Pero recuerdo que se puso a temblar como una hoja cuando dijeron en las noticias que ese periodista había desaparecido. Le pregunté por qué estaba tan alterado y él dijo alguna obviedad, que era una pena que alguien con hijos pudiera desaparecer así sin más, creo».

Laurie estaba convencida de que el investigador muerto era la fuente anónima de Brown. Pensaba servirse de lo que Carrie y Amy sabían de sus maridos para presionar a la farmacéutica y obtener respuestas a sus preguntas.

Notó un codazo en el antebrazo izquierdo.

—¿Hola? Tierra llamando a Laurie. —El tráfico volvía a moverse y Charlotte bajó la radio para que pudieran hablar—. Pareces preocupada. ¿Por qué? Tienes el cumpleaños de Alex organizado hasta el más mínimo detalle, y también la boda y la luna de miel. Estás pensando otra vez en el trabajo, ¿no?

Así era. Esa mañana al despertarse había encontrado un correo de Carrie y otro de Amy, anunciando un «cambio de opinión» (Carrie) y un «ataque de pánico» (Amy). Las dos, en la misma noche, habían

cambiado súbitamente de parecer con respecto a la investigación. Ninguna de las dos iría a *Bajo sospecha*.

Laurie había pasado casi toda la mañana intentando ponerse en contacto con ambas por todos los medios posibles. Pensaba seguir probando durante el viaje a los Hamptons, pero, justo cuando Ramon estaba metiendo sus maletas en el coche, había recibido otros dos correos seguidos. Esa vez eran de dos abogados, exigiéndole que dejara de intentar contactar con sus respectivas clientas, Carrie y Amy. Tanto si habían recibido amenazas como sobornos, la conclusión era obvia. Alguien las había disuadido. Laurie no había tenido más remedio que echar el cierre a un programa cuyo rodaje tenía que empezar tras su regreso de la luna de miel.

Ante su insistencia, todos los demás se habían ido a la playa mientras ella comunicaba la mala noticia a su jefe, Brett Young. Después de dos horas, no habían avanzado nada. Brett seguía insistiendo en que encontrara otro caso para que el programa pudiera emitirse en la fecha prevista. El único golpe de suerte en toda la mañana había sido que Charlotte tenía una casa de veraneo en East Hampton y pensaba ir esa tarde igualmente. Había utilizado el contratiempo de Laurie como pretexto para salir antes.

—Has hecho todo lo que has podido —le aseguró Charlotte—. No puedes resucitar a dos hombres. Has informado a la policía de lo que sabes, no puedes hacer nada más. Y si sus mujeres han aceptado un soborno de la farmacéutica, el problema es suyo. No puedes sacrificarte por el bien de los demás, Laurie.

Laurie sabía que su amiga tenía razón, pero seguía queriendo hacer más. Su primer marido, Greg, había sido asesinado de un disparo a sangre fría cuando Timmy solo tenía tres años. Por muchas amenazas o dinero que le ofrecieran, no podía imaginarse renunciando a buscar respuestas sobre su muerte.

—Encontrarás otro caso —dijo Charlotte—. Siempre lo haces. Pero dentro de cuatro días te casas, amiga mía. ¿Cómo te hace sentir eso?

—¿Sinceramente? —Laurie apoyó la cabeza en el respaldo y disfrutó de la caricia del sol en la piel—. Casi me siento culpable de lo feliz que soy con Alex. ¿Merece alguien tener tanta felicidad en la vida? Es

como si supiera que va a pasar algo malo.

Charlotte se rio.

—He aquí a Laurie Moran, la reina del pesimismo. No tienes que pedir perdón por ser feliz. Vas a pasar tres días maravillosos en la playa con tu familia y la de Alex. Y el domingo los dos empezaréis una nueva vida juntos. Te mereces disfrutar cada segundo.

Laurie podía imaginarse a Greg diciéndole lo mismo.

Cuando entraron en el aparcamiento, Laurie sintió que todo el estrés del trabajo se desvanecía. El resort South Shore era luminoso, blanco y moderno. También estaba en la mejor playa de los Hamptons, casi en Montauk. Olió a sal en el aire y oyó el rumor de las olas y los graznidos de las gaviotas que volaban por encima de ellos. Vio a Alex y a Timmy junto a un monovolumen verde en la entrada del hotel. Según parecía, el hermano menor de Alex, Andrew, acababa de llegar de Washington con su familia.

Vio que su hijo, Timmy, como un perfecto caballero, abría la puerta delantera a su futura tía, Marcy. A continuación, también se abrió la puerta trasera corredera y Johnny, de siete años, saltó afuera y abrazó a Timmy mientras el tío Andrew ayudaba a bajar a sus hijas gemelas de cuatro años. Timmy ya había empezado a referirse a los tres hijos de Andrew como sus «primitos».

Charlotte tocó dos veces la bocina del descapotable para anunciar su llegada. Cuando Alex alzó la vista, Laurie vio que el sol ya le había dado en la nariz y que tenía el pelo moreno alborotado por el viento. Alex le dirigió una sonrisa radiante.

Charlotte fingió desmayarse de amor.

—Míralo, Laurie. Yo diría que los sentimientos son recíprocos.

Laurie le devolvió la sonrisa. Charlotte tenía razón sobre Alex y sobre el trabajo que la estaría esperando dentro de dos semanas. Hasta entonces, iba a centrarse en su familia.

Entre tantos saludos cordiales, nadie reparó en el Chrysler blanco que entró en el aparcamiento del resort mientras Charlotte se alejaba.

2

Desde la terraza de madera de la parte trasera del resort South Shore, Marcy Buckley miró el mar y respiró una bocanada de aire salado. Era agradable estar de pie después de más de siete horas de coche. Habían salido de Washington antes del amanecer para llegar a los Hamptons a la hora de comer. Menos mal que Johnny se había mostrado tan dispuesto a entretener a las gemelas, pero Marcy estaría encantada de no volver a oír la canción «Baby Shark» durante lo que le quedaba de vida.

Ahora que estaban en el hotel, Emily y Chloe habían desviado toda la atención que pueden tener dos niñas de cuatro años de su hermano mayor a la prometida de Alex, Laurie, que había acompañado a Marcy a echar un vistazo rápido a la playa con los niños mientras Andrew y Alex rellenaban el papeleo en la recepción. Las gemelas no dejaban de tirar del ancho pantalón blanco de lino de Laurie, impacientes por contarle la historia de misterio que se habían inventado especialmente para ella la noche antes y que trataba de un perrito que su familia se olvida en casa cuando se va de vacaciones. Las niñas siempre habían estado fascinadas con su tío Alex, un famoso abogado penalista que aparecía regularmente en los noticieros y en la televisión. Cuando aceptó presentar una serie llamada *Bajo sospecha*, oh, cómo habían suplicado poder verla.

Se habían emocionado aún más cuando conocieron a Laurie, que les había explicado que también trabajaba en el programa, por no hablar de su padre, un mandamás del departamento de policía de Nueva York. Marcy sabía que era normal que los niños encontraran a los demás adultos mucho más interesantes que a sus padres, viejos y aburridos, pero a veces le entraban ganas de puntualizar que Andrew y ella no eran precisamente un cero a la izquierda. Andrew era un codiciado abogado de empresa en Washington y Marcy había sido una actriz de éxito durante cinco años, después de terminar la carrera en California. Pero, para Johnny y las niñas, ella era siempre «mamá» y,

después de todo lo que habían pasado para tener una familia, a Marcy le parecía estupendo.

Mientras que las niñas estaban fascinadas con Laurie, Johnny lo estaba con Timmy, el hijo de diez años de Laurie. Tres años menor, Johnny decía que Timmy era su «primo guay» desde que se había enterado del compromiso. Marcy miró a los dos niños mientras se lanzaban un balón cerca de la orilla. Aunque estaban a punto de ser primos políticos, podrían haber pasado fácilmente por hermanos. Como Laurie, Timmy y Johnny tenían el pelo liso color miel y la tez clara, mientras que Andrew, las gemelas y ella eran todos de piel más aceitunada con el pelo ondulado y moreno. Marcy se alegraba de que Johnny tuviera por fin unos familiares que se parecieran más a él.

—Nosotras también queremos jugar —chilló Chloe. Emily miró a Marcy con sus suplicantes ojos castaños. Las gemelas siempre iban a la una, pero, de las dos, Emily era la más fácil de calmar. Marcy inspeccionó la playa, buscando maneras en las que sus temerarias hijas pudieran ponerse en peligro. Las otras personas de la playa eran en su mayoría matrimonios, familias y grupos. Se fijó en una mujer sola que llevaba un vaporoso vestido largo y fotografiaba el agua mientras fumaba. Además de ella, la otra persona que parecía estar sola llevaba pantalón corto, una camiseta y un sombrero azul claro que le recordó el que su madre se ponía en su barco.

Asintió para darles permiso.

—Pero no os acerquéis demasiado al agua.

Vio que Laurie sonreía cuando las niñas se quitaron las sandalias al borde de la terraza de madera y corrieron hacia los niños.

—Las gemelas están felicísimas de ser las niñas de las flores el domingo —dijo Marcy—. Han estado ensayando, pero te aviso: mucho me temo que Chloe echará a correr por el pasillo gritando como una loca con Emily pegada a los talones.

—Y no pasaría nada en absoluto —respondió Laurie—. ¿Sabes? Es curioso, no me puedo creer que antes las confundiera. Me parecen completamente distintas ahora que las conozco.

—Eso es una señal de que ya eres oficialmente de la familia. —Y Marcy lo decía de corazón. Supo que Alex iba en serio con Laurie

cuando insistió en invitarlos a Nueva York para que la conocieran. Era la primera mujer que Alex les había presentado que parecía tener otras prioridades aparte de pescar a uno de los solteros más codiciados de Nueva York. En aquellos dos últimos años, le había quedado claro cuánto se querían Laurie y Alex.

—¡Laurie!

Cuando Marcy se volvió, vio a una joven —parecía una adolescente— que se acercaba con los brazos abiertos. Llevaba el pelo rubio recogido en una cola de caballo, un vestido blanco y una mochila negra a la espalda. Laurie le dio un afectuoso abrazo.

—Usted debe de ser la señora Buckley. —La chica le dio un rápido apretón de manos.

—Marcy —la instó—. Y tú debes de ser la famosa Kara. Tus tortitas con virutas de chocolate son legendarias.

Marcy sabía que Kara era la niñera preferida de Timmy y un pilar de la familia Moran hasta que se había ido a estudiar a la Universidad Estatal de Nueva York en Búfalo el otoño anterior. Las presentaciones se vieron interrumpidas por un niño de diez años rebozado en arena que corrió a saludar a Kara. Antes de que los hijos de Marcy llegaran a la terraza de madera, Timmy ya estaba contándole a Kara todos los detalles del videojuego nuevo al que quería jugar con ella.

—Mamá —gimoteó Emily—, ¡Jonathan no nos pasa la pelota!

—¿Jonathan? —preguntó Laurie—. ¿Desde cuándo?

Marcy se rio.

—Un alumno nuevo de su escuela se llama Bartholomew e insiste en que lo llamemos por su nombre completo. Ahora todos los niños creen que es guay usar el nombre entero.

—El mundo es un pañuelo —respondió Laurie—. Justo la semana pasada Timmy me dijo que pensaba que «Timmy» es un nombre de niño pequeño. A petición suya, a veces lo llamo «Timothy».

—Estoy segura de que es una moda pasajera, para los dos —dijo Marcy.

Las interrumpieron unas voces masculinas que venían de la pasarela cubierta. Eran Alex, Andrew y Ramon. Andrew les enseñó una serie de llaves electrónicas.

—Tenemos la suite nupcial —presumió—. Cortesía de mi hermano mayor.

—Hubo un malentendido al hacer las reservas —explicó Alex—. Mi prometida y yo queremos que todo sea perfecto esta semana. La suite nupcial era la única lo bastante grande para toda vuestra tropa.

—Qué suerte la nuestra —dijo Marcy aceptando una de las llaves.

—Bien... —Marcy vio que su marido estaba impaciente por terminar la frase—. ¿Qué les parece a las señoras una tarde de golf?

—¿En serio? —Marcy hizo como que iba a darle una bofetada—. Pensaba que ibas a proponer un día de *spa* —bromeó.

—Son las últimas horas de Alex como treintañero y un pajarito que se llama Ramon me ha dicho que el golf estaba en su lista de deseos.

Ramon se puso una mano sobre el corazón y adoptó un aire culpable.

—He sido yo, sí. Leo no llegará hasta poco antes de la cena, así que este es el mejor momento para que echen un partido.

—¿Y usted, Ramon? —le preguntó Marcy—. No queremos excluirle.

—Yo tengo mi propio plan secreto.

—Secretísimo —añadió Timmy con una sonrisa socarrona.

Marcy ya sabía que Ramon había prometido encontrar la manera de llevarse a Timmy de compras para que pudiera elegirle un regalo de cumpleaños especial a Alex, aparte del que Laurie había comprado de parte de los dos.

Laurie miró a Marcy para pedirle la opinión.

—Yo juego fatal al golf, pero Alex siempre me dice que deberíamos jugar juntos como Andrew y tú.

—Comemos en el club y después hacemos solo nueve hoyos —prometió Andrew.

Marcy iba a dejar a sus tres hijos con una joven de diecinueve años que había conocido hacía tan solo un momento. Por otra parte, Laurie era, comprensiblemente, la madre más protectora que conocía y se fiaba por completo de Kara. «¿Qué puede salir mal en este paraíso junto al mar?», se preguntó.

—¡Bola! —exclamó, imitando un amplio golpe con el palo de golf.

Los dos matrimonios entraron en la pasarela cubierta camino de sus

habitaciones. Mientras se alejaban, bajo el ala de un sombrero azul de algodón, tras los cristales oscuros de unas gafas de sol, un desconocido continuaba vigilando la playa.

3

Kara Sumner estaba divirtiéndose tanto en la playa que casi se olvidó de que le pagaban por cuidar a Timmy y a sus futuros primos durante unos días. Ya sabía que pasar el tiempo con Timmy sería coser y cantar. Había sido su niñera desde que tenía catorce años. Pero en aquel viaje iban incluidos otros tres niños de menor edad que no conocía, y Laurie la había avisado de que las gemelas podían ser «movidas». Ahora que estaba allí, no podía creerse que hubiera llegado a preocuparse. Los niños eran adorables y se las ingeniaban para entretenerse unos a otros con muy poco esfuerzo por su parte.

Hasta el momento, la mayor dificultad había sido distinguir a las niñas. Kara agradecía que sus padres no les hubieran puesto el mismo bañador. Emily de amarillo, Chloe de azul, se recordó. «Ningún problema».

Por si fuera poco, una de sus amigas del instituto, Ashley Carter, estaba en la playa con su familia y se había unido a la diversión.

A petición de las gemelas, acababan de terminar un ensayo general de «La boda de Alex y Laurie». Todos los niños participarían en la ceremonia. Mientras que Andrew, el hermano de Alex, sería el tradicional padrino del novio, Timmy sería el «padrino» de la novia. Johnny les llevaría las alianzas y Chloe y Emily, cestitas con flores.

En la puesta en escena de las gemelas en la playa, Kara era la novia, Ashley, el novio, y Ramon, el padrino, mientras todos los niños ensayaban sus respectivos papeles en la ceremonia. Emily incluso había cogido unos anillos de plástico de la habitación para que Johnny pudiera ensayar que los llevaba al altar y Timmy y Ramon pudieran entregárselos a los «novios».

—Probemos otra vez —suplicó Emily—. Chloe ha ido demasiado rápido y a Johnny casi se le caen los anillos.

Pese a las protestas de sus hermanos, Emily regresó resueltamente al punto de partida del «pasillo» imaginario que habían trazado con conchas en la arena.

—Siento aguaros la fiesta —dijo Ramon—, pero Timothy y yo tenemos que irnos a comprar un regalo de cumpleaños para vuestro tío Alex.

—Nosotros le vamos a regalar un maletín muy elegante —anunció Johnny. Sus hermanas lo hicieron callar—. ¿Qué? Ramon y Timothy saben guardar un secreto mejor que vosotras.

Ramon miró a las niñeras con cierta lástima.

—¿Cómo lo ve, señorita Kara?

—Pues no sé. Chicos, ¿os apetece quedaros un rato más con Ashley y conmigo?

Los hermanos Buckley aplaudieron y gritaron de alegría.

—¿Podemos volver a jugar a las bodas? —preguntó Emily—. ¡Porfa!

—Si ellos se van, ¡esta vez quiero ser uno de los padrinos! —exclamó Johnny.

—Siempre quieres hacer todo lo que hace Timmy —dijo Chloe—. Ahora vamos a pasarnos el día llamándote Timmy.

—¡Se llama Timothy! —insistió Johnny.

Kara sonrió a Ramon.

—Yo diría que lo tenemos todo controlado.

Johnny, en su nuevo papel del padrino Timmy, concedió a sus hermanas tres ensayos más del cortejo nupcial antes de declarar que ya tenía bastante.

—Quiero volver a practicar con la tabla de *skimboard*. Está empezando a salirme bien.

—Yo tengo calor. —La queja de Emily fue queda pero lastimera. Kara le puso una mano sobre el pelo moreno. Tenía la cabeza al rojo vivo. Chloe se inclinó hacia delante y Kara confirmó que la suya estaba igual de caliente.

—El pelo moreno absorbe todo el calor. Voy a ver si tenéis sombreros en la habitación.

—¿Podemos ir contigo? —preguntó Chloe.

Ahora que la emoción de ensayar la boda había pasado, las niñas parecían cansadas y acaloradas.

—Creo que es hora de que vayamos todos dentro a descansar un poco con el aire acondicionado.

Johnny se abrazó con fuerza a la tabla de rayas turquesas y miró las olas con anhelo. Aquel era uno de los muchos juegos de playa que el hotel ponía a disposición de los huéspedes. Era obvio que no le hacía ninguna gracia tener que irse.

—Puedo quedarme un rato con Johnny si quieres llevártelas a la habitación —se ofreció Ashley.

Kara no tenía ninguna duda sobre la formalidad de Ashley. Era un año mayor que ella y, desde la escuela secundaria, le habían confiado el cuidado de sus hermanos bastante más pequeños. Pero aquel era el trabajo de Kara, y ni Marcy ni Laurie conocían a Ashley.

—Le dejaré probar tres veces —prometió Ashley—. Serán diez minutos... como máximo. Además, hasta conozco al socorrista. ¡Jack! —gritó.

Un chico guapo encaramado en lo alto del puesto de guardia volvió la cabeza y la saludó.

—Aquí fuera hace mucho calor —añadió Emily.

—De acuerdo, vamos adentro. Tienes tres intentos —dijo a Johnny —, pero luego basta.

Desde una duna cercana, un desconocido continuaba observando la escena: «Ya solo quedan un niño y una adolescente, sin nadie más. Es casi la hora».

Cuando llegaron a la suite, Emily y Chloe corrieron a la terraza contigua al dormitorio de sus padres, maravilladas de poder quitarse la arena de las piernas en una ducha exterior privada. Kara les impidió correr por la suite cuando volvieron a entrar para que no se resbalaran en las baldosas con los pies mojados. Luego intentaron saltar en el sofá y, una vez más, Kara tuvo que pararlas. Así que a eso se refería Laurie con «movidas», pensó.

La suite tenía dos dormitorios. Los niños dormirían en el que tenía dos camas de matrimonio. Kara vio que las gemelas retiraban las sábanas y empezaban a rodar por las camas, probándolas.

Al unísono, ambas declararon que dormirían en la cama más próxima a la ventana.

—No sé —dijo Kara esperanzada—. ¿Os apetece quedaros tumbadas unos segundos y fingir que dormís... solo para estar seguras?

Al cabo de unos minutos, sus respiraciones lentas y calmadas se sincronizaron. Kara se preguntó si todos los gemelos estaban tan conectados y salió de la habitación dejando la puerta entornada.

Miró la hora en el móvil. Habían transcurrido trece minutos desde que había regresado de la playa. Buscó el número de Ashley y la llamó.

—Hola, guapa.

—¿Ha aprendido Johnny a ir en la tabla? —preguntó.

—Pues no. Se ha caído al primer intento. Ha salido del mar ileso, pero me ha parecido más seguro tenerlo fuera del agua. Estamos con Jack, tomando un helado en el chiringuito.

Kara percibió un entusiasmo poco corriente en la voz de Ashley. Sospechaba que tenía algo que ver con Jack, el guapo socorrista.

—Las gemelas se han quedado dormidas, ¿te importaría traerlo a la habitación en cuanto se termine el helado?

—Ningún problema. Johnny, ya va siendo hora de irnos... ¿Johnny? ¿Dónde está?

Kara oyó un ruido de pasos en la arena, como si Ashley hubiera echado a andar.

—Estás con él, ¿verdad? —Silencio al teléfono—. Ashley, ¿sigues ahí? Di algo. ¿Está Johnny contigo o no?

—Estaba aquí ahora mismo. No sé dónde ha ido.

4

Laurie no daba crédito a sus ojos: la pelota de golf, golpeada por su hierro del siete, trazó un arco perfecto y cayó a solo dos palmos del banderín.

Andrew silbó.

—¡Alex, no me habías dicho que te casabas con una profesional!

Cuando Laurie se montó en el *buggy*, Alex le dirigió una sonrisa satisfecha.

—Lo llevas en la sangre. Tendríamos que jugar más a menudo.

Había acertado algunos golpes en el *green* por pura suerte, pero, para el juego largo, había intentado colocar la bola lo más cerca posible de la de Alex para no tener que regresar a buscarla al principio del campo y volver a probar desde ahí.

Cuando se bajaban del *buggy* para seguir jugando, le sonó el móvil.

Era Leo.

—Hola, papá. —Laurie hizo todo lo posible por hablar en voz baja.

—¿Me estoy perdiendo toda la diversión? —preguntó Leo.

—Te estás perdiendo todo el golf.

—Perdón, pensaba que había llamado a mi hija. Laurie Moran, metro sesenta y ocho, pelo castaño claro, ojos color miel...

Laurie sonrió.

—¿Qué tal la reunión?

Además de ser el padre de Laurie, Leo Farley también era el antiguo primer comisario adjunto del departamento de policía de Nueva York. El año anterior había aceptado la invitación de volver a trabajar a tiempo parcial para el grupo antiterrorista del departamento, pero su reunión de ese día no era parte de una investigación en curso.

Trataba de una antigua condena por asesinato: Darren Gunther, que en esa época tenía veintiún años y estudiaba en el Vassar College, había apuñalado al querido dueño de un bar que había intentado parar una pelea entre otro cliente y él. Aunque Gunther le había confesado el crimen a Leo, en el juicio había sostenido que Leo se

había inventado toda la conversación. Según su nueva versión, en la pelea había intervenido una tercera persona que había acabado apuñalando al dueño. El jurado no lo creyó y el juez lo condenó a cadena perpetua.

—Digamos que el tráfico de la autopista de Long Island es el cielo en comparación.

—¿Tan mal ha ido? —preguntó Laurie.

Leo se había reunido con la fiscalía del estado de Nueva York, cuya unidad de revisión de penas había vuelto a examinar la sentencia de Gunther. Su padre estaba acostumbrado a que los acusados se declararan inocentes años después de los hechos, pero aquel caso lo irritaba especialmente. Gunther siempre había sido carismático, pero ahora, a sus cuarenta años, había publicado una colección de ensayos sobre la vida en la cárcel que le había valido un grupo de seguidores leales (e ingenuos, según Leo). En su opinión, Gunther estaba utilizando su nueva fama para subirse al carro de la reciente oleada de exculpaciones y tener una segunda oportunidad en la vida.

—Dicen que en el mango del cuchillo hay ADN de otro tipo. Un antiguo preso con un largo historial de violencia. Pero eso no cambia nada. Una confesión es una confesión. Yo estaba en esa habitación. Pero estos fiscales jóvenes no me conocen de nada.

Y esa era la verdadera razón de que aquel caso lo tuviera tan molesto: Gunther decía que Leo Farley era un mentiroso, una acusación que Leo estaba decidido a no dejar pasar.

—Yo confío en ti al cien por cien, papá.

—Te lo agradezco. Necesito que alguien se ponga de mi lado. Y lo digo en serio: a lo mejor puedes echarle un vistazo al caso para tu programa.

Alex miraba a Laurie mientras agitaba un palo de golf.

«Investigar» un caso relacionado con su padre sería un evidente conflicto de intereses. Pero, tras el asesinato de Greg, Leo se había jubilado anticipadamente para ayudarle a cuidar a Timmy. Se había expuesto muchas veces por su hijo y por ella, y jamás había pedido nada a cambio. Y, en efecto, Laurie necesitaba encontrar otro caso cuanto antes.

—En fin, vuelve a tu partido antes de que el *marshal* te eche del campo por hablar por teléfono.

Con la cabeza en otra parte, Laurie falló su facilísimo *putt*.

Tres hoyos después, estaban en el *green* cuando a Laurie volvió a sonarle el teléfono.

—Hola, Kara —dijo, en apenas un susurro.

—¿Es Kara? —preguntó Marcy—. ¿Qué pasa?

Laurie vio que Marcy cambiaba la cara, alarmada.

—Seguro que no es nada. Sabe que agradezco que me informe cada tanto.

Laurie apenas oía a Kara por el ruido del viento oceánico que soplaba a su alrededor.

—Lo siento mucho, pero tenéis que volver.

—De acuerdo, tranquila. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Pero no encuentro a Johnny. Ha desaparecido, Laurie. Johnny ha desaparecido.

Marcy debió de notárselo en la cara, porque se agarró a su marido, con los ojos llenos de espanto.

«¿Cómo se lo voy a decir?», se preguntó Laurie.

5

En siete años, Johnny Buckley solo se había perdido una vez y Marcy recordaba cada milisegundo del miedo que había pasado. Tenía cinco años en ese momento y Andrew quería llevar a los niños a ver los fuegos artificiales porque las gemelas ya tenían edad para no asustarse. Sabían que no debían meter a tres niños entre la multitud de la Explanada Nacional, de manera que optaron por una manta de pícnic y unas sillas en el parque Meridian Hill.

Por desgracia, ver el espectáculo pirotécnico no era lo único que las niñas ya tenían edad para hacer. En una de las primeras demostraciones de su naturaleza curiosa, no hacían sino alejarse de la manta extendida en el suelo para unirse a cualquier grupito cercano de personas que les parecieran remotamente interesantes. La pareja joven con los dos perros. La familia numerosa con todos los primos. Los adolescentes que jugaban al frisbi. Parecía que Chloe y Emily quisieran estar en cualquier sitio salvo donde debían.

Andrew y Marcy estaban tan concentrados en ellas que apenas repararon en los fuegos artificiales que estallaban en el cielo ni en que Johnny ya no estaba sentado en su sillita plegable de los Nacionales de Washington. No era propio de Johnny alejarse. Al contrario, podía ser un poco pegajoso. Andrew corrió a buscarlo mientras Marcy se quedaba con las niñas. Contó los segundos, estrechando a las niñas contra sí para que se estuvieran quietas. Como no quería asustarlas, se obligó a respirar con normalidad. Pese al estruendo de las explosiones por encima de ella, sentía cómo la sangre corría veloz por sus venas.

Había contado hasta el segundo cuatrocientos once cuando vio que Johnny se acercaba, mirando los colores del cielo, pero fijándose bien en los grupos de visitantes del parque para sortearlos. Lo abrazó con toda la fuerza que tenía. «¿¡Dónde estabas!?».

Había conseguido ir y volver solo de los aseos, declaró orgulloso. «Tenía que ir, y papá y tú estabais corriendo detrás de las gemelas».

Hacía más de dos años de aquello. Marcy le había hecho prometer

que no volvería a irse solo sin avisarlos, pero ¿se lo había recordado lo suficiente desde entonces? ¿Pensaba su hijo que las reglas eran distintas cuando estaba de vacaciones con una niñera?

Se sobresaltó al notar una mano en el hombro.

Era Andrew.

—No va a pasarle nada —le dijo—. ¿Te acuerdas del Cuatro de Julio?

Marcy quería gritar. En esa ocasión, solo habían sido cuatrocientos once segundos. Ahora llevaban casi veinte minutos buscándolo, sin contar los quince que habían tardado en llegar desde el campo de golf. Habían mirado en todos los lugares obvios: el vestíbulo del hotel, la piscina, la tienda de regalos, la de material de surf... en todas partes. Hasta el momento, habían encontrado a unas cuantas personas que recordaban haber visto a Johnny con Kara y sus hermanas, y en el agua con la tabla de *skimboard*, pero eso habría sido antes de que fuera al chiringuito a tomarse un helado.

—No me puedo creer que Johnny estuviera con una chica que no conocíamos ninguno. ¿Qué la tenía tan ocupada que no podía vigilar a nuestro hijo?

—Kara y Ashley tienen un disgusto tremendo.

—¡Ya les vale!

El tono era duro, pero, en realidad, la persona con la que estaba enfadada era ella misma. No tendría que haberse ido del hotel.

—Un empleado del chiringuito dice que ha visto a Johnny recogiendo conchas justo detrás del local poco después de pedir los cucuruchos de helado. A lo mejor se ha alejado por la playa para recoger más.

—¿Durante más de media hora?

—Es una playa larga. Ya sabes cómo se abstrae a veces.

—También sé que nunca se alejaría tanto solo. —Marcy había sentido una conexión inmediata con Johnny cuando la monja del hospital se lo había puesto en los brazos, como una energía que irradiaba directamente del cuerpecillo del bebé al suyo. Es verdad que no había vivido la experiencia de llevarlo dentro durante nueve meses, pero, en ese instante, los dos quedaron unidos para siempre.

Una mujer iba hacia ellos desde el hotel. Su vestido largo ondeaba al viento como una vela. Llevaba una cámara fotográfica y un cigarrillo, igual que hacía unas horas, cuando Marcy la había visto en la playa.

—Perdone. Señora, disculpe —gritó Marcy. Andrew la siguió cuando echó a correr por la arena hacia la desconocida.

Una vez cerca, Marcy vio que la mujer era mayor de lo que había imaginado, rondaría los sesenta años, con el largo pelo rubio salpicado de canas y la piel estropeada por el sol y el tabaco. Tenía una sonrisa afable y cordial.

—Oh, hola. —Se agachó para apagar el cigarrillo en la arena—. Aquí casi nadie se presenta a los desconocidos, especialmente en verano.

—Lo siento. Nos alojamos en el hotel y no encontramos a nuestro hijo. —Marcy le enseñó la pantalla de su teléfono. Se le quebró la voz al ver la imagen: una fotografía de Johnny, mofletudo y sonriente, enseñando el diploma después de haber quedado segundo en el concurso de puzles de primero el abril anterior—. Me he fijado en que antes estaba haciendo fotos en la playa. ¿Lo ha visto jugando?

A la mujer se le borró la sonrisa de inmediato.

—Lo siento mucho. No lo recuerdo. Cuando estoy detrás de la cámara, solo veo la belleza natural de la topografía. Los seres humanos ni tan siquiera existen en mi cabeza cuando miro por el objetivo.

—¿Es posible que tenga fotos en las que pueda verse dónde ha ido? —preguntó Andrew.

—Puedo comprobarlo, sin duda. —Pulsó el botón para visualizar las imágenes. Marcy y Andrew miraron por encima de su hombro mientras ella pasaba las fotografías digitales.

—¡Ahí! —exclamó Marcy. Señaló el extremo derecho de la pantalla —. Ese es Johnny en la tabla de *skimboard*.

—Ah, sí, recuerdo haber visto a un niño ahí. De hecho, he cambiado de postura para asegurarme de que solo sacaba paisaje. —Miró la hora de la fotografía. No había sido mucho después de que ellos se hubieran ido a jugar al golf, de manera que no aportaba información

que Kara y Ashley no les hubieran dado ya.

La fotógrafa esperó pacientemente mientras ellos pasaban el resto de las imágenes, desesperados por encontrar alguna pista del paradero de Johnny. Andrew estaba anotando el nombre y el número de teléfono de la mujer, por si necesitaban hablar de nuevo con ella, cuando Marcy vio que a la fotógrafa volvía a cambiarle la cara, esa vez para reflejar miedo.

—¿Qué es eso? —preguntó, señalando el agua. Las olas habían arrastrado un objeto a la orilla.

Marcy notó un nudo en el estómago cuando reconoció las rayas turquesas y blancas por una de las fotografías que Kara había enviado a Laurie mientras jugaban al golf. Era la tabla con la que Johnny había practicado. Su hijo había desaparecido y podía estar en cualquier parte, incluso en el agua.

Las olas parecieron romper con más ruido cuando prorrumpió en sollozos.

6

Laurie se tapó el oído con el dedo: con el rugido de las olas, le costaba oír a su padre al teléfono.

—He llamado al jefe del departamento de policía de East Hampton —dijo Leo—. Van a enviar a un detective y un coche patrulla.

Había pasado casi media hora desde que Andrew había llamado al número de emergencias para denunciar la desaparición de Johnny. Él les había dicho que el agente de la centralita lo había tratado como un padre aprensivo que había perdido de vista un momento al clásico niño aventurero. El hecho de que la policía no hubiera reaccionado en el tiempo transcurrido parecía confirmar su impresión. Alex estaba en el hotel intentando mover algunos hilos, pero ni tan siquiera un juez federal superaba la influencia que tenía Leo Farley en las fuerzas del orden.

—Gracias, papá.

—También van a mandar una patrulla de guardacostas a vuestra zona —añadió.

—¿Son de la policía?

Leo vaciló antes de responder.

—Prestan más o menos el mismo servicio, pero su especialidad es patrullar el agua en barco.

El motivo de aquella decisión estaba claro y Laurie notó que un escalofrío le recorría el espinazo, aunque estuvieran a más de veinticinco grados de temperatura.

Cuando colgó, vio a un niño regordete, con el pelo oscuro alborotado por el viento, que iba hacia ella. Su bañador estaba estampado con personajes de La Guerra de las Galaxias y la barriga bronceada le sobresalía ligeramente por encima de la cinturilla. Debía de tener unos nueve años y parecía que la mirara directamente a ella, si bien a regañadientes.

—Hola —le dijo ella, saludándolo afablemente con la mano—. ¿Puedo hacerte una pregunta?

El niño entrecerró los ojos para protegerse del sol.

—Vale.

Laurie le enseñó una fotografía de Timmy y Johnny que les había sacado hacía dos meses, cuando Andrew había llevado a Johnny al partido de los Yankees contra los Nacionales de Washington. Antes de que pudiera preguntarle si los reconocía, el niño señaló la pantalla.

—Son Timothy y Jonathan. ¿Es usted su madre?

—Bueno, soy la madre de Timothy, sí, y este es su primo, Jonathan. ¿Los conoces?

—Solo de hoy, pero estábamos jugando todos con la tabla de *skimboard*. Eso era lo que venía a preguntarle. La he visto con la señora que ha encontrado la tabla en el agua y se la ha llevado. Quería preguntarle si podía jugar con ella, pero parecía muy triste.

—Está triste, sí. Es la madre de Johnny y no lo encontramos. ¿Cuándo ha sido la última vez que lo has visto?

El niño miró la arena, esforzándose por hacer memoria.

—Creo que ha sido cuando ha salido del agua y se ha puesto a hablar con una chica y el socorrista. Se han ido por ahí. —Señaló en la dirección del chiringuito.

—¿Lo has visto desde entonces?

El niño volvió a clavar los ojos en la arena.

—Lo he visto con la tabla en el agua y se ha caído.

—Vale, ¿eso ha sido antes o después de que se haya ido con la chica y el socorrista?

—Hummm… creo que antes.

No estaba nada seguro.

—¿Pero tú también estabas utilizando la tabla?

El niño asintió.

—Por eso sabes que mi amiga la ha encontrado en el agua. ¿La has puesto tú ahí?

El niño negó con la cabeza. Laurie imaginó a Johnny resbalando de la tabla y siendo arrastrado por la corriente. No podía ni pensarlo.

—Pero las olas llegan cada vez más cerca. Mi padre ha tenido que mover las sombrillas y todo lo demás. Creo que el agua se ha llevado la tabla cuando nadie miraba.

Al menos Laurie tenía una noticia que dar a Marcy y Andrew que podía ser buena. Era posible que uno de los niños hubiera dejado la tabla en la arena y que la marea la hubiera arrastrado mar adentro antes de devolverla a la orilla, donde Marcy la había encontrado.

—¿Sabes dónde está el chiringuito? —le preguntó Laurie.

El niño negó con la cabeza.

Le explicó que, un poco más allá del puesto del socorrista, pasados los aseos, había un chiringuito donde el hotel guardaba las tablas de surf.

—También venden helados.

Al niño se le iluminaron los ojos al pensarlo.

—Pero asegúrate de ir con un adulto, ¿vale? Tienes que prometérmelo.

—Lo prometo —dijo, trazándose una X sobre el corazón con el dedo índice.

—Gracias por hablar conmigo. Por cierto, me llamo Laurie.

—Yo soy Wyatt.

Laurie estaba a punto de darse la vuelta cuando el niño se lo impidió.

—Eres muy simpática.

—Gracias, Wyatt. Tú también.

—¿Eras tú la que le gritaba antes a Timothy? ¿Había hecho algo malo?

—¿Alguien le ha gritado a Timmy?

Laurie habló con brusquedad y a Wyatt se le descompuso el rostro.

—Perdona —dijo—. Pero no he sido yo, y no soporto la idea de que alguna otra persona le haya gritado. —Habían decidido no llamar aún a Ramon o a Timmy porque se habían ido antes de que Johnny desapareciera y no querían preocupar a Timmy por nada, en el caso de que Johnny apareciera de repente—. ¿Qué ha pasado?

—Bueno, yo estaba construyendo un castillo de arena con mi hermana y he oído a una señora que gritaba: «¡Tim! ¡Tim!». Como si hubiera hecho algo malo o no estuviera prestando atención o algo por el estilo. Pero, cuando hemos mirado, no hemos visto de dónde venían los gritos, ni tampoco a Timothy ni a Jonathan. Así que igual era

algún otro Tim.

—¿Cuándo has oído que llamaban a Tim?

El niño se encogió de hombros.

—No lo sé, pero creo que no veo a Timothy ni a Jonathan desde entonces.

Ni tampoco Laurie.

Un tono. Dos. Tres.

«Cójalo, Ramon. Coja el teléfono».

—¿Le pitaban los oídos? —Ramon respondió en mitad del cuarto tono.

—Hummm... ¿en qué sentido?

—Timothy y yo estábamos comentando que no ha ido nunca a Italia, así que Alex y usted tendrán que volver después de su luna de miel. Hay cosas peores, ¿no?

—Entonces ¿Timmy está con usted?

—Sí, claro. La misión secreta, ¿recuerda?

—Oh, gracias a Dios. —Había mucha gente que se llamaba Tim o alguna variante del nombre, se dijo Laurie. Alguna otra persona de la playa debía de haber llamado a otro Tim.

—Laurie, ¿va todo bien? Parece preocupada.

Laurie intentó conservar la calma mientras le refería una versión abreviada de lo que sabían hasta el momento.

—Por favor, no le diga nada a Timmy todavía, ¿vale? Sigo rezando para que Johnny se haya alejado sin darse cuenta y vuelva de un momento a otro.

—Claro —dijo Ramon, en tono sereno.

Timmy había presenciado el asesinato de su padre a los tres años y había vivido otros cinco bajo la amenaza de que el asesino volviera a por él y a por Laurie. Parecía atraído por el trabajo policial de Leo y por la investigación de viejos casos no resueltos de su madre, pero, aun así, Laurie intentaba hacer todo lo posible para protegerlo de miedos innecesarios. Ya había visto suficiente sordidez para siete vidas.

Cuando colgó, le remordió la conciencia por sentirse tan agradecida de que su hijo estuviera a salvo. Cada vez temía más que ese no fuera el caso de Johnny.

7

Johnny Buckley, de siete años, tenía la sensación de que algo lo oprimía. Más que algo, alguien. Imaginó unos brazos gigantescos que lo rodeaban, pero no como lo harían sus padres. No era un abrazo delicado ni afectuoso. Parecía malévolo y aterrador. En su mente, los brazos ni tan siquiera pertenecían a una persona. Eran los brazos de un monstruo.

El monstruo lo agarraba tan fuerte que Johnny notaba cómo le rugía el estómago.

Intentó incorporarse, pero no podía moverse. Estaba seguro de que tenía los ojos abiertos, pero no veía nada. Abrió la boca e intentó gritar, pero no se oyó la voz.

Pero oía... algo. Un gruñido. El ruido del monstruo le llenaba la cabeza. Imaginó que lo estrujaba aún más fuerte y se preguntó si simplemente acabaría desapareciendo y nadie volvería a verlo nunca más.

«Quiero a mamá y papá».

De repente, algo parecido a una trompeta atravesó los gruñidos del monstruo y arrancó a Johnny de aquella especie de sueño. El ruido parecía pertenecer al mundo que conocía. Cuando volvió a oírlo, el monstruo dejó de ocuparle el pensamiento. Imaginó a su madre al volante del monovolumen, diciendo: «Pero ¿dónde quiere que me meta? Johnny, algún día aprenderás a conducir y verás que tocar la bocina en un atasco no sirve de nada».

El ruido era los bocinazos de un coche.

La mirada de Johnny vagó de un lado a otro mientras la niebla que lo envolvía empezaba a disiparse con más rapidez. Por fin estaba despierto.

Tocó lo que en el sueño eran los brazos del monstruo y se dio cuenta de que estaba envuelto en una manta afelpada. El ruido de debajo no era del estómago de un monstruo, sino de un coche que circulaba por una carretera.

Veía dos minúsculos circulitos luminosos donde estaban los agujeros para las luces traseras, pero, por lo demás, la oscuridad era completa. Estaba encerrado en el maletero de un coche.

No sabía cuánto tiempo había transcurrido desde que había oído una voz que lo llamaba en la playa. ¿Lo estaban buscando sus padres? ¿Dónde creerían Chloe y Emily que había ido?

Al buscar a tientas a su alrededor, encontró dos objetos. El primero era blando, como un cojincito. Lo sostuvo contra los finos rayos de luz que se colaban en el maletero y entrecerró los ojos, intentando ver en la oscuridad.

Distinguió dos grandes ojos redondos y un par de orejas como lunas. Era un osito de peluche. «¿Por qué está esto aquí? —pensó—. ¿Por qué estoy yo aquí?». Lo apartó, diciéndose que en ese momento no necesitaba para nada un juguete para críos.

El segundo objeto que encontró era de tela. Al pasar los dedos por los bordes para saber qué forma tenía, le cayeron granos de arena en la cara. Era un sombrero: no como las gorras de béisbol que le gustaba coleccionar, sino la clase de sombrero con un ala alrededor, como el que se ponía su abuela siempre que iba en el barco con el abuelo. En la oscuridad, le fue imposible ver que se trataba del mismo sombrero azul claro de algodón que un desconocido había llevado en la playa mientras vigilaba a su familia aquel mismo día.

Aquello no era un sueño, pero sí había un monstruo, y se lo estaba llevando.

«Quiero irme a casa».

Apretó el oso de peluche contra su pecho y se puso a llorar.

8

Cada vez más aterrorizada, Marcy no había parado ni un momento en las dos últimas horas: había recorrido la playa, interrogado a otros huéspedes del hotel, mirado en todos los establecimientos comerciales de las inmediaciones. Ahora estaba en la suite, obligándose a quedarse quieta y a concentrarse en la información que habían conseguido reunir hasta el momento.

Se sobresaltó cuando llamaron a la puerta. Andrew la abrió. Era Alex, acompañado por una mujer de una edad parecida a la de Marcy que llevaba el largo pelo rubio recogido en la nuca en una cola de caballo.

—Ha llegado la policía —anunció Alex.

—Soy la detective Langland —dijo la mujer. Según la tarjeta que entregó a Marcy, su nombre completo era Jennifer Langland. Era detective en el departamento de policía de East Hampton.

Marcy se contuvo para no hacer ningún comentario sobre la pasividad que había demostrado la policía hasta que el padre de Laurie se había cobrado un favor, pero la detective pareció percibir su resentimiento.

—No me puedo imaginar lo preocupados que deben de estar ahora mismo. Siento mucho que el agente de la centralita no haya dado más prioridad a la llamada. No es excusa, pero tenemos una cantidad enorme de unidades concentradas en un accidente desastroso en Main Street.

El tono de la detective era compasivo. Miró a Marcy a los ojos cuando se disculpó por el retraso. «Por favor, sé buena en tu trabajo —se descubrió suplicándole Marcy en su fuero interno—. Por favor, sé la mujer que me devuelva a mi hijo».

Pasó los siguientes diez minutos escuchando. Se obligó a frenar sus pensamientos mientras la detective Langland les refería los esfuerzos del departamento por localizar a Johnny.

—Ya he hablado con el director del hotel. Está recuperando todas

las grabaciones de las cámaras de seguridad. Por desgracia, justo en la playa no hay muchas, y la única que tienen en el chiringuito está enfocada a la caja registradora.

Marcy sintió que toda esperanza se desvanecía mientras la detective continuaba.

—Pero tendrán grabaciones del vestíbulo del hotel, y de las entradas y salidas. Desafortunadamente, las únicas cámaras del aparcamiento están cerca del edificio en sí, pero vamos a empezar por ellas. Si su hijo se ha ido en un coche, con un poco de suerte tendremos un número de matrícula y partiremos de ahí.

—¿Irse en un coche? —Andrew cerraba y abría los puños a los costados—. Nos hemos cuidado de poner a Johnny sobre aviso. Jamás se habría subido voluntariamente a un... —Andrew se interrumpió al comprender qué implicaba lo que estaba diciendo.

Langland asintió.

—Lo sé —dijo con suavidad.

Marcy agradecía que la detective no quitara importancia a la situación echándoles un sermón sobre lo curiosos que pueden ser los niños de siete años que quieren explorar la playa por su cuenta, pero se le encogió el corazón al imaginar a su hijo en el coche de un desconocido. También sabía que un secuestrador habría tenido probablemente en cuenta la posibilidad de que hubiera cámaras en el resort. Pensó en todos los caminos entre las dunas que había más adelante a lo largo de la playa, caminos que conducían a carreteras públicas en las que se podía aparcar de manera completamente anónima y lejos de cualquier sistema de vigilancia.

—¿No convendría emitir una alerta por secuestro? —preguntó Andrew. A lo largo de los años, Marcy había oído pitar su móvil unas cuantas veces cuando la policía había emitido una alerta para informar a los ciudadanos del secuestro de un niño de la zona.

—Mi superior está valorando la petición. Para limitar las notificaciones únicamente a los casos más urgentes, el sistema no nos permite activar una alerta a menos que estemos seguros de que se trata de un secuestro. Sé que es frustrante, pero, de hecho, no haberla emitido aún es positivo en líneas generales. Significa que tenemos

otras posibilidades que explorar.

—Supongo que también comprobarán el paradero de cualquier individuo sospechoso que ya esté en el punto de mira de las fuerzas del orden locales —dijo Alex.

—Por supuesto —respondió Langland—. Le he visto en televisión, juez. Así que estoy al tanto de sus conocimientos en derecho penal. No sabía exactamente lo directa que podía ser con el resto de la familia.

Alex, el cuñado de Marcy, había sido uno de los abogados defensores más prestigiosos del país hasta su nombramiento como juez federal tres meses antes. Haber presentado los tres primeros episodios de la serie de especiales de *Bajo sospecha* no había hecho sino aumentar su popularidad.

—Le aseguro —dijo Marcy— que queremos conocer toda la información que tenga.

—En ese caso, deben saber que tenemos agentes del departamento de marina de la policía del condado de Suffolk en el agua, buscando cualquier indicio de que el niño pueda...

La detective se interrumpió y Marcy asintió para indicarle que sabía a qué se refería.

—Y con respecto a los «individuos sospechosos» a los que se refería el juez Buckley, tengo a una persona comprobando una lista de delincuentes sexuales de alto riesgo de la zona. Y también de algunos individuos emocionalmente inestables. Buscaremos correspondencias en el *modus operandi* u otras señales de alerta.

—Entiendo.

Las posibles explicaciones de la desaparición parecían peores con cada frase.

Casi como si su mente necesitara un respiro de tanta pesadumbre, Marcy se descubrió pensando en un viaje a Anguila de hacía diez años, poco después de su primer aniversario de boda. Se había reservado un fin de semana largo para viajar con sus mejores amigas de la universidad, Alicia y Liz. Alicia había terminado un máster en Administración de empresas y estaba a punto de ser nombrada directora general, pero era Liz la que se había ido a Hollywood con Marcy para triunfar como actrices. En Anguila, estaban comiendo en

un delicioso restaurante francés de la bahía de Meads cuando el ruido de una avioneta interrumpió la explicación del *maître* sobre las especialidades del día.

Mientras el *maître* se lamentaba de que el vuelo se hubiera desviado de la ruta autorizada por el aeropuerto para los aviones visitantes privados, Liz exclamó: «¡No me lo puedo creer!».

Cuando el restaurante entero miró al cielo, vieron un avión que sobrevolaba el mar con una pancarta que decía: «Liz, sé la protagonista de mi vida. Cásate conmigo». Sin que ninguna de ellas lo supiera, el novio de Liz, Nic, le había pedido a Andrew que mirara a escondidas la agenda de Marcy para averiguar su itinerario. La feliz pareja se casó en aquella misma playa un año después.

Había una razón para que su mente hubiera regresado a Anguila. Como un profesor de interpretación le había dicho en una ocasión: «Presta atención a lo que sabes, porque cualquier experiencia que hayas tenido puede ser importante en este momento».

—Un avión con una pancarta —gritó—. ¿Puede hacerse? Algo que diga que ha desaparecido un niño. ¿O quizá solo un mensaje dirigido a Johnny, para decirle que lo estamos buscando? ¿Por si lo ve? —Percibió el tono de desesperación de su voz.

—Claro —dijo Andrew; se sentó a su lado en el sofá y le pasó el brazo por los hombros—. Es una idea estupenda.

—Naturalmente, nosotros publicaremos un aviso para que la gente tenga los ojos bien abiertos por si ven a su hijo —añadió la detective Langland—. Pero nos harán más caso si ustedes, como padres, lo repiten en una rueda de prensa. Aún es pronto para eso, pero, si no lo encontramos antes de mañana, se presentarán los periodistas.

—¿¡Mañana!? —La sola idea de no tener a su hijo antes de la noche era inconcebible.

—Si fuera el caso —precisó la detective.

Marcy oyó que llamaban a la puerta, un toque rápido pero delicado. Alex la abrió y entraron Emily y Chloe, seguidas de Ramon.

—Lo siento, me ha costado pararlas incluso a mí.

Las niñas saltaron al sofá junto a ella y Andrew.

—¿De qué estabais hablando? Es feo tener secretos —dijo Emily.

—No os hemos visto en todo el día —refunfuñó Chloe—. ¿Dónde está Johnny?

«¿Qué voy a decirles si su hermano mayor no vuelve?».

—Hijas, lo siento. Estábamos hablando de qué íbamos a cenar. ¿A vosotras qué os apetece?

—Hamburguesas —respondieron las gemelas.

—¿Hamburguesas? —preguntó Marcy, incrédula—. ¡Si os coméis otra más, las dos os convertiréis en hamburguesas gigantes!

Andrew abrió exageradamente los brazos en un vano intento de abrazar a sus dos gigantescas hijas. Ellas chillaron encantadas, olvidando por un momento la pregunta sobre Johnny que seguía sin respuesta.

9

Cuando Laurie dobló la esquina camino de su habitación, encontró a Alex sacando la llave electrónica de la puerta contigua. Lo miró expectante, confiando en recibir buenas noticias. Alex negó con la cabeza.

Lo siguió a su habitación y él la abrazó y le dio un rápido beso.

—¿Lo llevas bien?

—¿Yo? Sí, claro. Aunque estoy preocupadísima por Marcy y Andrew.

—Obviamente. Pero sé que esto tampoco puede ser fácil para ti.

Hacía casi tres años, el hombre que había asesinado a Greg había cumplido su amenaza de regresar para acabar con el resto de su familia. Había secuestrado a Timmy y había intentado disparar a Laurie antes de que lo matara la policía.

—Esto no tiene que ver conmigo. Yo solo quiero ayudar. —Le contó lo que le había dicho Wyatt, el niño de la playa—. Al menos, podría explicar por qué estaba la tabla en el agua. Según parece, los niños se la intercambiaban y podrían haberla dejado en un sitio donde se la haya llevado la marea.

—Al menos, no son malas noticias. Sinceramente, creo que, en este momento, a Marcy le hace bien cualquier cosa que le dé esperanza. ¿Puedes ir a decírselo? Está en su habitación. Andrew ha ido a buscar el coche. Vamos a la copistería a imprimir unos folletos con la foto de Johnny. La policía ya nos ha puesto en contacto con un piloto que puede sobrevolar esta zona avisando de que ha desaparecido un niño.

—Es una buena idea. ¿Cómo están las gemelas?

—Ramon se las ha llevado abajo para comprarles un refresco.

—¿Aún no lo saben?

Alex negó con la cabeza.

—¿Qué vas a decirle a Timmy?

—Estoy a punto de hablar con él. Me aseguraré de que sepa que no debe decirles nada a las gemelas, pero tengo que contárselo. Ya lo

conoces.

—Claro. Tiene tu habilidad y la de tu padre para darse cuenta de cuándo algo va mal. Si no se le habla claro, su imaginación puede inventarse cosas aún peores.

Laurie empezaba a preguntarse si la ficción podía ser peor que la realidad en sus circunstancias.

Marcy la abrazó cuando ella entró en la suite.

—Me alegro mucho de que estés aquí —le dijo en tono apagado—. Me sabe mal decirlo, pero tengo la sensación de que eres la única persona que entiende realmente por lo que estoy pasando. Perdona, no tendría ni que haberlo mencionado.

Laurie se llevó a Marcy al sofá para que pudieran sentarse. Sabía a qué se refería. En cierto sentido, ella había vivido una tragedia peor al perder a su marido asesinado y vivir los cinco años siguientes bajo la amenaza de que también acabaran con su vida y la de Timmy. Por otra parte, su pérdida pertenecía al pasado, mientras que Marcy aún no conocía el alcance de la suya.

—¿Cómo están las niñas? —le preguntó.

—Son demasiado listas para que pueda ocuparme de ellas ahora mismo —respondió Marcy—. Están con Ramon, pero no sé durante cuánto tiempo más podré mantenerlas a raya.

—Se lo he contado a Timmy.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—No lo sé. Pero al menos lo sabe. Está en nuestra habitación y va a rezar por Johnny.

—Sé que parece una locura —dijo Marcy—, pero creo que, en el fondo, siempre había esperado que pasara algo así. Como si Johnny nunca hubiera sido del todo mío. Siempre hemos pensado en él como un pequeño milagro.

Laurie nunca había preguntado por los detalles que rodeaban la decisión de Andrew y Marcy de adoptar a su primer hijo, pero comprendía bien la situación. Greg y ella habían intentado concebir a Timmy durante más de dos años después de casarse. En un rincón de

su cerebro, se preguntaba si Alex y ella también tendrían que enfrentarse a un problema similar cuando empezaran a intentar ser uno más.

—Cuando Andrew me propuso matrimonio —explicó Marcy—, yo ya me había resignado a lo que me habían dicho mis médicos: que jamás podría concebir. Dimos simplemente por sentado que seríamos solo nosotros dos. Muchos matrimonios deciden no tener hijos.

—Y, no obstante, ahora tenéis tres.

—Es curioso cómo son las cosas —observó Marcy—. Adoptamos a Johnny de recién nacido y, dos años y medio después, empezó a decir que quería tener hermanos. Y no le valía cualquier cosa. Lo tenía muy claro: quería dos hermanitas. Obviamente, era demasiado pequeño para entender por qué no era posible, pero, nueve semanas después, descubrí que estaba embarazada. Y, al cabo de unas semanas más, supimos que íbamos a tener gemelas. Es como si Johnny hubiera predicho el futuro de la familia.

Laurie no solo se había criado con un inspector de policía, sino que también llevaba años investigando crímenes reales como periodista. No recordaba un solo caso en el que el principal sospechoso no fuera una persona relacionada de algún modo con la víctima. Como Johnny solo tenía siete años, todos habían supuesto que la explicación era un trágico accidente en el agua o un sociópata que lo había secuestrado al azar. Pero ahora que Marcy le estaba hablando del pasado de Johnny, Laurie se dio cuenta de que cabía otra posibilidad.

—Por cierto, ¿cómo es que acabasteis adoptando a Johnny? —preguntó.

—Ni tan siquiera entraba en nuestros planes —respondió Marcy—. Nuestro párroco sabía que queríamos ser padres pese a los problemas de fertilidad. Un buen día, nos preguntó si queríamos quedarnos con un niño que nacería en unos días. Solo hace siete años de eso. Aún recuerdo sus palabras. Una mujer joven estaba «en apuros». La pobre chica no sabía ni quién era el padre y estaba intentando encontrar a una familia que quisiera adoptar al bebé.

—No me extraña que lo consideréis un pequeño milagro.

—Johnny aún no lo sabe —explicó Marcy, conteniendo un sollozo.

Laurie vio que estaba esforzándose por conservar la calma—. Cuando tú y Alex os juntasteis, otra cosa que nos encantó fue que Timmy y tú os parecíais a él. Johnny nunca había tenido la experiencia de parecerse a nadie de su familia.

Empezaron a temblarle los hombros y esa vez no pudo contener las lágrimas. Laurie le acarició la espalda e hizo todo lo posible por consolarla.

—Lo siento mucho, Marcy. No quería disgustarte preguntándote por la adopción. He sacado el tema por una razón.

Marcy sorbió por la nariz y recuperó poco a poco el control de la respiración, y Laurie se dio cuenta de que estaba impaciente por concentrarse en lo que ella iba a decirle.

—Un crimen al azar es la pesadilla de cualquier padre y madre —observó Laurie—, pero es extremadamente poco común. Sabes que sigo todos los foros que hablan de crímenes reales buscando material para el programa, ¿verdad?

Marcy asintió; poco a poco iba dejando de llorar.

—El año pasado encontraron en Toronto a una niña que había desaparecido en Missouri hacía más de seis años. Resultó que era adoptada. Años después, la madre biológica se arrepintió y consiguió localizar a la familia adoptiva. Engatusó a la niña diciéndole que era adoptada y que ella era su «verdadera» madre. Incluso le recalcó que tenían los ojos y el pelo del mismo color.

Cuando Marcy habló, su tono era ausente.

—Tiene el pelo y los ojos claros —dijo—. Sabe que no se parece a ninguno de nosotros.

—¿Sabes cómo localizar a la madre biológica? —preguntó Laurie.

—No, pero el padre Horrigan quizá sí. Lo llamo ahora mismo.

10

Por un breve instante, Marcy se animó al oír el deje irlandés del padre Horrigan.

—Marcy, qué maravillosa sorpresa. Pensaba que Andrew y tú estabais codeándoos con los ricos y famosos de los Hamptons esta semana.

Su capacidad para memorizar hasta el último detalle de la vida de sus feligreses nunca dejaba de asombrarla. Oh, cuánto le habría gustado que aquella solo fuera una llamada de cortesía para contarle los fantásticos recuerdos que estaban atesorando en aquel viaje.

—Padre, tengo que preguntarle una cosa que no había mencionado hasta ahora. Podría ser una cuestión de vida o muerte, literalmente.

—Me gustaría pensar que me estás tomando el pelo, pero te noto preocupada.

Marcy cerró los ojos, intentando no volver a perder el control.

—No encontramos a Johnny. Ya han pasado horas. La policía lo está buscando.

Lo oyó contener la respiración al teléfono.

—No... Oh, Marcy, qué noticia tan espantosa...

—Estamos contemplando todas las posibilidades. Una es que la madre biológica haya cambiado de opinión después de todos estos años.

—Eso me parece imposible...

—Pues a mí no. Porque las otras posibilidades son aún peores, padre. Tengo que pensar que, si se lo hubiera llevado ella, al menos se ocuparía de que estuviera bien. A estas alturas, casi estoy rezando para que la explicación sea esa, así que necesito saber dónde está.

—Fue una adopción cerrada, Marcy, al menos para vosotros. Lo hablamos en su momento.

La madre biológica había pedido que la adopción fuera cerrada, lo que significaba que Marcy y Andrew jamás sabrían su identidad. No tuvieron ningún contacto directo con ella, ni antes ni después del

nacimiento, y los documentos de adopción eran confidenciales. A la madre biológica le preocupaba entregar a Johnny a una familia que el padre Horrigan conocía personalmente, por si descubrían su identidad a través de él, pero Marcy y Andrew le habían asegurado repetidamente que respetarían el deseo de anonimato de la mujer y que jamás le pedirían que les revelara su identidad.

—Por favor, solo necesito asegurarme. Si confirmamos que no está cerca de Long Island, le prometo que no volveremos a molestarla nunca más.

El sacerdote tardó tanto en responder que Marcy empezó a preguntarse si la llamada se había cortado.

—¿Cree la policía que esta mujer es responsable de la desaparición de Johnny? —preguntó el padre Horrigan.

—De momento, no creen nada. Están investigando todas las explicaciones posibles: vigilando a los delincuentes de la zona, examinando las grabaciones de las cámaras de seguridad. Nos agarramos a lo que sea porque no lo encontramos y no tenemos ni idea de dónde puede estar.

—Lo siento, Marcy. Di mi palabra, ¿entiendes? De igual manera que jamás rompería una promesa que te hubiera hecho a ti, no puedo faltar a mis obligaciones con ella.

—Por favor, padre. Se lo suplico.

—No puedo ni imaginarme lo asustada que debes de estar, Marcy, pero, si te sirve de algo, no creo que esta sea una posibilidad a la que debáis agarraros. Jamás he tenido indicios de que la madre biológica de Johnny se arrepintiera de su decisión de darlo en adopción, ¿y por qué iba a seguiros hasta Nueva York cuando sabe exactamente quiénes sois y que vivís aquí en Washington? ¿Cómo iba a saber dónde encontraros ahí? No tiene mucho sentido, ¿no?

Marcy respiró hondo. El padre Horrigan tenía razón. Era Laurie la que había sugerido la posibilidad de que la desaparición de Johnny estuviera relacionada con su adopción, pero su teoría era una pura conjetura. A diferencia de Laurie, el sacerdote tenía un vínculo con la madre biológica de Johnny y podía hablar con conocimiento de causa.

—Entiendo que usted le haya hecho una promesa —dijo en voz baja

—, pero debe de poder hacerse una excepción si tiene a mi hijo. ¿De verdad no cree posible que se lo haya llevado ella?

—No, sinceramente. Era una buena chica, pese a sus problemas. No creo que tenga nada que ver con esto. Rezaré para que Johnny vuelva antes de que os deis cuenta.

Cuando colgó, Marcy se descubrió rezando para que el padre Horrigan tuviera razón.

11

Cuando Leo Farley llegó al resort South Shore, los huéspedes del hotel estaban todos en la terraza de madera que daba al mar, con copas de champán y martinis, listos para admirar una de las famosas puestas de sol estivales del South Fork. «Ahí es donde deberíamos estar todos ahora mismo —pensó—, como una familia».

Hacía mucho tiempo que su familia no se sentía completa. Por supuesto, cuando Eileen vivía y criaban juntos a Laurie, los tres formaban una familia tremendamente unida. Eileen siempre decía que se había casado con el primer chico al que había besado y Leo jamás se había planteado que pudiera estar exagerando. Eran la clase de matrimonio que se cogían de la mano siempre que estaban uno al lado del otro, sin tan siquiera pensarlo. Leo no creía que pudiera ser más feliz de lo que ya era, pero entonces llegó Laurie. Incluso cuando le tocaba el turno intermedio, Leo bromeaba con que se llamaba así porque él tenía que hacer un «intermedio» para pasar por casa antes de que su pequeña se acostara. Y, antes de darse cuenta, su pequeña era ya una mujer adulta que se había labrado un porvenir en el mundo del periodismo televisivo.

Cuando Eileen y él recibieron una llamada del hospital Mount Sinai porque a Laurie la había atropellado un taxi, les pareció que aquello podía acabar con su familia. Pero, en cambio, lo que podría haber sido una tragedia trajo un nuevo miembro al clan. El doctor Greg Moran era el médico de urgencias que atendió a Laurie. Los dos se comprometieron solo tres meses después, y Eileen y Leo quisieron a su yerno como si fuera su propio hijo.

A veces, aún sonreía al pensar en Eileen acercándose a él, mientras Laurie y Greg se decían los votos matrimoniales, y susurrándole: «Vamos a tener los nietos más adorables del mundo y tú vas a ser el mejor abuelo de todos». Murió de un ataque al corazón un año después, sin conocer a Timmy y sin tan siquiera saber que vendría al mundo. Y después, a los tres años de que naciera su nieto, también

perdieron a Greg.

En los últimos siete años, la «familia» solo había estado formada por Laurie, Timmy y él: una viuda, un viudo y un niño que apenas recordaba a su padre.

Pero, aquel fin de semana, las cosas por fin iban a cambiar. Alex había vuelto a abrirle el corazón a su hija y también había demostrado que podía ser una figura paterna para Timmy. Por una vez, su familia crecía en vez de menguar.

Y ahora Johnny había desaparecido.

Ojalá no lo hubieran entretenido en la ciudad. Una vez más, volvió a descubrirse bullendo de rabia por la indignante reivindicación de inocencia de Darren Gunther. Recordaba aquella confesión como si fuera ayer. Le había llevado horas, pero por fin había encontrado la manera de ponerlo nervioso. Cuando se había quitado su careta de hombre encantador, Gunther había admitido haber apuñalado al dueño del bar en un arranque de ira. Y ahora ensuciaba el buen nombre de Leo sosteniendo que aquella conversación no había ocurrido jamás.

De no ser por Gunther, Leo habría pasado todo el día en el resort. Habrían contado con otro par de ojos para vigilar a los niños.

Fue derecho al número de habitación que le había dado Laurie y encontró una nota en la puerta. «Estamos en la 236 y tenemos tus llaves».

La habitación 236 estaba al lado de la suya. Cuando Timmy abrió la puerta, tenía el entrecejo fruncido.

—Empiezo a estar muy asustado por Johnny, abuelo.

Timmy se dejó abrazar por su abuelo.

—Todo irá bien. Ya lo verás.

«Esto no puede volver a pasar —pensó Leo—. No podemos sufrir otra pérdida. Tenemos que encontrarlo».

Timmy lo condujo a la espaciosa suite del final del pasillo. Siempre había sido un niño alto y desgarbado —más parecido físicamente a la familia de su padre que a la de su madre—, pero había ganado peso

en aquel último año.

Una hermosa puesta de sol rosa resplandecía tras los grandes ventanales con vistas al mar, pero la preocupación que pesaba sobre la habitación era opresiva. Laurie logró esbozar una sonrisa y recibió a Leo con un abrazo.

—Me alegro mucho de que por fin hayas podido venir.

Leo sabía que la intención de su hija era buena, pero, aun así, lo atenazó la culpa. «Esto quizá no habría ocurrido si yo hubiera estado aquí en vez de en la Fiscalía».

—Te agradezco mucho que hayas llamado a la policía de East Hampton —intervino Marcy—. La detective que ha venido parecía competente, pero ahora mismo no sé hacia dónde tirar. Cuando he mirado las fotos del móvil para escoger las que Andrew y Alex se llevarán a la copistería, me ha dado un vuelco el corazón. Está pasando de verdad. Johnny es uno de esos niños que salen en los carteles de niños desaparecidos.

—Timmy —dijo Laurie—, ¿por qué no te vas a jugar una partida mientras hablamos?

—Quiero estar aquí con vosotros —le respondió su hijo—, intentando averiguar dónde está Johnny. El abuelo dice que se me da bien investigar.

Timmy esperó a que su madre se decidiera. La expresión de Laurie dejó claro que no tenía intención de discutir con su hijo por aquel asunto. No era un niño de diez años corriente.

—¿Alguna idea, papá? —preguntó.

—¿Sigue Kara aquí?

—Está en el dormitorio con las gemelas —respondió Marcy, señalando con la cabeza la puerta de al lado.

12

El padre Mike Horrigan vivía en una casita de ladrillo que se encontraba detrás de la iglesia del Santísimo Sacramento, en la que servía desde hacía casi catorce años. En la parte de atrás, podía gozar de la intimidad de un patio y de un exuberante jardín. No obstante, la parte delantera estaba justo al lado del aparcamiento de la iglesia, donde esa tarde el equipo de baloncesto del instituto había organizado un servicio de lavacoches para recaudar dinero. Parker Logan, el jugador más alto del equipo, parecía un gigante al lado del Prius que lavaba al borde del aparcamiento.

El padre Horrigan vio a la madre de Parker, Betsy, hablando con Cynthia, la secretaria de la parroquia, en la mesa de pícnic que había entre la iglesia y el aparcamiento. Aún recordaba la alegría con la que Betsy presumía de que Parker, con solo diez años, ya era más alto que ella. El marido de Betsy había apostillado: «He visto grandes daneses más altos que tú, cariño».

Se fijó en que las mujeres bajaron la voz en cuanto lo vieron.

Betsy lo saludó cordialmente con la mano.

—Hola, padre Mike.

—Estabais otra vez cotilleando sobre la última temporada de *Mujeres ricas de Beverly Hills*, ¿verdad? —bromeó.

—Nos ha pillado —reconoció Cynthia.

—No hace falta que os confeséis —dijo el sacerdote—. Ver una serie es una cosa; vivir como esas mujeres es otra muy distinta.

Cynthia lo miró con aire compasivo.

—Disculpe la pregunta, padre, pero ¿le preocupa algo?

El padre Horrigan solo tenía veintiséis años cuando llegó a la iglesia del Santísimo Sacramento y Cynthia, que casi le llevaba veinte, siempre había tenido una actitud maternal hacia él. En los años que habían transcurrido desde entonces, era la persona con la que el padre había pasado más tiempo de su día a día. Cynthia lo conocía bien. Seguía preocupado por la llamada de Marcy Buckley. Sabía que muy

probablemente Johnny aparecería de un momento a otro, como suele pasar con los niños, pero había percibido la angustia en la voz de su madre. No dejaba de pensar en que Marcy le había dicho que sería un alivio saber que no se lo había llevado su madre biológica. Al menos, de ser así Johnny no correría peligro. Quería poder tranquilizarla, si era posible.

—Betsy, ¿te importa que te robe a Cynthia un momento? —preguntó—. Es por un asunto de la parroquia.

—En absoluto —respondió ella—. Tengo unos *brownies* que he prometido sacar en cuanto los chicos recauden lo que se han propuesto, así que me pondré manos a la obra.

En cuanto estuvo a solas con Cynthia, el padre Horrigan le preguntó si recordaba a Sandra Carpenter.

—Tenía una hija que se llamaba Michelle —dijo, confiando en refrescarle la memoria.

—Sí, claro, pero han pasado años desde la última vez que me llamó.

Sandra había ido a misa todos los domingos en la primera época del padre en la iglesia. Su hija, Michelle, que tenía dieciséis años cuando él la conoció, era de esas adolescentes que solo van a misa por insistencia de su madre, pero siempre se mostraba educada y amable. Cuando terminó el bachillerato, fue asistiendo a misa cada vez menos hasta que al final dejó de ir por completo. Siempre que el padre Horrigan le preguntaba por Michelle, Sandra le respondía que su hija estaba bien.

Pero un día, de repente, Sandra se quedó callada antes de responder y al momento se echó a llorar. Al principio, Michelle había sacado buenas notas en la Universidad de Baltimore, pero, al cabo de dos años, se tomó un descanso. Su plan era irse a vivir a la casa de invitados de una familia de Rehoboth Beach y trabajar como camarera a tiempo completo durante unos años. Así podría retomar los estudios y licenciarse sin estar hasta el cuello de deudas.

«Cuando me dijo que quería irse a Rehoboth, me recalcó que solo estaba a dos horas y media de aquí y que nos veríamos mucho. Y, durante bastante tiempo, así fue. Pero ya hace más de tres meses que no la veo. Siempre me dice que está ocupada, o enferma, o me da

alguna otra excusa. Yo ya me había dado cuenta de que me evitaba, pero anoche, por fin, me dijo por qué. Está embarazada de ocho meses y no tiene ni idea de qué hacer. Yo le dije que podía ayudarla si quería criar al niño sola, pero la realidad es otra. Tiene veintidós años. Si trabaja menos horas, apenas podrá mantenerse ella, y no digamos ya a un bebé. Sabe que nunca terminará los estudios si se queda con él».

Cuando el sacerdote le preguntó por el padre, Sandra negó con la cabeza. «Un tipo que conoció en uno de los chiringuitos de allí. Un lío de una noche, dice, lo que no es nada típico de ella. Ni tan siquiera sabe su apellido ni cómo localizarlo. Aún me sorprende que hiciera algo tan estúpido e inconsciente».

El padre Horrigan se ofreció a hablar con Michelle, si servía de algo, y le sorprendió que la chica aceptase. Cuando fue a verlo, tenía la cara más llena por el embarazo, pero continuaba siendo la misma joven educada y amable que él había conocido de adolescente. Le ofreció el apoyo y la ayuda de la iglesia si quería quedarse con el niño, pero ella se mantuvo firme en que prefería entregar al niño a una familia que lo quisiera como si fuera suyo. Una ecografía había confirmado que esperaba un varón.

«No quiero nada de ellos —dijo—. Ni siquiera que sepan quién soy. Pero quiero estar completamente segura de que son buenas personas y de que le darán una buena vida, y así yo podré hacer la mía. Pero ¿cómo puedo estar segura cuando hay tantas personas que no son lo que parecen?».

Fue una de esas ocasiones que instaban al padre Horrigan a creer que a veces Dios pone a las personas en el lugar indicado en el momento justo. Conocía al matrimonio ideal: Andrew y Marcy Buckley. Aún recordaba la expresión de alivio de Michelle cuando le describió a la pareja que procuraría a su hijo un hogar lleno de amor. Y, por supuesto, la cara de alegría de los padres adoptivos cuando recogieron a Johnny en el hospital. Había sacado una fotografía para enseñársela a Michelle. «Se nota que ya lo quieren», había dicho.

Deseaba creer que Michelle no se había arrepentido de su decisión, pero ya no había regresado a la iglesia ni le había devuelto las llamadas cuando él había intentado ponerse en contacto con ella.

Sandra había decidido cambiarse de parroquia unos meses después de la adopción. Ver a los Buckley sin tener una relación con su nieto era demasiado duro para ella, decía.

Naturalmente, el padre Horrigan suponía que, como secretaria de la parroquia, Cynthia no sabía nada de aquello.

—Deben de haber pasado siete años desde la última vez que vi a Sandra —dijo Cynthia—. Es una lástima que dejara de venir tan de golpe.

—¿Es posible que aún tengamos sus señas? —preguntó el sacerdote —. Me gustaría llamarla.

A lo mejor podía tranquilizar a Marcy sin faltar a la promesa que le había hecho a Michelle.

Unos minutos después, volvía a estar en casa, marcando el número de teléfono de Sandra Carpenter. Después de que sonara tres veces, respondió una mujer.

—¿Diga?

La voz del teléfono le pareció más débil y mucho más anciana de como la recordaba.

—Soy el padre Mike Horrigan, de la iglesia del Santísimo Sacramento. Buscaba a Sandra Carpenter. —Hacía siete años que no hablaba con ella. Probablemente había cambiado de número desde entonces.

—Pues me ha encontrado, padre Mike. Qué gusto saber de usted.

La voz se le animó un poco, pero seguía pareciendo frágil. Durante un par de minutos, charlaron de que Sandra ya no trabajaba como administrativa porque se había jubilado y de una sacerdote nueva de la iglesia de San Juan que estaba causando mucho revuelo por incorporar a sus misas lo que ella llamaba «monólogos humorísticos».

—Me alegra saber que te encuentras a gusto ahí. Nos dio pena perderte, en el Santísimo Sacramento. Espero que no te importe, pero me preguntaba cómo le han ido las cosas a Michelle. ¿Dónde está ahora? ¿Aquí en Washington?

Había decidido que no hacía falta angustiar a Sandra ni a Michelle

diciéndoles que Johnny había desaparecido. Esperaba que Sandra pudiera confirmarle que su hija no se encontraba cerca de Long Island sin necesidad de preocuparlas.

Hubo un largo silencio al teléfono.

—¿Sandra? ¿Sigues ahí?

—Supongo que no se ha enterado de la noticia.

Por su tono de voz, el sacerdote supo que la noticia no era buena.

—Lo siento. No me he enterado, no.

—La he perdido.

—Oh, Sandra. Lo siento mucho. ¿Qué ha pasado?

—Diría que la primera vez la perdí no mucho después de que naciera el niño. Cambió por completo. Estaba distraída. Deprimida. Desanimada. Se distanció de todas las personas que conocía, yo incluida. Perdió las ganas de ser feliz. Abandonó totalmente sus planes de volver a estudiar. Se mudó a Denver por un tiempo, y después a Filadelfia. Me llamaba por mi cumpleaños y en Navidad, pero, aparte de eso, era prácticamente una desconocida.

El sacerdote volvió a decirle que lo sentía.

—¿Hay algo que pueda hacer para ayudarte?

—No. Mi hija murió hace seis meses.

—Oh, Sandra. No.

—Fue una sobredosis. La policía encontró mi número en su móvil, así que al menos me enteré. Aún no me creo que se haya ido. Al menos sabía que su hijo tenía una buena vida. Pese a todo lo que le pasó después, me decía que nunca se había arrepentido de haberlo tenido ni de haberle dado la oportunidad de ser feliz. Por cierto, ¿cómo está el pequeño Johnny?

13

El zumbido que Johnny Buckley oía debajo de sí cambió de repente. El coche estaba reduciendo la velocidad. Cuando pasó por una serie de baches, el cuerpo se le bamboleó en el maletero. Le pareció que estaban saliendo de la autopista, quizá para tomar una pista de tierra.

El coche se detuvo. También lo hizo el motor. Oyó que se abría una puerta. Quizá dos. No sabría decirlo. Y después hubo silencio. Un silencio total y absoluto.

Empezó a respirar despacio, inspirando y espirando, como su madre le había explicado que hacían en clase de yoga. Le había dicho que respirar así lo tranquilizaría. Le había servido cuando fueron al dentista. Ahora le ayudaba, pero seguía muerto de miedo.

«Por favor, por favor, no me deje aquí solo».

—¿Hola? —gritó—. ¿Hay alguien?

Más silencio. ¿Y si no iba nadie a buscarlo? ¿Y si ya no lo encontraban y se moría allí solo?

—¿Alguien me oye? —Esa vez había gritado más fuerte, pero, aun así, nadie respondió.

Golpeó el portón con las palmas de las manos.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —gritó tan fuerte como pudo.

El portón se abrió de golpe y Johnny chilló asustado. Entre este y el maletero apareció una rendija de luz de unos cuatro dedos. Había un hombre detrás del coche. Llevaba una camiseta gris por fuera del pantalón, salvo en la parte donde le quedaba levantada por la pistola que tenía metida en la cintura. Eso era todo lo que Johnny alcanzaba a ver, aparte de las copas de los árboles y el cielo que los rodeaban.

—¿Ves? Por eso hemos tenido que parar en el quinto pino. —El hombre tenía la voz grave. Hablaba con desenvoltura, como si no hubiera nada extraño en llevar a Johnny en el maletero ni en la pistola a pocos centímetros de su cabeza—. Tenía que averiguar si ibas a portarte mal o no.

—Por favor, señor. No me haga daño.

—Es lo último que quiero, pero, si tengo que hacerlo, lo haré. ¿Lo entiendes? Y puedo volver a ese hotel y llevarme también al resto de esa familia si no haces lo que te digo. No puedes ir pegando esos gritos, ¿entiendes?

Johnny no dijo nada.

—Así está mejor. A ver... ¿tienes hambre?

Johnny negó con la cabeza, pero entonces se dio cuenta de que el hombre no podía verlo más de lo que él podía ver al hombre.

—No, me duele la tripa.

—Probablemente son las náuseas causadas por el cloroformo. Era lo que me temía. No habrás vomitado ahí dentro, ¿verdad?

Johnny no sabía si el hombre estaba preocupado por él o simplemente enfadado por la idea de tener el coche lleno de vómito.

—No sé.

—No digas «no sé». No es educado. Ya tienes edad para decir sí o no como es debido, como un jovencito.

—Lo siento. No, no he vomitado.

—Así está mejor. Ten, probablemente tendrás sed, y esto te irá bien para la tripa. —El hombre metió la mano en el maletero y le dio una lata de *ginger-ale*.

—No me la puedo beber tumbado —dijo Johnny.

—Se me ocurre una idea. Abriré el maletero del todo para que puedas sentarte y tomar un poco el aire. Pero tienes que prometerme que no intentarás escaparte, gritar ni hacer ninguna otra estupidez, ¿de acuerdo? Aquí no hay nadie que pueda oírte, y acuérdate de lo que he dicho que haré si te portas mal. ¿Trato hecho?

—Me portaré bien, señor. Se lo prometo.

—Justo como imaginaba. Eres un angelito.

14

En la suite nupcial del resort South Shore, Leo había pedido a Kara, la niñera, que le contara cada momento de su día en la playa, hasta el mínimo detalle. Por su experiencia en la policía, sabía que aquel ejercicio podía conducir al descubrimiento de un detalle importante que de otro modo se habría pasado por alto.

Kara estaba explicando que los hermanitos Buckley habían continuado ensayando para la boda de Laurie y Alex después de que Timmy y Ramon se fueran a comprar un regalo de cumpleaños para Alex. A Laurie se le rompió el corazón al imaginar a Johnny supliendo a Timmy como padrino de la novia. Por lo que Kara decía, estaba claro que el niño admiraba a su primo mayor.

El timbre de un teléfono móvil interrumpió la narración de Kara. Marcy miró la pantalla con expresión de desconcierto y luego se excusó y salió del salón.

Sentado en el sofá al lado de Kara, Timmy volvió a centrar la atención de todos en lo que había sucedido en la playa.

—Las gemelas estaban metiéndose con Johnny antes de que nos fuéramos, diciéndole que quería parecerse tanto a mí que iban a llamarlo «Timmy».

El comentario de su hijo inquietó a Laurie y una idea empezó a tomar forma en un rincón de su mente. Estaba a punto de aprehenderla, como si tirara de un cabo suelto, pero al momento se le escurrió entre los dedos.

—Es verdad —convino Kara—. Chloe y Emily han seguido así durante todo el tiempo que hemos estado en la playa, llamándolo Tim o Timothy más que por su nombre. Parecía que a él le hacía gracia. Solo era un juego.

«Las gemelas han estado llamando Timmy a su hermano en la playa». Laurie volvió a tener la misma sensación de inquietud y después pensó en el pequeño Wyatt, el niño de la playa que se había intercambiado la tabla de *skimboard* con Johnny y Timmy.

—Kara, ¿te has fijado si alguien más se ha dirigido a Johnny por ese nombre? ¿O has oído a alguien gritar «Tim» o algo parecido? —Wyatt había oído que una mujer gritaba ese nombre, «como si hubiera hecho algo malo o no estuviera prestando atención o algo por el estilo».

Kara negó con la cabeza.

—No, que yo sepa. Solo se lo he oído decir a las niñas mientras jugaban.

Marcy volvió a entrar en el salón, con el móvil aún en la mano.

—¿Os importa si hacemos un descanso? Ramon me ha dicho que las niñas están muertas de hambre. Timmy, quizá tú y Kara podéis reuniros con ellas abajo para decidir dónde vamos a comer.

—Van a preguntar por Johnny —murmuró Timmy.

Laurie se dio cuenta de que Marcy estaba intentando que Timmy y Kara salieran de la suite para poder hablar a solas con Leo y ella de la llamada que acababa de recibir. También se dio cuenta de que su hijo no estaba de acuerdo con la decisión de no explicar a las niñas lo que ocurría, pero solo tenía diez años. No le correspondía a él tomar esa decisión.

—Nadie te está pidiendo que mientas —le dijo—. Marcy y Andrew decidirán qué es lo mejor en lo que respecta a las gemelas.

Timmy asintió y él y Kara fueron a reunirse con Ramon y las niñas.

—Era nuestro sacerdote, el padre Horrigan —explicó Marcy dejando el móvil en la mesa de centro—. Después de hablar conmigo, ha decidido localizar a la madre biológica de Johnny, solo para asegurarse de que no tenía nada que ver con esto.

—¿Y? —le preguntó Leo.

—Su madre le ha dicho que murió de sobredosis hace seis meses.

El silencio se cernió sobre el salón.

—Supongo que, en el fondo, ni tan siquiera la conocíamos —dijo Marcy—. Pero aun así es muy… triste. E irreal. Pero el padre Horrigan me ha recalcado que su madre, la abuela de Johnny, supongo, le ha dicho que su hija no se arrepintió nunca de haber tenido a Johnny ni de haberlo convertido en parte de nuestra familia.

Marcy se secó una lágrima mientras Laurie le acariciaba la espalda, intentando consolarla.

Aquel momento sombrío se vio interrumpido por un zumbido atronador fuera del hotel. Se volvieron hacia los ventanales y vieron una avioneta que sobrevolaba la costa. ALERTA NIÑO DESAPARECIDO: ENCONTREMOSAJOHNNY.COM. ¡TE ♥, JOHNNY!

Marcy se tapó la boca con la mano.

—Tengo que encontrar a las gemelas. ¡Ya!

15

Marcy corrió a la puerta de la suite, impaciente por contarles a las niñas que estaban buscando a su hermano antes de que ellas se enteraran por su cuenta. Cuando abrió la puerta, Alex estaba en el pasillo, a punto de llamar.

Debió de reconocer el pánico en su cara.

—Has visto la avioneta, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, solo rezo para que Chloe y Emily no la hayan visto también.

—Solo tienen cuatro años. ¿Saben leer?

—El nombre de su hermano probablemente sí, y además está el corazón. Mejor no arriesgarse.

Alex alzó las manos para calmarla.

—Tranquila. Estaban en el vestíbulo con Ramon. Acabamos de verlas, justo cuando entrábamos. Andrew las ha llevado a mi habitación para que podáis darles la noticia en privado. Lo siento mucho, Marcy.

—No, no pasa nada. He sido yo la que quería la pancarta para correr la voz. Es solo que no imaginaba que pudieran hacerlo tan rápido.

—A nosotros también nos ha sorprendido. Supongo que, para las imágenes personalizadas, necesitan más tiempo, pero tienen esas letras rojas grandes y lo que hacen es atar unas con otras. Cuando hemos visto que también tenían el símbolo de un corazón, lo hemos añadido, esperando que Johnny lo vea. Le hemos pedido a la compañía aérea que esperara una hora para que nos diera tiempo a volver y tú y Andrew pudierais hablar con las niñas, pero está claro que no le han pasado el mensaje al piloto.

—No es culpa tuya, Alex. Os agradezco todo lo que estáis haciendo. —Marcy se volvió hacia Laurie—. No tengo ni idea de cómo decirles a las niñas que su hermano ha desaparecido. ¿Algún consejo?

El peor día de la vida de Laurie fue el día en el que murió Greg. Su muerte había sido repentina, más violenta de lo que quepa imaginar.

Ni tan siquiera había tenido el lujo de perderlo por causas naturales o de saber que su asesino sería llevado ante la justicia. Y lo peor de todo había sido decirle a Timmy que su padre se había ido y que su vida ya nunca volvería a ser normal.

Se levantó y fue a abrazar a Marcy.

—Los niños son más fuertes de lo que parecen. Diles que todos queremos a Johnny y que nos estamos esforzando por encontrarlo, pero no les hagas ninguna promesa que no puedas cumplir.

Marcy asintió agradecida y Laurie se dio cuenta de que estaba armándose de valor para seguir adelante. Esperaba que esa fuera la peor noticia que Marcy tuviera que darles a sus hijas.

Cuando la puerta se cerró, Alex se pasó las manos por la cara.

—Aún no me creo que esté pasando esto. Me siento tan impotente...

—Todos nos sentimos impotentes —dijo Leo—. Los casos de niños desaparecidos son siempre los más difíciles para la policía. Sientes que tienes sobre la cabeza un reloj gigantesco marcando el tiempo, sabiendo que las probabilidades de un final feliz disminuyen con cada tictac. Lo siento, sé que es deprimente, pero he pensado que vosotros dos debíais saber a qué nos enfrentamos.

—No paro de pensar en cómo podría ayudar —observó Alex, llevándose a Laurie al sofá, donde se sentaron juntos—. Marcy le ha enviado un SMS a Andrew mientras estábamos en la copistería diciéndole que había llamado a su sacerdote para averiguar la identidad de la madre biológica de Johnny, por si la adopción tenía algo que ver con esto, pero que el sacerdote le ha dicho que la información era confidencial. He pensado que podría investigar un poco por si hay alguna manera de acceder a los documentos por la vía judicial.

Cuando le cogió la mano a Laurie, ella le apretó la suya con fuerza. Con su mera presencia, Alex siempre la tranquilizaba.

—No hace falta —le dijo—. El sacerdote la ha vuelto a llamar. Ha hecho algunas averiguaciones y ha descubierto que la madre ha fallecido.

—Así que se trata de una vía muerta —observó Leo con un humor cargado de ironía.

Laurie lo miró con los ojos entrecerrados y los labios fruncidos. Su padre se encogió de hombros.

—Mi humor negro. Pido disculpas.

—No hagas lo mismo delante de Marcy y Andrew, papá. Por favor.

—Claro que no. Solo entre nosotros tres, seres retorcidos.

—Al menos, ya está en manos de la policía —dijo Laurie—. En este momento, ¿qué más podemos hacer?

—Bueno, mientras estábamos en la copistería, hemos tenido la suerte de conocer a un experto informático. Nos ha oído mientras escribíamos el texto para los folletos y se ha ofrecido a ayudar. Es él quien ha sugerido abrir un sitio web con fotos de Johnny, un lugar donde se puedan dejar sugerencias, con un teléfono de contacto... en la práctica, un portal de información. Solo le ha llevado unos minutos obtener un dominio y construir un sitio muy básico con las fotos que le hemos dado.

—Es agradable saber que hay ángeles paseándose por East Hampton —observó Laurie—. Ahora solo tenemos que conseguir que el sitio web se difunda lo más posible. La avioneta es un buen comienzo, pero podemos hacer mucho con las redes sociales.

—Pues no contéis conmigo —dijo Leo, alzando las manos—. Yo no estoy en ninguna de esas bobadas.

—Ni yo —añadió Alex.

El padre de Laurie pensaba que las redes sociales estaban hechas para gente que necesitaba atención y Alex había cerrado todas sus cuentas desde que era juez federal. Los dos la miraron, sabiendo que, en ese terreno, les llevaba mucha ventaja. La última vez que lo había mirado, *Bajo sospecha* tenía un millón ochocientos mil fans en Facebook y un millón trescientos mil seguidores en Twitter.

—Ahora mismo lo publico en las páginas del programa.

Cogió el móvil para abrir Facebook y encontró un SMS de su ayudante de producción, Jerry Klein. «Brent se ha pasado esta tarde para recalcar que hablaba en serio cuando dijo que el próximo episodio no se aplaza. Una idea loca, pero ¿qué te parece el caso de

Darren Gunther y tu padre? Hay muchos famosos interesados, y además tenemos información de primera mano... Piénsatelo».

Jerry había empezado a trabajar para ella como becario cuando iba a la universidad, pero actualmente era el colega en quien más confiaba. También era el miembro de su equipo con más conocimientos informáticos y un fanático de la cultura popular, así que se había puesto al frente de la gestión de sus cuentas en las redes sociales.

Jerry respondió al teléfono casi de inmediato.

—En cuanto le he dado a enviar he pensado que no tendría que haberte escrito por trabajo. Laurie, son casi las ocho de tu primer día de vacaciones. Por favor, dime que estás en un bonito restaurante tomándote un cóctel de esos con sombrilla.

—Qué va. —Jerry no paró de decir «oh, no» y «lo siento mucho» mientras Laurie le explicaba lo ocurrido y le hablaba del sitio web sobre Johnny que querían difundir. Lo oyó escribir al teclado—. ¿Aún estás en la oficina?

—Ajá —murmuró él, concentrado en teclear.

Pues claro que estaba en la oficina.

—Y, por cierto, he recibido tu SMS —continuó Laurie—. Me preocupaba la percepción de un conflicto de intereses, pero lo pensaré. —Tuvo cuidado de no referirse explícitamente a la petición de revisión de pena de Darren Gunther. No quería que su padre la oyera y se hiciera ilusiones.

—Por favor —dijo Jerry—, quítate de la cabeza a Brent y sus absurdos plazos. Ya tienes bastante con lo tuyo. Vale... ¡hecho! Ya está en Facebook y en Twitter. Nuestros seguidores son muy activos. Lo harán viral enseguida, y yo supervisaré las cuentas por si hay algún comentario que merezca tomarse en consideración. Ánimo. Esperemos que Johnny solo se haya perdido en la playa y vuelva de un momento a otro.

—Muchas gracias, Jerry. Eres el mejor.

Cuando colgó, Laurie abrió Facebook para compartir la publicación en su cuenta personal. Vio que la última actividad en su muro era una publicación de Marcy, de hacía tres días, en la que los había

etiquetado a Andrew y a ella. Eran dos imágenes juntas. La primera era de la página de inicio del resort South Shore y mostraba el hotel bajo una puesta de sol rosa y morada. La otra era una fotografía de Marcy, Andrew, Alex, Laurie y los cuatro niños en las escaleras del monumento a Lincoln, sacada el otoño anterior. «Cuenta atrás: ¡faltan tres días para unas fantásticas vacaciones en familia en los Hamptons, seguidas del cumpleaños y la boda de nuestro juez con la mejor cuñada que se podría pedir! #Familiaelegida #feliz».

Laurie escribió una publicación para compartir la información de *Encontremos a Johnny* con sus amigos y dio a enviar. Su mirada se posó en las fotografías de Marcy. Se le encogió el corazón al ver a Johnny, abrazado a la cintura de su madre. Se parecía mucho a Timmy.

Alzó la vista del teléfono al caer en la cuenta de una cosa.

—¿Qué pasa? —le preguntó Alex de inmediato. Siempre sabía interpretar sus emociones.

—Timmy. Las gemelas han estado llamando Timmy a su hermano. Además, ha habido ese lío con las habitaciones. El hotel tenía la suite nupcial reservada a mi nombre, no al de ellos.

—¿Y qué?

—¿Y si esto no ha sido aleatorio? ¿Y si alguien hubiera confundido a Johnny con mi hijo?

16

Alex se sentó en el sofá al lado de Laurie y le pasó un brazo por los hombros.

—Laurie, estás temblando, literalmente. Ha sido un día muy largo y creo que la tensión nos ha afectado a todos.

—Pensadlo. Hace un rato, estaba recordándome lo que todos ya sabemos que es cierto: que los crímenes casuales son una excepción. Por lo general, a la víctima de un crimen la elige alguien que la conoce. O, al menos, se la elige por una razón. Eso es lo que me ha llevado a pensar en la madre biológica de Johnny. Pero ¿y si el objetivo fuera Timmy?

—O podrían haberlo elegido al azar —objetó Alex—. Hubo un caso horrible el año pasado en el que el acusado vio por casualidad a un niño que bajaba del autobús escolar...

Laurie no soportaba pensar que Johnny hubiera podido correr una suerte similar a la del niño del que hablaba Alex.

—Podría ser, pero no podemos ignorar esa posibilidad. Tu sobrino se parece mucho a Timmy. Sobre todo, si alguien hubiera tenido una foto suya de hace un año; ha crecido mucho desde entonces, así que esa persona esperaría un niño más parecido a Johnny. Además, sus hermanas lo estaban llamando Timmy y todos se alojan en una habitación reservada a mi nombre. Y somos Timmy y yo los que vivimos a dos horas de aquí, y no hay duda de que yo me he ganado unos cuantos enemigos, dado mi trabajo en el programa. ¿Tienes idea de cuántas cartas de acusados de asesinato recibo que me suplican que limpie su nombre?

—Pues claro —respondió Alex en voz baja—. Trabajé en el programa contigo, ¿te acuerdas?

—Ahora son tres veces más, y ni siquiera te explico cómo se enfadan algunos cuando no les respondemos porque no quiero preocuparte. Bastaría con que a una persona se le metiera una idea loca en la cabeza...

Leo alzó tímidamente la mano, pidiendo permiso para interrumpir la conversación.

—Laurie, te entiendo, pero ¿puedo darte mi opinión?

—Claro, papá.

—Te vi criar a Timmy durante los primeros cinco años después de que asesinaran a Greg. Siempre te hiciste la valiente, pero aquel monstruo le aseguró a tu hijo que algún día volvería para matarlos a él y a su madre. Y viviste así durante media década, sin saber si ese era el día en el que Ojos Azules cumpliría su promesa.

Cuando su padre mencionó a Ojos Azules, a Laurie le vino a la mente la imagen de un Timmy más pequeño, de solo ocho años. Era incluso más menudo que Johnny en esa época; iba en pijama y bata, y una mano lo sacaba a rastras de la caseta de una piscina. Todo había sucedido en un instante, durante el momento culminante del rodaje del primer especial de *Bajo sospecha*. El hombre lo tenía agarrado con una mano y, con la otra, le apuntaba a la cabeza con una pistola. Entonces lo soltó y se echó a reír mientras Timmy corría hacia Laurie, que ya iba a su encuentro. El hombre alzó la pistola. Se oyó un disparo y, poco después, una mancha roja se le extendió por la camisa mientras caía al suelo.

—Papá, ¿estamos completamente seguros de que el hombre que mató la policía era Ojos Azules?

—Al cien por cien —respondió Leo—. Ese hombre se pasó media vida echándome la culpa de cada problema que tenía, y todo por una decisión que tomé de joven cuando patrullaba las calles. Ojos Azules está muerto, Laurie. Esa pesadilla por fin se terminó hace dos años. No tiene nada que ver con esto.

Alex y su padre se miraron de una manera que no dejaba lugar a dudas. Estaban seguros de que ella se equivocaba, pero no tenían la menor idea de cómo hacerla cambiar de opinión.

—Papá, sé que no tengo tu experiencia en la policía, pero, por favor, no mires a Alex como si necesitara que me salvarais de mis pensamientos. Si trabajaras en este caso como detective y yo fuera tu compañera, creo que escucharías mi teoría. Se basa en hechos.

—Tienes razón. Pero solo he sacado el tema de Ojos Azules para

sugerir que lo que ha pasado puede haber sido un «detonante emocional» para ti, como dicen modernamente. Tú nunca has querido ponerle una etiqueta a lo que pasaste, pero es imposible vivir una experiencia como el asesinato de Greg y las amenazas de después sin acabar con algo de estrés postraumático.

Laurie había conocido muchas víctimas de crímenes violentos que, en efecto, padecían un trastorno de estrés postraumático, pero ella estaba convencida de que ese no era su caso.

—¿Y si ha sido algún allegado de Ojos Azules? —lanzó, pensando en voz alta. Cuando analizaba ideas para un programa, era la técnica que mejor resultado le daba—. Podría estar intentando terminar lo que él empezó.

—Laurie, Ojos Azules no tenía amigos. No le importaba a nadie. Por eso fue a por Timmy y a por ti: quería hacerme daño. Quería dejarme sin nada y sin nadie. Estaba empeñado en verme tan aislado y solo como estaba él.

Alex dio a Laurie un ligero apretón en el hombro.

—Es muy lógico que relaciones la desaparición de Johnny con esas amenazas contra Timmy y contra ti, pero tu hijo no corre peligro. Y Ojos Azules ha muerto.

—Vale, pues no es Ojos Azules. Solo digo que tendríamos que investigar a las personas que me han amenazado. —Laurie ya estaba escribiéndole un SMS a Jerry para pedirle que sacara la carpeta donde guardaban las cartas alarmantes. Con su personal sentido del humor, Jerry la había llamado «Pirados».

—¿Se te ocurre alguien en particular? —le preguntó Alex.

—Hay una mujer de la que se sospecha desde hace tiempo que le hizo daño a su hijastro. El niño lleva desaparecido más de siete años, pero la policía está convencida de que su madrastra lo mató y se deshizo del cadáver para no tener que criar al hijo de otra mujer. El padre está muy interesado en que lleve el caso a *Bajo sospecha*, pero la madrastra se niega. La última vez que hablé con ella me dijo que quizá debería preocuparme más por mi propio hijo que por el de otra persona. Me dio escalofríos y me juré que ya no volvería a llamarla más.

—¿Cuándo fue eso? —le preguntó Alex.

—Hace unos tres meses.

—¿Y has mantenido tu promesa?

Sí. Alex tenía razón. La amenaza velada de la mujer había surtido efecto. No había ningún motivo para que ahora quisiera hacerles daño a Timmy y a ella.

—Además, vive en la Costa Oeste. Vale, no es la sospechosa más probable. Pero recibimos muchos mensajes inquietantes.

—Un correo o un tuit es una cosa —observó Alex—. De ahí a secuestrar a un niño hay un trecho.

—Nunca te había visto rechazar mis ideas de esta manera, Alex. Solo trato de ayudar.

Él respiró hondo antes de responder.

—Tienes razón. Lo siento. Es solo que te conozco muy bien. Todos intentamos ayudar, pero tú te desvives por resolver los problemas de los demás, incluso a tu costa. Esto no ha sido culpa tuya, Laurie. Lo que ha pasado, sea lo que sea, no es por algo que tú hayas hecho o dejado de hacer.

Laurie se dio cuenta de que su padre estaba atípicamente callado. Parecía enfrascado en sus pensamientos y tenía el entrecejo fruncido.

—Parece que estés dándole vueltas a algo, papá.

Leo alzó un dedo vacilante, como si intentara señalarse una idea que tenía en la cabeza.

—Alex tiene razón, Laurie. No es culpa tuya. Pero podría ser mía.

Laurie y Alex se miraron desconcertados antes de que Leo continuara.

—Hemos hablado de Ojos Azules. Estaba obsesionado con haceros daño a ti y a Timmy porque era de mí de quien quería vengarse. Cuando Alex te ha preguntado si se te ocurría alguien que pudiera querer hacerle daño a tu hijo, has tenido que echar mano de una mujer de la Costa Oeste que te hizo una amenaza velada sobre Timmy hace tres meses. Ahora mismo no estás trabajando en ningún caso que pueda darle a alguien motivos para intimidarte.

Laurie no tardó en seguir el hilo de sus pensamientos. Sabía que su reunión de esa mañana con la Fiscalía había sido muy importante.

—Pero tú sí —dijo, mirándolo de hito en hito.

—Esto podría ser obra de Darren Gunther. No estará contento hasta que yo admita que le endosé el asesinato de Lou Finney.

17

Dieciocho años atrás

Lou Finney oyó las campanitas de la puerta del bar al abrirse y notó la corriente de aire frío que atravesó el reservado de la entrada, su sitio preferido cuando no estaba en el despacho de la parte trasera o sirviendo en la barra. Vio que el recién llegado era Rocky, uno de sus clientes habituales del barrio.

—Ya me parecía que iba a encontrarte justo aquí —dijo Rocky—. Cuando cae la primera nevada del año, Finn siempre está sentado en este sitio exacto. Mi única duda es si tú sigues a la nieve o si la nieve te sigue a ti.

El primer y segundo nombre de Lou, Louis Caron, eran en honor de su abuelo materno, pero lo llamaban Finn desde que tenía uso de razón. El bar llevaba el mismo nombre, por supuesto. «Rocky es observador», pensó Finn. Aquella era, en efecto, una de sus muchas tradiciones anuales. Un trago de whisky Jameson el día de San Patricio. Una buena cerveza durante el primer partido de los Mets. Contemplar la primera nevada del invierno desde el reservado de la entrada.

Rocky se quedó un buen rato en la puerta, esperando mientras un grupo de mujeres jóvenes se dirigía a la salida desde el fondo del bar después del concurso de preguntas y respuestas de los jueves por la noche.

—¿Vas a cerrar la puerta o qué, Rocky? —le preguntó Finn—. La calefacción no es gratis.

Rocky sonrió con aire satisfecho mientras las atractivas mujeres pasaban una a una por su lado, dándole las gracias por sostenerles la puerta.

—Menudo caballero —dijo Finn en tono irónico.

Cuando la puerta por fin se cerró, Rocky le guiñó el ojo.

—¡Qué quieres que te diga, Finn! A nuestra edad, es lo más parecido

a una cita romántica que voy a tener en mucho tiempo.

—Habla por ti, vejestorio.

Rocky le puso la mano en el hombro y le dio un cordial apretón.

—Ponle una cerveza a este viejo, yo invito —le dijo Finn a Clarissa, que estaba detrás de la barra.

Rocky se lo agradeció con un guiño.

—Debe de irte bien el negocio.

Le iba bien, sí, pensó Finn. Había abierto el bar hacía treinta y cinco años, cuando él solo tenía veintisiete, con un préstamo avalado por sus padres. En esa época, los habitantes del West Village eran artistas, rebeldes, hippies y otra gente que buscaba una comunidad alejada de las zonas más esnobs y formales de Nueva York. A Finn no le había atraído tanto la contracultura como el bajo alquiler.

Les había dicho a sus padres que aquel barrio despegaría algún día, pero jamás habría imaginado que la zona oeste de Manhattan se pondría tan de moda en el nuevo milenio. Ahora disfrutaba de lo mejor de ambos mundos. Continuaba sirviendo a clientes habituales como Rocky, para quienes conservaba en la gramola música apropiada para su generación. Pero también tenía una carta de cócteles con cosmopolitan y appletini, el concurso de los jueves por la noche y los «Sunday Bloody Mary», las sesiones de cine con karaoke de los domingos para atraer a jóvenes a los que les parecía guay ir a un bar de época de vez en cuando.

Mientras veía como Rocky se sentaba en su sitio habitual al final de la barra y daba un buen trago a su cerveza por cuenta de la casa, Finn se permitió un momento de orgullo por el negocio que había levantado.

La nieve estaba empezando a cuajar cuando Clarissa apareció en su reservado con un tazón lleno de un líquido oscuro. Por cómo lo llevaba, Finn supo que estaba caliente.

—¿Es lo que creo que es? —le preguntó.

—Tu favorito.

«Favoritos», pensó Finn. Como con sus propios hijos, Finn jamás reconocería que tenía preferencias entre sus empleados, pero Clarissa era, sin lugar a dudas, su favorita. Tenía veintiséis años según su

partida de nacimiento, pero él estaba convencido de que su alma había nacido en 1937. Además, preparaba un ponche de avellanas caliente que sabía a gloria.

Oyeron una fuerte risotada en la sala del fondo y Clarissa puso cara de enfado.

—Esta noche tenemos a unos cuantos zoquetes ahí detrás. Saltan chispas, tú ya me entiendes. Demasiada testosterona. Sin ánimo de ofender, por supuesto.

—Por supuesto —dijo él con una sonrisa.

—Un bocazas está celebrando que cumple veintiuno. Ha vuelto a casa por Navidad del Vassar College, de lo que presume a bombo y platillo. Según él, le espera un puesto importante en Wall Street. Cuando cumpla treinta, toda esta ciudad será suya.

—¿Y cuándo es la boda? —le preguntó Finn.

—¿Con él? ¡Ni hablar! Además, ya le ha echado el ojo a otra. Está intentando ligarse a una de las mujeres, pagándole las copas durante toda la noche.

—Avísame si se pasa de la raya. Si busca problemas, prefiero echarlo antes de que empiece.

Cuando Clarissa se volvió para regresar a la barra, los decibelios de la sala del fondo alcanzaron de golpe un nivel incluso mayor y Finn estuvo a punto de derramar el ponche. La pesada cortina morada que separaba la sala del resto del bar se levantó como si una fuerte ráfaga de viento se hubiera colado dentro y dos hombres salieron dando tumbos, empujándose, rodeados de una maraña de gente. Un hombre alto con una chaqueta *sport* y el cuello de la camisa aflojado gritó:

—¡Vamos, machote de Wall Street! A ver cómo pegas.

Se movían tan rápido que Finn solo distinguía el pelo oscuro del hombre más alto y la cabeza pelirroja del más bajo y achaparrado. Una mujer gritó «¡Jay, cuidado!» cuando el hombre moreno asestó a su oponente un puñetazo en la mandíbula.

—¡Eh, eh, eh! —gritó Finn, saliendo a toda prisa del reservado con las manos alzadas. Su local tenía fama de ser un lugar tranquilo, pero no se puede tener un bar abierto durante tres décadas y media sin aprender a detener una pelea. «No son más que un par de

universitarios —pensó—. Meros aficionados. Puedo con ellos».

Los hombres no le prestaron atención y siguieron empujándose y golpeándose, espoleados por la turba que los rodeaba. Finn se abrió paso entre la gente, intentando llegar a los dos hombres para separarlos. Antes de darse cuenta, lo habían empujado fuera del bar. La acera empezaba a estar resbaladiza. Junto a él, un joven perdió el equilibrio y cayó al suelo mientras el hombre moreno se agachaba y cargaba contra el pelirrojo gruñendo como un animal salvaje.

Finn se metió los dos meñiques en las comisuras de la boca y silbó tan fuerte como pudo para que la turba le prestara atención.

—¡Venga, tíos, parad ya!

Lo empujaron por detrás, lo que lo acercó aún más a la contienda. «Cuando me vean y me oigan —pensó—, podré calmarlos. Me meteré en medio si hace falta».

El pelirrojo puso los ojos como platos cuando vio a Finn delante de él. Separó los labios. «Es un crío —pensó Finn—. Se ve que está asustado y que quiere terminar con esto. La cosa va bien. Ya casi está».

El chico bajó la mirada y Finn se permitió seguirla, consciente de pronto de una extraña sensación en el vientre. Un dolor agudo. El brillo de la farola de la esquina se reflejó en el borde de la hoja metálica, de la que solo se veían cinco centímetros entre la sudadera de Finn y el mango del cuchillo. Los dedos que agarraban el mango estaban cerrados en un puño. Vio cómo le sacaban la hoja del vientre y después respiró una gran bocanada de aire, como un nadador que sale a la superficie del agua. El aire se convirtió en un grito cuando el cuchillo volvió a clavársele en el cuerpo.

Le cedieron las rodillas y se desplomó sobre la acera. Lo último en caer fue la cabeza, que se dio contra la primera nieve del invierno que cubría el hormigón.

—¡Fiiiiiin! No, Finn, no. ¡Que alguien llame a una ambulancia! Lo han apuñalado.

Era Clarissa. Lo último que vio Finn fue a su empleada favorita, apretando en vano el delantal del bar contra su sudadera.

Los curiosos no habían parado la pelea, pero ver al propietario del bar, a quien tenían en tanta estima, tirado en un charco de sangre los instó a cambiar drásticamente de actitud. Dejaron de ser meros espectadores y colaboraron para retener a los dos contendientes hasta que acudiera alguien con más autoridad.

La ambulancia llegó a los pocos minutos, pero Lou Finney fue declarado muerto en el lugar de los hechos. Entretanto, Rocky, un cliente habitual del bar, encontró un cuchillo de caza abierto a unos tres metros y medio del cadáver de Finn, arrojado allí de un manotazo o de una patada por el asesino o por otra persona, a propósito o no, durante la confusión que siguió al apuñalamiento. Como una última manera de ayudar a su amigo, vigiló el arma, asegurándose de que nadie la tocaba, hasta que llegó la policía.

Los primeros agentes de policía en llegar se enteraron de que el hombre moreno era Darren Gunther, alumno de tercer año en el Vassar College, el que celebraba su veintiún cumpleaños. El pelirrojo era Jay Pratt, de veintisiete años, bróker inmobiliario. El teniente Leo Farley, una figura emergente del departamento de policía de Nueva York, era el agente que había respondido a la llamada.

18

Laurie se fijó en que su padre se había levantado y estaba paseándose de un lado para otro mientras refería la historia de la acusación de Darren Gunther por el asesinato de Lou Finney, el querido propietario de un bar del West Village. Aquello siempre era una clara señal de que estaba preocupado.

—Fue una pelea de bar que se fue de las manos —explicó Leo—. Gunther era un universitario guapo y carismático, con la confianza del multimillonario en el que estaba decidido a convertirse. Jay Pratt, en comparación, era un fantoche, un niño bien del Upper East Side al que su padre había colocado en el negocio inmobiliario de la familia. ¿Y Lou Finney? Era el buen hombre que intentaba evitar que dos energúmenos la montaran gorda en su local. Su muerte fue un duro golpe para el barrio. Se corrió rápidamente la voz. A la mañana siguiente, toda la acera delante del bar estaba cubierta de flores y tarjetas de pésame hechas a mano.

Alex se inclinó hacia delante en el sofá al lado de Laurie, apoyó los codos en las rodillas y juntó las puntas de los dedos.

—De hecho, me acuerdo de cuando pasó —dijo—. Yo también estaba en la universidad en esa época. Un par de amigos míos de Fordham se fueron de copas al Village esa noche, pero yo me quedé en casa. Tenía que empollar para mi último examen. Mis amigos iban de camino al Finn's cuando vieron a la policía y la cinta amarilla delante del bar. Al día siguiente, me dijeron que podrían haber estado dentro cuando estalló la pelea si no se hubieran quedado atrapados en el atasco causado por la nevada.

—Yo también me acuerdo —intervino Laurie—. Acababa de volver a casa por Navidad y recuerdo que a la mañana siguiente pasaste un momento por casa y le hablaste del caso a mamá. Cuando volviste esa noche, ya tenías la confesión de Gunther.

—No —objetó Leo, levantando el dedo índice para corregirla—. En realidad, no fue tan fácil. Cuando pasé por casa para tomarme un

descanso, tenía la primera versión de su confesión, pero sabía que Gunther no me lo había contado todo, que estaba tergiversando los hechos para tener alguna posibilidad con un jurado compasivo. Hablar con tu madre durante ese descanso fue lo que me abrió los ojos. Volví a la comisaría e interrogué otra vez a Gunther. Conseguí que se quitara la careta.

Laurie empezó a recordarlo todo con más claridad.

—Me acuerdo de que luego le dijiste a mamá que el caso lo había resuelto ella.

Alex miraba de uno a otro como un espectador en Wimbledon, intentando seguirles el hilo.

—Esto es lo que pasó —dijo Leo, al ver su confusión—. Finn intentaba parar la pelea que había seguido en la acera, pero Gunther y Pratt se estaban sacando los ojos. Además, también había un montón de gente del bar en la calle, lo que había atraído más mirones aún. El caos era total. Y entonces Finn se cayó al suelo, apuñalado, dos veces, en el abdomen. —Con la mano izquierda, Leo se tocó la zona justo por encima del cinturón para indicar dónde estaban localizadas las heridas —. Nadie vio el apuñalamiento, pero lo más probable era que hubiera sido uno de los dos contendientes, Gunther o Pratt.

—Se culpaban el uno al otro —explicó Laurie, intentando hacer avanzar el relato. Sabía que su padre podía pasarse fácilmente una hora hablando del caso, sobre todo ahora que Darren Gunther llevaba varios meses tergiversando lo ocurrido. Entendía su obsesión por los hechos, pero estaba impaciente por saber qué relación podían tener con la desaparición de Johnny.

—Cuando les leí sus derechos antes del interrogatorio, obviamente en salas distintas, los dos dijeron que el cuchillo debía de haberlo sacado el otro. Y yo no tenía testigos. Gunther, Pratt y Finn estaban demasiado juntos para que nadie más pudiera ver nada. Cuando Finn se desplomó, el cuchillo ya estaba tirado en el suelo y, por el aspecto del mango, sospechábamos que lo habían limpiado rápidamente para intentar borrar las huellas dactilares. Encontramos sangre de Finn en los dos hombres, incluidas las manos, pero eso no me decía gran cosa dadas las circunstancias. Así que esperé un poco y le dije a Gunther

que habíamos encontrado sus huellas dactilares en el cuchillo. Y, por supuesto, le dije lo mismo a Pratt.

—¿Y qué huellas fueron las que encontraste? —le preguntó Alex.

—Ninguna —respondió Leo—. Naturalmente, el laboratorio forense tardó un par de semanas en confirmarlo. Pero esa noche les dije a los dos que la persona que había limpiado el mango del cuchillo se había dejado un par de sitios y que habíamos encontrado dos huellas latentes para compararlas con las suyas. Les expliqué que una huella dactilar se compone de bucles, arcos y espirales. Les dije que teníamos trece puntos de coincidencia en una de las huellas latentes y veinte en la otra. Les di prácticamente un seminario sobre ciencia forense. Incluso llevé la clase de gráficos que un testigo pericial proyectaría en una pantalla durante un juicio para que vieran las coincidencias con sus propios ojos, pero eran pruebas de un caso totalmente distinto.

—Eso no tiene nada de malo —señaló Alex—. Incluso cuando era abogado defensor sabía que la policía tenía permitido utilizar la táctica del engaño durante un interrogatorio.

—Exacto —dijo Leo—. Siempre y cuando las declaraciones del acusado sean voluntarias, que lo fueron. Pues bien, Pratt lo negó rotundamente. Me dijo que le llevara una Biblia o un detector de mentiras para poder jurar que jamás había tocado el cuchillo. Insistió en que el laboratorio debía de haber intercambiado sus huellas con las de Gunther. Pero Gunther no reaccionó así. Me di cuenta de que maquinaba algo. De golpe, cambió por completo su versión. Sostuvo que había sido Finn el que había sacado el cuchillo y les había dicho que se iban a enterar por empezar una pelea en su bar. Dijo que estaba intentando quitárselo para protegerse cuando alguien lo empujó contra él.

—¿Dos veces? —preguntó Alex con incredulidad—. ¿Lo apuñaló sin querer dos veces?

Leo negó con la cabeza.

—Claro que no. Por eso he dicho que esa era la primera versión de su confesión. Yo sabía que era falsa. Y Gunther estaba hinchado como un pavo, casi sonriendo, cuando me marché, como si me desafiara a rebatir su historia. ¿Has visto las entrevistas de Gunther con esos

presentadores de televisión que lo admiran tanto? Jamás se sentará con alguien que sepa de periodismo o de derecho penal. Ha aprovechado el tirón de hacerse famosillo. Ya era arrogante incluso entonces.

—El reportaje de *Vanity Fair* decía que «su encanto desarmaba» —recordó Laurie con sarcasmo.

—Y él lo sabe —añadió Leo—. Ese encanto y un poco de astucia son lo que le permitió obtener becas para pagarse la secundaria en un centro privado y estudiar en el Vassar College.

—Bueno, probablemente también ayudó que mintiera haciéndose pasar por huérfano —precisó Laurie.

Durante la preparación del juicio de Gunther, Leo y la policía habían descubierto que, detrás de su carismática fachada, Gunther escondía un lado oscuro. Profundamente inseguro, manipulaba a la gente para acceder a círculos más elitistas, solo para robar objetos personales de las casas de sus anfitriones y mentir sobre su pasado. Sus profesores del instituto y de la universidad estaban convencidos de que se había quedado huérfano en secundaria después de que sus padres murieran en un accidente con un avión privado, pero resultó que su madre soltera estaba viva y trabajaba como limpiadora en Forest Hills.

Pero Leo no sabía nada de aquello la noche de los hechos. Cuando regresó brevemente a casa de madrugada, pocas horas después del asesinato, fue la madre de Laurie la que le sugirió otra línea de interrogatorio.

—Eileen siempre tuvo mucha intuición —observó Leo, la voz enternecida por el recuerdo—. Yo veía a Gunther y a Pratt como dos jóvenes impetuosos que se habían enzarzado en una pelea en un bar bajo los efectos del alcohol. Fue ella la que quiso saber por qué se peleaban. Gunther no se había pronunciado a ese respecto, pero Pratt dijo que todo había empezado cuando él invitó a una copa a una mujer que conocía del internado. Eileen oyó eso y ¡bum! —Leo señaló con el dedo para dar más énfasis a sus palabras—. Dijo: «¡Eso es! Te garantizo que se pelearon porque Gunther estaba intentando controlar a esa mujer. No quería que hablara con otro hombre». Efectivamente

me puse en contacto con una camarera del Finn's, una tal Clarissa DeSanto. Me dijo que Gunther se había pasado toda la noche pendiente de una clienta, probablemente tres años mayor que él, vestida con tejanos y un jersey para salir por el Village, pero con pendientes de diamantes de dos quilates y varias pulseras de Cartier.

—Vamos, que estaba fuera del alcance de Gunther... —apostilló Alex.

—Esa fue la impresión de Clarissa, así que seguí esa línea de investigación. Localicé a la clienta por un cargo a la tarjeta de crédito de una de sus amigas. Se llamaba Jane Holloway. Ella y Pratt habían ido juntos al instituto. Me dijo que Gunther se pasó la noche intentando hablar con ella. Al principio, se sintió halagada, pero después, con sus amigas, empezaron a hacer bromas sobre él a sus espaldas, diciendo que sería el próximo lobo de Wall Street y cosas así. Al final, se inventó que estaba prometida para quitárselo de encima. Fue entonces cuando llegó Pratt. Gunther dijo algo parecido a: «Tú debes de ser el novio, qué suerte. Tu chica lleva toda la noche hablando conmigo». A partir de ahí, enseguida se vio que no había ningún compromiso. Jane lo había humillado bien.

—Así que todo fue por su frágil ego herido —observó Alex.

—Exacto, o al menos esa era mi teoría. Volví a llevármelo a la sala de interrogatorios y esa vez le dejé claro que sabía lo inseguro que era. Que debía de haberse sentido rechazado. Que se había pasado todo su cumpleaños intentando que le hiciera caso una mujer que estaba por encima de sus posibilidades. Que Jane no lo había tomado en serio. Cuando se dio cuenta de que yo lo sabía, de que lo veía tal como era, por fin confesó, y esa vez dijo la verdad. Sobre la chica y sus amigas dijo cosas irrepetibles entre gente civilizada y reconoció haber apuñalado a Finn cegado por la rabia.

—Y todo porque una mujer lo había rechazado —apostilló Laurie.

—Ocurre con demasiada frecuencia, por desgracia —observó Leo—. Cuando se celebró el juicio, Gunther negó haber hecho aquella confesión. Le dijo al jurado que yo me lo había inventado todo y sostuvo, una vez más, que ni tan siquiera había visto el cuchillo y que no tenía ni idea de quién había apuñalado a Lou Finney. Dijo que

debía de haber sido algún otro entre la multitud.

—¿Y crees de verdad que Gunther podría tener algo que ver con la desaparición de Johnny? —le preguntó Laurie.

—La motivación que lo ha empujado siempre es su deseo de construirse un personaje —respondió Leo—. Primero quiso ser el mago de las finanzas con un futuro prometedor. Ahora quiere ser el escritor brillante falsamente acusado por la policía. Y adivina quién es el malo de la película, la persona a la que necesita controlar para que su versión se sostenga. —Leo alzó una mano—. Servidor. Gunther probablemente esperaba que yo ya estuviera muerto y enterrado, o que pasara mis días jugando a la petanca en una playa y me trajera sin cuidado un caso antiguo. Pero yo no soy así. Me he enfrentado a él en todo momento. A menos que yo diga que me inventé la confesión, el fiscal no va a revocarle la condena.

Laurie cerró los ojos e intentó imaginar a Darren Gunther urdiendo el secuestro de un niño desde su celda para poder presionar al policía que se interponía entre él y su libertad. Utilizar a un niño inocente como peón sería propio de un sociópata. Pero ella sabía que Gunther era astuto y cautivador. Tenía contactos con personas fuera de la cárcel que podían estar dispuestas a ayudarle a obtener lo que, según ellas, era una justicia tardía.

Pero ¿cómo había relacionado Gunther al policía que detestaba con un niño que había nacido casi una década después de que él ingresara en prisión? De repente, le vino a la mente la fotografía del artículo de una revista que ahora tenía enmarcado y colgado en la pared de su despacho.

—Papá, la revista *New York* publicó un artículo sobre ti el año pasado, cuando volviste al departamento de policía de Nueva York para unirte al grupo antiterrorista —dijo—. El autor también incluyó un apartado donde explicaba que, en un principio, tú habías dejado el departamento para ayudarme con Timmy después de que asesinaran a Greg. ¿Te acuerdas de cómo me disgusté cuando publicaron la foto en la que salimos los tres en el partido de los Yankees?

Timmy, Leo y ella habían visto el partido como invitados, desde el palco del alcalde. Laurie siempre intentaba proteger a Timmy de la

atención pública, pero, al parecer, el fotógrafo oficial del estadio les había sacado una fotografía y la había subido a una base de datos de imágenes disponibles para la prensa. Leo había proporcionado el retrato oficial del departamento de policía para el artículo, pero, de algún modo, la redacción de la revista había localizado aquella vieja fotografía de familia en internet.

Alex iba siguiendo su razonamiento.

—La foto del partido era de hacía un par de años.

«De cuando Timmy se parecía mucho a Johnny», pensó Laurie.

—Deberíamos contárselo todo a Marcy y a Andrew antes de hacer nada más —propuso Laurie.

—Probablemente aún están en mi habitación —dijo Alex—. Ya deben de haberles dado la noticia a las gemelas. Vayamos a buscarlos.

19

Por la velocidad más lenta del coche y las numerosas curvas que tomaba el hombre, una tras otra, Johnny sabía que habían salido de la autopista. Los tenues rayos de sol que antes se colaban en el maletero habían sido sustituidos por el resplandor de las luces traseras. Había anochecido.

Otra curva, seguida de una serie de pum, pum, pum, pum por debajo de él, como si circularan sobre piedras, grava o algo parecido. Entonces el coche se detuvo.

«Un elefante, dos elefantes...».

Empezó a contar para sus adentros, como ya había hecho cada vez que el coche se había detenido. Ciento diecisiete elefantes era la cifra más alta a la que había llegado hasta el momento. Había sido la única vez que el hombre había bajado del coche, cuando le había hablado y le había dado un *ginger-ale*.

Después de esa vez, todas las paradas habían sido falsas alarmas. Probablemente, señales de *stop* o semáforos en rojo, suponía Johnny. ¿Habían parado por fin, e iba el hombre a sacarlo del maletero?

«Ocho elefantes, nueve elefantes...».

Oyó un zumbido fuera del coche. No era un pájaro ni ningún otro animal, pensó. Era más bien una máquina de alguna clase.

El ruido cesó cuando había contado hasta quince elefantes y el coche empezó de nuevo a moverse. Un bachecito y, después, la superficie bajo los neumáticos pareció ser de nuevo la de una lisa carretera asfaltada. Ya no había piedras ni grava.

Otra parada.

«Un elefante, dos elefantes...».

El hombre apagó el motor. Era la primera vez que lo hacía desde el *ginger-ale*. Johnny contuvo la respiración, aterrado por lo que podía suceder.

Volvió a oírse el zumbido mecánico. Esa vez era más fuerte.

En cuanto cesó, oyó la voz del hombre.

—Ni pío, ¿me entiendes?

Johnny abrió la boca para asegurarle que no diría una palabra, pero se contuvo. Eso sería hablar y no quería enfadarlo.

Oyó el leve chasquido del maletero al abrirse. El hombre lo miró a los ojos por la rendija.

—Chis, pequeño. Ni una palabra.

La voz era un susurro, pero fue el sonido más aterrador que Johnny había oído jamás. Tenía que bajar del coche antes de orinarse en el pantalón. No quería ni pensar qué le haría el hombre si eso ocurría.

Cuando el maletero se abrió despacio, Johnny vio que se encontraban en un garaje de dos plazas. Había espacio suficiente para el coche en el que habían viajado, pero el resto del garaje estaba lleno de toda clase de objetos amontonados por doquier. Una bicicleta encima de un viejo sofá junto a un cortacésped. Cajas apiladas por todas partes. Un desorden enorme.

—Puedes sentarte —le dijo el hombre—. Tranquilo.

Johnny obedeció, pero se movió despacio porque no quería que el hombre se enfadara. No podía despegar la mirada de la pistola que llevaba en la cintura.

—Ya debes de tener ganas de salir de ahí, ¿no?

«¿Intenta engañarme?», se preguntó Johnny. No quería parecer un quejica. El hombre lo miró expectante. Él asintió despacio, esperando que fuera la respuesta correcta.

—Ahora vamos a entrar en esta casa —le explicó el hombre—. Pero tienes que respetar mis reglas.

Johnny volvió a asentir.

—De la primera ya hemos hablado. Nada de gritar, montar un número ni intentar escapar.

Johnny asintió, aunque no quería entrar en la casa de un desconocido. Nunca jamás había estado en una casa ajena sin que lo llevaran sus padres. Intentó imaginar qué estarían haciendo en ese momento en la fiesta de cumpleaños del tío Alex, pero ni tan siquiera le parecía real que ellos siguieran en el mundo de siempre mientras él estaba ahí, solo con aquel hombre.

—Y voy a tener que cortarte un poco el pelo. —El hombre hizo el

gesto de las tijeras por encima de su cabeza.

La idea de que aquel hombre manejara unas tijeras cerca de su cabeza lo hizo estremecerse, pero se obligó a tragar saliva y volvió a asentir.

—Y también vas a necesitar otro nombre. Ahora eres Danny. No lo olvides. Serás Danny de ahora en adelante. Más vale que te vayas acostumbrando.

«¿Acostumbrarme? —pensó Johnny, asustado—. ¿Durante cuánto tiempo piensa tenerme aquí? Quiero irme a casa».

20

En el restaurante del hotel, el camarero acababa de recoger la mesa cuando a Marcy le vibró el teléfono. «Por favor, que sean buenas noticias». Quería creer que, de un momento a otro, le llegaría el SMS: Johnny solo se había perdido en la playa y estaba esperando a que fueran a recogerlo a la casa acogedora y confortable de la encantadora familia a la que había pedido ayuda.

En cambio, era otro SMS de Laurie: «Hemos ido a buscaros a la habitación de Alex. ¿Dónde estáis?».

Marcy escribió: «Cenando en el restaurante del hotel».

Las letras la miraron desde la pantalla, juzgándola. «¿Cómo puedes salir a cenar cuando tu hijo ha desaparecido? ¿Qué clase de mujer reacciona de ese modo?».

La decisión había sido de su marido, Andrew. Se la había llevado aparte y la había obligado a leer el folleto que les había dado la detective Langland. Estaba publicado por el Centro nacional para niños desaparecidos y explotados. Ya solo el título —«Ha desaparecido un niño»— había vuelto a darle náuseas. Tenía que recordarse continuamente que aquello era real. Johnny había... desaparecido.

Pero Johnny no era su único hijo. También había que ocuparse de Emily y Chloe. Marcy no iba a permitir que se enteraran de lo que le había sucedido a su hermano por otra persona. Ahí era donde entraba en juego el panfleto, con un apartado dedicado específicamente a las necesidades de los hermanos del niño desaparecido. Después de leerlo, Marcy y Andrew habían decidido que lo mejor era contarles a sus hijas todo lo que sabían y después intentar que se sintieran lo más seguras posible manteniendo los mismos hábitos y horarios de siempre.

Así que allí estaban los cuatro, al final de una cena que Marcy se había obligado a comerse, porque la guía decía que era importante para los niños ver que sus padres se cuidaban. Apartó su sentimiento de culpa y por fin envió la respuesta a Laurie. Ella también era madre.

Entendería que Marcy y Andrew tuvieran que ocuparse de las gemelas, pese al terror que les producía la desaparición de Johnny.

Marcy sonrió sin ganas cuando Emily y Chloe debatieron sobre qué plato del menú elegiría Johnny cuando regresara al hotel. Se dijo que era una señal de que aceptaban la «ausencia transitoria» de su hermano, como decía la guía.

«Por favor, Dios, que sea transitoria».

Volvió a vibrarle el teléfono cuando les llevaban la cuenta. Otra vez Laurie: «Mi padre tiene una teoría que quiere explicaros a Andrew y a ti. Si decidís ahondar en ella, creo que yo podría ser de ayuda. Alex puede quedarse con las niñas mientras hablamos».

Marcy siempre había sido la clase de persona que se lee las instrucciones de montaje de principio a fin antes de tocar una sola pieza. Andrew, en cambio, las sacaba todas de la caja, se ponía a montarlas y solo paraba para echar un vistazo a las instrucciones si se atascaba.

Sus distintos estilos se hicieron patentes en la suite cuando Leo expuso su teoría de que un tal Darren Gunther, condenado por asesinato, había organizado el secuestro de su hijo por error, creyendo que era el hijo de Laurie, Timmy. Según Leo, era casi seguro que Gunther había leído un artículo reciente sobre él en una revista que destacaba su estrecha relación con su nieto. Leo creía que Gunther quería utilizar al niño para obligarlo a admitir —falsamente— que se había inventado la confesión que lo había condenado a cadena perpetua.

Durante la explicación, Andrew fue interrumpiéndolo para pedirle aclaraciones.

—¿Cómo ha podido llevarse a nuestro hijo si está entre rejas?

—Gunther se ha convertido en una especie de celebridad —explicó Leo—. No es nada raro que los presos atraigan seguidores, en algunos casos, incluso lo que podríamos llamar «fans». Y Gunther es muy carismático. No me extrañaría que hubiera convencido a alguien mentalmente vulnerable para que le ayude desde fuera.

—Si pretende manipularte, ¿por qué no se ha puesto en contacto contigo todavía?

—Está entre rejas. Si las decisiones las toma él, al secuestrador material podría llevarle un tiempo comunicarse con él para decidir el siguiente paso.

Marcy permaneció en silencio, sentada al lado de Andrew en el sofá, asimilando hasta el último detalle. Fiel a su estilo, primero escucharía y después preguntaría.

—Si estás en lo cierto —continuó Andrew— ¿qué pasará cuando se den cuenta de que se han equivocado de niño? A lo mejor les entra el pánico y...

Marcy notó que un escalofrío le recorría el espinazo de solo pensarlo, pero, aun así, no dijo nada.

Cuando Leo terminó de exponer su teoría, y su marido de hacer preguntas, por fin habló.

—¿Cómo o cuándo sabremos si esa teoría es la correcta?

Leo negó tristemente con la cabeza.

—Ojalá pudiera decírtelo, Marcy. Si alguien relacionado con Gunther se pone en contacto con nosotros para hablar de Johnny, estaremos seguros. Darren Gunther ha tenido dieciocho años para culparme de haber acabado en la cárcel y no es la clase de persona que juega limpio. Yo me paso la vida esforzándome por averiguar cómo y cuándo intenta timarnos, trucar las cartas a su favor, y ahora desaparece vuestro hijo. ¿Puede ser una coincidencia? Tal vez. Pero, ahora mismo, esto es lo más parecido a una teoría que tenemos.

Marcy no encontró consuelo en sus palabras.

—Laurie, has dicho que podías ayudarnos si decidíamos seguir esta pista.

—Quizá. En mi opinión, Gunther desconfía de la policía, pero está ávido de atención. Popularidad. Fama. Y yo tengo mi programa. Mi padre lleva semanas intentando convencerme para que lleve el caso de Gunther a *Bajo sospecha*, pero a mí me preocupaba el posible conflicto de intereses.

Leo se dispuso a interrumpirla, pero Laurie se lo impidió.

—La percepción de un conflicto de intereses —precisó—. Si existe la

posibilidad de que Gunther tenga algo que ver con la desaparición de Johnny, utilizaré mi programa para acceder tanto a él como a la gente que conoce fuera de la cárcel, sin necesidad de leerle sus derechos, pedir una orden judicial ni nada de eso. Por algo hemos descubierto pruebas en algunos casos que la policía llevaba años pasando por alto.

Marcy notó que Andrew le apretaba la mano.

—¿Qué te parece, cariño? —le preguntó.

Ella abrió la boca para hablar, pero no fue capaz de articular palabra.

Laurie le dirigió una tenue sonrisa.

—Acabamos de darte mucha información de golpe.

—Si decimos que sí, ¿qué sería lo primero que harías? —le preguntó Marcy.

—Lo primero sería plantearle la idea a mi jefe, pero sé que me dirá que sí. Luego me pondría en contacto con el abogado de Gunther para invitarlo a mi programa y entrevistarlo.

Marcy asintió, añadiendo aquella información a la que ya tenía.

—¿Y eso podrías hacerlo ya o...?

—No —respondió Laurie—. Llamaría al abogado mañana a primera hora y, obviamente, tendría que esperar a que me diera una respuesta. Pero, a partir de ahí, lo entrevistaríamos lo antes posible.

—Entonces nos lo podemos pensar un poco, ¿no? —Marcy se levantó del sofá, sin pensar y sin saber muy bien dónde quería ir.

—Claro —contestó Laurie—. Es solo que...

—Johnny ha desaparecido —dijo Marcy con rotundidad—. Créeme, no hace falta que me lo recuerden. —Mirando a Andrew, añadió—: Te lo diremos con seguridad mañana temprano.

Andrew le cogió la mano.

—¿Estás bien? —susurró.

Marcy lo miró sin comprender. «¿Estoy bien?». Su voz le pareció distante cuando por fin respondió.

—¿Recuerdas lo que dice la guía? ¿Que la desaparición de un hijo puede consumir a los padres hasta el punto de dejarlos físicamente agotados?

Lo último que oyó antes de desplomarse fue a su marido gritando su

nombre.

Cuando se despertó, estaba en la cama. La oscuridad era total, pero sabía que la mano cogida a la suya era de Andrew.

«¿Dónde estoy?».

Le parecía que hubiera pasado años dormida. Había soñado que ayudaba a Johnny con su trabajo de ciencias para la escuela. Su hijo había construido una pila con moneditas de uno y cinco centavos, papel de aluminio, una servilleta de papel y un poco de sal y vinagre. Johnny sonreía de oreja a oreja cuando lograba encender una bombilla de 100 vatios con su artilugio. «¡Mamá, si hacemos suficientes, podremos alumbrar toda la casa!».

«¡Johnny!».

Se incorporó de golpe, totalmente despierta, con el corazón acelerado. Estaba metida en la cama, en pijama, pero, a su lado, Andrew estaba encima del edredón, aún vestido.

Su marido se inclinó hacia ella y la abrazó, siseando suavemente para tratar de consolarla.

Ella miró el reloj digital de la mesita de noche. Eran las doce y diez de la noche.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Te has desmayado. ¿No te acuerdas?

«¿Me acuerdo?».

Recordaba a Alex entrando con una mujer en el salón de la suite. Era una médica que casualmente se alojaba en el hotel. Marcy había respondido todas sus preguntas: cómo se llamaba, en qué año estaban, el nombre del actual presidente. De hecho, recordaba haberse puesto aquel pijama, haber doblado la ropa que llevaba y haberla metido en la maleta, como siempre hacía para tardar menos tiempo cuando llegaba el odioso momento de volver a hacer el equipaje al final de un viaje.

—De hecho, lo recuerdo todo —respondió—. Pero es como si le hubiera pasado a otra persona, no a mí. Es de locos, ¿verdad?

Andrew la besó tiernamente en la frente.

—En absoluto. Yo llevo todo el día embotado. La guía dice que cada persona procesa el estrés a su manera. Intenta dormir un poco más...

—Las niñas...

—Ya duermen. No creo que sean aún conscientes de lo que está pasando.

Una de las muchas ventajas de la infancia.

—Ojalá todos tuviéramos tanta suerte. —Marcy volvió a tumbarse y hundió la cabeza en la almohada de plumón.

Se quedaron así, acostados a oscuras, respirando en silencio y cogidos de la mano.

—¿Andrew?

—¿Sí?

—La guía... dice que algunos padres se distancian cuando un hijo desaparece. Que...

Andrew se volvió de lado y le puso una mano en la mejilla con mucha dulzura. Marcy distinguía su cara lo suficiente para ver que estaba llorando.

—Eso nunca nos pasará a nosotros. ¿Lo entiendes? ¡Nunca!

Marcy alargó la mano y le enjugó las lágrimas. Unos minutos después, la respiración de Andrew se hizo más lenta y profunda. Estaba dormido.

Buscó a tientas el móvil en la mesilla de noche. No había SMS nuevos.

Seleccionó el número de teléfono guardado de la detective Langland y escribió un SMS. «Por favor, llámeme lo antes posible. Necesito hablar con usted de una cosa».

Dejó el teléfono, pero volvió a cogerlo al darse cuenta de que ella era mucho menos importante para la policía de lo que ellos lo eran para ella. «P. D. Soy Marcy Buckley. Es para hablar de un hombre que se llama Darren Gunther».

Cerró los ojos e intentó en vano volver a dormirse.

«Estés donde estés, Johnny, intenta dormir y no tengas miedo. Vamos a encontrarte. Te lo prometo».

21

Al salir del dormitorio, el hombre pulsó el interruptor situado junto a la puerta y la oscuridad lo envolvió todo.

—Perdone —dijo Johnny, justo cuando el hombre estaba a punto de cerrar la puerta—, es que me da miedo la oscuridad. Mis padres siempre me dejan una luz encendida cuando me acuesto.

Tuvo la sensación de que el hombre le escrutaba la cara para obtener más información. ¿Sabía que le estaba mintiendo?

Johnny había dejado de necesitar luz para dormir a principios de primero, pero eso era cuando estaba en casa —su verdadera casa—, con sus padres, Chloe, Emily y sus dos gatos, Sal y Pimienta. En casa, donde se sentía seguro. No quería estar en una habitación a oscuras en la misma casa que el hombre que lo había llevado allí. No quería estar en aquella casa de ninguna manera.

Le daba miedo que el hombre le gritara por haberle mentido. Que se diera cuenta de que no era verdad y lo castigara. O que volviera a regañarlo, como había hecho en el coche cuando había dicho «no sé». Si pensaba que ya tenía «edad para decir sí o no como es debido», probablemente también pensaba que era demasiado mayor para tenerle miedo a la oscuridad.

Pero el hombre lo sorprendió; volvió a encender la luz y después se marchó y regresó con una de esas lamparitas tenues que se enchufaban directamente en la pared. Johnny se fijó en que la tulipa tenía la forma de un ángel.

—¿Es suficiente luz, Danny? —le preguntó, volviendo a pulsar el interruptor para apagar la luz—. No quiero dejar la luz del techo encendida toda la noche o no pegarás ojo. Imagino que necesitarás descansar después del viaje en coche.

Johnny no dijo nada y el hombre dulcificó la voz.

—No ha sido muy cómodo, ¿verdad, Danny?

Johnny quería gritarle: «¡Deje de llamarme Danny! Yo no me llamo así». En cambio, se limitó a encogerse de hombros. El hombre siguió

mirándolo, esperando una respuesta distinta.

—Esta luz es suficiente —dijo Johnny.

El hombre siguió mirándolo, esperando.

—Gracias.

El hombre esbozó una sonrisa y pareció satisfecho.

—Aquí dentro no hay baño, como habrás notado. ¿Necesitas ir otra vez antes de dormirte?

—No, gracias.

—¿Aguantarás toda la noche?

—Ya no se me escapa.

Otra sonrisa satisfecha.

—Claro que no. Muy bien, Danny.

Después se marchó. Los chasquidos provenientes de la puerta parecieron pestillos que se encajaban en su sitio, lo que confirmó las sospechas de Johnny.

Ahora estaba encerrado en la habitación, completamente solo, y podía utilizar la lucecita para intentar averiguar dónde se encontraba y por qué.

Se llevó las rodillas al pecho y se las abrazó. Los barrotes blancos de madera del cabecero se le hincaron en la espalda de la fuerza que hacía para intentar alejarse de la puerta, como si pudiera desaparecer dentro de la pared. Se tiró del flequillo. Lo tenía muy corto. Se estremeció al recordar al hombre tan cerca de él, manejando aquellas tijeras relucientes.

No había visto mucho del resto de la casa —solo la cocina durante el corte de pelo y el baño del otro lado del pasillo—. Pero lo que había podido ver cuando el hombre lo llevaba de un punto al otro estaba casi tan desordenado como el garaje.

Pero aquella habitación no. Aquella habitación estaba limpia, pensó. No, estaba más que «limpia», al menos según las reglas de sus padres para sumar estrellas en la tabla de tareas domésticas. En su casa, una habitación ordenada significaba hacer la cama, recoger los juguetes y guardarlo todo en su sitio en los cajones, estantes y cestos.

Aquella habitación estaba... vacía. Y desolada. Había una cama, en la que él estaba sentado, y una cómoda junto a la ventana, nada más.

Dejó de abrazarse las rodillas y bajó las piernas por el borde de la cama. Al pisar el suelo, intentó hacer el menor ruido posible. Se acercó al único mueble aparte de la cama. La cómoda era de madera barnizada y los tiradores eran todos de un color distinto: rojo, amarillo, azul y verde. Le costaba creer que el hombre malvado que lo había llevado allí tuviera un mueble así.

Tiró del primer cajón con mucha delicadeza. Se abrió con facilidad. Dentro había camisetas muy bien dobladas. Le daba miedo tocarlas, pero parecían todas de su talla. Para un niño. Él.

¡Plaf!

Johnny se sobresaltó y cerró automáticamente el cajón al oír el fuerte ruido proveniente de alguna parte de la casa. ¿De arriba? ¿Del final del pasillo? No lo sabía. Pero había sido fuerte. Muy muy fuerte. Algún objeto estampándose contra el suelo.

Oyó la voz del hombre gritar una de las palabrotas que el señor Norton, su vecino, no debía decir delante de Johnny y sus hermanas. La voz le pareció furiosa y desagradable.

Johnny corrió a la cama, se metió bajo las mantas y cerró los ojos, apretando fuerte. «No he sido yo». No dijo las palabras en voz alta, pero, en su cabeza, estaba gritando. «Por favor, no me eche la culpa a mí. Estoy aquí, intentando dormir, tal como usted me ha dicho».

Se quedó acostado en silencio, rezando para que el hombre no regresara a su habitación tan enfurecido. Pasados unos minutos, le pareció oír pasos en el suelo de madera del piso de arriba. También volvió a oír la voz del hombre, pero esa vez era más baja y estaba más calmada. Parecía que el ruido ya no se repetiría. Aquello había quedado atrás.

Johnny se permitió pensar en lo que estarían haciendo sus padres, Chloe y Emily en aquel momento. «Intentad dormiros, papás». A lo mejor soñarían todos los unos con los otros y sería como si estuvieran juntos de verdad.

Pensó que quizá había conseguido dormirse y estaba soñando cuando, de golpe, oyó otro ruido, distinto, en la habitación de arriba. Otra voz, pero más dulce. Más aguda.

«¿Mamá?».

No, seguía en aquella dichosa casa. Estaba completamente despierto y la voz era real, y no se parecía en nada a la del hombre que lo había llevado allí.

«Hay otra persona arriba —pensó—. Y es una señora».

Jueves, 16 de julio

Segundo día

22

Laurie sonrió cuando Alex le pasó un mechón de pelo suelto por detrás de la oreja y le dio un suave beso en la mejilla.

—A lo mejor deberíamos casarnos aquí mismo, en la playa, mientras sale el sol, como ahora —dijo ella.

Era muy temprano, solo las cinco y media de la madrugada, y tenían la vista del mar para ellos solos. Como Timothy no se despertaría antes de un par de horas, Laurie y Alex se habían escabullido a la playa para disfrutar de un momento tranquilo juntos.

—Fui yo el que dijo que me casaría contigo cuando fuera y donde fuera. Solo tienes que decírmelo y cancelaremos todos los planes para el domingo.

—Vamos a cancelarlos igualmente, ¿no crees? —Laurie se sentía culpable incluso de pensar en la boda mientras Johnny estaba desaparecido, pero en algún momento tenían que avisar a la iglesia, y a los invitados, y al restaurante, y a la floristería, y a los músicos... y seguro que se le olvidaba alguien. Incluso cancelar su reducido banquete de boda les llevaría un tiempo.

—Si empezamos a hacer esas llamadas, Andrew y Marcy se hundirán —dijo Alex.

Laurie recordó la primera noche después de que asesinaran a Greg, acostada sola en la cama, dándose cuenta de que ya nunca volverían a dormir bajo el mismo techo. Cancelar la boda en aquel momento sería como reconocer que no creían que Johnny fuera a regresar antes del domingo, lo que podía significar que ya nunca volvería a casa.

—Tienes razón. Debemos tener fe. Con un poco de suerte, lo encontrarán antes de que Marcy y Andrew se despierten.

—No obstante, el resto del mundo continúa girando —observó Alex —. Anthony me ha enviado un SMS a las cuatro de la madrugada. Te juro que ese hombre trabaja las veinticuatro horas del día. Me dice que la empresa ha colocado los azulejos del baño principal en la cocina y los de la cocina en el baño. Dice que a él le parece que queda

igual de bien, pero que, si lo preferimos, le pedirá a la empresa que los cambie.

Anthony era el diseñador de interiores que supervisaba las obras de reforma del piso del Upper East Side que habían comprado hacía dos meses. En teoría, estaba impecable, «listo para entrar», como les gustaba decir a los agentes inmobiliarios. Pero después de que un agresor siguiera a Laurie y la amenazara con una pistola la primera vez que fue a verlo, habían bromeado con que unos pocos cambios estéticos podían estar justificados para ahuyentar a los malos espíritus que pudiera haber.

—Si Anthony dice que queda bien, estoy segura de que queda precioso. Es un perfeccionista.

Habían encontrado a Anthony gracias a una entusiasta recomendación de Ramon, que era amigo de los padres de Anthony en Filipinas, antes de que todos migraran a Estados Unidos hacía treinta años. Ramon lo conocía desde que era un bebé, pero actualmente Anthony Abad San Juan era uno de los diseñadores más solicitados de Nueva York.

—Ramon me ha comentado que Kara está un poco incómoda y no sabe si quedarse o no, dado el cambio drástico de la situación —dijo Alex—. Ella, Ashley y el socorrista están destrozados. Les sabe fatal. Han estado fuera toda la noche, recorriendo las playas y repartiendo folletos.

—Sé que Marcy y Andrew no les echan la culpa de lo ocurrido, pero entiendo que a Kara le incomode estar aquí dadas las circunstancias. —Incluso la amiga de Laurie, Charlotte, estaba consternada por la desaparición de Johnny y se había ofrecido a ayudarles en todo lo que pudiera. Pero Kara y su amiga se sentían personalmente responsables.

—Así que he pensado que Ramon podría alquilar un coche para llevarla a casa y después quedarse en Nueva York para ayudar con lo que pueda surgir mientras nosotros estamos aquí. También puede echar un vistazo a los azulejos.

—Dios sabe que usará la cocina más que tú o yo —dijo Laurie, riéndose sin demasiadas ganas—. Y ya sabes que confío ciegamente en Ramon.

Otra señal de que el piso nuevo estaba destinado a ser su hogar era que habían podido comprar otro piso de una habitación dos plantas más abajo donde Ramon podría vivir aparte.

De repente, Alex la atrajo hacia sí y la abrazó. Era agradable, la hacía sentirse protegida.

Cuando Alex se separó, Laurie se sorprendió de ver que tenía lágrimas en los ojos. Alargó la mano y se las enjugó.

—Esta no es precisamente la manera en la que pensábamos celebrar tus cuarenta años, ¿verdad?

Alex negó con la cabeza.

—Lo siento, soy un egoísta, pero, desde hace mucho tiempo, lo único que quiero es empezar una nueva vida contigo. Siempre me daba terror que tu programa o mis casos penales o alguna otra cosa se interpusiera en nuestro camino y nos impidiera celebrar la boda o irnos de luna de miel, pero ahora se trata del pobre Johnny. ¿Es posible que alguna fuerza cósmica esté conspirando contra nosotros?

—¿Bromeas? ¿Qué posibilidades había de que llegáramos a conocernos y, además, adoráramos a nuestras respectivas familias, nos gustara la misma comida o nos acabáramos las frases? ¿O de que nos hayamos enamorado tan perdidamente que no puedo imaginarme un mañana sin ti?

La cara de Alex se iluminó con un esbozo de sonrisa que dejó a Laurie sin aliento.

—Vale. Al final, has conseguido que este sea un cumpleaños feliz. El más feliz, de hecho.

—Hasta el próximo y todos los que vendrán después.

Alex la besó y, solo por un segundo, Laurie apartó de la mente todas sus preocupaciones.

23

Marcy podía contar con los dedos de una sola mano, y le sobraban cuatro, las veces que había mentido a Andrew.

Había ocurrido en su quinta cita, cuando surgió el tema de sus anteriores relaciones. ¿Habían tenido alguna que fuera seria? ¿Habían hablado alguna vez de matrimonio? ¿Por qué al final no habían funcionado? En lo que respectaba a Marcy, nada del pasado de Andrew tenía la menor importancia. Desde la primera cita —una encerrona organizada por un amigo común—, había sabido que pasaría el resto de su vida con él. Y cuando Andrew le propuso matrimonio justo un año después, le dijo que él había sentido lo mismo.

Pero, aun así, tuvieron aquella conversación inevitable e incómoda como hace todo el mundo. Resultó que Andrew había salido con algunas chicas en la universidad, pero nunca había tenido una relación seria hasta que empezó Derecho. Se llamaba Christina. Siguieron juntos durante todo el periodo de prácticas e incluso hablaron de casarse, pero ella aceptó un trabajo en Londres y su relación no soportó la distancia. Todo muy civilizado, según parecía.

Marcy, como Andrew, también había tenido una sola relación seria antes: Brian Lassiter. Fueron juntos a la universidad en el norte de California y después se llevaron sus sueños a Los Ángeles, ella para ser actriz, él para ser guionista. No hubo anillo porque no se lo podían permitir, pero prometieron que se casarían en cuanto se situaran en sus respectivas futuras profesiones. Marcy fue la primera en lograrlo. No era una estrella desde ningún punto de vista, pero, en menos de un año, ya tenía en su haber el carnet del sindicato de actores de cine y televisión, dos anuncios televisivos a nivel nacional y un papel fijo en una serie. Marcy habría estado más que encantada de ir derecha al ayuntamiento, pero Brian quiso esperar un poco más, hasta vender su primer guion. Ella aceptó porque le apoyaba incondicionalmente.

«Un poco más» resultó ser otros tres años, pero la espera había

valido la pena, al menos en lo que respectaba al guion de Brian. Una semana antes del gran estreno de la que se convertiría en una de las películas más taquilleras de aquel año, Brian le dio la noticia. La quería —siempre lo haría—, pero ya no estaba enamorado de ella. Se había acabado y Marcy estaba destrozada. No era capaz de levantarse de la cama, pero tampoco de dormir. No podía comer y, aún menos, actuar. Por primera vez en su joven vida, había tocado fondo.

Pero todo aquello era agua pasada cuando, durante su quinta cita con Andrew, él le preguntó: «¿Y por qué no funcionó?».

Marcy estaba segura de que iba a pasar el resto de su vida con aquel hombre maravilloso. Así que mintió. «Éramos muy jóvenes. Nos distanciamos, eso es todo».

De inmediato, se sintió culpable por haberle dicho una mentira, pero se dijo que era inofensiva. No quería que Andrew la mirara y pensara que había acabado con él de rebote o que había sido su segundo plato. Lo cierto era que Marcy siempre había creído que la idea de un «alma gemela» era absurda, hasta que conoció a Andrew.

Pero aquella mañana, por primera vez desde su quinta cita, volvió a mentirle cuando él le preguntó dónde iba al verla coger las llaves del coche de la mesita de noche.

—A hacer más copias del folleto.

Técnicamente era cierto, pero la copistería sería su segunda parada. La primera era verse a solas con la detective Langland.

Tres minutos después de llegar a la cafetería Babette's, Marcy vio a la detective Langland a través de la cristalera y se levantó para invitarla a sentarse con ella en la mesa del rincón que había pedido para su encuentro.

—Me he tomado la libertad de pedirle un café —dijo.

—Se lo agradezco infinito. ¿Cómo lo lleva?

—Mal. Me siento... embotada. Como si me obligara a poner un pie delante del otro, aunque no sé hacia dónde tengo que ir.

—Siento mucho que sigamos sin encontrar a su hijo. La buena noticia es que por fin nos han dado permiso para emitir la alerta por

secuestro. El aviso tendría que llegar a todos los teléfonos y pantallas de las carreteras de un momento a otro. Y hay cientos de voluntarios organizándose en grupos de búsqueda y agentes que se han ofrecido a llamar a las puertas, casa por casa, cuando no estén de servicio.

Marcy esbozó una sonrisa.

—Se lo agradecemos mucho.

—Pasando a otro tema, he investigado el asunto de Darren Gunther, como usted me pidió —dijo Langland. La detective había llamado a Marcy a las seis en punto de la mañana, probablemente cuando le había sonado el despertador y había visto el SMS. Marcy le había explicado la teoría de Leo Farley de que un tal Darren Gunther, condenado por asesinato, podía haber secuestrado a Johnny creyendo erróneamente que era Timmy, el nieto de Leo. Él y su hija querían utilizar el programa de televisión de Laurie para acceder a Gunther fuera del marco legal—. Con el debido respeto al admirado excomisario adjunto, me temo que las cosas son un poco más complicadas de lo que él y su hija pueden haberle contado.

Por eso precisamente quería Marcy hablar con la detective a solas. Leo y Laurie eran la familia de Alex y, por extensión, también la de Andrew y, por tanto, la suya. ¿Pero hasta qué punto los conocía? Johnny, en cambio, era una parte de ella. Era su corazón. Laurie ya le había creado mucha angustia al barajar la posibilidad de que se lo hubiera llevado su madre biológica. Ahora estaba convencida de que una persona de la que Marcy no había oído hablar jamás se las había ingeniado para urdir el secuestro de su hijo desde una celda. Laurie era una mujer brillante, pero parte de su talento en su trabajo consistía en tener una vívida imaginación para los posibles desenlaces de los casos que llevaba al programa. Por otra parte, tenía buenas razones para creer a su padre.

—Mi cuñado, un abogado defensor con mucha experiencia y ahora juez federal, dice que jamás ha visto un agente de la ley con el instinto natural de Leo Farley —explicó Marcy—. Parece pensar que, si Leo cree que ese tal Gunther está maquinando una manera de engañar al sistema mediante la petición de revisión de pena que ha presentado, debe de estar en lo cierto.

—¿Ha oído hablar de la visión túnel? —le preguntó Langland.

—Claro, se refiere a cuando solo puedes concentrarte en una cosa. Como ahora mismo, lo único en lo que yo puedo pensar es en mi hijo.

—Sí, es eso, pero si decimos que la policía tiene visión túnel en una investigación, significa otra cosa. Si un detective está convencido de que un sospechoso es culpable, solo se centra en ese sospechoso, excluyendo otras posibilidades. No es que intente inculpar a nadie de manera intencionada, pero ve lo que quiere ver, oye lo que quiere oír. Deja de ser objetivo e interpreta todas las pruebas a partir de la teoría que ya cree.

—¿Se refiere entonces a que Leo Farley no está siendo objetivo respecto a Darren Gunther? —le preguntó Marcy.

Langland se encogió de hombros y dio otro sorbo a su café.

—Solo digo que es posible. Se necesita algo más que un libro de ensayos escrito en una celda para conseguir la clase de apoyo que Gunther tiene para que lo suelten. —Dejó la taza en el platillo y se inclinó sobre la mesa, preparándose para explicarse mejor—. Durante el juicio, Gunther sostuvo que una tercera persona había intervenido en la pelea entre él y otro cliente después de que acabaran en la acera y que esa tercera persona fue la que sacó un cuchillo y apuñaló al dueño del bar. Obviamente, el jurado no lo creyó, pero Gunther ha mantenido esa versión durante todos los años que lleva en la cárcel.

—¿No dicen todos los presos que son inocentes?

—Muchos, sí. Pero no todos tienen pruebas de ADN de su parte. ¿Sabe por casualidad qué es el ADN táctil? —le preguntó Langland.

Marcy negó con la cabeza.

—Es la posibilidad de obtener muestras de ADN de las células epiteliales que quedan en un objeto. Esa clase de tecnología no existía hace dieciocho años, pero ahora la empleamos constantemente. No es como en *CSI*, donde el malo entra en una habitación y deja su ADN en todas las superficies, pero es un método mucho más sensible que el que había hace tan solo diez años. El caso es que, el año pasado, Gunther pidió al tribunal que analizara el cuchillo utilizado para apuñalar a Lou Finney. Tuvo suerte y el tribunal accedió. Efectivamente, el laboratorio pudo extraer una muestra analizable de

un punto localizado justo en el extremo del mango, cerca de la hoja, y el ADN no correspondía ni a Gunther ni al otro hombre implicado en la pelea. En ese momento, el caso se asignó a la unidad de revisión de penas de la Fiscalía.

—¿Y qué es eso? —preguntó Marcy. De golpe, imaginó a Johnny sentado a su lado en la silla vacía, llorando. Estaba en todas partes y en ninguna.

—Básicamente, es lo que dice el nombre. Vuelven a investigar casos cerrados cuando hay una alegación de inocencia razonable. Nueva York tiene una base de datos de ADN que contiene muestras de determinadas categorías de delincuentes condenados. A través de esa base de datos, la Fiscalía ha encontrado una correspondencia entre las células epiteliales del cuchillo y un hombre llamado Mason Rollins.

»En esa época, Rollins era un joven de veinte años con solo una detención por una agresión menor y una condena por un delito menor relacionado con las drogas. Pero ahora tiene una hoja de antecedentes penales kilométrica, incluidos cuatro años de cárcel en el norte del estado de Nueva York. ¿Adivina por qué?

—Ni idea.

—Por apuñalar a una persona en una pelea en un bar hace diez años.

—Leo no explicó nada de eso —dijo Marcy.

—A eso me refería con visión túnel. Probablemente tiene alguna teoría de por qué no son importantes Rollins ni el ADN, porque está convencido de que su hombre es culpable.

—Leo dijo que Gunther confesó.

—Y Gunther dice que no lo hizo. Nadie más presenció la confesión, y eso fue antes de que empezaran a grabar los interrogatorios en vídeo de manera rutinaria.

Marcy no conocía bien a Leo Farley, pero sabía que era un hombre bueno y honesto. No podía imaginárselo inventándose una declaración inexistente. Así se lo trasladó a Langland.

—Yo no digo que se la haya inventado. Interrogó a Gunther muchas veces a lo largo de varias horas, a solas y sin un abogado. Algunos policías no quieren creerlo, pero está demostrado que es posible

obligar a personas inocentes a hacer confesiones falsas en las circunstancias adecuadas, o en las equivocadas, como en este caso, quizá.

—Con el debido respeto, detective, usted no habla como un típico agente de policía. De hecho, se parece más a mi cuñado, Alex, y él era abogado defensor.

Langland alzó las manos.

—Yo no digo que fuera eso lo que pasó. Pero he llamado a una persona que conozco en la fiscalía de Nueva York y me ha dicho que Farley está obcecado con este caso. Lo considera un ataque a su integridad personal. Me ha dicho que, si el caso lo hubiera llevado un policía normal y corriente, probablemente Gunther ya estaría en la calle.

—¿Por las células epiteliales?

—Tienen el ADN de un delincuente reincidente en el arma homicida y no saben cómo llegó ahí. No quiero entrometerme, pero Leo podría no ser objetivo en este caso. Yo me centro en encontrar a su hijo, Marcy, no en un delito que ocurrió en el West Village hace dieciocho años. Piénselo: Leo Farley cree que Gunther está detrás de la desaparición de Johnny porque está convencido de que es la clase de sociópata que secuestraría a un niño para favorecer su propia causa. Pero ¿y si es inocente y su causa es legítima?

Marcy vio entonces la conexión entre la nueva información que Langland le estaba proporcionando y su convencimiento de que Gunther no tenía nada que ver con la desaparición de Johnny.

—En ese caso, lo último que haría sería cometer otro delito grave cuando un tribunal está a punto de exonerarlo.

Ahora que había aclarado su posición al respecto, Langland se recostó en el respaldo de la silla.

—Entonces, usted cree que debería pedirle a Laurie que no siga esta pista —dijo Marcy.

—Laurie y Leo pueden hacer lo que quieran. Es solo que no creo que nos ayude a encontrar a Johnny, por desgracia. No quiero que se cree falsas esperanzas. Y, a ese respecto, ya ha pasado un día. Creo que es hora de dar la rueda de prensa de la que hablamos ayer.

Cuando Marcy regresó a la suite, llevaba trescientas nuevas fotocopias del folleto EncontremosaJohnny.com. Su marido se levantó del sofá en cuanto la vio entrar. Alex y Laurie estaban con él.

—Gracias a Dios —dijo Andrew, recibiéndola con un largo abrazo—. Ya empezábamos a estar preocupados.

—La copistería ha tardado una eternidad. —Otra mentira.

—Te he estado enviando SMS.

—No tenía cobertura —explicó Marcy. Eso no era mentira. Según Laurie, las redes de telefonía móvil daban muchos problemas en los Hamptons—. Siento haberos asustado. ¿Dónde están las niñas?

—Leo se ha ofrecido a llevarlas al faro de Montauk. Para darles una apariencia de normalidad, como dicen los expertos. Espero que te parezca bien. Por eso te he enviado los mensajes. Además, no quiero presionarte, pero estaba pensando en la rueda de prensa. Creo que deberíamos hacerla.

—Me has leído el pensamiento —respondió Marcy, sintiéndose culpable por haberle pedido ya a la detective Langland que la organizara.

24

Un cuarto de hora después, Laurie colgó el teléfono en la mesa de la habitación de Alex. Había ido a trabajar allí porque Timmy aún dormía en la suya. Sentado en un sillón del rincón, Alex la miró expectante.

—Ha sido el «sí» más fácil que Brett Young me ha dado nunca —anunció.

—Desde este lado, parecía que la cosa iba bien. —Los ojos turquesa de Alex tenían una expresión satisfecha y Laurie se dio cuenta de lo mucho que aún echaba de menos trabajar con él en su programa—. ¿Está de acuerdo?

—Más que eso. Me ha dicho que cuento con todo su apoyo y que utilice los recursos del estudio como mejor me parezca para obtener las respuestas que necesitamos.

—Puede que, después de todo, el cabezota gruñón y egocéntrico de tu jefe tenga buen corazón.

—O puede que lo quiera todo listo a tiempo para disparar nuestros índices de audiencia antes de que venza el próximo trimestre fiscal. Casi jadeaba solo de pensar en tener ante las cámaras al emergente icono cultural Darren Gunther, investigado por la hija del policía que lo metió entre rejas. Más allá de sus intenciones, lo que importa es que me ha dado luz verde.

—Pero te sigue preocupando que se pueda percibir como un conflicto de intereses.

—La verdad es que no. Si hay alguna posibilidad de que Gunther esté implicado en la desaparición de Johnny, tengo que intentar averiguarlo. De momento, solo es una corazonada, pero tengo más margen de maniobra que la policía. Siempre puedo decidir no seguir adelante con el programa si hace falta. Brett se pondrá furioso, pero mi prioridad es Johnny. Ahora tengo que rezar para que Gunther sea lo bastante narcisista como para morder el anzuelo.

—Solo hay una manera de averiguarlo. —Alex le dio su iPad. Había

buscado el sitio web de Tracy Mahoney, la abogada defensora penal que recientemente había aceptado representar a Darren Gunther, sin cobrar, en su petición de revisión de pena—. Su número de teléfono está al final de la página. Si no recuerdo mal, las llamadas se desvían a su móvil si no está en el despacho.

Resultó que Mahoney estaba en el despacho y su secretaria le pasó la llamada de inmediato cuando Laurie le explicó quién era y que llamaba a propósito de Darren Gunther.

—¡Señorita Moran, qué sorpresa! ¿O ya es la señora Buckley?

Aunque Laurie intentaba proteger la privacidad de su vida personal, no le sorprendía que la noticia de su compromiso con Alex hubiera corrido como la pólvora en los círculos de abogados de la zona, donde Alex era muy conocido.

—En primer lugar, llámame Laurie. Y aún no hemos subido al altar, pero, en cualquier caso, conservaré mi apellido. —Era una decisión que por fin había tomado después de semanas de dudas nada habituales en ella. Era joven cuando se había casado con Greg y no estaba tan afianzada en su carrera profesional. Había adoptado su apellido porque quería que toda la familia llevara el mismo y, como periodista, no era mala idea tener un apellido distinto al de su famoso padre policía. Además, le parecía que Laurie Moran sonaba bien. Ahora ese era su apellido, un apellido que compartía con Timmy y el padre de Timmy. Cuando le dio la noticia a Alex, él le dijo que lo sorprendía que hubiera siquiera considerado la alternativa.

—Bien hecho —observó Mahoney—. Yo hice lo mismo, pero el apellido de mi marido es Macy, así que la decisión fue fácil. Tracy Macy, ¿te lo imaginas? Además, a estas alturas, ¿no deberían los hombres adoptar nuestro apellido? Las mujeres podemos con todo, ¿no?

Alex ya la había puesto al corriente de todo lo que sabía sobre Tracy. Según él, era de trato informal y tenía un agudo sentido del humor. Pero, bajo esa actitud desenfadada, se ocultaba un ejemplo de lo que Alex llamaba abogados defensores «fanáticos», quienes estaban

convencidos de que el sistema de justicia penal estaba dañado de raíz. Mientras que Laurie reconocía que incluso los mejores departamentos de policía tenían margen para mejorar, Tracy Mahoney había comparado en una ocasión al departamento de policía de Nueva York con la mafia. Alex decía que era una hábil abogada defensora, tanto que podría haber amasado una pequeña fortuna defendiendo a empresas y delincuentes de clase alta. En cambio, aceptaba unos pocos casos bien pagados al año para poder representar gratuitamente al resto de sus clientes y poner así remedio a lo que ella consideraba injusticias. Se suponía que el caso de Gunther era uno de sus proyectos «pasionales», pero Laurie sabía que, si ganaban, Gunther podía recibir una cuantiosa indemnización y su abogada tendría derecho a llevarse un buen porcentaje.

—Pues a ver si juntas podemos con esto, Tracy. Te llamo por Darren Gunther.

—Si no me equivoco, tienes un vínculo personal directo con el caso.

A Laurie no le sorprendió demasiado que la abogada ya supiera que era la hija de Leo.

—Pero te llamo como profesional. Nos gustaría dar a tu cliente la posibilidad de contar su versión de los hechos a una audiencia nacional en nuestro próximo especial de *Bajo sospecha*. ¿Conoces nuestro programa?

—Por supuesto. Es probable que sea una de vuestras mayores fans. Estoy totalmente a favor de cualquier programa que se dedique a exponer los fallos de nuestro supuesto sistema de justicia.

—No es así exactamente como yo entiendo nuestro programa.

—¿Por qué no? Has demostrado en repetidas ocasiones que tu equipo y tú sois capaces de llegar a la verdad años después de que la policía metiera la pata. No solo habéis pillado a montones de asesinos, sino que, además, también habéis exonerado a personas inocentes que habían vivido durante años bajo la sombra de la sospecha. En mi opinión, eso te coloca en el bando de los buenos.

—Entonces aceptaré el cumplido, supongo. —Laurie se recordó que no quería que la mujer que acusaba a su padre de mentir le cayera bien.

—Pues me alegro, porque me temo que eso es todo lo que vas a obtener de mí —respondió Tracy con desenvoltura—. No pienso permitir que mi cliente vaya a la televisión nacional para que lo interrogue la hija de Leo Farley.

—Si eres fan del programa, estoy segura de que sabes que yo no interrogo a nadie. Eso lo hace el presentador, Ryan Nichols.

—Oh, aún mejor: un exfiscal federal tan vanidoso como engreído. No, gracias.

Un año antes, Laurie habría estado de acuerdo con la despectiva descripción de Ryan Nichols que acababa de hacer Tracy. Su jefe, Brett, lo había escogido pese a las reservas de Laurie, no por su título de Harvard, su cargo en el Tribunal Supremo, su breve periodo en la fiscalía federal o tan siquiera su pelo rubio, sus luminosos ojos verdes y su dentadura perfecta, sino porque era el sobrino del compañero de habitación de Brett en la Universidad de Northwestern. No obstante, después de empezar con mal pie, Ryan había conseguido meterse en su papel de presentador. Jamás llenaría el vacío que había dejado Alex ni serían uña y carne, pero había demostrado ser un interrogador magnífico ante las cámaras y merecía al menos la mitad de los elogios que él mismo se prodigaba.

—Ahora mismo, tu cliente cuenta con un puñado de famosos que se entretienen con su caso para dar a su imagen pública una bonita pátina de defensores de la justicia. Es cierto que le han dedicado un par de columnas en revistas importantes, pero yo puedo ofrecerle un público a gran escala en horario de máxima audiencia.

—De nuevo, cortesía de una productora que no es imparcial.

—¿Crees que no soy consciente de que esto puede percibirse como un conflicto de intereses? —Desde su rincón, Alex le hizo un gesto con el pulgar alzado. Laurie ya le había pedido consejo sobre si utilizar aquel argumento—. En todo caso, seré yo la que hará todo lo posible por garantizar un trato justo a Darren. Si algo no quiero es que la gente ponga en duda mi profesionalidad y diga que encubro a mi padre.

—Garantizarle un «trato justo», como tú dices, podría no ser tan fácil cuando hay de por medio acusaciones muy graves de

irregularidades contra el estimado Leo Farley.

Laurie cerró los ojos y respiró hondo. Sabía en lo más hondo que nada en el mundo podría convencerla de que su padre era capaz de cometer perjurio para mandar a un hombre inocente a la cárcel. Imaginó a Johnny, solo en una habitación a oscuras, llorando. «Paso a paso —se recordó—. Primero Johnny, del programa ya te preocuparás después».

—No haría el ofrecimiento si no me viera capaz de estar a la altura —añadió—. Y, si no me equivoco, no te corresponde a ti tomar la decisión, abogada. Tienes la obligación de comunicárselo a tu cliente, ¿no?

Oyó que Tracy suspiraba al teléfono.

—Imagino que no se puede ser la prometida de Alex Buckley sin enterarse de un par de cosas sobre este oficio mío.

—Imagino que no. —Laurie sonrió a Alex.

—Ya te diré algo. —La abogada colgó sin despedirse.

Laurie oyó que llamaban a la puerta que comunicaba la habitación de Alex con la suya y la de Timmy.

—Mamá, ¿eres tú?

Laurie abrió la puerta y entró Timmy, con su pijama de La Guerra de las Galaxias, sus ojos expresivos aún soñolientos bajo el flequillo rubio que le caía sobre la frente.

—Perdona, no me había dado cuenta de que estaba cerrada con llave —se disculpó Laurie—. ¿Te refieres a que me oías a través de las paredes? —Le apartó el pelo de la cara y le dio un beso en la frente—. No me parecía que estuviera hablando tan alto.

—No, pero oía una voz de mujer y he pensado: «Más le vale ser mi madre». —Dirigió una sonrisa radiante a Alex—. ¡Feliz cumpleaños, Alex!

—Oh, muchas gracias, señor. Es usted muy amable.

Era tan típico de su adorable hijo pensar en el cumpleaños de otra persona nada más levantarse.

—¿Ha vuelto ya Johnny?

Laurie vio la desilusión en los ojos del niño cuando este leyó la respuesta en su expresión. Se miró los dedos de los pies y ella lo

abrazó.

—Siguen buscándolo todos. Intenta no preocuparte.

—Pero hoy tocaba hacer clases de surf. Y abrir los regalos a la hora de comer. No podemos hacer nada de eso sin Johnny. Tenemos que esperar a que vuelva.

—Lo sé, cariño. Y tienes razón. Dejaremos todas las cosas divertidas para cuando vuelva. Tu abuelo tiene una hipótesis sobre dónde puede estar Johnny y yo le estoy ayudando a verificarla.

—¿En serio? —Los ojos de Timmy se iluminaron con cauto optimismo. A Laurie se le encogió el corazón. ¿Hasta cuándo iba aquel hombrecito a creer que su madre podía resolver los problemas del mundo?

—Lo intentaremos. Según cómo vaya todo, puede que tengamos que volver antes a Nueva York.

Una hora después, Laurie y Alex estaban en la suite de Marcy y Andrew, ayudándoles a preparar la rueda de prensa mientras Timmy jugaba a un videojuego. Laurie se dirigió a una esquina de la habitación para atender una llamada. Era Tracy Mahoney.

—He hablado con mi cliente. En contra de mi opinión profesional, insiste en hacer la entrevista. Pero quiere que todo quede grabado. Yo estaré en la sala, pero no interferiré, a menos que se sobrepasen los límites de lo aceptable, y me daréis una copia de la grabación sin editar por si te entrara la tentación de manipularla. Te dejo a ti la organización.

Todos los ojos estaban clavados en ella cuando colgó.

—Gunther ha mordido el anzuelo. Hará la entrevista.

Ya habían acordado que ella regresaría a Nueva York para preparar al equipo por si Gunther aceptaba. Marcy asintió, inexpresiva.

—Te lo agradezco mucho.

—Me quedaré a la rueda de prensa.

—No —dijo Marcy—. No quiero perder ni un segundo. Por nosotros no te preocupes. Por favor, vete y haz todo lo que puedas.

—De acuerdo. Estaré localizable.

Casi había terminado de hacer el equipaje cuando Alex entró en su habitación arrastrando su propia maleta de ruedas. Laurie había dado por sentado que Timmy y ella regresarían con el coche de Alex, pero solos.

—¿Estás seguro? —le preguntó.

—Marcy y Andrew han insistido. Yo voy donde tú vas.

25

Marcy se descubrió sonriendo involuntariamente al teléfono mientras Chloe y Emily hablaban pisándose una a otra, exultantes y sin apenas respirar.

Había llamado cuatro veces antes de poder comunicarse con ellas. Resultaba que el móvil de Leo se había quedado sin señal durante el trayecto a Montauk, pero Marcy había pasado esos minutos muerta de miedo, aterrada de que sus hijas también pudieran correr peligro. Se preguntó si alguna vez volvería a pasar otro momento sin preocuparse por sus hijos cuando no los tuviera a la vista.

Ahora que oía las alegres voces de las niñas, se dio cuenta de que no podían estar más seguras que con Leo, siempre alerta y siempre armado.

Aunque casi todo el mundo diría que las gemelas eran idénticas tanto en el físico como en la voz, a Marcy no le costó nada distinguirlas mientras gritaban al móvil de Leo.

—¡Hemos ido a una cafetería de carretera, mamá, y el abuelo Leo nos ha dejado pedir tortitas con virutas de chocolate, sirope de arándanos y nata montada por encima! —Era Chloe, siempre entusiasmada con la comida—. Y también hemos comido beicon, del de verdad. No se lo digas a la tía Laurie, porque ella siempre le dice al abuelo que tiene que comer el de pavo.

—Y ahora estamos en el coche y vamos a ver el faro —chilló Emily—. El abuelo Leo dice que podremos subir hasta la punta y ver todo el océano.

Habían empezado a llamar abuelo al padre de Laurie la tarde anterior, después de cenar, y él parecía haber aceptado el título honorífico de buen grado.

Marcy estaba en el sofá de la suite. Sentado en una silla enfrente de ella, Andrew utilizaba su portátil para comprobar si había llegado información nueva al sitio web *Encontremos a Johnny* durante la noche. Marcy se llevó una mano al corazón para transmitirle el alivio

que sentía de saber que las niñas estaban sanas y salvas después de todos sus intentos fallidos de comunicarse con ellas.

—Vale —dijo—, voy a dejar que Leo cuelgue antes de que lo dejéis sordo con tanto grito.

Además de querer oír sus voces, Marcy había llamado para informar a Leo de que estaban a punto de dar la rueda de prensa en directo y, por supuesto, de que el departamento de policía ya había organizado varios grupos de búsqueda en la zona. Cuando regresaba en coche de la copistería, se había fijado en unas mujeres de unos sesenta años que recorrían lentamente a pie una reserva natural a las afueras del pueblo. Pensando que podían formar parte de los voluntarios que había mencionado la detective Langland, se había detenido. Se trataba de un grupo que hacía aeróbic acuático por las mañanas en la piscina de la Asociación de Jóvenes Cristianos, pero ese día habían decidido dedicar ese rato a ayudar en la búsqueda de aquel «niño tan adorable».

Al alejarse, Marcy no había podido quitarse de la cabeza que aquellas mujeres iban mirando el suelo y bajo los arbustos. No buscaban un niño que jugaba, corría o intentaba regresar al hotel. Buscaban un cadáver.

No quería que Chloe y Emily oyeran el nombre de su hermano en público, y estaba claro que no podía avisar a Leo con el teléfono en manos libres y las gemelas en el coche. Les dijo que las quería y volvió a dar las gracias a Leo por entretenerlas. Nada más colgar, le envió un SMS para que lo leyera cuando ya no estuviera al volante.

Cuando dejó el teléfono, vio a su marido con otros ojos. Se conocían desde hacía diez años, pero, en su cabeza, el tiempo había volado y él no había cambiado nada. El mismo pelo oscuro y ondulado, y los mismos ojos entre grises y azules. Tenía la cara más redonda que su hermano mayor más famoso, pero, para ella, era incluso más guapo. Sospechaba que, si Andrew y ella tenían la suerte de llegar juntos a los cien años, seguiría viéndolo como un hombre joven.

Pero, en aquel preciso momento, observó las canas que le plateaban las sienes y las arrugas que le surcaban las comisuras de los ojos y de los labios. Y, sobre todo, parecía agotado. Naturalmente que lo estaba.

Y también ella.

Y, en diez minutos, tendrían que colocarse ante las cámaras de los equipos de televisión congregados en el aparcamiento del hotel. Tendrían que poner su dolor al desnudo para que el público se alimentara de él —para que personas desconocidas sospecharan que le habían hecho daño a su propio hijo, los juzgaran por haberlo perdido de vista, agradecieran no ser ellas las que suplicaban volver a ver al suyo—, y todo con la esperanza de que quizá, solo quizá, alguna de aquellas personas reconociera a Johnny en una fotografía y les ayudara a recuperarlo.

El teléfono le vibró con un nuevo SMS de la detective Langland. «Aquí fuera está todo preparado. Avíseme cuando estén listos. Iré a buscarlos a la habitación. Se ha juntado bastante gente».

Marcy volvió a pensar en el apartado de la guía que hablaba sobre la cantidad de padres que se divorciaban después de la desaparición de un hijo. Esas fracturas irreparables tenían que empezar en algún momento, quizá con la minúscula grieta causada por la decisión de uno de ir a hablar con la policía a espaldas del otro.

—Tengo que contarte una cosa antes de la rueda de prensa —dijo.

Andrew cerró el portátil de inmediato y le dedicó toda su atención.

—Esta mañana no solo he ido a la copistería. Me he visto con la detective Langland en la cafetería.

—De acuerdo —respondió Andrew, inseguro.

Marcy le explicó que quería conocer la opinión sincera de Langland sobre el caso, incluida la teoría de Leo y Laurie sobre Darren Gunther.

—Y, quizá porque es una mujer, he pensado que quedar con ella, a solas, podía ayudar de algún modo, para asegurarme de que Johnny no era solo un caso entre muchos. Pero lo siento. Debería habértelo dicho.

Andrew se levantó, dejó el portátil en la mesa de centro y fue junto a ella.

—No tienes que disculparte, cariño. Yo haría literalmente lo que fuera, ¡lo que fuera!, para quitarte este dolor y llevarlo por los dos.

—Pero por eso mismo te debo una disculpa. Solo he estado pensando en mi dolor: en mi lazo especial con Johnny, en cómo mi

cuerpo se sintió de algún modo distinto cuando lo llevamos a casa, como si la naturaleza me estuviera diciendo que era mío, como si lo hubiera llevado en mi vientre. Pero yo no soy la única. También estás tú.

—Sí, pero tú eres su única madre.

—Eras tú el que siempre notaba si estaba nervioso en la cuna, aunque no lo oyéramos por el intercomunicador.

Andrew sonrió con tristeza al recordarlo. Johnny era el único bebé que habían visto que podía ponerse rojo de lo inquieto que estaba, con las manitas cerradas en puños, sin hacer el menor ruido.

—Bueno, no sé si esto ayuda, Marcy, pero tienes razón: yo siempre he sentido que tenía una conexión psíquica con Johnny. Y, de algún modo, sé que está en alguna parte, esperándonos, vivo y consciente, e intentando volver a casa.

—¿Pero cuánto tiempo más puede esperar?

Marcy envió un SMS a la detective Langland para informarla de que ya podía acudir. Estaban a punto de ser esos pobres padres que salen en las noticias.

26

Cuando llegó en ascensor a las oficinas de los Fisher Blake Studios, Laurie sintió la pesada carga de su cometido sobre los hombros. Si todo hubiera ido según lo previsto, no habría puesto un pie en el número 15 del Rockefeller Center antes de otras dos semanas y media, el periodo más largo que habría pasado fuera del trabajo salvo después del asesinato de Greg. En cambio, allí estaba, intentando poner en marcha una nueva investigación con la esperanza de que el rastro la llevara de algún modo hasta Johnny.

Cuando llegó a la entrada de su despacho, vio que su asistente, Grace Garcia, no estaba sentada a su mesa, pero enseguida oyó su voz, marcadamente gutural pero alegre, en el despacho de al lado, el de Jerry.

—Hazme caso, Jerry, te encantaría. Te he visto bailar en las fiestas. Vente conmigo a probarlo la semana que viene.

—¿Yo? Ni hablar. —El tono de voz de Jerry denotó menos resistencia que sus palabras—. Hacer el tonto en una fiesta con los amigos es una cosa. ¿Pero una clase de gimnasia en público, basada enteramente en los pasos de baile de Beyoncé? Antes del segundo estribillo, me caería de bruces delante de una sala llena de desconocidos.

Laurie esbozó una sonrisa y tuvo que sofocar una risita. Estaba a punto de interrumpirlos, pero se concedió un momento para disfrutar un poco más de aquella cháchara en el trabajo antes de tener que arrastrar a Grace y a Jerry a la oscuridad con ella.

De repente, Grace se puso a cantar, dobló las rodillas y bajó hacia el suelo contoneándose.

—*Six-inch heels* —canturreó—. *She walked in the club like...*

—¿Me estás tomando el pelo? —insistió Jerry—. ¡Mis rodillas se plantarían en señal de protesta si intentara obligarlas a hacer eso!

Laurie entró en el despacho y aplaudió brevemente a Grace.

—Te mueves bien. Pero probablemente eres la única persona de la

clase que lleva unos zapatos tan altos como los de la canción cuando nieva, así que imagino que el resto no te llega ni a la altura del zapato. En sentido literal.

Grace se enderezó de inmediato.

—Lo siento, Laurie. No esperaba que llegaras tan pronto.

Los había llamado cuando salía de los Hamptons para que pudieran pensar en ideas sobre el caso de Darren Gunther.

Grace dio a Laurie un abrazo, al que siguió otro de Jerry.

—Me he pasado el día rezando por el pequeño Johnny —dijo Grace—. Hemos visto la rueda de prensa. Pobres Marcy y Andrew. Deben de estar locos de preocupación.

—¿Tú estás bien? —le preguntó Jerry—. ¿Cómo lo llevas?

«¿Cómo me siento? —pensó Laurie—. Preocupada. Desbordada. Aterrada de que la violencia pueda haber golpeado a la familia de Alex, a mi familia, otra vez».

Le parecía que investigar a Darren Gunther para encontrar a Johnny era como dar palos de ciego, pero se recordó el razonamiento de su padre. Él estaba completamente seguro de que Gunther no aprovecharía su única oportunidad de que un tribunal lo absolviera sin intentar hacer trampas por el camino. Hasta ese momento, Leo no había logrado averiguar qué podía haber hecho Gunther para inclinar la balanza a su favor. Ahora que Johnny había desaparecido, estaba convencido de haber encontrado la respuesta a esa pregunta.

—¿Sinceramente? —respondió—. En este momento, nada me reconfortaría más que ponerme de inmediato a trabajar.

27

Cuando estuvieron todos en su despacho, sentados a la mesa de reuniones, Laurie le pidió a Jerry que empezara exponiendo lo que se conocía sobre Darren Gunther a partir de la información de conocimiento público. La mayor parte de lo que ella sabía hasta el momento provenía de su padre, quien tenía obviamente sus propias opiniones sobre él y las pruebas en contra suya. Laurie quería oír la otra cara de la historia, aunque jamás la creería.

Jerry empezó describiendo la pelea que había continuado en la acera delante del bar Finn's hacía dieciocho años, seguida de la detención de los dos hombres implicados, Darren Gunther y Jay Pratt.

—He sacado de los archivos los artículos de periódicos de la época que hablaron del caso. Incluso antes de que la policía emitiera un comunicado oficial sobre cuál de los dos hombres sería acusado de asesinato, la prensa ya había descrito a Gunther como el malo de la película, de juerga él solo el día que cumplía veintiún años, emborrachándose. O sea, eso ya es un poco raro, ¿no? Además, hay una cita textual de un cliente anónimo del Finn's, diciendo que Gunther había sido agresivo con un par de mujeres en el bar.

—¿Y Pratt? —preguntó Laurie.

—Un bróker inmobiliario de veintisiete años que estudió en un internado y después en Yale. No son pruebas, ojo, pero los noticieros saben cómo mandar mensajes subliminales. Pratt salía más favorecido.

—No en todo —observó Grace—. Ese Darren Gunther es muy guapo.

Jerry le lanzó una mirada heladora, mientras Laurie negaba con la cabeza.

—Perdón —dijo Grace—. Eso ha sido muy poco oportuno.

—No, viene al caso —replicó Laurie—. La opinión pública no siempre se rige por las pruebas o ni tan siquiera por la biografía de las personas.

—Eso parece —convino Jerry—, sobre todo si avanzamos hasta el

día de hoy.

—No lo he seguido de cerca, pero mi padre dice que la prensa le hace la corte a Gunther como si fuera un Hemingway moderno con la cara de un joven Paul Newman.

—Exacto, Laurie. —Jerry fue pasando las hojas que tenía delante, leyendo algunas frases que había subrayado—. «En los ojos verdes de Gunther brilla la misma chispa de serena inteligencia que rebosan las páginas de sus mordaces ensayos». «Tras la sonrisa radiante de Gunther y su cara delgada y juvenil se ocultan los años transcurridos en prisión, descritos de modo muy emotivo en su impresionante primer libro». Ah, y esta es mi preferida: «Es el criminal más sexy que he visto nunca».

—Venga ya, ¿en serio? —dijo Laurie—. Eso no puede ser verdad.

—Vale, era el comentario de una lectora al breve artículo publicado en *Vanity Fair*, pero tiene su gracia.

Por un momento, les pareció una jornada de trabajo normal en la que preparaban un programa normal.

—Así que ha conseguido poner a la opinión pública de su lado. ¿Y las pruebas propiamente dichas? Mi padre dice que hasta la Fiscalía se está retractando de la condena original, aunque Gunther confesara. ¿Qué se me escapa?

—Bueno, es solo que... Hummm... —Jerry volvió a mirar sus notas, pero no dijo nada.

Laurie no había visto a Jerry tan nervioso desde que era un tímido becario. Se dio cuenta de que Grace estaba mirándose las manos, rehuyéndole la mirada.

—Chicos, no vais a ofenderme. Sé que Gunther sostiene que mi padre se inventó la confesión. Si vamos a hacer esto, necesito estar segura de conocer el panorama completo.

Al ver su determinación, Jerry respiró hondo y volvió a intentarlo.

—Bien. Después de que la prensa escribiera un par de artículos sobre su libro, breves pero favorables, Gunther presentó una petición alegando que lo habían condenado injustamente. La escribió él mismo, utilizando la biblioteca jurídica de la cárcel para documentarse. Se basó en los avances de la tecnología del ADN para solicitar un análisis

del ADN del arma homicida. Cuando el tribunal determinó que el estado de Nueva York debía llevarlo a cabo, Tracy Mahoney aceptó representar legalmente a Gunther.

Laurie sabía que el ADN táctil encontrado en el borde del mango del cuchillo, cerca de la hoja, pertenecía a un delincuente llamado Mason Rollins. Leo había buscado una explicación alternativa para la presencia del ADN de Rollins en el arma homicida, pero, hasta el momento, no había encontrado ninguna. Ahora que oía los hechos expuestos por Jerry y no por su padre, empezaba a entender por qué el tribunal estaba tomándose en serio la alegación de inocencia de Gunther. Entre los delitos por los que habían condenado a Mason Rollins había repetidas agresiones a desconocidos por los que se había sentido insultado porque habían chocado sin querer con él por la calle, le habían pasado delante en los torniquetes de acceso al metro o cosas por el estilo. Era claramente un hombre violento.

—A decir verdad —observó Jerry, de nuevo con una pizca de vacilación en la voz—, una cosa sería si el cuchillo tuviera el ADN de una persona cualquiera, por ejemplo, del dependiente que se lo vendió. ¿Pero que el ADN pertenezca casualmente a un hombre que apuñaló a una persona durante una pelea en un bar ocho años después de que asesinaran a Lou Finney? Además, tu padre me ha enviado por correo electrónico todo lo que tiene sobre Rollins para que lo imprima. Rollins se declaró culpable de un delito menor de agresión cuando tenía diecinueve años, dos años antes de que asesinaran a Lou Finney. El cargo fue por liarse a puñetazos, pero Rollins agredió a la víctima en una fiesta cuando ella le dijo que dejara de lucirse lanzando un cuchillo al aire y cogiéndolo al vuelo. Así que eso demuestra que Mason Rollins ya tenía costumbre de llevar cuchillos encima.

—Reconozco que es curioso —dijo Laurie—. El problema de Gunther, naturalmente, es que confesó.

—Por eso sostiene que Leo se lo inventó todo —observó Jerry.

—Eso es ridículo —replicó Laurie—, pero supongo que los que no conocen personalmente a mi padre podrían tener dudas a raíz de la prueba de ADN. Además, según tengo entendido, en un primer

momento, Gunther sostuvo que fue Lou Finney el que les sacó el cuchillo a Pratt y a él, y que él intentaba quitárselo cuando le tiraron a Finney encima. Solo cuando mi padre volvió a la comisaría para interrogarlo por segunda vez reconoció que estaba rabioso porque la mujer del bar lo había rechazado.

—Jane Holloway —añadió Jerry. Laurie siempre se quedaba impresionada con la capacidad de Jerry para memorizar rápidamente los nombres de todos los implicados en sus casos.

—Sí. Pero a lo que voy es: si un policía quisiera falsificar una confesión, ¿por qué iba a inventarse dos versiones? Mi padre podría haber dicho simplemente que Gunther había confesado durante el primer interrogatorio. No tiene sentido.

—No es tan sencillo como eso —apuntó Jerry—. Gunther reconoce haber hecho la primera declaración, la de que Finney se cayó sobre su propio cuchillo. Alega que solo confesó porque estaba agotado y medio borracho y los dos agentes que lo estaban interrogando se negaban a creer que era inocente. Así que les dijo lo que creía que querían oír para que pararan de una vez.

—¿Dos? —preguntó Laurie—. Pensaba que solo estaban Gunther y mi padre en la sala.

—En ese momento no. Estaba Leo y otro policía llamado Mike Lipsky.

Laurie recordaba bien al hombre que su padre llamaba Morritos Calientes.

—El antiguo compañero de mi padre. Buena gente. Murió hace unos seis años.

—En fin, Gunther dice que no parecían creerse su explicación de que el apuñalamiento había sido un accidente. Al final, se marcharon y lo acusaron de asesinato. Luego, tu padre volvió solo, un par de horas después, y lo presionó para que asumiera toda la culpa del homicidio. Gunther insiste en que él se atuvo a su versión, pero que, de repente, tu padre se levantó y empezó a decir que había confesado un homicidio intencionado.

Laurie se dio cuenta de que, en su prisa por actuar con rapidez con la esperanza de encontrar a Johnny, no había sido tan minuciosa

como debiera al pedir a su padre los detalles del interrogatorio. Cuando le había preguntado por qué estaba solo con Gunther durante la confesión, él le había respondido que Lipsky, a esa hora, ya se había ido a casa. Ahora se daba cuenta de que los dos detectives se habían marchado después del primer interrogatorio y de que solo Leo había regresado para probar el enfoque del «casanova despechado».

—Mi padre me ha avisado de que Gunther es astuto. Es muy oportuno que solo niegue la parte de la conversación que tuvo lugar cuando estaba a solas con mi padre. Es más fácil acusar de perjurio a un policía que a dos.

Grace estaba asintiendo.

—A lo mejor no sabía que uno de los dos había muerto.

—Probablemente tampoco tenía la menor idea de lo difícil que sería poner en duda la reputación de una persona como Leo Farley —dijo Laurie—. Mi padre cree que Gunther ya estaría en la calle a estas alturas, de no ser porque la Fiscalía sabe que tendrá un grave problema con el departamento de policía de Nueva York si declara, en esencia, que el ex primer comisario adjunto incriminó a un hombre inocente.

—Por no hablar de todos los condenados que saldrían de debajo de las piedras alegando que también los incriminó a ellos —añadió Jerry.

—¿Pero si mi padre lo admitiera? Gunther saldría de la cárcel esta misma noche y sería un hombre libre.

Jerry negó con la cabeza.

—Empiezo a entender por qué tu padre está tan convencido de que Gunther podía querer secuestrar a Timmy. Leo haría lo que fuera por ese niño.

—De acuerdo. —Grace alzó las manos con gesto teatral—. Pero ¿cómo se lo monta un preso para organizar todo esto desde su celda?

—Necesitaría ayuda externa —respondió Laurie—. La única familia que tiene es su madre y, según mi padre, está en una residencia de ancianos en Staten Island. Pero Gunther ha atraído algunos partidarios incondicionales. Hay una página de Facebook que se llama *Darren Gunther es inocente*. Promociona su libro, pero también lo apoya en su reivindicación de inocencia. Deberíamos hacer una lista de los

usuarios más activos en la página y ver si alguno hace saltar las alarmas.

—Lo haré —dijo Jerry—. Sé que nuestra prioridad es encontrar a Johnny, pero me he adelantado y he solicitado las transcripciones del juicio. Y he empezado a hacer una lista de las personas a las que querremos entrevistar. De momento, tenemos a Jay Pratt, por supuesto. Y habrá que ponerse en contacto con la familia de la víctima.

—Su mujer falleció hace unos años —explicó Laurie—. Tuvieron tres hijos, pero solo una vive aún en Nueva York, Samantha. Tiene una peluquería en el centro. Ya le he dejado un mensaje de voz. —Laurie sabía por su padre que la hija de Finney estaba muy afectada por la posibilidad de que Gunther saliera a la calle: quería asegurarse de que Samantha se enteraba de la intervención de *Bajo sospecha* directamente por ella.

Jerry añadió el nombre a su lista y puso una marca junto a él.

—También tenemos que localizar a la mujer con la que Gunther intentó ligar, Jane Holloway. Y a Clarissa DeSanto, la camarera que trabajaba esa noche.

Laurie asintió a todo; le costaba concentrarse en los aspectos del caso que no estaban directamente relacionados con su preocupación por Johnny.

—Mi padre me comentó que Clarissa no prestó declaración en el juicio de Gunther. Le extrañó que no lo hiciera. Era una testigo crucial para confirmar el comportamiento agresivo de Gunther esa noche y estaba muy unida a Finn. Al final, lo condenaron incluso sin su testimonio, pero estaría bien llevar a la pantalla su versión de los hechos.

Laurie se volvió al oír que llamaban a la puerta abierta de su despacho. Ryan Nichols les dirigió la sonrisa perfecta que había contribuido a que lo incluyeran en la lista más reciente de *People* de los «hombres vivos más sexis», un logro del que alardeaba incluso con más descaro que del título de Harvard colgado en la puerta de su despacho. Parecía que llevara el pelo rubio ligeramente húmedo.

—Me ha parecido oír voces aquí dentro —dijo—. ¿No tendrías que

estar en los Hamptons?

Los Hamptons. La fiesta de cumpleaños de Alex. La boda y la luna de miel. Ahora todo parecía un sueño.

—¿No te has enterado? —le preguntó Laurie.

A Ryan se le borró la sonrisa de inmediato con el tono de voz de Laurie.

—¿Habéis roto?

Jerry refunfuñó ostensiblemente por la grosería del comentario de Ryan.

—Pues no es el caso, muchas gracias. Se trata del sobrino de Alex, Johnny. Ha... desaparecido. Creemos que lo han secuestrado. Daba por sentado que lo sabías. —Laurie también había dado por sentado que Brett lo habría puesto al corriente. Desde su primer día en los Fisher Blake Studios, Ryan había gozado de una relación mucho más estrecha con el jefe de la que ella tendría jamás. Pero, incluso sin las muchas ventajas del nepotismo, pensaba que Ryan seguía la actualidad lo suficiente para enterarse de la desaparición de un niño en Long Island, aunque la noticia no hubiera llegado aún al circuito informativo de Nueva York.

La sorpresa de Ryan parecía auténtica.

—Lo siento mucho, Laurie. ¿Qué podemos hacer para ayudar? No hace falta que vengas al despacho. Podemos ocuparnos nosotros de todo.

Laurie tardó unos minutos en explicarle la teoría de Leo de que Darren Gunther podría haber secuestrado a Johnny por error en un intento de raptar a Timmy, así como su plan de utilizar el programa para poder confrontar directamente a Gunther.

—Su abogada es Tracy Mahoney. Ha aceptado que lo entrevisten en contra de su opinión profesional.

—¿Esa es su abogada? —Los ojos verdes de Ryan se abrieron como platos, preocupado.

—Alex me ha avisado de que puede ser un hueso duro de roer. Una fanática, la ha llamado él.

—Oh, es más pérfida aún. Si estás intentando averiguar cómo ha podido Gunther obtener ayuda de fuera, Tracy Mahoney es la

respuesta.

28

Johnny estaba sentado en el suelo de madera, con las piernas cruzadas. Esparcidas en el suelo delante de él había doscientas cincuenta piezas de un puzle que el hombre le había llevado esa mañana después de darle huevos fritos y tostadas de pan blanco para desayunar. A Johnny le gustaban los huevos revueltos, y su madre siempre usaba pan integral en casa, pero se obligó a comérselo todo. No quería que el hombre se enfadara, lo que también era la razón de que estuviera esforzándose tanto por hacer el puzle. No era el más grande que había visto. Ya había hecho uno gigante de mil piezas, pero con toda la familia, incluido su padre, cuyo apodo era el Mago de los Puzles. Así de bien se le daban.

Al llevarle el puzle, el hombre había dicho: «Con esto no deberías aburrirte. Además, los puzles son buenos para la mente, Danny». Se había tocado la sien con el dedo índice para recalcar el concepto. A Johnny le parecía que era una especie de examen, un examen que no quería suspender.

Siguiendo la estrategia de su padre, había identificado las cuatro piezas esquineras y había separado las correspondientes a los bordes. En ese momento estaba estudiando la imagen de la caja, intentando averiguar a qué borde pertenecían las diversas piezas.

En la imagen aparecían un niño y una niña, sentados en un prado con un perro grande de color marrón, sobre una manta escocesa roja, blanca y azul. Miraban un cielo lleno de fuegos artificiales.

De repente, volvió a verse andando por la hierba del parque Meridian Hill el Cuatro de Julio, cuando solo tenía cinco años. Recordó que su madre lo había agarrado y lo había abrazado tan fuerte que casi lo había asustado. «¿Dónde estabas?». Se acordó de lo preocupada que parecía. Él solo se había ido a buscar los aseos, pero ella le hizo prometer que jamás volvería a alejarse solo. Al día siguiente, habían tenido una conversación más larga sobre no correr riesgos y no hablar con desconocidos.

«Yo no me alejé, mamá. Esta vez no. No exactamente. Estaba con la amiga de Kara, Ashley, y el socorrista que se llama Jack. Fuimos al chiringuito a comprar unos cucuruchos de helado. Ellos hablaban de música que yo no conocía, así que me fui a buscar conchas. Quería coger las mejores para que te las encontraras en la habitación cuando volvierais del golf. Fui detrás del chiringuito, pero solo un momento, y aún oía a Ashley riéndose, así que no estaba lejos. Vi que el heladero bajaba de la furgoneta y entraba en el almacén, diciendo que necesitaba más polos de chocolate antes de continuar con la ruta. Y después oí un coche. Paró detrás de la furgoneta de los helados. Me di la vuelta para volver con Ashley y Jack, pero un hombre dijo detrás de mí que había visto una concha muy bonita cerca de la furgoneta. Recordé lo que me habías dicho, mamá. No hablé con el desconocido. Intenté escapar cuando se acercó a mí, pero era demasiado rápido. Me agarró y me desperté en el maletero de su coche».

Johnny oía al hombre paseándose por el piso de arriba, y volvía a hablar. Se dirigió a la esquina de la habitación sin hacer ruido, se agachó y acercó la oreja a la rejilla de ventilación. Solo distinguió unas pocas palabras. «El niño... Lo cambia todo». Cuanto más hablaba, más agitado parecía.

Entonces oyó otra voz. Era la mujer que había oído la noche anterior. «¿Cómo vamos a cuidar de él?». Esa parte Johnny la oyó perfectamente. Era más fácil entender la voz más aguda.

El hombre dijo algo del montón de dinero que tenía de la indemnización. Luego habló de una «orden judicial».

Cuando su madre le había prevenido contra los desconocidos, le había dicho que, si alguna vez se perdía y necesitaba ayuda, tenía que buscar un policía o un profesor. Y, si no encontraba ninguno, tenía que buscar una mujer o un grupo de mujeres. Johnny siempre había supuesto que era porque serían más como una mamá.

Pero no podía imaginarse qué clase de mujer podía estar en esa casa, con ese hombre. «¿Es posible que pueda ayudarme?».

El hombre estaba otra vez hablando. «Todo va a ir bien. Confía en mí, Diane».

O, al menos, parecía que hubiera dicho eso. ¿Diane? ¿Roseanne?

¿Lee Ann? Algo así. Ella quizá sería más amable que el hombre. Quizá encontraría la manera de llevarlo a casa con su familia.

Johnny oyó pasos en la escalera y corrió junto al puzle. Parecía imposible. Había demasiadas piezas. Pero tenía la terrible sensación de que iba a pasar muchísimo tiempo solo con él.

29

Ryan Nichols se paseaba por el despacho de Laurie como un abogado defensor que presenta el alegato final ante el jurado.

—Tracy Mahoney no es la clásica abogada defensora, como puede ser Alex, por ejemplo.

—A mí no me parece que Alex Buckley tenga nada de clásico —soltó Jerry—. Después de todo, ha llegado a ser juez federal.

Laurie sabía que a Jerry le producía una cierta satisfacción comparar a Ryan con su estimado predecesor. El año anterior, un ferviente admirador del programa había publicado en la página de Facebook de *Bajo sospecha* un sondeo titulado «Cuál es el mejor presentador» para que los espectadores votaran a su preferido entre Ryan y Alex. Jerry había decidido compartirlo en el sitio oficial del programa, calificándolo de «¡Sondeo divertido!». Cuando los votos favorecieron a Alex por casi quince puntos, Ryan no pareció especialmente «divertido» con el resultado.

—Lo que quiero decir —aclaró Ryan— es que, aunque he sido fiscal, valoro el papel que los abogados defensores desempeñan en nuestro sistema de justicia. Se aseguran de que el Estado sea imparcial. Nos protegen a todos garantizando que los acusados reciben un trato justo y existen pruebas suficientes para condenarlos.

—Todos estamos de acuerdo en eso —dijo Laurie—. Como dicen algunos: «Mejor diez culpables en libertad que un solo inocente entre rejas». ¿Cuál es la postura de Tracy Mahoney a ese respecto?

—Ella no cree simplemente en hacer su trabajo dentro del sistema. Cree que está justificado que los abogados defensores actúen fuera del sistema. Se define como una «abogada activista» —explicó Ryan—. Dice que defiende los intereses de sus clientes a un nivel político más amplio, más que únicamente por el problema jurídico al que puedan enfrentarse como individuos.

—Dame un ejemplo —le pidió Laurie.

—Hace unos cuatro años, representó a un acusado de allanamiento

de morada. Había entrado en una vivienda de Southampton con las víctimas presentes. La policía lo había pillado con las manos en la masa en una ocasión, pero creía que formaba parte de una banda que había perpetrado una serie de robos contra millonarios y multimillonarios, benefactores de causas políticas con las que no estaban de acuerdo. Destinaban el dinero robado a causas que eran de su interés. Cuando la policía intentó interrogarlo, el acusado hizo valer sus derechos de inmediato. Ni tan siquiera tuvo que pedir el número de teléfono del abogado de oficio, como hace la mayoría: ya tenía el de Tracy Mahoney grabado en el móvil. A su llegada, la abogada dijo que su cliente estaba abierto a un acuerdo de colaboración, pero insistió en ver las pruebas contra él antes de cerrarlo. Algunas se habían obtenido mediante escuchas telefónicas que habían permitido espiar a toda la banda. Los fiscales se cuidaron mucho de no mencionarlas, pero ella tuvo la inteligencia de preguntarse cómo se había enterado la policía de algunas de aquellas conversaciones. De golpe, las llamadas telefónicas cesaron. Silencio total. Y el cliente de Mahoney no llegó a cerrar el acuerdo.

—Crees que avisó a la banda —observó Laurie.

—Bueno, la Fiscalía sin duda lo creyó. Se plantearon presentar cargos o denunciarla al colegio de abogados, pero no tenían manera de demostrar sus sospechas.

—¿Cómo sabes todo esto? —le preguntó Laurie. Ryan había trabajado en la fiscalía de Estados Unidos, que se ocupaba de los enjuiciamientos federales. La fiscalía del estado de Nueva York era un órgano aparte, para los delitos que ocurrían en el ámbito del estado.

—Porque empleó una estrategia similar cuando yo estaba en la fiscalía de Estados Unidos. El sistema penitenciario federal cuenta con disposiciones administrativas especiales que regulan las conversaciones entre los acusados de alto riesgo y sus abogados. Básicamente, los abogados no podían referir a nadie nada de lo que les contaran sus clientes.

—¿Y Mahoney violó las reglas? —preguntó Laurie.

—Su cliente formaba parte de una red de ecoterroristas. Destrozaban empresas que abusaban de los recursos naturales y

experimentaban con animales. Tracy Mahoney repetía textualmente las declaraciones de intenciones de su cliente a las cadenas de televisión. Más que como abogada, actuaba como relaciones públicas.

—¿Y cómo es posible que siga ejerciendo?

—Porque es una abogada endemoniadamente buena —respondió Ryan—. Escoge muy bien sus casos. Al menos la mitad son casos normales y corrientes. Una cuarta parte son delitos económicos muy bien pagados que financian toda su actividad. Y el resto son los casos que la apasionan, y es ahí donde se salta las normas.

El móvil de Laurie la arrancó de sus pensamientos.

—¿Diga? Soy Laurie —respondió.

—Soy Samantha Finney. ¿Me ha llamado por mi padre?

Laurie había empezado a explicarle que *Bajo sospecha* iba a investigar la petición de revisión de pena de Darren Gunther cuando Samantha la interrumpió.

—No hablo de ningún asunto importante por teléfono. Necesito verme cara a cara con una persona y mirarla a los ojos para formarme una opinión. Lo aprendí de mi padre.

—Dígame cuándo y dónde —respondió Laurie.

30

El olor a amoniaco mezclado con un ligero aroma a lirios recibió a Laurie cuando entró en Organique, la peluquería propiedad de Samantha Finney. La decoración era un punto medio entre naturalismo y minimalismo, todo blanco con elementos de madera decolorada y exuberantes plantas en macetas para aportar toques de verde.

—Oooh, qué color tan bonito —exclamó la recepcionista cuando Laurie se dirigió al mostrador. En su tarjeta identificativa ponía que se llamaba Rachel. Llevaba mechas rosas en el pelo recogido en un moño suelto en la nuca. El aro de su fosa nasal izquierda era de oro—. Está claro que no le hace falta retocárselo. Le queda perfecto con sus preciosos ojos color miel.

Laurie había leído una vez que los establecimientos dedicados al cuidado del aspecto físico de las mujeres se esfuerzan por hacer comentarios positivos sobre la belleza de sus clientas. La idea era mejorar su autoestima y, al mismo tiempo, recalcar la importancia de la belleza estética. O quizá Rachel solo estaba haciéndole un cumplido. De hecho, Laurie había ido a su peluquera hacía solo tres días: Charlotte la había convencido para que añadiera unos cuantos reflejos rubios a su color natural castaño miel, con ocasión de la boda. En opinión de su amiga, el rubio resultaría más luminoso en las fotografías sin parecer falso. La época en la que su color de pelo era el asunto más apremiante de la jornada parecía pertenecer a otra vida.

—He venido a ver a Samantha —explicó Laurie, alzando la voz para que la oyera pese al secador de pelo encendido al otro lado del mostrador. Rachel empezó a pasar hojas de la agenda—. Laurie Moran, pero probablemente no estoy apuntada. No obstante, Samantha me espera. He hablado con ella por teléfono esta tarde.

Laurie vio que la mujer del puesto del fondo de la concurrida peluquería se volvía hacia ellas. Cuando Rachel la miró, ella consiguió envolver hábilmente un mechón de pelo de su clienta en papel de

aluminio y, a la vez, señalarse, como diciendo: «¿Es para mí?».

Rachel asintió y Samantha hizo un rápido gesto de la paz con los dedos.

—Solo tardará un par de minutos —dijo la recepcionista.

Tal como había prometido, dos minutos después, Samantha se quitó los guantes de látex y los tiró a una papelera camino de la zona de espera de la peluquería. Antes de saludar a Laurie con un apretón de manos, se limpió rápidamente las palmas en su bata negra.

—Samantha Finney. Gracias por venir. —Samantha tenía unos luminosos ojos azules, una piel de alabastro y un pelo oscuro y ondulado que le enmarcaba la cara redonda. Laurie solo le echaba unos pocos años más que ella—. Lo siento. Sé que le he dicho que tenía un hueco, pero mi clienta de las cinco ha llegado media hora tarde. Sin disculparse, por supuesto, y nunca deja más de un cinco por ciento de propina, pero, bueno, el cliente siempre tiene la razón. —Le dirigió una sonrisa claramente forzada—. En fin, supongo que su programa quiere dar protagonismo a ese canalla mentiroso que mató a mi padre, así que, sí, la he hecho venir hasta aquí para decirle a la cara que les está tomando el pelo. Puede sacar lo que a usted le parezca, pero yo no pienso ayudarle a convertir a ese hombre...

—Darren Gunther.

Samantha se estremeció al oír su nombre.

—Me niego a pronunciarlo. Mi padre era un héroe. Mi héroe. Y esa basura andante me lo arrebató. Para mí, ni tan siquiera merece que lo consideren un ser humano, y mucho menos... ¿una especie de artista oprimido? —Negó con la cabeza—. Usted no puede entenderlo. Solo sabe que le ayudará a aumentar sus índices de audiencia.

—Sé un par de cosas sobre tener a un héroe por padre. Soy la hija de Leo Farley.

Samantha puso los ojos como platos.

—Caray. —Laurie la vio dulcificar la expresión al asimilar la información—. Podemos ir a hablar a la sala de descanso del personal.

Cuando la puerta se cerró, Samantha inspiró hondo y sacó el aire.

—La mejor puerta a prueba de corrientes de aire que encontró el contratista. Además, tengo un purificador de aire encendido las veinticuatro horas del día. Estos productos químicos son cosa seria.

—Pero la peluquería se llama Organique… ¿No son naturales?

—Nos cambiamos el nombre el año pasado. Todo el mundo quiere parecer de lo más verde y natural hoy en día. Pero ¿sabe una cosa? Si quiere alisarse el pelo rizado o rizarse el pelo liso, hacen falta productos químicos. —Samantha fue a sentarse a la pequeña mesa del centro de la sala y Laurie la siguió e hizo lo mismo—. En fin, definitivamente, se ha ganado mi atención. Su padre me apoyó muchísimo durante toda la investigación y el juicio. Me sorprende que no me haya llamado él mismo. Haría lo que fuera por Leo Farley.

Consciente de que tenía literalmente los minutos contados para aquel encuentro, Laurie se esforzó por explicarle que intentaba mantener una separación clara entre el papel de su padre como testigo y sus decisiones como periodista y productora del programa. De momento, no vio ninguna razón para mencionarle el secuestro de Johnny ni su posible relación con el asesino de su padre.

—Imagino que usted no es la mayor admiradora del hombre que acusa a su padre de perjurio —dijo Samantha.

Laurie alzó las manos.

—Intento mantener la mente abierta.

—Comprendo. Bien, pese a todo lo que he dicho antes, ya no necesita convencerme. Cuente conmigo, para lo que haga falta. Pero no creo que él se preste. No si descubre quién es usted.

Laurie sabía que «él» era Darren Gunther, el hombre cuyo nombre Samantha se negaba a pronunciar.

—«Él» ya ha aceptado, en contra de la opinión de su abogada. Solo tengo que organizar la logística con la cárcel.

Samantha asintió despacio.

—Es por su ego. ¿Qué mejor manera de herir a un buen hombre como su padre que poniendo a su propia hija en su contra? Dígame, ¿cómo puedo ayudarla exactamente?

Laurie sacó de su maletín una copia del acuerdo de participación en el programa y se lo pasó.

—Podemos hablar de fechas y de los detalles más adelante, pero aquí se explica todo.

Samantha se levantó para coger el bolígrafo que había en la encimera junto a la máquina de café.

—Tranquila. Léaselo sin prisas. Puedo pasar a recogerlo mañana...

Samantha ya estaba entregándole el documento firmado.

—No me hace falta. La confianza que le tengo a su padre es tanta que la incluye a usted.

Laurie sonrió. Guardó el contrato firmado en el maletín, pero sacó una segunda copia y la dejó en la mesa.

—De acuerdo, pero le dejo esto. Si le entran dudas, llámeme en cualquier momento.

Samantha la estaba acompañando a la puerta cuando se detuvo y se dio la vuelta.

—Finn's —murmuró.

—El bar de su padre.

—Sí, exacto. Finn's. Es el nombre que tendría que haberle puesto a la peluquería. Como homenaje. Caray, me encantaba ese bar. Mi padre siempre me dejaba servirles la cerveza de barril a los clientes habituales, incluso cuando era una mocosa. Una flagrante violación de la normativa, pero ¿quién iba a chivarse? Ese sitio era como mi segunda casa.

Laurie vio que la mirada de Samantha se había desplazado a una pantalla invisible sobre la que se proyectaban escenas de su pasado.

—¿No quiso mantenerlo abierto después de que falleciera su padre?

—Sí, desde luego. Clarissa y yo queríamos llevarlo juntas.

Laurie reconoció el nombre.

—Clarissa DeSanto —dijo.

—Sí. Era prácticamente una hija para mi padre. Una bellísima persona. Pero el mercado inmobiliario no ve a un par de chicas jóvenes como de la familia. Los propietarios del local sabían que el barrio entero se habría rebelado si hubieran intentado subirle el alquiler a mi padre, pero aquella lealtad no se extendía a la siguiente generación. Dijeron que era porque no teníamos experiencia y no querían arriesgarse apostando por dos empresarias novatas, pero, en

realidad, vieron la oportunidad de ganar más dinero y la aprovecharon.

—¿Qué hay ahora?

—Otro banco más. Se me encoge el corazón cada vez que paso por delante.

—Lo siento.

—Yo también —se lamentó Samantha—. Mecachis, tengo que irme. Si ese temporizador suena mientras estoy aquí con usted, mi clienta reaccionará como si la hubiera dejado tirada durante horas en una carretera desierta.

—Una cosa más, si me permite. ¿Siguió en contacto con Clarissa?

—Por supuesto —respondió Samantha, sonriendo al oír su nombre —. La mejor amiga que he tenido nunca. Siempre se preguntaba qué habría pasado esa noche si el pringado del amigo de Darren Gunther no se hubiera ido del bar. A lo mejor no habría estado tan resentido. Ese matón despreciable no se habría sentido solo el día de su cumpleaños y mi padre aún estaría vivo.

—¿Gunther estaba allí con otra persona? Tenía entendido que había ido solo.

—No, Clarissa dijo que llegó con alguien más, pero después el otro tipo se fue solo y él continuó molestando a una de las clientas.

—Me encantaría hablar personalmente con Clarissa. Si tiene un número para que pueda llamarla o si quiere darle el mío...

La tristeza le ensombreció la cara.

—Clarissa falleció hace tres meses.

—Oh, no. Samantha, lo siento muchísimo, de verdad. No lo sabía...

—Un accidente de coche. Iba a Boston a visitar a su tía y llovía a cántaros. Se salió de la carretera y cayó por un barranco. Nadie lo vio, pero la policía cree que tomó una curva demasiado rápido y perdió el control. Yo solo sé que perdí a mi mejor amiga y a la única persona que entendía cuánto significaba ese bar para mi padre.

Al salir, Laurie alzó la vista para mirar el letrero de la fachada sobre la entrada de la peluquería y se preguntó cuánto tiempo esperaría Samantha para volver a rebautizarla. Una peluquería que se llamara Finn's sería, en efecto, un bonito homenaje.

Domingo, 19 de julio

Quinto día

31

En la pantalla de televisión del salón del piso de Laurie en el Upper East Side, el jefe del departamento de policía de Los Ángeles estaba reprendiendo a un político local por utilizar un caso de homicidio para promover su campaña electoral. Laurie miró a su padre, sentado en su sillón favorito junto al sofá. Normalmente, aquella era la clase de escenas policiacas que lo inducía a despotricar por la falta de realismo. En cambio, lo vio asentir.

Sentado a su lado en el sofá, Timmy parecía igual de fascinado. Los tres estaban viendo la última temporada de *Bosch*. Timmy había tenido una pesadilla la noche anterior, como todas las noches desde la desaparición de Johnny. Laurie intentaba por todos los medios distraerlo de sus preocupaciones. Una serie policiaca quizá no fuera una manera típica para reconfortar a un niño de diez años, pero, por otra parte, Timmy no era un niño de diez años típico. Aquella era su serie favorita y siempre la veían todos juntos en familia. Laurie esperaba que ver cómo se hacía justicia en una historia de ficción pudiera de algún modo consolarlo a nivel subconsciente.

Leo tenía ojeras y Laurie sabía que ella también. Ambos conocían las siniestras estadísticas. Más del noventa por ciento de los niños secuestrados sobrevivían y acababan encontrándose, pero, con cada día que pasaba, las probabilidades disminuían. Más de un tercio se encontraban en las primeras veinticuatro horas; otro tercio, antes de las siguientes cuarenta y ocho. Los que llevaban desaparecidos más de una semana tenían más probabilidades de estar muertos que vivos. Ya hacía cinco días que los voluntarios buscaban a Johnny —siguiendo todas las pistas de avistamientos de niños rubios— y que la guardia costera lo hacía por mar en barcos y helicópteros, y él seguía desaparecido.

Quizá el momento más duro desde su desaparición había sido esa mañana, cuando Marcy y Andrew habían tomado la dolorosa decisión de regresar a Washington con las hermanas de Johnny. La misteriosa

desaparición de su hijo ya estaba en boca de todos en el extremo oriental de Long Island. Mientras bebían margaritas y vino rosado, los veraneantes especulaban con que el niño se había ahogado, había muerto a manos de un maniaco o lo habían tomado como rehén por alguna supuesta fechoría de sus padres. Más que una persona de carne y hueso, se había convertido en un tema de conversación.

Y, siempre que Marcy y Andrew salían de su habitación, tenían que proteger a sus hijas de los incesantes chismorreos y las miradas de la gente. Al final, un amigo de la familia que era psicoterapeuta les había rogado que regresaran a casa y se mantuvieran en contacto con las fuerzas del orden desde allí. Laurie no podía imaginar lo desgarrador que debía de haber sido marcharse sin Johnny.

Así que, por el momento, solo por un rato, su serie de televisión favorita era una manera de evadirse. Justo cuando la escena de la pantalla llegaba a su clímax, el móvil de Laurie empezó a sonar en la mesita delante de ella. El prefijo era 518, del norte del estado de Nueva York. Puso la serie en pausa.

—Mamáááááá... —Timmy no estaba contento con la interrupción.

—Lo siento —gritó Laurie mientras corría a la cocina—. Tengo que coger la llamada.

No se sorprendió cuando Leo la siguió y se quedó a su lado, escuchándola con expectación.

—Por supuesto, alcaide... lo entiendo... Nos atendremos a todas sus condiciones, claro está. Gracias de nuevo por hacernos el favor. Sé que son circunstancias excepcionales.

Organizar un encuentro entre los medios y un preso siempre era complicado, pero lo que Laurie quería para Darren Gunther probablemente no tenía precedentes: una entrevista dentro de la cárcel con un condenado por homicidio, en presencia de su abogada, realizada por un programa de televisión cuya productora era la hija del detective a cargo de la investigación original. Laurie no solo había necesitado el consentimiento de Gunther y de su abogada, Tracy Mahoney, sino también el del departamento de policía de Nueva York, la fiscalía del estado de Nueva York y el departamento de prisiones. Con la autorización del alcaide, por fin lo tenía todo atado.

Hasta el momento, solo el jefe del departamento de policía de Nueva York y la detective Langland conocían sus sospechas sobre la implicación de Gunther en el secuestro de Johnny. No querían correr el riesgo de que alguien pusiera a Tracy Mahoney sobre aviso y los privara del elemento sorpresa.

Le hizo un gesto a Leo con el pulgar alzado cuando colgó.

—El alcaide ha dicho que sí. Podemos hacerlo mañana. Estamos citados a las dos. —Gunther cumplía condena en el centro penitenciario Clinton de Dannemora. Había cinco horas de viaje desde Nueva York—. Es precipitado, pero tengo a todo el equipo preparado. Como imaginaba, el alcaide solo nos permite llevar una cámara, así que será un montaje bastante básico.

Laurie y el resto del equipo habían pasado todo el fin de semana en la oficina.

—Todo irá bien —le aseguró Leo—. Sé que las decisiones las tomas tú, pero Ryan se conoce el caso al dedillo, tan bien como yo, de hecho.

Habían tenido que hilar muy fino para no mezclar las decisiones sobre la producción del programa con el papel de su padre en las fuerzas del orden. Laurie sabía por experiencia que, si conseguían obtener alguna prueba incriminatoria contra Gunther, su abogada argüiría que el programa había actuado como instrumento de la policía. Dicho eso, Ryan y ella ya habían grabado una larga entrevista con Leo como agente a cargo de la investigación. Laurie se había asegurado de poder demostrar que seguían el mismo procedimiento que en otros programas ya emitidos. En pocas palabras, podían comunicarse con Leo como testigo del caso que los ocupaba, pero no podían permitir que él decidiera la estrategia de su investigación ni el modo de contarla.

Miró su reloj. Ya eran las siete menos cuarto.

—Uy. Será mejor que vaya a cambiarme antes de que Alex pase a recogerme. —Llevaba los tejanos y la camiseta del concierto de Coldplay que se había puesto hacía tan solo un par de horas para ver la televisión—. A lo mejor tendría que anular…

—Ni se te ocurra —la regañó Leo—. Por lo menos, vosotros dos os merecéis pasar un rato solos esta noche. Me quedaré aquí con Timmy

como hemos acordado y volveré mañana, cuando tú me digas, para que puedas salir temprano.

Alex había llamado antes, anunciando que tenía una sorpresa y que la recogería a las siete «para salir».

—Vale, pero tienes que prometerme que vas a sacar tiempo para ver pronto a Maureen. —Su padre había conocido a la jueza suprema Maureen Russell hacía tres meses en la ceremonia de investidura de Alex. No había soltado prenda sobre lo que había entre ellos, pero, por su manera de sonreír cuando leía algunos de sus SMS, sabía que le gustaba estar con ella—. Yo no soy la única que tiene vida amorosa.

—Y yo no tengo ninguna intención de hablar de eso con mi hija. Ahora en serio, no hay nada más que puedas hacer hasta que entres en esa sala con Gunther, ni para tu programa ni para Johnny. Lárgate de aquí.

Sabiendo que su padre tenía razón, Laurie fue a su habitación y sacó del armario un vestido acampanado negro de manga japonesa. Lo completó con unas sandalias de tiras y un collar llamativo. Al cerrar el armario, intentó no mirar la funda blanca de ropa que ocupaba buena parte del espacio para las perchas.

Dentro estaba su vestido de novia. En un mundo alternativo —un mundo en el que Johnny seguía en la playa con el resto de la familia— aquel era el día en el que debería haberlo estrenado. Mientras intentaba abrocharse el collar delante del espejo, se dio cuenta de que las mangas japonesas, el escote de pico y la cintura estrecha de su vestido eran como los del que seguía colgado en el armario y se preguntó si no lo habría elegido por eso. Una vez abrochado el collar, se miró por última vez en el espejo y se enjugó una lágrima.

Cuando salió, Ramon estaba esperándola y le abrió la puerta trasera del Mercedes negro de Alex. Él iba dentro y llevaba un esmoquin.

—Estás impresionante —le dijo.

—¿En serio? Me he cambiado porque iba en camiseta, pero no tenía ni idea de que había que vestirse elegante. Tengo que madrugar mucho, Alex.

Él le cogió la mano y se la apretó.

—Finjamos que el mundo es normal por un rato.

«Normal». Solo habían pasado cinco días, pero Laurie ya no se acordaba de cómo era la normalidad. Había ocurrido lo inimaginable y ahora, día tras día, se descubrían preguntándose cómo seguir adelante.

Ramon giró a la izquierda por la calle Ochenta y seis, pasó la Tercera Avenida y giró a la derecha por la Segunda, dirigiéndose de nuevo al sur.

—Ramon, lamento ser la típica neoyorquina que pone pegas a la ruta, pero ¿dónde vamos?

Alex le dio un suave apretón en la rodilla.

—Seguro que te habrás dado cuenta de dónde estamos.

Laurie lo vio claro cuando Ramon volvió a girar por la calle Ochenta y cinco. Su piso nuevo estaba a la vuelta de la esquina. Ramon aparcó delante del edificio.

Al ver la expresión desconcertada de Laurie, Alex dijo:

—Solo tenemos que darle el visto bueno al diseñador sobre un par de retoques. Será un segundo, después salimos como te he prometido.

Laurie reconoció al portero de turno, Luis. Ya sabía que era de Puerto Rico y que tenía una hija de la edad de Timmy. Los saludó cordialmente con la mano cuando se dirigieron al ascensor.

—Poca gente se ve por aquí con ropa tan elegante. ¿Cuándo se mudan oficialmente?

—Pregúntele al contratista —respondió Alex. La mayor parte de los muebles que habían encargado para el piso ya habían llegado, pero los baños y la cocina aún necesitaban algunos retoques.

—Entonces, quizá no vuelva a verlos hasta el año que viene... —dijo Luis en tono irónico.

Laurie notó un cosquilleo en el estómago cuando Alex introdujo la llave en la puerta. Durante muchos años, habían estado Timmy y ella solos, mano a mano. Ahora añadían a Alex a la familia y mudarse a aquel piso era una parte importante de ese cambio. Ya estaban muy cerca de la meta.

Cuando la puerta se abrió, la sorprendió un olor a algo fresco y

natural, una mezcla de fruta y almizcle. Alex encendió la luz del recibidor. El piso entero estaba lleno de flores. Rosas, lirios, orquídeas, tulipanes, narcisos. Blancas, amarillas, rojas, rosas, moradas.

En el salón, giró sobre sí misma despacio para regalarse la vista con lo que debían de ser al menos quince centros de flores.

—¿Ahora también regentamos una floristería?

Los hombros de Alex se sacudieron con la risita que soltó.

—¿Te acuerdas de que nos repartimos todas las llamadas que había que hacer?

—¿Cómo iba a olvidarlo? —La decisión de anular la boda había sido inevitable, pero cada llamada telefónica les había recordado cuánto les ilusionaba empezar una nueva vida juntos y cuán trágica era la situación de Johnny para que hubieran tenido que anular la ceremonia.

—Resulta que yo era el que tenía que llamar al Four Seasons para anular nuestra suite. —Después de la boda y un banquete íntimo, iban a pasar la noche en la suite de lujo del ático—. Pero se me olvidó que había hecho un pedido de flores para que te encontraras una sorpresa en la habitación. Así que... aquí están, en nuestro nuevo hogar en vez de allí.

—Alex, esto es de locos. ¿Cuántas flores hay aquí?

—Una por cada día que te conozco.

Laurie lo abrazó por el cuello.

—Estás loco, pero eres mi loco preferido.

—¿Te he dicho ya lo afortunado que soy de tenerte? —le preguntó Alex.

Laurie miró al techo, como si estuviera pensándose la respuesta.

—No en la última hora. Pero, en serio, no me puedo creer que hayas hecho todo esto.

Alex le pasó el pelo por detrás de una oreja y le dio un beso en la nuca.

—Laurie Moran, ¿me aceptas como tu marido irremediablemente prendado de ti?

—Sí. Al cien mil por cien.

Lunes, 20 de julio

Sexto día

32

Seis días.

En otra época, seis días pasaban en un minuto, llenos de reuniones de padres y profesores, tardes de juegos con los amiguitos, clases de música y, en general, el ritmo que exige la ajetreada vida cotidiana de una familia.

Pero ahora Marcy había vivido seis días sin hablar con su hijo. Cada segundo le parecía una hora. Cada hora, un año. Cada noche se le hacía eterna. Se llevó las manos a la cara, intentando mantener la calma.

Hacía demasiados días que no veía a Johnny y ahora también la obsesionaba la distancia física entre ella y la playa donde lo había visto por última vez.

«Quizá tendríamos que habernos quedado en el estado de Nueva York». Había dicho aquella frase al menos cien veces en las últimas veinticuatro horas, después de que Andrew y ella hubieran vuelto con las niñas de nuevo a Washington desde los Hamptons.

Habían consultado tanto con un asistente social especializado en víctimas de crímenes como con dos psicólogos infantiles antes de tomar la decisión de volver a casa. La detective Langland los mantenía al corriente del curso de la investigación, pero no parecía que el final estuviera cerca. Entretanto, tenían que pensar en Chloe y Emily. Según los expertos, la resiliencia de los niños era extraordinaria, pero la ausencia de una rutina era como recordarles constantemente que algo iba mal. En un hotel de los Hamptons, esperando noticias de Johnny todos los días, estaban flotando en un limbo. Y cada vez que salían de la habitación, les preocupaba que un desconocido les diera un inoportuno pésame o, peor aún, sacara disimuladamente una fotografía de la afligida familia para colgarla en la red.

Se suponía que en casa se sentirían más seguros. Podrían apoyarse en el entorno familiar y en sus conductas de siempre para ir pasando los días —o las semanas o meses— que les esperaban.

Así que habían regresado a Washington.

Al menos era verano. En unos pocos meses, las niñas empezarían a pasar la mitad del día en preescolar. En aquel momento, Marcy no podía imaginarse dejándolas en un lugar donde no pudiera verlas.

Estaba sentada fuera, a la mesa del patio trasero, leyendo los comentarios del sitio web *Encontremos a Johnny*, con la esperanza de que la persona que se lo había llevado intentara ponerse en contacto por esa vía. «Lo que quieras —pensó—. Te daré todo lo que tenemos. Cambiaré mi vida por la suya. Por favor, devuélvenoslo».

En cambio, encontró los habituales mensajes de desconocidos llenos de buenas intenciones que pensaban en Johnny y su familia y rezaban por ellos. Intentó ignorar los negativos. Un grupito de aficionados a los crímenes reales había desarrollado una teoría conspiratoria según la cual habrían secuestrado a Johnny como venganza por alguna clase de actividad ilícita en la que estaban involucrados sus padres. También estaban los excéntricos de rigor que creían que todo el caso era un «montaje» para conseguir publicidad por alguna razón desconocida. Pero los comentarios que más le dolían eran los que los culpaban a Andrew y a ella de haber puesto a su hijo en peligro: «¿Qué clase de padres dejan a sus hijos con una niñera en unas vacaciones en familia?». A veces, Marcy sentía que la culpa iba a matarla.

Notó una punzada en el estómago cuando leyó los siguientes comentarios:

> Me gustaría saber si lo habrían vigilado mejor si no fuera adoptado.
>
> Un momento, ¿el niño es adoptado? ¿Cómo lo sabes?
>
> Me he obsesionado con este caso y he leído todo lo que he podido encontrar sobre él en internet. Que es adoptado no ha salido en ningún gran titular, pero lo he leído aquí. Muy interesante.

Marcy clicó en el enlace. Llevaba a un sitio web que se llamaba *Crónica policial de Nueva York*. Nunca había oído hablar de él. El artículo no estaba firmado. Marcy leyó por encima un resumen muy

conciso de datos sobre los que ya se había informado ampliamente hasta dar con la palabra de ocho letras que estaba buscando: «adopción».

> Según una fuente policial, el niño desaparecido fue adoptado de recién nacido por los Buckley. Al preguntarle si su desaparición podría estar relacionada con la adopción, la fuente declaró que la policía había descartado esa teoría y que trabajaba con la hipótesis de que lo había secuestrado un desconocido.

Cuando la detective Langland respondió al móvil, Marcy fue directa al grano.

—¿Cómo sabe un sitio web que Johnny es adoptado? —le preguntó.

—¿A qué se refiere? —La voz de la detective era amable, pese al tono agresivo de Marcy—. ¿Qué sitio web?

Marcy se dio cuenta de que Langland no sabía nada del artículo. Esperó a que lo abriera.

—Marcy, lo siento muchísimo. Le prometo que no he sido yo. Para bien o para mal, este caso ha tenido mucha repercusión mediática, al menos localmente. Lo malo es que ha atraído a los buitres. Ningún periodista responsable invadiría su intimidad de este modo. Además, parece que solo tenían una fuente anónima, lo que nunca sería suficiente para un titular respetable.

—Johnny no lo sabe. Ni tampoco nuestras hijas. Íbamos a decírselo cuando fuera un poco mayor. —Marcy oyó un fuerte suspiro al teléfono.

—Mire, no tengo palabras para decirle cuánto lo siento, Marcy. Pero ¿este sitio web...? Nunca he oído hablar de él, y soy policía. Dejaré claro a todos mis agentes que esta clase de rumores son completamente inaceptables y, con un poco de suerte, la cosa no pasará de este sitio tan cutre.

—¡Mamá, mira! —Chloe estaba dando fuertes pisotones en el agua de la piscina infantil que Andrew les había montado en el patio.

—¿Me avisará si algún periodista se pone en contacto con usted por esta noticia? —le preguntó Marcy.

—Por supuesto. Se lo prometo.

Cuando Marcy colgó, Chloe seguía intentando llamarle la atención,

chapoteando en el agua.

—¡Mira cuánta agua salpico!

Emily se cruzó de brazos en señal de protesta.

—Para ya, Chloe. Lo estás poniendo todo perdido, y vas a vaciar la piscina.

—Pues volveremos a llenarla con la manguera.

—Pues… —Emily buscó una manera de rebatirla—. Así les quitarás el agua a peces que la necesitan.

Chloe estaba explicándole a su hermana que la cosa no funcionaba así cuando sonó el timbre. Marcy se levantó de un salto. «Por favor, que sean buenas noticias. Por favor».

Por la ventana del salón, vio un Buick gris claro aparcado en la entrada de su casa.

—Andrew —gritó. Su despacho estaba al final del pasillo—. ¡Ha venido alguien!

Corrió a la puerta y miró por uno de los cristales laterales. No reconoció a la mujer que esperaba en el umbral, mirándose nerviosamente el pie con el que golpeteaba el suelo. Marcy le echaba unos sesenta años. Tenía la cara redonda, las facciones suaves y una media melena rubia canosa peinada con la raya en el medio. Llevaba un vestido de algodón azul marino de manga corta y una sencilla cadenita con una crucecita en el cuello.

—¿Puedo ayudarla en algo? —le preguntó Marcy sin abrir la puerta.

—¿La señora Buckley?

—¿En qué puedo ayudarla? —repitió Marcy.

—Me llamo Sandra Carpenter. Mi hija era la… Les entregó a su hijo en adopción.

33

Marcy sirvió un vaso de té frío a aquella inesperada visita y se sentó al lado de Andrew, que había salido de su despacho mientras ella abría la puerta. Estaban sentados a la mesa de la cocina, donde Marcy podía vigilar a las niñas a través de las puertas de cristal correderas.

Notó que Andrew le apretaba la rodilla por debajo de la mesa. Aquel ligero contacto físico la hizo sentirse muy cerca de él. Era la única persona sobre la faz de la Tierra que compartía verdaderamente su dolor.

Marcy le dio una palmadita en la mano y no retiró la suya. Sandra ya les había explicado el motivo de su visita. Se ofrecía a ayudarles en lo que pudiera.

Según decía, en los documentos que había conseguido localizar en sus carpetas de la época de la adopción, había encontrado la dirección de los Buckley, pero no el número de teléfono. Marcy se extrañó de que no se hubiera puesto simplemente en contacto con el padre Horrigan para pedirle que los llamara en su nombre, pero entonces recordó que el sacerdote le había dicho que Sandra se había cambiado de parroquia después de que naciera Johnny. Quizá prefería no implicar al padre Horrigan en cuestiones relacionadas con su hija y la adopción. Fueran cuales fuesen sus razones, Marcy empezaba a desear no haberle abierto la puerta.

—Le agradecemos que se preocupe por nosotros, Sandra —consiguió decirle—. Sé que esto también debe de ser muy duro para usted.

—Yo no he podido dormir —respondió Sandra—. No me parecía bien no ponerme en contacto con ustedes. Sé que mi hija renunció a su hijo, pero aún pienso en Johnny como lo único que me queda de mi niña, aunque nunca haya formado parte de su vida. Saber que está en peligro, y darme cuenta de lo asustados que deben de estar ustedes, me hace volver a echar de menos a Michelle. ¿Tiene sentido?

—Por supuesto.

—Cuando Michelle era joven, estábamos muy unidas. Siempre me

decía que yo era su mejor amiga, incluso en su época de instituto. Decidió ir a la Universidad de Baltimore, en vez de a otra más prestigiosa de Colorado, porque no quería estar tan lejos de casa. Siempre fue muy buena estudiante, aunque, además de ir a clase, trabajaba como camarera a tiempo parcial. Confié en ella cuando me dijo que quería dejar los estudios por un tiempo. Los propietarios del restaurante de Baltimore en el que trabajaba, un matrimonio, iban a abrir otro cerca de su casa de veraneo en Rehoboth Beach, en Delaware, y querían que lo llevara ella. Me pareció una decisión sensata. Le ofrecían un buen alojamiento en su casa de invitados. Ganaría mucho dinero durante el verano y después ellos le pagarían más o menos lo mismo durante la temporada baja para que se quedara a vivir allí y se ocupara de cuidar la propiedad. Yo entendía por qué le parecía una buena oportunidad. Estaba a un paso de la playa y a solo dos horas y media de viaje de mí, así que nos veíamos a menudo. Hasta tenía sitio para mí en la casa de invitados, así que era como si yo tuviera mi propio lugar de veraneo. Mi hija calculaba que en tres años ahorraría lo suficiente para volver a la universidad sin deudas ni tener que trabajar a tiempo parcial, lo que le permitiría dedicarse de lleno a estudiar. Quería ser la primera de la clase. Recuerdo que decía: «Ser la mejor de la clase en una universidad pública vale más que ser normalita en Harvard». Tenía grandes sueños. Quería ser periodista.

Marcy no dudaba de que aquella mujer creía que se había presentado allí para ayudar a otra familia, pero estaba claro que sus pensamientos y su corazón seguían centrados en su propia pérdida.

Andrew, como si le leyera el pensamiento, hizo ademán de levantarse de la silla.

—Muchas gracias por venir y, una vez más, estamos muy agradecidos de que Michelle...

No fue suficiente para que Sandra dejara de recordar y Andrew volvió a sentarse.

—De lo que más me arrepiento es de mi reacción cuando me dijo que estaba embarazada. Tengo una mentalidad muy... tradicional. Extremadamente tradicional. Cuando me dijo que ni tan siquiera sabía quién era el padre, que lo había conocido en un bar, yo podría haberla

apoyado más. Hice todo lo posible por centrarme en el problema más inmediato, ocuparnos del niño, pero estoy segura de que ella se sintió juzgada. Creo que ese fue el momento en el que todo empezó a torcerse para Michelle. Después de entregar a Johnny en adopción, me apartó. Creo que se sentía avergonzada. Pensé que se le pasaría, pero las semanas se convirtieron en meses, y los meses, en años. Cuando la policía de Filadelfia me llamó para comunicarme lo de su sobredosis, fue tan frío, como si yo fuera una desconocida...

Marcy comprendía que aquella mujer —una madre como ella— estaba sufriendo, llorando aún la pérdida de su hija. Pero para ella era una desconocida y, a fin de cuentas, el hecho de que se hubiera presentado en su puerta sin previo aviso no les ayudaba a encontrar a Johnny.

A su lado, Andrew volvió a levantarse y esa vez no permitió que el relato de Sandra lo detuviera.

—Señora Carpenter, muchísimas gracias por haber pasado a vernos, y la acompañamos en el sentimiento. Necesitamos estar solos en familia ahora mismo. Permítame acompañarla a la puerta.

Sola a la mesa de la cocina, Marcy notó que los hombros empezaban a temblarle cuando se imaginó recibiendo una llamada como la que Sandra había recibido sobre Michelle. Quizá sería de la detective Langland desde East Hampton. O de un policía de Nueva York, o Cleveland, o Nueva Orleans, o Phoenix, de dondequiera que se hubieran llevado a Johnny. ¿Cuánto tiempo tendría que esperar para tener una respuesta? Y, de igual manera que Sandra atribuía el fallecimiento de su hija a su forma de actuar, Marcy se culparía eternamente por haber dejado a Johnny en aquella playa con una niñera a la que ni tan siquiera conocía.

La vibración del móvil sobre la mesa la arrancó de sus pensamientos. Era un SMS de Laurie.

«Acabamos de llegar a la cárcel».

34

Laurie silenció el móvil después del breve SMS que había enviado a Marcy. No podía imaginarse lo angustiados que debían de estar Andrew y ella. La propia Laurie no había dormido más de unas pocas horas seguidas desde que Johnny había desaparecido. ¿Pensar en estar separada de Timmy durante casi una semana sin tener la menor idea de su paradero? Era más de lo que podría soportar.

Se metió el móvil en el bolsillo de la chaqueta y dirigió su atención al cámara, que estaba estudiando su pantalla digital.

—¿Cómo lo ves, Nick?

El espacio que les había proporcionado la cárcel era pequeño, una de las salas utilizadas habitualmente por los abogados defensores para reunirse con sus clientes. Laurie se había organizado en consecuencia con un equipo muy reducido: Ryan, ella y su mejor cámara con solo un equipo de grabación. Tracy Mahoney, la abogada de Gunther, ya los había saludado y les había dicho que no le importaba dónde la sentaran siempre que no saliera en pantalla.

—Compruébalo tú misma —dijo Nick, dando un paso atrás para que Laurie pudiera echar un vistazo—. No puedo hacer más.

Los únicos muebles eran una mesita redonda y las dos sillas que habían colocado ellos mismos. Ryan estaba sentado más cerca de la entrada, de espaldas a la puerta, repasando las notas que había escrito en un cuaderno.

La dificultad radicaba en sacar a Ryan y a Gunther juntos desde tan cerca. Nick lo había logrado colocando la cámara en la esquina más alejada de la mesa.

—Como ves —explicó Nick—, el sitio donde está sentado Ryan tiene un encuadre un poco mejor que el otro.

Ryan sonrió y saludó a la cámara. El resultado distaba mucho de la calidad de sus tomas habituales, pero sería suficiente.

—Entonces pondremos ahí a Gunther y tú, Ryan, saldrás más de perfil. Y tenemos esa silla del rincón, fuera del encuadre, para la

abogada defensora.

—Por mí bien —dijo Ryan—. No me gusta nada estar de espaldas a la puerta.

Laurie hizo un gesto a Nick con el pulgar alzado.

—Eres un mago, siempre tan profesional.

—Solo lo dices porque me he levantado casi de madrugada para venir aquí.

—Oye, al menos el viaje incluía un regalito de Doughnut Project.

Laurie se había enterado de que a Nick le encantaban los bollos de beicon con sirope de arce, una de las especialidades de aquella pastelería.

Nick se dio una palmada en la barriga con una sonrisa.

—Mis arterias dicen que no, pero mi estómago está muy agradecido. Por cierto —añadió, bajando la voz—, solo quería que supieras que mi señora y yo hemos estado rezando por Johnny. Cualquier cosa que podamos hacer para ayudar, aquí nos tienes.

El presunto secuestro de Johnny había ocupado un lugar destacado en los noticieros locales, así como sus lazos familiares con el juez federal Alex Buckley.

—Te lo agradezco —dijo Laurie—. El hecho de estar aquí, haciendo esto... es la ayuda que necesito en este momento.

Nick asintió con conocimiento de causa.

—Desde luego. Bien, yo estoy listo; empezamos cuando quieras.

Laurie tenía la impresión de que Nick sospechaba que existía una relación entre la desaparición de Johnny y la repentina urgencia con la que Laurie estaba ocupándose del nuevo caso para el programa, pero no era de los que hacían preguntas fuera del ángulo de la toma o la iluminación más conveniente.

Miró a Ryan, que se había sentado al otro lado de la mesa.

—A por ello —dijo él.

Laurie llamó al cristalito de la puerta blindada y un guardia la abrió.

—Aquí estamos listos —le informó.

—Voy a buscar al prisionero. Su abogada también está.

Cuando la puerta volvió a cerrarse, Laurie sintió que la invadía el

pánico. Aquella podía ser su única oportunidad de salvar a Johnny. No podían desperdiciarla.

De no ser por el mono verde, Darren Gunther podría haber pasado por un actor de Hollywood que entraba pavoneándose en una sala de audiciones, tranquilo y seguro de sí mismo y perfectamente concentrado.

—Ah, qué agradable pasar un rato en la lujosa sala reservada a los abogados. Mucho más refinada que la zona para las visitas de la chusma.

Dio educadamente las gracias al guardia que le quitó los grilletes y los sustituyó por unas esposas para sujetarle una muñeca a una escuadra del borde de la mesa.

Tracy Mahoney, la abogada de Gunther, era una mujer alta y ancha de espaldas con una indomable mata de pelo rizado rubio canoso. Era difícil no advertir su acento de Brooklyn.

—¿De verdad es necesario todo esto? Estamos delante de la cámara. Las cerraduras de la puerta son dignas de Fort Knox.

El guardia negó con la cabeza.

—Ya conoce el protocolo.

Cuando el guardia se fue, Gunther utilizó la mano libre para estrechar la de Ryan con gesto seguro.

—Usted debe de ser Ryan Nichols —dijo—. Le reconozco por su programa de televisión. También he buscado su historial. Impresionante. Estoy deseando poder contarle la verdad sobre mi caso.

—Estoy seguro de que tendremos una conversación muy esclarecedora —respondió Ryan.

—Y usted debe de ser la señora Moran —añadió Gunther, volviéndose hacia Laurie.

—Sí. —Normalmente, Laurie ya habría entrevistado en profundidad a todos los participantes antes de grabar, pero aquellas no eran circunstancias normales—. Estoy deseando oír su versión de los hechos.

Gunther alzó el dedo índice de su mano libre.

—Tenga cuidado con lo que desea, señora Moran. ¿Conoce el dicho sobre no intentar conocer nunca a nuestros héroes? Su padre está considerado un verdadero héroe y puede que no le guste lo que voy a decir de él. Hay un lado suyo que no creo que muestre a su hija que tanto lo admira ni a su adorable nieto. Se llama Timmy, ¿verdad?

Su sonrisa fingida parecía amable, pero Laurie notó un nudo quemándole en la garganta al oír el nombre de su hijo en labios de Gunther. Volvió a recordar el difícil reto que tenía ante ella. Si Gunther había organizado el secuestro de un niño que creía que era el nieto de Leo para poder presionarlo, ciertamente no podía admitirlo delante de la cámara. Tendría que dejar caer pistas veladas para confirmar un intercambio tácito: la libertad del niño secuestrado a cambio de la suya. Gunther había mencionado al hijo de Laurie de inmediato. ¿Era aquella la clase de pista que buscaban o solo su manera de intentar desconcertar a la productora de televisión cuyo programa quería manipular?

—¿Qué tal si empezamos? —propuso Laurie.

35

Mientras Ryan explicaba a Gunther su versión de los hechos que habían conducido a la muerte de Lou Finney, Laurie se dio cuenta de cuánto deseaba vengar a su padre, aunque al final se demostrara que Gunther no había tenido nada que ver con el secuestro de Johnny.

La entrevista cubrió todo lo ocurrido la noche del asesinato, así como la prueba de ADN supuestamente exculpatoria, sin que la abogada de Gunther interviniera una sola vez. Hasta el momento, Gunther se había atenido fielmente tanto al testimonio prestado durante el juicio como a los motivos expuestos en su petición de revisión de pena. Además, era guapo, elocuente y a veces incluso cautivador. Mirándolo, el telespectador medio pensaría que era imposible que fuera un asesino. No obstante, Laurie sabía por experiencia que incluso las personas más improbables podían llevar dentro a un criminal. Tenía que haber alguna otra explicación para la presencia del ADN de Mason Rollins en el arma homicida. Laurie jamás creería que su padre se había inventado una confesión para incriminar a un hombre inocente.

Como si le leyera el pensamiento, de golpe, Gunther dejó de hablar sobre la prueba de ADN, miró directamente a la cámara y dijo:

—Sé lo que piensa la gente: aunque parezca una persona razonable, aunque haya sido un preso modelo durante estos dieciocho años que siempre ha insistido en su inocencia, aunque pueda demostrar, más allá de toda duda, que el ADN del arma homicida no es el mío, sino el de un conocido delincuente con inclinación a agredir a la gente con un cuchillo —fue contando los distintos argumentos con los dedos de una mano—, a la hora de la verdad, muchos de ustedes pensarán: «Pero un policía condecorado dice que confesó» y, para ustedes, con eso bastará. Porque el policía al que me enfrento no es cualquier señor con uniforme azul, es el ex primer comisario adjunto Leo Farley, que ascendió de rango como un cohete después de mi condena. Para los que no sepan a qué me refiero, Farley está literalmente un escalón por

debajo del mismísimo jefe de la policía. Su nombramiento para el puesto se tenía por seguro, de no haberse jubilado, pero aún lo tratan como a una estrella del rock. La revista *New York* le dedica un artículo y se junta con el alcalde para ver eventos deportivos en su palco privado.

Laurie notó una descarga eléctrica en el cerebro cuando le oyó mencionar el artículo. Esa era la revista que había publicado su fotografía en el palco del alcalde del estadio de los Yankees. En esa época, Timmy se parecía mucho a como Johnny era ahora. Al menos, ya tenían la confirmación de que Gunther la había visto. Se obligó a concentrarse mientras él seguía enumerando los muchos méritos de Leo.

—Encabeza el desfile del día de San Patricio, montado en la carroza principal al lado del cardenal. Dios santo, tiene tantas condecoraciones que las medallas de su uniforme de gala parpadean como una bola de discoteca.

—Creo que la reputación del primer comisario adjunto Farley ya nos ha quedado sobradamente clara —dijo Ryan—. Está diciendo que, entre su palabra y la de usted, sospecha que la mayoría de la gente se decantaría por el policía veterano condecorado.

—Exacto. Pero ese es el quid de la cuestión. —Gunther volvió a dirigir su penetrante mirada a la cámara—. ¿Cómo logró Leo Farley llegar tan alto en un ambiente tan enrarecido? ¿Qué lo distinguía tanto de todos los demás policías y detectives normales y corrientes cuyo nombre nadie conoce? ¿Qué hacía a Farley tan especial que prácticamente se convirtió en el rey de las fuerzas del orden?

Ryan no dejó pasar la oportunidad.

—Una explicación es que se vuelca tanto en sus investigaciones que, por ejemplo, vuelve a la comisaría después de su turno porque aún no ha descubierto la verdad. Y que hace tan bien su trabajo que consigue que alguien tan inteligente y flemático como usted confiese haber apuñalado a un hombre en un ataque de rabia después de que una mujer lo rechace en un bar.

Gunther sonrió sin alterarse.

—Habla usted como un hombre que trabaja para la hija de Leo

Farley. Supongo que esta emisión advertirá del flagrante conflicto de intereses para que los espectadores puedan tenerlo en cuenta a la hora de formarse una opinión.

—A nuestros espectadores siempre les damos los hechos objetivos.

—¿Pero conocía usted el hecho objetivo de que, en la época de mi detención, estaban considerando a Leo Farley para el puesto de relaciones públicas del departamento? Hasta entonces, era un policía ambicioso, pero nunca había tenido casos prominentes que lo pusieran en el candelero. En cambio, el asesinato de Lou Finney lo tenía todo para salir en primera plana. El querido dueño de un conocido bar de uno de los barrios más de moda de Manhattan. Los sospechosos eran un estudiante de un colegio privado y un rico heredero de una empresa inmobiliaria. Una historia del choque entre la nueva y la vieja Nueva York. Un choque de clases. Y el hecho de que Leo consiguiera hacerme desembuchar lo convirtió en el héroe de la historia. Y después, ¿adivina qué? Consiguió ese gran ascenso y se convirtió en el portavoz oficial de todo el departamento de policía de Nueva York, capaz de acaparar tanta atención mediática como un alcalde.

A Laurie no le gustaba lo que oía. Gunther estaba esgrimiendo la reputación estelar de su padre como un arma contra él. En la pantalla digital de Nick, vio que los ojos de Gunther se alejaban del objetivo. La miraba a ella, pero enseguida volvió a centrar su atención en Ryan.

—Le sugiero que investigue la cronología de la trayectoria de Leo Farley en el departamento. Verá que tengo razón. ¿Sabía que no soy el primer preso que ha acusado a Farley de falsear pruebas?

Aunque Ryan estaba de perfil, a Laurie le pareció percibir un asomo de duda en su reacción. Probablemente estaba pensando que, en cualquier otro caso —con otro detective, con un plazo de producción normal—, Laurie habría investigado todas las reclamaciones de ese tipo antes de realizar entrevistas en vídeo. No obstante, se rehízo enseguida.

—Usted lleva dieciocho años en la cárcel —dijo—. Supongo que sabe lo frecuentes que son las peticiones de revisión de pena. Cualquier policía con treinta años de servicio será acusado de mala

praxis por montones de condenados a lo largo de su carrera. Eso no significa que todas las alegaciones sean ciertas.

—El ADN encontrado recientemente corresponde al de un hombre que ha amenazado a personas con cuchillos en repetidas ocasiones, incluyendo al menos un apuñalamiento probado durante una pelea en un bar, justo la conducta de la que se me acusa. ¿Sabía usted que la unidad de revisión de penas de la Fiscalía ha confirmado que Mason Rollins vivía en Greenwich Village en el periodo en el que apuñalaron a Lou Finney? Su piso estaba a solo diez minutos a pie del bar. Rollins le cerró la puerta en la cara a mi abogada cuando intentó hablar con él, y tengo entendido que también se negó a hablar con el investigador de la Fiscalía.

—Dígame, según usted, ¿por qué apuñalaría Rollins al dueño de un bar con el que no tenía ninguna rencilla que se conozca?

—Porque acabamos todos fuera del bar, en la acera. Yo intentaba retirarme de la pelea, pero el otro tipo, Jay Pratt, no paraba de darme puñetazos y agarrarme por la camisa. Chocamos contra otro hombre, que fue el que sacó el cuchillo. Después, solo sé que el señor Finney se desplomó. Había mucha sangre. Y el otro tipo… ya no estaba. A mí no me cabe ninguna duda de que aquel hombre era Mason Rollins, y el ADN lo demuestra. Usted es un magnífico abogado, señor Nichols. Dígame: ¿hay mejores argumentos que los míos para generar dudas sobre mi culpabilidad?

36

Gunther le sostuvo la mirada a Ryan, como si estuviera desafiándolo a encontrarle un punto débil a su teoría. «¿Hay mejores argumentos que los míos para generar dudas sobre mi culpabilidad?».

Fue un momento televisivamente perfecto, la nota justa para poner fin a la entrevista. Ryan no había conseguido que Gunther se desviara en lo más mínimo de su versión de los hechos. En todo caso, había reforzado su teoría, sacando el máximo provecho de la prueba de ADN y poniendo en duda la credibilidad de Leo.

Ryan miró a Laurie. Ella entendió la señal; estaba a punto de terminar. Asintió.

—Solo unas pocas preguntas más antes de acabar, señor Gunther. Voy a leerle una lista de nombres de personas que estuvieron en el Finn's Bar la noche del asesinato y preguntarle si tuvo algún contacto con ellas antes de esa noche o después.

—Muy bien, pero no veo de qué puede servir.

—Según su versión de los hechos, usted estaba solo en el bar y no conocía a ninguno de los presentes, así que nos gustaría confirmarlo. Y también querríamos asegurarnos de que después del asesinato no hizo ningún intento de ponerse en contacto con posibles testigos de cargo, ni antes del juicio ni ahora en su petición de revisión de pena.

Por primera vez desde que la cámara había empezado a grabar, Tracy Mahoney intervino.

—No respondas, Darren. Es demasiado vago.

Con la mano libre, Gunther hizo un gesto para quitarle importancia.

—Por favor, no tengo nada que temer. Oigámoslo.

Ryan leyó uno a uno los nombres de la lista preparada por Laurie: Lou Finney, por supuesto; Jane Holloway, la mujer con la que Gunther había intentado ligar esa noche; Jay Pratt, el hombre con el que se había peleado en el bar; Clarissa DeSanto, la camarera que había sorprendido a Leo al no declarar en el juicio de Gunther, y, por último, Mason Rollins. Según Gunther, no tenía ninguna relación

anterior con ninguno de ellos ni ningún contacto desde entonces.

—¿Qué me dice del amigo con el que estaba de fiesta, al principio de la noche, antes de su pelea con el señor Pratt? Quizá él podría arrojar alguna luz sobre su conducta en el bar.

Gunther entornó los ojos, como si la pregunta lo hubiera confundido.

—Estaba solo en el bar. Mi idea era quedar con otros estudiantes del Vassar College que estaban de vacaciones en Nueva York, pero no llegué a contactar con ellos. Fui al Village para divertirme un poco por mi cuenta. No podía imaginarme que esa decisión me arruinaría la vida.

Según Samantha Finney, Clarissa, la camarera, había dicho que Gunther había llegado con otro hombre, pero, en ese momento, no había manera de saber la verdad. De hecho, la lista de nombres solo era un medio para introducir la siguiente pregunta, la más importante.

—Y, por último —dijo Ryan—, nos gustaría saber quién podría darnos referencias de usted como persona.

—¿A qué se refiere?

—Me refiero a gente que pueda decirnos qué clase de persona era usted hace dieciocho años, pero también a cualquier amigo o allegado que tenga ahora. Dice que ha sido un preso ejemplar. Creemos que a nuestros telespectadores les gustaría oír a quienes le conocen de verdad, para hacerse mejor una idea de qué clase de persona es.

Si Gunther estaba implicado en el secuestro de Johnny, aquella era su oportunidad para ponerlos en contacto con un cómplice fuera de la cárcel que pudiera continuar negociando por su libertad.

—Mi madre tiene demencia y está en una residencia de ancianos desde hace cuatro años —respondió, encorvando la espalda—. Ni tan siquiera me dejaron salir para despedirme de ella mientras aún reconocía a su hijo. Diría que mi abogada es probablemente la persona que mejor me conoce en este momento. —Asintió mirando a Tracy. Laurie sabía que una abogada no podía actuar como testigo de su propio cliente.

—¿Nadie más? —preguntó Ryan—. ¿Quizá un viejo amigo del barrio o incluso un excarcelado con el que haya seguido en contacto y

al que podamos entrevistar?

«Vamos —pensó Laurie—, muerde el anzuelo. Indícanos la dirección correcta».

—Lo siento —respondió Gunther, encogiéndose de hombros—, no es precisamente fácil mantener o hacer amigos entre rejas.

Ryan ensombreció la expresión cuando miró a Laurie para que decidiera qué hacer. Él también lo sabía. No habían conseguido lo que necesitaban.

—Creo que esto es todo por hoy —dijo Laurie.

—¿Está segura? —preguntó Gunther—. No es que tenga grandes planes para el resto del día. —De nuevo aquellos ojos chispeantes y aquella sonrisa irónica. Laurie veía por qué tantos periodistas habían caído en sus redes.

—Sí. —Tuvo un escalofrío cuando pasó por detrás de su silla para llamar a la puerta e indicar al guardia que habían terminado.

Cuando oyó girar la llave en la cerradura, Gunther volvió a hablar.

—Por cierto, señora Moran, tengo presentes al sobrino de su prometido y a toda su familia en mis pensamientos y oraciones.

Laurie casi dio un respingo al oírle mencionar la desaparición de Johnny.

—¿Qué ha dicho?

—Soy un poco adicto a las noticias. Cinco periódicos distintos, entre locales y nacionales, cada santo día. El *Post* y el *Daily News* han hecho muy buen trabajo difundiendo su foto por todas partes. Parece un niño adorable. Espero que lo encuentren sano y salvo, y pronto.

Laurie repasó mentalmente la cobertura mediática que había seguido desde el principio. Varios artículos especificaban que Johnny se encontraba en los Hamptons para celebrar el cumpleaños de su tío, el juez federal recientemente investido Alex Buckley, pero hasta el momento no habían mencionado ni a Laurie ni a su padre. Como mínimo, el comentario de Gunther revelaba que había atado cabos. Pero ¿era esa su manera de comunicarle que podía llevarlos hasta Johnny?

Laurie no se sentía más cerca de la verdad.

—Digamos simplemente que toda la familia está deseando volver a

tenerlo en casa... a cualquier precio.

Le escrutó la cara por si percibía alguna reacción mientras el guardia volvía a ponerle los grilletes. Gunther no se volvió para mirarla cuando se lo llevaron de la sala.

Nick echó a andar hacia la salida de la cárcel, con la pesada cámara metida en una bolsa de piel en bandolera.

Laurie aflojó el paso al darse cuenta de que no quería subir a la furgoneta del estudio sin una pista mejor.

Se detuvo antes de llegar a la ventanilla de la entrada y se volvió hacia Ryan, que estaba a su lado.

—¿Es solo mi impresión o esto no ha ido bien?

—No es solo tu impresión —respondió él—. Es todo lo que ya sabíamos, pero dicho con sus palabras, que, francamente, han sonado bastante bien. Y tú sabes que tu padre me cae bien, pero Gunther ha puesto varios temas sobre el tapete. Vamos a tener que investigar la relación cronológica entre su caso y el ascenso de tu padre al departamento de relaciones públicas.

Laurie se llevó la mano a la frente. Tenía que haber algo más que pudieran hacer antes de marcharse. De golpe, alzó la vista.

—La zona para las visitas —dijo.

Ryan pareció desconcertado.

—Gunther ha comentado que era agradable pasar un rato en la lujosa sala reservada a los abogados. Mucho mejor que la zona para las visitas de la chusma.

Ryan solo tardó un instante en saber a qué se refería.

—Lo que significa que recibe otras visitas.

Diez minutos después, tenían un nombre: Summer Carver. Aparecía en el registro de visitas hacía más o menos un año, pero, en los últimos seis meses, rara vez había faltado a las dos visitas semanales que Gunther tenía permitidas.

—Y eso que no tiene más amigos aparte de su abogada —dijo Ryan en tono irónico.

Mientras esperaban a que un funcionario les imprimiera la imagen

escaneada del permiso de conducir de la mujer, expedido en Nueva York, vieron a Tracy Mahoney en la entrada de la cárcel. Se dio la vuelta y sostuvo el móvil como si estuviera haciendo una llamada, pero a Laurie no le cupo ninguna duda de que estaba espiándolos.

Martes, 21 de julio

Séptimo día

37

A la mañana siguiente, Laurie estaba en su despacho, delante de tres pizarras blancas en las que había escrito todo lo que sabían hasta el momento sobre la desaparición de Johnny, Darren Gunther y el asesinato de Lou Finney, así como las posibles correlaciones entre ambos sucesos. Jerry, Grace y Ryan estaban sentados a la mesa oval de reuniones, tomando apuntes mientras ella resumía los puntos clave.

Laurie rodeó el nombre de Summer Carver con un círculo de color rojo.

—Si Gunther tiene a alguien fuera que le hace de ojos, oídos y piernas mientras él está encerrado, creemos que Summer Carver es la candidata más probable. Es la única que lo visita en la cárcel aparte de su abogada y, de vez en cuando, su editor.

Trazó un segundo círculo más pequeño alrededor del nombre de Tracy Mahoney.

—Cabe la posibilidad de que su abogada defensora desempeñe el papel de cómplice facilitando las comunicaciones, pero pensamos que es improbable que haga el trabajo sucio personalmente. —Tracy los había visto hablar con el guardia de la entrada de la cárcel. Era muy posible que ya hubiera avisado a Summer de que su equipo estaba al corriente de sus visitas a Gunther. El propósito de la reunión era prepararse antes de intentar ponerse en contacto con ella.

—Jerry y yo hemos empezado temprano esta mañana, mirando las redes sociales de Summer, y hemos dado con un filón. Jerry, cuéntanos tú lo que hemos descubierto.

Como solo eran cuatro, Laurie se habría limitado a reunirlos alrededor de su ordenador. No obstante, Jerry había insistido en conectar su portátil a un proyector para presentar lo que habían descubierto en una pantalla más grande.

Mientras Laurie tomaba asiento, el perfil de Facebook de Summer Carver apareció en la pantalla enrollable colocada en la cabecera de la mesa de reuniones. En la imagen del perfil, una joven alta y delgada,

con el pelo negro largo y ondulado y la tez muy blanca, sujetaba a un peludo gatito blanco contra su nariz salpicada de pecas rojo fresa.

—De todas las redes sociales, Summer solo está en Facebook. Lo primero en lo que nos hemos fijado es que sus únicas publicaciones públicas, es decir, las que podemos ver, aunque no seamos «amigos» suyos en línea, son las que comparte de la página *Darren Gunther es inocente*. También sabemos que es activa en esa página, lo que no es sorprendente dado que lo visita en la cárcel.

Jerry movió el cursor hasta la parte del perfil que permitía enlazar con los perfiles de familiares. Aparecían dos: su madre, Julie Carver, y un hermano, Toby Carver. Jerry colocó el cursor sobre el nombre de Toby y clicó.

—Su hermano no ha publicado nada en cuatro años, así que... nada. —La imagen del perfil ni tan siquiera era de una persona. Era una fotografía de un bosque con un arroyo cerca. A continuación, Jerry entró en el perfil de la madre de Summer—. Julie, en cambio, es una usuaria de Facebook muy activa.

En la fotografía de su perfil, había dos mujeres en primer plano que sonreían a la cámara. Una era Summer Carver y la otra llevaba una camiseta azul donde ponía «Los sesenta son los nuevos cuarenta» en grandes letras blancas. Julie era más baja y regordeta que su hija, con el pelo más corto y claro, pero tenían las mismas pecas rojo fresa. Jerry clicó dos veces en la fotografía para ver la fecha y el pie de foto.

—Es de hace unos tres años. Como veis en el pie de foto, estaban celebrando los sesenta años de Julie. —El texto decía: «El mejor regalo de cumpleaños que podían hacerme. Mi preciosa hija vuelve a estar conmigo. ¡Feliz de tenerla de nuevo en casa!».

Grace levantó la mano, pero no esperó a que Jerry la invitara a hablar.

—¿Te estropeo la sorpresa si pregunto dónde estaba Summer antes de eso?

—Si lo supiéramos, te lo diría. Así que ese es el primer misterio. Sigo. —Jerry pasó rápidamente centenares de las típicas publicaciones de redes sociales, deteniéndose para recalcar la frecuencia con la que Julie mencionaba a su hija; también se detuvo en una serie de

fotografías donde aparecían las dos juntas en una organización benéfica llamada God's Love We Deliver que preparaba y repartía comidas a domicilio.

«Me he traído a una ayudante para mi turno de los martes en la cocina —había escrito Julie en el pie de una de las fotografías—. ¡Clica aquí para donar a una causa importante!».

Jerry continuó pasando publicaciones antes de detenerse en una de hacía cuatro meses.

—Bien, aquí es donde la cosa se pone interesante.

En vez de una fotografía personal, la publicación era un texto escrito en cursiva blanca sobre un fondo azul oscuro. «Las madres no duermen. Solo se preocupan con los ojos cerrados». El pie de foto decía: «¡MUY CIERTO!».

Laurie se fijó en que Ryan dejaba el bolígrafo sobre la mesa y paraba por un momento de tomar frenéticamente apuntes, como si diera por sentado que no podía salir nada útil de un «meme de mamá». Se equivocaba. La clave era leer las respuestas de las amigas de Julie.

Katie Lundt: «Julie, quiero pensar que estás de broma, pero esto no pinta bien».

Beth Trainor: «Ja, ja, cariño, pero estoy de acuerdo con Katie. Nos estás preocupando. ¿Está bien Summer?».

Julie había respondido: «Ha tomado algunas decisiones que son... bueno, que no entiendo».

Katie Lundt: «¡¿Pero va todo bien?!».

Julie: «No he podido seguir mordiéndome la lengua, así que se ha ido de casa y está viviendo con Toby (su hermanastro). Es largo de contar, pero, si os digo la verdad, estoy preocupada. Rezad por mí y por mi hija, por favor. Yo puedo guiarla, pero ya no puedo controlarla. ¿Por qué se hacen mayores tan rápido?».

Laurie jamás entendería a las personas que tenían conversaciones íntimas por internet. Por lo que podía suponer, Julie Carver no imaginaba que un completo desconocido acabaría hurgando en sus redes sociales para enterarse de las intimidades de su familia.

Ryan tenía de nuevo el bolígrafo en la mano y volvía a tomar

apuntes al mismo ritmo frenético.

—Parece que tuvieron una discusión —dijo—. Y las fechas coinciden. Hace unos seis meses, Summer pasó a visitar a Gunther dos veces a la semana. Puede que a su madre no le hiciera gracia el nuevo amigo que se había echado.

—Eso es justo lo que pensamos —corroboró Jerry—. Después de esta publicación de hace cuatro meses, no hay indicios de que Julie haya visto a su hija ni una vez. De hecho, nunca la menciona directamente. El día de la Madre unas cuantas personas escribieron en el perfil de Julie diciéndole que pensaban en ella y que esperaban que le fuera mejor con su hija, así que da la impresión de que siguen peleadas. Y el perfil de Summer dice que tiene un hermano que se llama Toby. Parece que es su hermanastro y que no es hijo de Julie.

Ryan se apretó el puente de la nariz.

—Aun así, es una pista muy floja. Lo único que sabemos realmente es que Summer apoya la causa de Gunther y que se ha peleado con su madre. De eso a un secuestro hay un trecho. ¿Tenemos alguna razón para creer que Summer sería capaz de eso?

Jerry apagó el proyector y Laurie explicó que la noche anterior había llamado a Jennifer Langland, la detective de Long Island que llevaba el caso de Johnny.

Grace negó con la cabeza, sin disimular su desaprobación. Las largas uñas rojas le brillaron cuando levantó la mano con gesto resoluto.

—Lo siento, sé que no la conozco, pero, por todo lo que he oído, está convencida de que investigar a Gunther es una pérdida de tiempo. Pídele a tu padre que se ocupe él. El departamento de policía de Nueva York puede buscar el apellido Summer en todas las bases de datos habidas y por haber. ¡Y listo!

Grace no se equivocaba. Estaba claro que Langland abrigaba dudas sobre la implicación de Gunther en el secuestro de Johnny, pero también era la detective al mando de la investigación. Laurie no podía saltársela, a menos que se hiciera patente que necesitaban un plan B.

—Creo que pillé a Langland en un buen momento —explicó—. Según parece, se pasaron casi dos días siguiendo a un hombre que había sido visto mirando a los niños en la playa el día del secuestro de

Johnny. Al final lo pararon por no haber puesto el intermitente. Pensaban que tenían al autor cuando encontraron un tíquet en el coche con la fecha de ese día, emitido por una de esas furgonetas que venden comida en la playa. Pero después localizaron la furgoneta y vieron que estaba en Southampton en el momento que desapareció Johnny. En cualquier caso, tanto si cree que vamos por el buen camino como si está avergonzada por haber seguido una pista falsa, me prometió que investigaría a Summer y me llamaría.

—¿También a su hermano? —preguntó Grace.

—A todas sus relaciones conocidas.

—Algo es algo —dijo Grace a regañadientes—, pero tengo la impresión de que mamá Carver podría contarnos montones de cosas de lo que trama Summer. Solo han sido unas pocas publicaciones en Facebook, pero sé reconocer el tono de una madre que cree que su hija no anda metida en nada bueno. Es decir, no es que yo sea esa clase de hija —añadió.

—Por supuesto que no —dijo Laurie—. Es curioso que digas eso, Grace, porque, si quisiera localizar a la señora Carver hoy mismo para cambiar impresiones, ¿dónde la buscaríamos?

Cuando Grace se dio cuenta de que tenía la respuesta, una sonrisa radiante le iluminó la cara acorazonada.

—Martes por la tarde. Hace de voluntaria en la cocina. ¿Puedo acompañarte? Por favor. Las madres de Facebook me adoran.

Laurie llevaba un tiempo buscando maneras de darle más responsabilidades y estaba claro que Grace tenía un talento natural para tirarle de la lengua a la gente.

—Me parece buena idea.

Echó un vistazo al conjunto que Grace llevaba ese día: un vestido de tubo azul marino por encima de la rodilla que era prácticamente un hábito de monja en comparación con su vestuario habitual, combinado con unos lustrosos zapatos color carne de tacón de aguja.

—No te preocupes. Siempre tengo unos zapatos planos en el cajón de mi mesa por si necesito estar menos...

—¿Despampanante? —preguntó Laurie.

—Exacto.

38

Grace alzó la vista para mirar el reluciente edificio de seis plantas situado en la esquina entre Spring Street y la Sexta Avenida, en el Soho. Desde la acera, Laurie y ella podían ver una vanguardista cocina profesional que bullía de actividad. Cocineros con delantal blanco y gorro negro picaban zanahorias y cebollas, pelaban patatas y preparaban albóndigas.

—¿Este es el comedor social? —se maravilló Grace. Se miró las sencillas bailarinas negras que se había puesto para ir allí—. Mis Louboutin habrían ido perfectos en este sitio, aunque son de imitación, que quede claro.

Laurie envió un breve SMS: «Acabamos de llegar», y le abrió la puerta a Grace.

—No es lo que esperabas, ¿eh? Construyeron una nueva sede hace unos años para expandirse. Y no es un comedor social. Reparten casi dos millones de comidas a domicilio al año a clientes que están demasiado enfermos para salir a comprar o cocinar.

Laurie había asistido a muchas de las galas anuales de God's Love We Deliver y les hacía donaciones con regularidad. En la subasta benéfica del año anterior había donado una visita a los Fisher Blake Studios que incluía una comida con el presentador y la productora de *Bajo sospecha*.

Aquel vínculo le había resultado útil para quedar con la madre de Summer Carver, Julie. Había rebuscado entre sus viejos correos electrónicos para encontrar los datos de contacto de la empleada que le había solicitado la donación para la subasta.

—Caroline —dijo al reconocer la cara de la joven que se dirigía a la recepción para recibirlas. Mientras hacía las presentaciones, se fijó en que Grace miraba los zapatos de tacón de Caroline con una sonrisa cómplice—. Muchísimas gracias por ayudarnos, sobre todo avisándote con tan poca antelación.

—No hay de qué —respondió Caroline—. Julie Carver es una de

nuestras mejores voluntarias. Ella y su marido tenían un restaurante en Queens. Cuando él falleció, decidió vender, pero después se dio cuenta de que echaba de menos el trabajo. Su jubilación nos ha venido de perlas.

En vez de abordar a la madre de Summer Carver sin previo aviso durante su turno semanal de voluntaria en la cocina, Laurie había llamado a Caroline y le había pedido que actuara como intermediaria. Según ella le había dicho, Julie era una asidua de *Bajo sospecha* y parecía impaciente por hablar con alguien de cuánto le preocupaba la relación de su hija con un asesino que estaba cumpliendo condena.

Los ojos de Caroline se iluminaron cuando una mujer salió de la cocina profesional de la primera planta, secándose las manos en el delantal. Laurie la reconoció por sus fotografías de Facebook.

—Ahí la tienes. Os he reservado una de nuestras salas de reuniones para que habléis en privado.

Laurie solo tardó unos minutos en explicar que estaban llevando a cabo una investigación para un especial sobre el asesinato de Lou Finney y la petición de revisión de pena de Darren Gunther.

—Como probablemente ya le habrá comentado Caroline, el nombre de su hija ha surgido en nuestras indagaciones porque visita a Gunther en la cárcel a menudo. Hemos entrado en sus redes sociales para ver cuál es su relación y nos hemos encontrado casualmente con sus publicaciones, donde da a entender que está preocupada por su hija. Nos preguntábamos si Darren Gunther puede tener algo que ver con eso.

—Esas visitas a la cárcel fueron la gota que colmó el vaso para mí —explicó Julie con tristeza—. Al principio, me animó ver que se interesaba por el caso de Gunther. Después de un par de años muy turbulentos, Summer estaba de nuevo en Nueva York, viviendo conmigo, intentando averiguar qué quería hacer con su vida. Terminó algunos exámenes que le faltaban para sacarse la licenciatura y empezó a estudiar para la prueba de acceso a la abogacía. Siempre le ha interesado el sistema de justicia penal. De hecho, fue ella la que me

enganchó a su programa. Lo veíamos juntas.

De momento, Laurie prefirió no preguntarle por los «años turbulentos» de Summer, pero recordó su publicación de Facebook de hacía tres años, en la que decía que su hija volvía a vivir con ella.

Julie continuó.

—Debe saber que mi hija tiene uno de los corazones más grandes del mundo. No se podría pedir una amiga más leal y comprensiva. Pero a veces sus buenos sentimientos son casi excesivos. Iría al fin del mundo por una persona que le importa, pero a costa suya... o de cualquier otro, para el caso.

—Mi hermana también es así —intervino Grace—. Está dispuesta a arruinarse la vida por ayudar a alguien que quiere.

Julie sonrió con tristeza.

—Entonces me entiende. Déjeme que le pregunte una cosa: las personas a las que intenta ayudar su hermana, ¿merecen siempre su ayuda?

—Qué va —respondió Grace—. Un hombre acabó dejándola por SMS, el día de su cumpleaños, nada menos. Cuando lo llamó para preguntarle por qué, él le puso a su nueva novia para que hablara con ella. Si algún idiota me hiciera eso a mí, la policía no encontraría su cadáver.

Laurie empezaba a preguntarse si no habría sido un error llevar a Grace, hasta que ella añadió:

—Entiendo que Darren Gunther no es la primera persona de la vida de Summer por la que usted ha tenido que preocuparse.

—Claro que no —respondió Julie—. Habría sido la mejor alumna de su instituto si un chico de su clase que iba un poco por detrás de ella no la hubiera convencido para suspender un examen y poder serlo él. Le dijo que lo necesitaba para que le dieran una beca y la plantó en cuanto salieron las notas. Pero nada supera al tipo que conoció un verano cuando solo le quedaba un año en la Universidad de Stony Brook. Quería ser actor. La convenció para que dejara los estudios cuando solo le faltaba un semestre para terminar y se fuera con él a Los Ángeles para ser su representante. Durante dos años, vivió por y para aquel chico, hasta el punto de que dejó de llamarme porque ni

tan siquiera podíamos hablar sin pelearnos. Cuando se quedó sin dinero para gastárselo en su novio, él encontró a otra mujer y la dejó tirada. Lo único bueno es que por fin volvió a casa.

Gracias al comentario de Grace sobre su hermana, ya sabían dónde había estado Summer antes de regresar a Nueva York. Laurie también empezaba a entender el valor que una persona con el carácter de Summer podía tener para un hombre como Darren Gunther. Si ella creía que él había perdido dieciocho años de su vida por un delito que no había cometido, ¿podía parecer justificable privar a un niño de su libertad durante unos días para equilibrar la balanza de la justicia?

—¿Cómo han ido las cosas entre usted y su hija desde entonces? —le preguntó Laurie.

—Al principio, bien. Summer quería dedicarse al derecho penal y empezó a leer más y más sobre el movimiento en favor de los presos inocentes. Fue así como conoció el caso de Darren Gunther. Al principio, me dio a entender que trabajaba como becaria para su abogada defensora o algo por el estilo. Yo me alegré mucho, porque creía que eso le sumaría puntos para entrar en las facultades de Derecho en las que había solicitado plaza.

—Cuando habla de su abogada defensora, ¿se refiere a Tracy Mahoney? —le preguntó Laurie.

Julie se disculpó y dijo que no sabía cómo se llamaba.

—De hecho, no tengo ni idea de si Summer ha tenido algún contacto con los abogados. Antes de darme cuenta, estaba yendo a Dannemora tan a menudo como se lo permitía la cárcel. Entonces comprendí que aquello no era un voluntariado normal y tuve una conversación con ella. Resultó que le había escrito una carta a ese hombre a la cárcel. Estaba trabajando en su tesina sobre condenas injustas, para entrar en Derecho, y esperaba recoger algunos testimonios reales. Pasó de cartearse con él a verlo en persona, hasta acabar teniendo lo que a mí me pareció casi una obsesión. De repente, ya no había libros para la prueba de acceso a la abogacía en la mesa del comedor, mi hija ya no hablaba de solicitar plaza en una universidad. Solo Darren esto, Darren aquello. Sinceramente, me preocupé tanto que llamé a la cárcel para intentar que le impidieran la

entrada, pero no pude darles razones válidas.

Laurie percibió la evidente angustia de la voz de Julie.

—Ha dicho que las visitas a la cárcel fueron «la gota que colmó el vaso» con respecto a Summer. ¿Qué ha querido decir exactamente?

—Me sentía casi como si la estuviera ayudando, dejándola vivir aquí, pagándoselo todo, solo para que ella pudiera dedicar su tiempo y energía a ese asesino. Y, sinceramente, aunque sea inocente, él se está aprovechando de su buena voluntad. No quería que mi hija acabara siendo víctima de un preso al que apenas conoce en vez de averiguar cómo quiere vivir su vida. Así que me puse firme. Le dije que, si quería seguir viviendo bajo mi techo, tenía que dejar de visitarlo y concentrarse en su futuro. Hace cuatro meses de eso. Ya no ha vuelto a dirigirme la palabra desde entonces.

—Lo siento —dijo Laurie—. Debe de ser muy doloroso.

Julie asintió, agradeciendo su interés.

—A veces, pienso que quizá me equivoqué al ponerle un ultimátum. Creía que no le quedaría más remedio que respetar mi deseo. O, como mínimo, que tendría que buscarse un trabajo para mantenerse, lo que quizá le impediría pasar tanto tiempo en esa cárcel.

—Pero no hizo eso... —dijo Laurie.

—No. Para gran disgusto mío, se fue a vivir con su hermano, justamente.

—¿Por qué la sorprendió tanto? —inquirió Laurie.

—Nunca han estado especialmente unidos: él es mayor y, de hecho, es su hermanastro, nacido del primer matrimonio de mi marido. Eran tan... distintos que ni tan siquiera había roces entre ellos. Mientras que yo siempre esperé que Summer terminara los estudios y triunfara en la vida, mi marido tuvo que estar encima de Toby solo para que acabara la secundaria. Y, mientras que Summer se quitaría el abrigo durante una tormenta para dárselo a otra persona... digamos simplemente que Toby no es así. Cuando Summer hizo las maletas y me dijo que se iba a su casa, intenté que Toby me la enviara de vuelta o que al menos la obligara a buscar trabajo. Pero, por lo que veo, la ha mantenido durante todo este tiempo, cuando ni tan siquiera sé cómo se mantiene a sí mismo.

—¿No sabe cómo se gana la vida su hijastro? —le preguntó Laurie.

—Verá, esa es la cuestión: de hecho, Toby no hace nada. Cuando murió mi marido, los dos recibieron una cantidad de dinero. No una fortuna, entiéndame, pero sí un buen empujoncito económico para una persona joven. Summer lo malgastó todo en aquel aspirante a actor y Toby se compró una casita modesta en el norte del estado de Nueva York. Trabaja cuidándoles la casa a algunos de los veraneantes. Hace trabajos de temporada vendiendo leña, quitando la nieve, ese tipo de cosas. Sinceramente, a veces me pregunto cómo le salen las cuentas. Sé que hace unos años tuvo algún roce con el sistema judicial, pero me dijo que no era nada importante. Luego se fue supuestamente de acampada durante unos cuantos meses.

—No parece convencida —observó Laurie.

—Pensé que quizá lo habían metido en la cárcel. —Susurró aquella última palabra como si alguien pudiera estar escuchándolas—. Se echó a reír cuando se lo pregunté, pero me quedé disgustada. Es una sensación horrible dudar de la palabra del único hijo de mi marido. Pero ahora me pregunto si Toby también podría tener alguna relación con Darren Gunther... como si ese hombre me estuviera robando a mi familia. ¿Le parece una locura?

Laurie pensó en el poder de seducción de Gunther. Quería —no, necesitaba— que la gente lo amase. ¿Era posible que no solo hubiera conseguido conquistar a Summer y su corazón demasiado grande, sino también a su hermano?

—No, no me parece ninguna locura.

—Bien, porque mi instinto de madre me dice, con cada fibra de mi ser, que mi hija está metida en algo gordo. De algún modo, por algún motivo, ese hombre va a empujarla a hacer algo que podría arruinarle la vida para siempre. Por favor, señora Moran. Por favor, intente impedirlo.

Si las sospechas de Laurie eran fundadas, podía ser demasiado tarde para salvar a Summer Carver. La cuestión era si aún estaban a tiempo de salvar a Johnny.

Grace parecía alicaída cuando subieron al taxi.

—¿Estás bien? —le preguntó Laurie mientras esperaba a que el móvil volviera a encendérsele.

—Me sabe mal por ella, eso es todo.

—Se ve que está muy preocupada por su hija.

Algo más parecía perturbar a Grace.

—Si yo tuviera una madre que me quisiera tanto, se lo contaría todo, lo bueno, lo malo, lo aburrido. Algún día, Summer se va a arrepentir de haberse distanciado de su madre.

Laurie cayó en la cuenta de que Grace hablaba de su hermana a menudo y de vez en cuando se refería a una cena mensual con su madrina, pero casi nunca nombraba a sus padres. Estaba pensando en cómo responderle cuando su teléfono por fin se reinició. La esperaba un SMS de Jennifer Langland. «Parece que tiene el móvil apagado. Por favor, llámeme en cuanto lea esto».

Laurie así lo hizo.

—He investigado a Summer Carver y a las personas cercanas a ella tal como me ha pedido.

Laurie se preparó para recibir noticias decepcionantes. Langland estaba convencida de que Gunther no tenía nada que ver con el secuestro de Johnny.

—Acabo de tener una conversación muy interesante con su madre, Julie. Ha descrito a Summer como una persona extremadamente vulnerable a las influencias externas. Ha dicho que su hija, cito textualmente, tiene «casi una obsesión» con Gunther. Parece que Summer está viviendo con su hermanastro y que su madre no cree que él sea trigo limpio. Según ella, podría tener motivos ocultos para ayudar a su hermana.

La respuesta de Langland fue inmediata.

—Tobias Anderson Carver, seis años mayor que su hermana. Actualmente reside en Brewster, Nueva York. Fue acusado de fraude hace unos cuatro años por recaudar dinero para un proyecto inmobiliario inexistente de un edificio de pisos. Cumplió tres meses y le borraron los antecedentes penales después de pasar dos años sin meterse en líos.

—Le dijo a Julie que se fue de acampada durante esos meses. ¿Es posible que Toby conociera a Gunther mientras estuvo en la cárcel?

—No. El delito del hermano era de ámbito federal. Son dos sistemas completamente distintos. Pero, si Toby también está involucrado, puede que, en su caso, el incentivo sea económico. Si Gunther consigue que lo absuelvan, podría recibir una indemnización de millones de dólares. Summer puede estar ayudándole por amor, mientras que el hermano lo ve como la gallina de los huevos de oro.

Laurie se sorprendió de oír a la detective Langland tan abierta a la posibilidad de que los Carver estuvieran detrás de la desaparición de Johnny.

—Ha descubierto algo —dijo.

—Sí. Según los registros de los peajes electrónicos, el miércoles pasado, a las 13.02, un Toyota Camry registrado a nombre de un tal Tobias Anderson Carver atravesó el puente George Washington en dirección a Manhattan y después el puente Throgs Neck a las 13.37. Luego, a las 19.52, volvió a cruzar el Throgs Neck en sentido contrario y, después, el George Washington.

Mientras Langland hablaba, Laurie se apresuró a calcular mentalmente el tiempo y la ruta de Brewster a los Hamptons. Aquel recorrido solo significaba una cosa: un viaje de ida y vuelta a Long Island en el mismo día.

—Todo coincide —observó.

—Como un reloj suizo. Y es la única vez en los últimos doce meses que la cuenta de Toby Carver refleja un viaje al este de Nueva York. Parece que su padre podría estar en lo cierto, Laurie. Ahora tenemos que averiguar cómo traer a Johnny de vuelta a casa.

39

Sentada a la mesa de reuniones de su despacho, Laurie respiró hondo antes de marcar el número de móvil de Summer Carver. Le pareció oír su propia sangre corriéndole por las venas mientras esperaba a que respondiera. Con cada tono, imaginaba la casa de campo que Toby Carver tenía en un terreno de unas dos hectáreas en Brewster. Veía al pequeño Johnny encerrado en un sótano, en un desván o en un cobertizo.

En colaboración con la detective Langland, la policía local había enviado un coche camuflado para que pasara por delante de la propiedad, pero no había indicios claros de delito y el equipo de investigación había decidido no llamar a la puerta. Hasta que no tuvieran una orden de registro que los autorizara a entrar en la casa, que un juez había denegado a falta de más pruebas, no querían poner a Summer y a su hermano sobre aviso de que eran sospechosos.

La voz que respondió era alegre y vivaz. Laurie se recordó que, según su madre, Summer no parecía la misma desde que estaba bajo el influjo de Darren Gunther.

Summer soltó un gritito cuando oyó el nombre *Bajo sospecha*.

—Oh, Dios mío, no se puede imaginar cuánto me gusta su programa. He visto todos los episodios. He leído todos los comentarios de las páginas de fans y foros. Tengo que reconocer que, en el caso de la novia a la fuga, pensaba que podían ir por mal camino, pero acabé dándoles la razón cuando destaparon todos los hechos. Su programa sabe resolver casos incluso mejor que el FBI.

Laurie le explicó que la llamaba porque en la cárcel había averiguado que visitaba a Darren Gunther a menudo.

—El señor Gunther es el protagonista de nuestro próximo episodio. De hecho, lo entrevistamos ayer. Quizá se lo ha mencionado.

—Es una noticia estupenda. Sigo su caso desde hace más de un año y estoy convencida de que es inocente. Es una persona tan sensible, además de un escritor brillante. Cada día que pasa entre rejas es una

tragedia.

—Entonces ¿le ha mencionado que lo hemos entrevistado? —insistió Laurie.

Tras un largo silencio, Summer por fin respondió.

—Me considero parte de su equipo de abogados. No creo que deba hablarle de nuestras conversaciones.

Laurie no era abogada, pero estaba segura de que el secreto profesional entre un abogado y su cliente no funcionaba así.

—Como admiradora de *Bajo sospecha*, quizá habrá leído que el sobrino de nuestro antiguo presentador, Alex Buckley, desapareció recientemente en una playa de los Hamptons.

Esa vez Summer no dudó antes de responder.

—¡Lo he visto! Lo siento mucho. Debería habérselo dicho en cuanto le he cogido el teléfono. No me puedo imaginar lo aterrorizados que deben de estar sus padres.

Laurie vaciló. Tenía que conseguir que fuera Summer la que hablara primero de un posible trato para intercambiar la libertad de Johnny por la de Gunther.

—Su familia, que, como quizá sabrá, también es la mía, haría lo que fuera por salvar a Johnny. Puede que usted sienta lo mismo por Darren —añadió. Era todo lo explícita que podía ser con respecto a su disposición de llegar a un acuerdo.

—Darren no es un niño —objetó Summer—, pero apenas era un adulto cuando lo encerraron. Y es tan inocente como Johnny.

—¿Podemos vernos mañana? —le preguntó Laurie—. Podría proporcionarnos información valiosa que aún no tenemos, para el programa. Y cualquier cosa que quiera decirme, estoy dispuesta a escucharla… de manera completamente extraoficial si lo prefiere.

Otro silencio.

—Volveré a llamarla.

Laurie apagó la grabadora conectada a su teléfono.

40

A Johnny le dio repelús que el hombre le alborotara el pelo, pero trató de disimularlo. Notó su aliento en la mejilla cuando se inclinó por encima de su hombro para inspeccionar el dibujo.

—Te está quedando muy bien. Sabía que estarías más contento cuando pudieras salir de ese cuartito y pasearte un poco por la casa. Se está bien aquí, ¿verdad?

Johnny empezó a decir «no sé» mientras seguía coloreando, pero enseguida se corrigió.

—Sí, señor. Es un sitio muy bonito. Gracias otra vez por la mesa de dibujo —añadió.

Hacía dos días, el hombre había abierto la puerta de la habitación de Johnny una mañana y se había ido sin decir una palabra, dejándola entornada a su marcha. Johnny se había quedado sentado, mirándola durante lo que le habían parecido horas. Al final, había oído ruido de ollas y sartenes en la cocina, seguido de un olor a beicon. Aun así, se había quedado donde estaba hasta que el hombre había regresado para decirle: «El desayuno está listo, si te apetece tomártelo conmigo en el comedor».

Desde entonces, le había permitido ver una hora diaria de televisión en el salón y hacer todas las comidas en el comedor. El día anterior incluso se habían sentado en el porche cerrado mientras el hombre leía el periódico y, de vez en cuando, le pedía que le leyera partes en voz alta. Le había dicho: «Es bueno que un niño sepa lo que pasa en el mundo». Pero después la cara se le había congestionado al ver una página en concreto, que había doblado de inmediato y escondido debajo de un libro.

«Hablan de mí, ¿no es así? —se había preguntado Johnny—. Me están buscando. Me van a encontrar y tú terminarás en la cárcel, encerrado como tú me has encerrado a mí en esa habitación».

—Entiendes por qué no he podido dejarte salir de la habitación durante los primeros días, ¿verdad? —le preguntó el hombre mientras

él seguía coloreando—. Necesito saber que puedo fiarme de ti, y viceversa. Te estoy cuidando bien, ¿no?

—Sí, señor.

—Vale, pues ahora ya lo sabes: mientras te portes bien, todo irá sobre ruedas. Cuanto más pueda fiarme de ti, Danny, más privilegios podré darte.

El «premio» de aquella mañana había sido la mesa de dibujo, que el hombre había bajado del piso de arriba y había colocado en el salón. Era como la que Johnny tenía en casa, pero estaba inclinada y tenía un reborde en la parte inferior para que las hojas no resbalaran mientras dibujaba en ellas. El hombre también le había dado un gran estuche de lápices de colores y un libro para colorear. No parecía que fuera para niños. Se titulaba *Edificios históricos de Estados Unidos*, pero era mejor que nada. Mientras pintaba de verde el césped de El Álamo, miró distraídamente por la ventana del salón. Seguía sin ver ni una sola casa, ni tan siquiera desde el patio trasero.

—¿Cuánto tiempo hace que vive aquí? —preguntó, intentando no parecer asustado. Era la primera vez que le hacía una pregunta sobre él.

—Depende de a qué te refieras con «aquí», pero estoy en esta casa desde hace unos tres años.

—¿Y antes? Yo solo he vivido en una casa... hasta esta, quiero decir.

El hombre guardó silencio y Johnny se preguntó si se había dado cuenta de que solo fingía ser amigo suyo. Cuando por fin habló, parecía triste.

—Vine aquí para poder empezar de cero después de tener algunos problemas personales.

Johnny recordó la conversación que había oído entre el hombre y la mujer en el piso de arriba sobre alguna clase de orden judicial y sobre cómo iba un niño a cambiar las cosas. ¿Tenía todo aquello algo que ver con sus problemas? ¿Y por qué seguía Johnny sin ver a la mujer? ¿Por qué estaba siempre en el piso de arriba?

De repente, se le ocurrió una idea.

—Anoche tuve una pesadilla —dijo—. Me pareció oír la voz de una mujer, como si viniera del piso de arriba.

De nuevo silencio.

Cuando Johnny se volvió, el hombre lo escrutaba con ojos inexpresivos.

—Está claro que eres listo.

Johnny no supo si estaba enfadado o complacido.

—Yo… —No sabía qué decir.

El hombre relajó las facciones y enseguida volvió a despeinar a Johnny.

—Tendrás más respuestas a su debido tiempo. La confianza es una vía de doble sentido, Danny.

«Me llamo Johnny, Jonathan Alexander Buckley. Mis padres son Andrew y Marcy Buckley. Mis hermanas son Chloe y Emily. Vivimos en Massachusetts Avenue en Washington».

El día anterior, Johnny se había descubierto respondiendo a aquel maldito nombre, Danny, sin tan siquiera pensarlo. No iba a permitir que aquel hombre lo obligara a ser alguien que no era. Aunque tardara diez años en huir de aquella casa, recordaría quién era y de dónde venía.

—Gracias otra vez por los lápices y el libro. —Dirigió al hombre una sonrisa agradecida y añadió—: Y por esta mesa tan fantástica. Nunca había tenido una mesa de dibujo como esta.

Antes de que su madre fuera madre, había sido actriz. A veces, lo ayudaba a escribir breves obras de teatro para que él y sus hermanas las representaran cuando su padre llegaba a casa. «Esto es como una obra de teatro, mamá. Me comportaré como haga falta, durante el tiempo que haga falta… hasta que vuelva a casa».

41

Esa tarde, a las siete y media, Alex recibió a Laurie en la puerta de su piso con un delicado beso en los labios. Ella notó el ligero sabor a salmuera del martini seco que él tenía en la mano.

—Laurie, no hace falta que llames. Para eso tienes llaves. —Después de prometerse, Alex había hecho duplicados de las llaves de los dos, junto con las del nuevo piso.

—La fuerza de la costumbre.

Leo había comprado entradas para ver el partido de los Yankees de esa noche con Timmy, pensando que Laurie y Alex estarían de luna de miel. Ella los había convencido para que fueran, aunque las circunstancias hubieran cambiado, no sin antes prometerle a Leo que lo llamaría si había algún avance con la desaparición de Johnny. Los dos estaban haciendo lo imposible para que Timmy tuviera una semblanza de vida normal en ese momento.

Alex, sabiendo que Laurie no había podido comer mucho en toda la semana, la persuadió para que pasara por su piso a fin de que los dos pudieran asegurarse de que el otro cenaba.

—Perdona que haya empezado sin ti —dijo, alzando el vaso. Normalmente, gozaban de un cóctel antes de cenar mientras se contaban cómo les había ido el día, pero en esos momentos tomarse una copa no tenía nada de gozoso.

—Soy yo la que siente llegar tarde. Estaba esperando a que Summer Carver me llamara, pero, por lo que veo, no va a hacerlo. Supongo que los móviles se han inventado por algo. —Sacó el suyo del bolsillo de la chaqueta para asegurarse de que no la había llamado mientras iba en el ascensor.

Al dejar el bolso en la mesa redonda del recibidor, contempló la vista del East River. En vez de sentirse ilusionada por mudarse a una casa nueva, pensó en cuánto echaría de menos aquel panorama. También echaba de menos los tiempos en los que todos sus pensamientos no eran tan negativos. Cada día que pasaban sin

encontrar a Johnny los arrastraba más a la oscuridad.

—¿Has hablado con Marcy y Andrew? —preguntó.

—Sí, justo después de que recibieras la llamada de la detective Langland. Están asustados, pero aguantan. Querían que te diera las gracias por todo lo que estás haciendo.

—Kara ha vuelto a llamarme hoy, preguntándome si podía ayudar. —La niñera de Timmy la había telefoneado casi todos los días desde que Johnny había desaparecido—. Aparte de todo lo demás, me preocupan las secuelas que este sentimiento de culpa puede dejarles a ella y a Ashley.

Alex le acarició el pelo, le pasó un mechón suelto por detrás de la oreja y le levantó la barbilla para mirarla a los ojos.

—Sentirte culpable por la culpa que la embarga a ella no va a ayudar a nadie. Vayamos por pasos. Cuando Johnny vuelva, las llamaremos y nos aseguraremos de que tengan personas adultas con las que poder hablar de lo que las preocupa.

Laurie asintió, queriendo creer que ese día llegaría.

Alex la condujo a la cocina, donde la isla ya estaba preparada para dos cubiertos.

—Qué bien huele —dijo Laurie—. Mucho mejor que la comida para llevar que le he dado al pobre Timmy durante toda la semana.

Al ver el horno encendido para mantener la comida caliente, miró dentro y vio una sartén con una trucha a la plancha ya fileteada y dos platos de espinacas salteadas y boniatos asados.

—Si quieres que un pescado huela a mantequilla pura, déjaselo a Ramon —observó.

—¿Te sirvo un poco de vino? ¿O un martini?

Laurie declinó el ofrecimiento.

—Quiero tener la cabeza clara si llama Summer. Por como lo ha dicho, parecía que fuera a llamarme enseguida. Su madre me ha dado la impresión de que Summer estaba un poco descentrada, pero ahora me preocupa que esté tramando algo. A lo mejor tiene un sistema para llamar a Gunther a la cárcel. —La facilidad para conseguir móviles desechables dentro de las cárceles era bien conocida—. O quizá haya acudido a Tracy Mahoney para que la aconseje.

—¿De verdad piensa Ryan que Tracy se involucraría en un secuestro? —le preguntó Alex. Laurie le había hablado de los temores de Ryan con respecto a la abogada de Gunther—. No me cabe en la cabeza.

—Más que ayudar directamente, cree que fuerza los límites de la ética en interés de sus clientes. Podría estar haciendo la vista gorda a su plan o aconsejándolos de manera encubierta.

Se sobresaltó cuando el móvil le sonó en la mano. Se sacó la grabadora compacta del otro bolsillo y la conectó rápidamente al teléfono. En el estado de Nueva York, era legal grabar las conversaciones siempre que una de las partes consintiera.

—¿Diga? Soy Laurie —respondió.

—Soy Summer Carver. He estado dándole vueltas a nuestra conversación de antes. ¿Cree en el karma?

—¿La idea de que el destino tiene un modo de equilibrar la balanza? —le preguntó Laurie. Durante cinco años, el hombre que había asesinado a Greg había andado suelto, tramando matarlos a Timmy y a ella cuando fuera el momento oportuno. Al final, había pagado un precio, pero solo después de que Laurie hubiera vivido con miedo durante gran parte de la infancia de su hijo. No obstante, ahora tenía que responder lo que Summer quería oír—. Claro que creo en el karma.

—Significa que los actos, las palabras y las obras de una persona influyen en su futuro. Su padre mintió sobre la supuesta confesión de Darren y ahora le ha pasado algo terrible a su familia.

—¿Y usted cree que ha sido el karma?

—Yo creo que, si hiciera lo correcto, si reconociera que se equivocó con Darren, el universo quizá encontraría la manera de que se hiciera justicia en otros aspectos. Y eso podría beneficiar al pequeño Johnny.

Laurie sentía que estaba acercándose, pero Summer jamás admitiría que su hermano y ella tenían a Johnny. En el mejor de los casos, lo liberarían después de conseguir lo que querían: la confesión de Leo de que había mentido. Pero Leo ya había analizado aquel posible escenario tanto con el departamento de policía de Nueva York como con la detective Langland: no podía fingir que exculpaba a Gunther sin

tener la garantía de que les devolverían a Johnny sano y salvo. Si confesaba, Gunther lo filtraría a los medios de inmediato. Él tendría lo que quería y ellos seguirían sin recuperar a Johnny.

En pocas palabras, estaban en un punto muerto.

No obstante, Laurie se dio cuenta de que aún tenían una ventaja sobre Gunther y los Carver. Summer no tenía la menor idea de que ella sabía que vivía con su hermanastro, Toby, en el norte del estado de Nueva York.

—¿Sabe qué, Summer? Tendríamos que vernos en persona. Solo usted, mi padre y yo. Extraoficialmente. Para aclarar las cosas. Mi padre puede explicarle en persona qué pasó con Darren en la sala de interrogatorios. Siempre me ha parecido que las personas son más francas cuando pueden hablar libremente. —Casi pudo imaginarse a Summer mordiendo el anzuelo como un pez—. Creo que podremos darle lo que usted necesita si nos vemos cara a cara. ¿No le gustaría escucharlo directamente de los labios de Leo Farley?

Laurie le propuso verse al día siguiente a las diez de la mañana. Conocía el lugar ideal: sugirió una cafetería tranquila de Greenwich Village. Con tráfico, se tardaban casi dos horas en ir al centro de Manhattan desde la casa de Toby en Brewster.

Cuando colgó, Alex la miraba expectante. Laurie sonrió, esperando que su plan diera resultado.

—Ahora solo tengo que resolver lo de Toby.

Miércoles, 22 de julio

Octavo día

42

A la mañana siguiente, Laurie y Leo pasaron por delante de la furgoneta de reparto de flores cuando entraron en la cafetería Mocha Mike's a las diez en punto. Summer Carver ya los estaba esperando en la mesita del rincón del fondo, pasada la barra, haciendo una mueca después de probar el café servido en un vaso de papel con tapa.

Laurie había escogido aquel lugar por una razón, y no era la calidad de las bebidas que servía. Había entrado una vez por casualidad con Jerry y Grace después de entrevistar a un testigo. El café era tan malo, y las sillas tan incómodas, que Jerry había bromeado con que debía de ser una tapadera para una organización criminal. «Seguro que se les da mejor blanquear dinero que hacer café», había dicho.

Pero esa mañana aquel tugurio era justo lo que Laurie necesitaba porque la mesa a la que estaba sentada Summer era la única de todo el local. Los otros asientos eran los taburetes dispuestos a lo largo de la barra paralela a la cristalera.

En persona, Summer parecía más joven y atractiva que en las fotografías que Laurie había visto en internet, con una tez clara perfecta, largos cabellos negros y unos grandes ojos azules perfilados por tupidas pestañas naturales. Casi parecía una muñeca.

Durante las presentaciones, Summer estrechó la mano a Laurie, pero no a Leo cuando él le tendió la suya.

—Entendido —dijo él; sacó una silla para que Laurie se sentara enfrente de Summer y tomó asiento al lado de su hija.

—Espero que no la hayamos hecho esperar mucho —dijo Laurie.

—He llegado un poco antes porque la persona que me ha traído también tenía que estar en otro sitio a las diez —explicó—. ¿Quieren pedir café o alguna otra cosa? Yo he pedido un moca, por el nombre del sitio, pero no se lo aconsejo.

—Podemos esperar un poco —respondió Laurie.

Ya sabía que la persona que la había llevado en coche era su hermanastro, Toby, que a esa hora estaba con su madrastra en otra

cafetería no muy lejos de allí, a la vuelta de la esquina de la sede de God's Love We Deliver. Julie Carver le había enviado un SMS hacía un momento, confirmando que Toby había acudido a la cita que ella había organizado a toda prisa la noche anterior. Convencida de que su hija estaba metida en un buen lío con Darren Gunther, había accedido a ayudar a Laurie a cambio de la promesa de que haría todo lo posible por echar una mano tanto a Summer como a Toby si acababan haciendo lo correcto.

Julie le había dicho a su hijastro que se había enterado hacía poco de que su marido había dejado otra renta que aún no se había distribuido. Se trataba de una cantidad modesta, pero Toby era el único beneficiario. Necesitaba que le firmara la documentación para que le transfirieran el dinero y le había propuesto verse en el centro de Nueva York esa mañana. Mientras un agente de policía a bordo de un coche camuflado seguía a los hermanos Carver en su viaje al centro de Nueva York, otro agente había colocado una pequeña grabadora debajo de la única mesa del Mocha Mike's. El receptor estaba dentro de la falsa furgoneta de reparto de flores aparcada justo en la esquina y transmitiría su conversación en tiempo real a un dispositivo controlado por la detective Jennifer Langland, que estaba apostada delante de la casa de Toby Carver en Brewster.

Tenía que dar resultado.

—Bueno —dijo Leo—, mi hija me ha dicho que cree usted en el karma.

43

Johnny Buckley estaba sentado solo en su dormitorio, con la panza aún llena del desayuno. El hombre no cocinaba tan bien como su madre o su padre, pero estaba claro que le gustaba preparar el desayuno. Esa mañana había cocinado huevos revueltos, salchichas y tortitas con jarabe de arce auténtico. Su madre siempre decía que, si se quieren comer tortitas, tienen que ser tortitas de las de verdad.

Después de ayudarle a cargar el lavavajillas, el hombre le había dicho que se fuera a su habitación y no saliera hasta que él se lo pidiera. «¿Lo entiendes? No salgas de la habitación. Pase lo que pase. Y recuerda lo que te dije de que la confianza es una vía de doble sentido. Has ido ganándote privilegios. Si me desobedeces, los perderás. Y aún puedo ir a buscar a esas personas que tú llamas padres y hermanas. Nunca lo olvides, Danny».

Ahora, solo en la habitación, Johnny se repitió su mantra en silencio. «Me llamo Johnny, Jonathan Alexander Buckley. Mis padres son Andrew y Marcy Buckley».

Oyó un ruido desconocido y sintió que el cuerpo entero se le ponía rígido. Era el primer ruido que oía en quizá una hora. En un determinado momento, le había parecido oír el motor de un coche en el garaje. ¿Qué era aquel ruido nuevo? ¿Pasos en el piso de arriba? O quizá habían llamado a la puerta del porche.

Clavó los ojos en el picaporte de la puerta. «¿Estará cerrada con llave?».

Se tapó los oídos porque no quería volver a oír el ruido. «No salgas de la habitación. Pase lo que pase. Pase lo que pase».

44

A casi cien kilómetros al norte de Greenwich Village, la detective de East Hampton Jennifer Langland escuchaba la transmisión de audio en sus auriculares inalámbricos mientras veía cómo el jefe del departamento de policía de Brewster, Isaac Dawson, llamaba una vez más con el puño a la puerta de la casa de Toby Carver. Estaba allí con el apoyo de la policía local, pero era ella la que tomaba las decisiones.

—¡Johnny! ¡Johnny Buckley! ¿Estás ahí? Hemos venido a ayudarte, hijo. —Dawson se volvió hacia Langland y negó con la cabeza.

La detective confiaba en que, si se presentaban en la casa de Brewster mientras los Carver no estaban, Johnny encontraría la manera de indicarles que estaba dentro. Hasta ese momento, el juez Marshall no había querido firmar una orden de registro que los autorizara a tirar la puerta abajo para buscar al niño desaparecido. Un grito, un llanto, incluso un ruido de pasos sería suficiente. Pero la casa parecía vacía. Johnny podía estar encerrado en alguna parte en la que no pudieran oírlo o simplemente demasiado aterrorizado para responder.

Dawson se señaló una oreja, preguntándose si la conversación que Langland estaba siguiendo podía quizá proporcionarles la causa probable que necesitaban.

La detective negó con la cabeza. Hasta ese momento, Summer Carver seguía dando rodeos, apelando continuamente a los temores de Laurie y Leo por Johnny Buckley para despertar compasión por Darren Gunther, «encarcelado injustamente». Pero no había reconocido haberse llevado al niño ni que solo lo liberaría si Leo admitía que había mentido en el juicio de Gunther.

—No quiero decirle cómo hacer su trabajo —dijo Dawson—, pero aquí fuera, con los ruidos de la naturaleza, a veces cuesta distinguir bien los sonidos. Puede parecerle que oye llorar a un niño y después descubrir que era un pájaro.

Estaba sugiriéndole que se inventara lo que se conoce como

«circunstancias apremiantes» para justificar su irrupción en la casa sin una orden judicial. Por un momento, estuvo tentada, pero no era esa clase de policía. Además, una maniobra así podría arruinarles cualquier posibilidad de castigar a los Carver y a Gunther. Y, si no encontraban a Johnny dentro, podía comprometer toda la investigación.

Tenía que haber otro modo.

Envió un SMS a Laurie Moran. Era hora de pasar al plan B.

45

Laurie se levantó de la mesa del rincón del fondo de la minúscula cafetería.

—Voy a pedir. ¿Café solo, papá?

Leo le indicó que sí con un gesto de la mano.

—¿Quiere tomar algo más, Summer?

La chica negó con la cabeza. Laurie pidió dos cafés largos al camarero y, mientras él los preparaba, fue al aseo. Una vez dentro, sacó el móvil que le había vibrado en el bolsillo mientras estaba sentada. Era otro SMS de la detective Langland. «No hay señales de Johnny desde el exterior de la casa. El juez ha dado carta blanca al plan B. No nos queda otra. Necesitamos la orden de registro».

Cuando regresó a la mesa con las dos tazas de café, cruzó una mirada con Leo y negó con la cabeza. No había buenas noticias del norte. Tenían que presionar más a Summer.

—Laurie, hay una cosa que debo decirte, que debo deciros a ti y a Summer, que va a resultarte muy duro oír —dijo Leo en tono pesimista—. Quiero que las dos lo entendáis: nunca he mentido para condenar a nadie. Pero, a veces, la policía tiene que simplificar las pruebas. En el tribunal, todo debe ser blanco o negro, claro y transparente. No gris y confuso.

Laurie hizo cuanto pudo por parecer sorprendida, aunque lo habían ensayado todo la noche anterior y esa mañana. El SMS de Langland era la confirmación de que el juez había dado luz verde al plan. Escucharía su conversación en tiempo real y emitiría una orden de registro en cuanto encontrara una causa probable.

Aún cabía la posibilidad de que Gunther utilizara las palabras de Leo para generar dudas sobre su condena, pero al menos habían dejado constancia ante el tribunal de que Leo solo pretendía engañar a Summer Carver y de cuáles eran sus razones para hacerlo. Laurie incluso había avisado a la hija de Lou Finney por si Gunther conseguía filtrar la noticia de la confesión de Leo antes de que ellos pudieran

explicárselo todo.

—Cuando volví a la comisaría esa noche para interrogar a Gunther a solas, él nunca confesó haber apuñalado a Lou Finney a propósito. Dijo lo que mantiene hasta el día de hoy: que intervino otro hombre con un cuchillo.

Summer tenía los ojos como platos. Parecía tan horrorizada como extasiada.

—Y usted dijo una cosa completamente distinta. ¿Cómo puede no ser eso una mentira?

—Estoy dispuesto a explicárselo todo, Summer, pero, para que sea totalmente franco con usted, necesito que usted también lo sea conmigo.

A Summer le tembló el labio inferior; le daba miedo responder, pero era evidente que estaba deseando escuchar el resto de la historia de Leo.

Estaban muy cerca. Leo volvió a insistir.

—Sabe dónde está Johnny, ¿verdad?

Summer asintió. El micrófono oculto bajo la mesa no podía transmitir aquel gesto.

—Está asintiendo —dijo Leo, sin titubear—. Pero necesito oírle decir que no va a pasarle nada al niño.

—El niño está bien. Está en buenas manos.

—Necesito su palabra de que lo dejará en un lugar seguro, en la comisaría, el parque de bomberos o el hospital más cercanos, cuando yo le haya dado lo que necesita para ayudar a Darren con su petición. ¿De acuerdo?

—Lo haré. Se lo prometo.

—Muy bien, pues —confirmó Leo—. Tal como yo lo veía, y aún lo veo, Summer, Darren Gunther es, de hecho, responsable de la muerte de Lou Finney. Fue él quien empezó la pelea. De no ser por él, la bronca no habría seguido en la calle.

Mientras Leo mantenía toda la atención de Summer, Laurie echó un vistazo al móvil. Otro SMS de Langland: «¡Ya está! Tenemos la orden. Entramos YA. También tenemos una orden de detención contra Summer. Ahora les llegan refuerzos».

Menos de un minuto después, dos agentes uniformados del departamento de policía de Nueva York entraron en la cafetería. Laurie sabía que se llamaban Carrie Brennan y Stan Wojcik y que habían estado en la furgoneta de la floristería, esperando instrucciones de la detective Langland.

—¿Quieres hacer tú los honores, papá? —Leo aún era un miembro activo del departamento desde que se había incorporado al grupo antiterrorista.

—Summer Carver, queda detenida por el secuestro de Jonathan Alexander Buckley.

46

El jefe de policía Dawson enseñó el pulgar alzado a la detective Langland para indicarle que tomara el mando. En cuanto Summer Carver había dicho las palabras mágicas —que liberaría a Johnny a cambio de la presunta confesión de Leo—, el juez Marshall había encontrado una causa probable para emitir la orden de registro que estaban esperando.

Langland corrió hacia el porche de la casa de Toby Carver, seguida de Dawson y otros cinco agentes uniformados. Un segundo equipo iría por detrás.

¡Bum, bum, bum! Langland llamó a la puerta con el puño.

—¡Policía! ¡Tenemos una orden! ¡Abran!

No hubo respuesta, como era de esperar.

La detective se apartó y alzó la mano, contando con los dedos. «Una... dos...».

Al ritmo de sus dedos, Dawson y uno de sus sargentos balancearon un ariete.

«¡Tres!».

La puerta de madera se desprendió de los goznes por la fuerza del impacto.

Doce agentes de la ley se dispersaron por la casa, con las armas desenfundadas y provistos de chalecos antibalas. Un registro es más una ciencia que un arte, una búsqueda sistemática para asegurarse de que nadie pilla a la policía desprevenida. Inspeccionar todos los rincones. Cubrir todos los puntos ciegos y avanzar.

—¡Despejado! —gritó Langland mientras registraba la cocina.

—¡Despejado! —repitió una voz masculina desde el estudio.

La detective oyó el ruido de puertas abiertas a patadas y pasos que corrían por la casa.

Finalmente, llegó al fondo de lo que parecía el dormitorio principal del primer piso. Había unas puertas correderas de espejo, entreabiertas unos centímetros en un lado. Se acercó despacio al

vestidor, con la espalda pegada a la pared para protegerse de posibles disparos.

El jefe de policía Dawson apareció en el umbral del dormitorio. La detective captó su atención y le señaló las puertas del vestidor. Él desenfundó el arma, listo para cubrirla si ella disparaba. Cuando llegó al vestidor, Langland corrió una puerta con el pie izquierdo y se echó rápidamente hacia atrás para alejarse de quien pudiera esconderse dentro.

Pero, cuando la puerta terminó de abrirse, solo vio ropa colgada y un cesto de la ropa sucia lleno a rebosar. Se colocó al otro lado del vestidor y corrió las puertas en la otra dirección.

—¡Despejado! —gritó, percibiendo la angustia de su voz.

Regresó a la puerta del dormitorio y vio las caras abatidas de sus compañeros.

Para estar completamente segura, volvió a recorrer toda la propiedad, por dentro y por fuera. Registró cada tramo de las casi dos hectáreas de terreno y después volvió a mirar en todas las habitaciones de la casa de Toby Carver, abriendo todos los cajones en busca de cualquier pista de la presencia de un niño.

El jefe de policía Dawson la esperaba en el porche con los brazos en jarras, mirando la nube de polvo levantada por tres coches patrulla que se alejaban de la propiedad.

—He mandado a mis muchachos a casa —explicó. Dawson debía de rondar los sesenta y cinco años. Tenía una cara afable.

—Gracias otra vez por todo. Estaba convencida de que hoy salvaríamos a Johnny.

—En toda mi carrera, solo he tenido un caso de secuestro de un niño, en la época en la que aún estaba en el departamento de policía de Nueva York, pero sé por lo que está pasando. Le habría gustado hacer otra clase de llamada en este momento.

Cuando estuvo sola en el coche, Langland se contuvo para no llorar y sacó el móvil. Imaginó a Marcy y Andrew Buckley pegados al teléfono, esperando noticias. Reconocerían su número en el identificador de llamadas. Se imaginarían a su hijo siendo rescatado y conducido a un coche patrulla, donde lo consolarían y reconfortarían.

Y entonces Langland tendría que volver a romperles el corazón: si Johnny Buckley había estado en aquella casa durante esa semana, ahora ya no.

47

Incluso antes de jubilarse, Leo Farley estaba más centrado en gestionar los aspectos administrativos del departamento de policía que en resolver delitos. Llevaba más de una década sin esposar personalmente a un sospechoso ni utilizar sus afiladas dotes de interrogador. Pero, cuando estuvo en aquella habitación cerrada con Summer Carver, sintió que todos los viejos engranajes volvían a ponerse en movimiento como si acabaran de engrasarse. Ser policía quizá fuera como montar en bicicleta.

Como Summer estaba tan claramente obsesionada con Darren Gunther, se había decidido que fuera Leo quien la interrogara, al menos al principio. Era más probable que diera un paso en falso estando cara a cara con el hombre que ella creía que le había tendido una trampa a su amado.

Para sorpresa de Leo, Summer renunció de inmediato a que la representara un abogado después de que le leyeran sus derechos en la cafetería. Con igual rapidez, insistió en que no había secuestrado a Johnny.

—¡Solo lo he dicho para hacerle confesar lo que le hizo a Darren!

Leo la rebatió.

—Eso no tiene ningún sentido, Summer. ¿Qué clase de estrategia es implicarse en un delito grave, solo para ayudar a su novio?

—Mire mi teléfono. He grabado toda la conversación. Ha funcionado, ¿no?

—Por supuesto que no ha funcionado, Summer. ¿De verdad pensaba que me estaba engañando grabándome con el móvil? Teníamos a un juez escuchando toda la conversación. Somos nosotros los que se la hemos jugado, y lo hemos hecho por una razón. Es usted la que no paraba de repetir que Johnny había desaparecido por mi mal karma. Y que la justicia equilibraría la balanza. ¿Por qué iba a decir algo así si no tiene a ese niño inocente?

—Solo lo fingía. A Toby se le ocurrió la idea después de que yo

hablara con Laurie anoche. Fue ella la que comparó la condena de Darren con el secuestro de Johnny. Se lo conté a Toby e imagino que eso le dio la idea.

—¿Así que ambos decidieron interferir en la investigación de un niño desaparecido? ¿Desperdiciar un día entero que la policía podría haber dedicado a buscarlo?

—No ha sido un día entero —protestó Summer—. Quedamos en vernos anoche. Yo iba a subir su confesión a internet en cuanto saliera de esa maldita cafetería, ¡y después decirle que no tenía nada que ver con la desaparición de ese niño!

Si Summer decía la verdad, su hermano y ella habían entorpecido la investigación de un secuestro para mejorar sus posibilidades de sacar a Darren Gunther de la cárcel. La explicación más lógica era que mentía. Leo estaba a punto de volver a presionarla para que le diera más detalles del secuestro cuando le zumbó el móvil en la mesa.

Era la detective Langland.

Dejó a Summer bajo llave en la sala de interrogatorios para atender la llamada. «Ya está —pensó—. Me va a decir que han encontrado a Johnny. Por favor».

En cambio, Leo percibió de inmediato la desilusión de su voz.

—La casa del hermano ha sido un fiasco, Leo. No lo hemos encontrado.

Leo encorvó los hombros como si le hubieran propinado un puñetazo en el estómago.

—¿Hemos llegado demasiado tarde? ¿Lo han cambiado de sitio?

—No lo sé. Hemos registrado la propiedad palmo a palmo. No hay señales de Johnny por ninguna parte. De hecho, no hay indicios de que haya estado allí siquiera.

Leo le hizo unas cuantas preguntas más, pero eso era todo lo que había que saber. Cuando colgó, se obligó a respirar hondo cinco veces. Estaba tan seguro… Aquel tenía que ser el día en el que llevarían a Johnny a casa. ¿Había sido todo una pérdida de tiempo?

Volvió a entrar en la sala de interrogatorios con un nuevo objetivo en mente. Aún tenían el registro de los peajes electrónicos que demostraba que el coche de Toby se había utilizado para ir y volver de

Long Island el día del secuestro. Leo decidió que, si Summer tenía una explicación para el viaje, podía estar diciendo la verdad. En caso contrario, puede que aún estuvieran en el buen camino.

—Summer, podemos demostrar que usted se encontraba en el hotel cuando Johnny desapareció. —De hecho, las pruebas no la situaban en el hotel, pero Leo no estaba obligado a darle esa información.

Para su sorpresa, Summer reconoció de inmediato que era cierto.

—Fui para ver a Laurie.

—¿Qué razón podía tener para intentar ver a mi hija durante sus vacaciones?

—Me encanta su programa. Pensé que podría apelar a su sentido de la justicia para ayudar a Darren. ¿Qué mejor manera de exponer la verdad que ganarse a la hija del agente que lo investigó?

—¿Cómo supo dónde encontrarla?

—La cuñada de Alex Buckley publicó una foto en Facebook diciendo que toda la familia se iba a Long Island para celebrar su cumpleaños. En la publicación salía una foto del hotel. Pensé que podía comer en la terraza y encontrar la manera de presentarme a Laurie. Pero, justo cuando entraba en el hotel, la vi salir con Alex y otro matrimonio y subirse a un Mercedes negro que conducía Alex. Corrí al coche de Toby y los seguí. Cuando se bajaron en el campo de golf, pensé que allí no habría manera de hablar con ella, así que volví al hotel para esperarla. Pero, cuando llegaron, estaba claro que había pasado algo. Se pusieron todos a correr por la playa muy alterados, y luego llegó la policía, así que me marché.

—Habían secuestrado a Johnny. Por eso estaban alterados.

—Bueno, en ese momento no lo sabía. Me asusté y volví a casa. Tiene que creerme: por mucho que ame a Darren y quiera ayudarle, jamás en la vida podría secuestrar, hacer daño o ni tan siquiera asustar a un niño inocente. ¿No ha visto lo nerviosa que me he puesto cuando me ha presionado para que dijera que lo soltaría? Me han entrado náuseas solo de fingir que lo había secuestrado.

Leo le escrutó los ojos abiertos como platos. Parecía asqueada de sí misma.

—Johnny solo tiene siete años —dijo—. Es un niño adorable. Le

encanta nadar y jugar al fútbol y al béisbol. Tiene dos hermanas gemelas de cuatro años que lo admiran, y unos padres que lo adoran. Estaban convencidos de que hoy íbamos a devolverles a su hijo, porque usted nos ha dado falsas esperanzas.

Summer bajó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento muchísimo.

En ese momento, Leo supo que decía la verdad, lo que significaba que él se había equivocado. Estaba tan ofuscado con las falsas acusaciones de Darren Gunther que se había dejado manipular. Summer no era la única que estaba avergonzada en aquella sala.

—Summer, tiene que decirnos todo lo que sabe que pueda ayudarnos a encontrar a Johnny; se lo debe a ellos.

—Ya le he dicho que no sé nada. Me lo he inventado todo.

—Pero no se ha inventado que estuvo en el hotel cuando Johnny desapareció.

—No sé dónde fue Johnny. Creo que me daría cuenta si alguien se llevara a un niño delante de mí.

—No hace falta llevarse a un niño en brazos para raptarlo. El secuestrador finge que va de parte de sus padres. O dice que es un policía u otra figura de autoridad. Es posible que usted viera alguna cosa que en ese momento no le pareció importante, pero que podría ser decisiva para resolver el caso. Imagínese de nuevo en el coche de su hermano, sentada en el aparcamiento del hotel. ¿Qué ve?

Summer cerró los ojos y respiró hondo, pero poco después negó con la cabeza.

—Está todo borroso. Unos cuantos coches llegaron y se fueron, pero a mí solo me importaba el Mercedes negro de Alex, así que no les presté atención.

—¿Ningún pequeño detalle? Nada es irrelevante. Piense, Summer.

La chica se encogió de hombros.

—Supongo que estaba la furgoneta de los helados —dijo.

—¿Qué pasa con la furgoneta?

—Nada. Únicamente que me fijé en ella. ¿Sabe cuando se gira para salir de la carretera 27 y se llega al aparcamiento del hotel?

Leo asintió, recordando la distribución del aparcamiento.

—Pues que casi todos los coches se quedan ahí o siguen hacia la rotonda de la entrada del hotel, donde los vigilantes del aparcamiento van a recibirlos. Pero, si no se gira hacia el puesto de los vigilantes, se puede continuar por una carreterita que pasa por detrás del hotel. Vi una furgoneta de helados que se iba por ahí.

Leo sabía que la detective Langland había entrevistado a todas las personas que trabajaban en la heladería del chiringuito, incluido el conductor de la furgoneta, que había regresado al almacén para reponer existencias antes de volver a la carretera.

Summer entrecerró los ojos como si recordara otra cosa.

—¿De qué se trata, Summer?

—La furgoneta de los helados. Fue hacia ahí, y luego otro coche fue en esa misma dirección. Pero volvió al cabo de un par de minutos. Pensé que era un huésped del hotel que se había metido en aquella carreterita por error y había dado media vuelta. Pero, en vez de girar hacia el hotel o entrar en el aparcamiento, volvió a la carretera 27.

A Johnny lo habían visto por última vez buscando conchas cerca de la heladería del chiringuito. Summer Carver podía haber visto el coche de su secuestrador.

—¿Qué coche era?

Summer negó con la cabeza.

—No tengo ni idea. ¿Blanco, quizá? De un color claro. No era un todoterreno ni una furgoneta ni nada de eso.

—¿Un turismo?

—Sí. De cuatro puertas, creo. Aunque no estoy segura. ¡Ah, pero recuerdo una cosa! La matrícula era de Washington. No del estado de Washington, sino de la ciudad. Me fijé porque ponía algo sobre no pagar impuestos.

«No hay impuestos sin representación». Era el lema escrito en las matrículas de la ciudad de Washington, una alusión al hecho de que sus habitantes pagaban impuestos federales, pero no tenían representación con derecho a voto en el Congreso.

Leo salió de la sala de interrogatorios y encontró a Laurie esperando en un banco fuera de la comisaría.

—Summer dice la verdad. Gunther no ha tenido nada que ver con la

desaparición de Johnny. —Bajó la cabeza con desaliento y clavó los ojos en la acera—. Os he hecho perder una semana a todos, centrándome en Darren Gunther.

Su hija lo abrazó de inmediato y después lo escuchó atentamente mientras él la ponía al corriente de todo.

—No es culpa tuya, papá. Gunther y Summer nos han despistado a propósito.

—Yo estaba equivocado desde el principio, Laurie. Pero tú tenías razón. Nadie se ha confundido de niño. La persona que se llevó a Johnny lo quería a él. Vino al estado de Nueva York desde Washington. Tenemos que llamar a Marcy y a Andrew.

48

Marcy Buckley sacó una fuente de macarrones con queso del horno. El calor que notó en la cara la ayudó a disimular las lágrimas que intentaba contener desde que habían recibido la devastadora llamada de la detective Langland: después de todo lo que habían hecho para obtener la orden de registro, la policía no había encontrado a Johnny.

Chloe y Emily estaban disfrutando felizmente de la cena cuando el teléfono inalámbrico volvió a sonar en la encimera. Marcy reconoció el número de Laurie. Se llevó el auricular al estudio para que las gemelas no oyeran la conversación.

Supo que había novedades urgentes cuando Laurie le pidió que llamara a Andrew y activara el altavoz. En cuanto Andrew se acomodó en el sofá al lado de Marcy, Laurie empezó a informarlos.

—Summer Carver ha admitido que estuvo en nuestro hotel el día que Johnny desapareció. Vio un turismo de color claro alejarse de la heladería del chiringuito. La matrícula era de la ciudad de Washington.

Marcy solo tardó unos segundos en asimilar la información.

—Tú has dicho desde el principio que la mayoría de los delitos no son casuales.

—No hay garantías de que el coche que vio Summer fuera el del secuestrador —explicó Laurie—, pero la carreterita que va a la heladería no es la misma del hotel. Además, no se ven muchos coches con matrícula de Washington en Long Island. No creo que sea una coincidencia.

Por la expresión de Andrew, Marcy supo que Laurie y ella no eran las únicas que creían haber encontrado una nueva pista.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Andrew—. Ya nos hemos exprimido los sesos intentando deducir quién podría querer llevarse a Johnny. ¿Crees que alguien de Washington nos siguió hasta los Hamptons?

Marcy notó que se le nublaba la vista. Washington. Los Hamptons.

La carreterita que iba a la heladería del chiringuito. Imaginó que unas manos agarraban a Johnny cuando se agachaba para coger una concha de la arena. A su hijo que temblaba de miedo en el asiento trasero. No, más probablemente, en el maletero. Solo en la oscuridad, aterrorizado. Cuando intentó imaginarse el coche saliendo del aparcamiento del hotel, de golpe le vino a la mente la imagen de un turismo gris, el mismo que había estado aparcado junto a la acera delante de su casa hacía solo dos días.

—Sandra Carpenter vino a vernos el lunes.

Andrew emitió un jadeo audible al pensar en esa posibilidad.

—No sé quién es —dijo Laurie al teléfono.

—Es la mujer a la que llamó el padre Horrigan por la adopción —explicó Marcy—. Es la abuela biológica de Johnny.

—¿Y fue a vuestra casa?

—Sin avisarnos —respondió Marcy—. Fue todo muy raro. Nos dijo que estaba muy preocupada por Johnny, que su desaparición le había hecho revivir todo lo que pasó con su hija. Quería saber cómo podía ayudarnos. En ese momento, di por sentado que sus intenciones eran buenas, pero ahora me pregunto si no estaría intentando despistarnos.

—¿Recuerdas su coche? —le preguntó Andrew—. Yo no me fijé.

—Recuerdo que era un turismo gris —respondió Marcy—. Un Buick. No conozco los modelos, pero era de los grandes.

—¿Qué tono de gris? —preguntó Laurie—. Summer ha dicho que el coche era blanco o de un color muy claro.

Marcy rebuscó en su memoria visual, intentando recuperar la imagen.

—Era gris plateado, parecido al blanco.

A su lado, Andrew tuvo una idea.

—Leo puede buscar la matrícula, ¿verdad, Laurie? ¿Sale el color? A lo mejor Summer lo reconoce si ve una foto.

—Lo llamo ahora mismo.

—Laurie... —Marcy seguía teniendo la impresión de que se les escapaba algo importante—. De hecho, no sabemos qué le pasó a su hija. Cuando llamé al padre Horrigan para preguntarle por la madre biológica de Johnny, él no sabía nada hasta que llamó a su madre. Por

tanto, todo lo que creemos saber sobre esa familia viene directamente de Sandra. La adicción a las drogas. La mudanza a Filadelfia. Podría ser todo mentira.

Andrew se llevó una mano a la boca.

—Ni tan siquiera hemos confirmado que Michelle Carpenter esté muerta.

De golpe, Marcy se notó mareada. Desde la primera vez que la hermana Margaret le puso a Johnny en los brazos, había sentido una conexión inmediata con su «pequeño milagro». Pero los milagros no existen.

Le temblaron las manos cuando las alargó hacia Andrew.

—Se lo han llevado ellos, ¿verdad? Se han llevado a nuestro Johnny.

49

La caja de la pizza, abierta y vacía, parecía mirar a Laurie desde la mesita del salón, con los últimos restos de mozzarella pegados al papel. Se dio cuenta de que su padre la observaba mientras se reclinaba en su sillón favorito.

—Está bien —dijo Leo.

—¿El qué?

—La pizza.

—La pizza no solo está bien —respondió ella—. La pizza es, básicamente, la comida ideal.

—Exacto. ¿Y has visto lo contento que estaba Timmy? Es como si lo hubieras llevado a Disney World o algo por el estilo. Así que deja de sentirte culpable.

Igual que sus padres con ella, Laurie hacía todo lo posible por cenar con Timmy en la mesa del comedor. Reconocía que rara vez podía preparar la clase de comidas que le cocinaba su madre, pero, incluso cuando solo eran ellos dos con una bolsa de comida para llevar, pensaba que la cena era el momento en el que Timmy y ella guardaban los móviles, apagaban todo el ruido externo y se concentraban el uno en el otro.

No obstante, esa noche la cena había sido una pizza que se habían comido delante del televisor. Y, como el repartidor también les había llevado platos de papel, los habían utilizado.

Lo cierto era que Laurie estaba agotada, física y emocionalmente. Todos lo estaban. Habían pasado una semana animándose unos a otros mientras seguían poniendo un pie delante del otro, haciendo todo lo posible por encontrar a Johnny y llevarlo a casa.

Pero ese día habían descubierto que todos sus esfuerzos habían sido en vano.

Aunque en un principio habían decidido que investigar la adopción de Johnny no llevaba a ninguna parte, ahora se daban cuenta de que, en realidad, no sabían nada de la madre biológica de Johnny ni de la

abuela que se había presentado sin avisar en casa de Marcy y Andrew. Leo había llamado a un amigo del departamento de policía de Filadelfia para preguntarle por la supuesta sobredosis de Michelle Carpenter, pero seguía esperando respuesta. Laurie quería una máquina del tiempo para retroceder y volver a empezar. O, mejor aún, haberse quedado con los niños en la playa para que nada de aquello hubiera sucedido.

En vez de arriesgarse a dar muestras de su agotamiento emocional en la mesa, había dejado elegir a Timmy su comida para llevar favorita y le había propuesto retomar su maratón televisiva de la serie *Bosch*. Sabía que su hijo seguía teniendo pesadillas, pero también él se estaba esforzando por hacerse el fuerte. Ahora que se había ido a su habitación a jugar con un videojuego, Leo y ella volvían a poder hablar sin trabas.

—Ha sido agradable pasarnos dos horas solo viendo la tele, ¿eh?

Su padre soltó una risita.

—Tendríamos que hacerlo más a menudo.

Laurie alzó un dedo, como si lo regañara.

—En esta casa tenemos reglas, señor, y las pusiste tú.

—No, fue tu madre. Y créeme, hasta ella nos habría dado una tregua después de este día infame.

Laurie llevó a la cocina la caja de la pizza y los platos de papel, agradecida de tener tan poco que limpiar, y regresó al salón.

—Oye, el día de hoy nos ha traído al menos una cosa buena. Hemos descubierto que Summer Carver y su hermano son unos mentirosos.

La Fiscalía había decidido acusar a los hermanos Carver de un delito grave. Su argumento era que, pese a no haber perpetrado un secuestro, se habían valido de la amenaza a la libertad y seguridad de Johnny para coaccionar a Leo a hacer una confesión falsa, lo que equivalía a hacerle chantaje.

Leo no parecía listo para celebrarlo.

—Pero seguimos sin tener nada nuevo sobre Darren Gunther. —Según Summer, fingir que se habían llevado a Johnny había sido idea de su hermano, y Toby había solicitado un abogado en cuanto lo habían detenido. Si Gunther estaba involucrado en aquel plan, no

tenían manera de demostrarlo.

—Pero su detención ha sido la noticia del día en todos los telediarios —arguyó Laurie—, incluyendo su relación con Gunther. Créeme, papá, sé cómo funcionan estas cosas: el ciudadano de a pie que oiga la noticia pensará que Gunther es un asesino que ha intentado convencer a esos dos payasos para que manipulen el sistema.

—Pero el juez que lleva el caso de Gunther no es un ciudadano de a pie que oye la noticia.

Laurie sabía que no iba a conseguir que su padre viera el lado positivo del día. Hacía dieciocho años, Leo había ayudado a convencer a un jurado de que Darren Gunther había asesinado a Lou Finney. Estaba decidido a volver a demostrarlo.

Iba a ofrecerle una taza de café cuando el móvil de Leo empezó a sonar en la mesita junto a él.

—¿Diga? Soy Farley. —Y le susurró a su hija—: Es el departamento de policía de Filadelfia.

Laurie estaba escuchando la retahíla de «ajá» de su padre, esperando con impaciencia cualquier información concreta, cuando también le sonó el móvil. No reconoció el número, así que rechazó la llamada. Un momento después, el teléfono volvió a sonar. Esa vez respondió y fue a la cocina para no molestar a Leo.

—Laurie, menos mal que la localizo. Soy Samantha Finney, la hija de Lou Finney.

—Hola, Samantha. Espero que haya oído el mensaje. —Laurie le había dejado un detallado mensaje de voz sobre la detención de los hermanos Carver. Aunque solo estaba indirectamente relacionada con el asesinato de su padre, no quería que Samantha se enterara por las noticias.

—Sí, y por eso la llamo. He visto sus fotos en la televisión y conozco al hombre.

—¿Qué hombre?

—El hermano. Creo que se llama Toby Carver. Lo conozco, Laurie. Y Clarissa también lo conocía.

Al cabo de diez minutos, Laurie colgó y corrió al salón para contárselo todo a su padre.

Antes de que pudiera abrir la boca, Leo le dijo que acababa de hablar con su contacto de Filadelfia.

—Sandra Carpenter decía la verdad. Su hija Michelle murió en su casa de una sobredosis hace seis meses. Su vecina fue la que encontró el cadáver y llamó a la policía.

—¿Y qué nos dice eso en realidad? —le preguntó Laurie—. Eso podría darle a Sandra incluso más motivos para intentar llevarse a Johnny. Está traumatizada por la pérdida de su hija, y le dijo a Marcy que pensaba en Johnny como «lo único que le quedaba de su niña». A lo mejor quería tener otra oportunidad para criarlo ella.

—En el informe de la policía sobre la sobredosis de Michelle hay una cosa interesante —observó Leo—. Cuando le preguntaron a la vecina de Michelle por su pariente más cercano, ella respondió que ni tan siquiera se molestaran en llamar a Sandra porque, si Michelle se drogaba, la culpa era de su madre.

—Parece que Sandra no nos lo ha contado todo —dijo Laurie.

Leo le dio un pósit amarillo con un nombre y un número de teléfono. «Lindsay Hart».

—Es la vecina. Según cuál sea su relación con las drogas, es probable que se sienta más a gusto hablando contigo que con un viejo policía gruñón.

—¿Leo Farley? ¿Gruñón? Creo que ninguna de esas viudas que hacen cola los domingos después de misa para ver a su madurito preferido estaría de acuerdo con esa descripción. Pero, sí, tiene sentido que a Lindsay la llame yo.

—Por cierto, ¿con quién hablabas? Por lo que he oído, parecía importante.

—Con Samantha Finney. Ha reconocido la foto de Toby Carver que han sacado en las noticias. ¿Sabías que Samantha continuó siendo amiga de Clarissa DeSanto después de que asesinaran a Finn?

Leo asintió.

—Estaban muy unidas. En esa época, recuerdo que pensé que

parecían dos chicas que habrían encajado perfectamente en tu pandilla. Aún no me puedo creer que Clarissa muriera en un accidente de coche.

—Bueno, esa es la cuestión, papá. La última vez que Samantha vio a Clarissa fue a finales de marzo. Estaban en una fiesta de baile ochentera organizada para recaudar fondos para un refugio de animales. Samantha está casada, pero Clarissa fue sola. Un chico la sacó a bailar y se lo pasaron bien, en plan informal, como amigos. No obstante, al final de la noche, el chico pareció dar por sentado que Clarissa se iría con él. Irse en el sentido de… —Laurie hizo un gesto con la mano para que entendiera a qué se refería.

—Puedo ser tu padre, pero sé qué significa «irse con alguien».

—Samantha dice que el chico fue muy insistente, tanto que pensaron en llamar a seguridad. Pero el marido de Samantha tuvo unas palabras con él y le dejó claro que Clarissa no se iría con un desconocido cualquiera. Pues bien, Samantha ha visto la foto de Toby Carver en el noticiero de esta noche y está segura de que es el tipo que intentó convencer a Clarissa para que se fuera con él. Su marido también está seguro de que se trata del mismo hombre. Tres días después de aquella fiesta, Clarissa perdió el control del coche en la Cross County Parkway.

Leo se llevó las manos a la cabeza.

—Llevo diciendo desde el principio que Darren Gunther no iba a jugar limpio. Por eso pensé de inmediato en él cuando Johnny desapareció.

—Pero ¿y si Toby Carver llevara meses metido en esto? —le preguntó Laurie—. Papá, ¿y si mató a Clarissa DeSanto por algo que ella sabía?

Esa noche, después de hablar con Alex por teléfono, Laurie estaba poniendo a cargar el móvil cuando le volvió a sonar. Reconoció el prefijo de Filadelfia que había marcado para llamar a la antigua vecina de Michelle Carpenter hacía un rato.

Cuando respondió, había tal barullo de voces y música de fondo que

le costó oír lo que decía.

—Señora Moran, soy Lindsay Hart. Veo que me ha llamado. Siento devolverle la llamada tan tarde, y aquí hay mucho ruido, pero quiero hablar con usted de Michelle. ¿Podemos vernos mañana?

—Claro, puedo coger un tren por la mañana...

—No, de hecho, ahora mismo estoy en Nueva York.

Quedaron en el despacho de Laurie a las nueve.

—Hasta mañana —dijo Lindsay—. No sé cómo se ha interesado por el caso de Michelle, pero yo nunca he creído que muriera de una sobredosis. La asesinaron. Estoy segura.

50

A la mañana siguiente, Johnny había ayudado otra vez a retirar los platos del desayuno y volvía a estar coloreando su libro *Edificios históricos de Estados Unidos*.

—Sigue así —dijo el hombre, inspeccionando su obra—. Prometes mucho como pintor, Danny.

—¿Qué edificio es este? —le preguntó Johnny, aunque sabía que era el Empire State Building. Su tío Alex lo había llevado hasta la azotea cuando aún iba al parvulario. Le habían sacado una fotografía para que se la enseñara al resto de la clase.

Fingió asombro mientras el hombre le explicaba que el edificio se consideraba un ejemplo de *art gréco*, o algo por el estilo, proyectado por personas de las que Johnny nunca había oído hablar. En realidad, lo que quería era decirle que solo estaba utilizando los lápices azul, verde, marrón y gris: aquel era el peor libro para colorear del mundo.

—Cuántas cosas sabe usted —dijo. «Una obra de teatro. Soy un actor en una obra de teatro».

El hombre pareció quedarse abstraído unos instantes antes de continuar.

—Yo era arquitecto, de hecho. La mesa que estás usando...

Johnny volvió a darle las gracias.

—Es fantástica. Me gusta este reborde de abajo; así no se resbala nada y se puede tener el libro inclinado.

—Exacto —dijo el hombre, que parecía complacido con su comentario—. Fue mi mesa de dibujo durante años. Nunca construí nada tan imponente como el Empire State Building, claro está, pero proyecté algunas casas espectaculares, y también un centro comercial bastante grande y un edificio de oficinas de cierta importancia. Si hubiera seguido trabajando, quizá habría sido el próximo Ieoh Ming Pei.

Johnny sonrió.

—No pasa nada. Es normal que no sepas quién es. Proyectó la

pirámide de cristal de la entrada del Louvre. Ah, y parte de la Galería Nacional de Arte de Washington.

—¡Ahí sí que he estado! —exclamó alegremente Johnny. Su madre lo había llevado el año anterior mientras su padre iba al médico con las gemelas porque les había subido mucho la fiebre. Se había quejado de que se aburría. «Lo siento, mamá. Ese día no me porté bien. No volveré a comportarme así nunca más». Como el hombre estaba contento con su reacción, Johnny decidió hacerle una pregunta—. Entonces ¿ya no hace edificios?

—No. En mi vida han cambiado muchas cosas desde entonces. —Volvió a quedarse con la mirada ausente y Johnny se dio cuenta de que estaba triste.

Pasó la página, aunque aún le quedaba por colorear de azul el cielo de Manhattan.

—¿Qué edificio es este?

Mientras el hombre le hablaba de un arquitecto que se llamaba Frank Lloyd Wright, Johnny fue asintiendo con interés. «¿La confianza es una vía de doble sentido, señor?». Su plan consistía en ganarse su confianza lo suficiente para poder largarse de aquella casa tan siniestra.

—¿Puedo hacerle una pregunta más, señor?

—Por supuesto.

—Usted me llama Danny, pero ¿cómo debería llamarle yo? Aparte de «señor», quiero decir.

—¿Cómo te gustaría llamarme?

Johnny se encogió de hombros.

—Por su nombre, supongo.

La sonrisa del hombre le provocó escalofríos en la espina dorsal.

—Veamos: en el sitio donde vivías antes, ¿cómo llamabas al hombre que te daba de comer y te cobijaba bajo su techo?

Johnny se sintió como si le hubiera puesto una adivinanza para la que no había respuesta. Sin despegar la mirada del libro, murmuró:

—Lo llamaba «papá».

—Muy bien. ¿Qué tal si probamos eso?

Johnny cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas. La

mano del hombre en su hombro fue sorprendentemente delicada.

—No te lo han dicho, ¿verdad? —le preguntó.

Johnny no pudo ver la inocencia que se reflejó en sus ojos como platos cuando alzó la mirada para observar al hombre.

—Andrew y Marcy Buckley no son tus padres. En realidad no. Te adoptaron. —El hombre se sacó del bolsillo una hoja doblada y se la dio.

El sitio web se llamaba *Crónica policial de Nueva York*. El hombre había resaltado un párrafo con rotulador amarillo. Johnny no era el lector más rápido de su clase, pero consiguió leer todas las palabras en silencio, sin mover los labios, como practicaban en la escuela.

> Según una fuente policial, el niño desaparecido fue adoptado de recién nacido por los Buckley. Al preguntarle si su desaparición podría estar relacionada con la adopción, la fuente declaró que la policía había descartado esa teoría y que trabajaba con la hipótesis de que lo había secuestrado un desconocido.

—¿Sabes qué significa esa palabra, Danny? ¿«Adopción»?

Johnny asintió en silencio. Greta Connors, de su escuela, era adoptada y lo sabía todo sobre el pueblo de Florida en el que había nacido.

—Bien —dijo el hombre—. Ya te acostumbraste una vez a vivir con los Buckley y ahora parece que estás acostumbrándote a vivir aquí. Solo se trata de empezar de nuevo, ¿no?

Johnny no sabía qué decir y solo le salió un «sí».

—¿Sí, qué?

—Sí, estoy acostumbrándome a vivir aquí. Señor.

Por un momento, el hombre lo miró con odio, pero enseguida dulcificó la expresión.

—No te preocupes. Al final lo conseguiremos.

Johnny logró contener las lágrimas hasta que estuvo solo en su habitación, de nuevo encerrado bajo llave.

Jueves, 23 de julio

Noveno día

51

A la mañana siguiente, Leo se sirvió una taza de café en la cocina de Laurie mientras ella se apresuraba para salir cuanto antes de casa. Quería disponer de mucho tiempo para organizarse en su despacho antes de que llegara Lindsay Hart.

—Sé que vas con prisas, pero he estado dándole vueltas al hecho de que Samantha Finney haya reconocido a Toby Carver en la televisión. —Según la hija de Lou Finney, el hermanastro de Summer Carver había perseguido insistentemente a Clarissa DeSanto en una fiesta poco antes de que ella muriera en un accidente de coche—. ¿Resulta que le tira los tejos a una testigo de la noche en la que asesinaron a Lou Finney mientras está intentando ayudar al asesino de Finney a salir de la cárcel? Es demasiada coincidencia.

—Desde luego. Lo investigaremos más a fondo para nuestro episodio sobre Darren Gunther, papá, te lo prometo. Pero, en este momento, tenemos que concentrarnos en Johnny y eso significa hablar con la vecina de Michelle Carpenter. Espero que pueda darnos más información sobre la madre de Michelle.

—Entendido. Pero, para que lo sepas, no he pegado ojo en toda la noche y he vuelto a revisar el registro de los peajes electrónicos de Toby Carver.

Los cargos de los peajes de Toby habían sido su primer indicio de que Summer había viajado a Long Island el día de la desaparición de Johnny. Laurie recordaba que la lista de peajes era relativamente breve. Por cómo le brillaban los ojos a su padre, supo que había dado con algo interesante.

—He hecho una búsqueda sobre fiestas de baile ochenteras para recaudar fondos destinados a refugios de animales de Nueva York y he encontrado una lista de inmediato —explicó Leo.

—Mírate, te estás convirtiendo en un detective cibernético —bromeó Laurie. Aparte de un uso elemental del correo electrónico, su padre tendía a cerrarse en banda con todo lo tecnológico.

—El mérito es de tu hijo. Es un profesor muy paciente. En fin, el evento en cuestión fue el último viernes de marzo. Y, efectivamente, el registro de los peajes electrónicos de Toby Carver indica un viaje de ida y vuelta a Manhattan esa noche, el primer peaje en varias semanas. Pero aquí está lo bueno: después de la fiesta, entró y salió de Manhattan todos los días sin falta, la última vez tres noches después. Luego, ya no hay más peajes hasta que Summer fue a buscarte a Long Island.

Laurie ató cabos y ahogó una exclamación.

—El accidente de coche de Clarissa. —Samantha Finney le había dicho que Clarissa había muerto tres noches después de la fiesta ochentera.

Leo la señaló con el dedo.

—¡Bingo!

Si estaban en lo cierto, Toby Carver había estado siguiendo a Clarissa DeSanto, buscando una oportunidad para matarla. Cuando Clarissa había tenido el accidente, estaba en una carretera aislada, era de noche y llovía mucho. Toby podría haberla sacado de la carretera.

—¿Y los lectores de matrículas? —preguntó Laurie. Todos los puentes y túneles de Nueva York estaban equipados con cámaras automatizadas que fotografiaban montones de matrículas por minuto y las incorporaban a una base de datos que permitía realizar búsquedas—. ¿Puedes consultarlos?

—Estoy en ello —le confirmó Leo—. Un técnico está buscando tanto la matrícula de Clarissa como la de Toby. Esperamos encontrar una conexión.

—Pero ¿cuál era el móvil para matar a Clarissa? —preguntó Laurie —. Ya te contó todo lo que sabía de esa noche hace dieciocho años.

—Tengo una teoría sobre eso. Me falta atar algunos cabos para poder demostrarla. Necesito revisar un montón de documentos que solicité ayer. —Laurie supo que su padre había olido un rastro y que lo seguiría hasta donde lo llevara—. Bueno, creo que tienes una reunión importante en tu despacho.

Laurie ni tan siquiera se había dado cuenta de que Leo había ido a buscarle el móvil, el maletín y las llaves de casa mientras hablaban.

—Increíble. Oh, y te importaría...

—¿Hacerle un vídeo a Timmy mientras practica? Por supuesto. —Leo iba a dejar a Timmy en Chelsea Piers para su curso de golf de medio día y después practicaría con él en las jaulas antes de regresar a casa.

Laurie no tenía la menor idea de cómo habrían superado su hijo y ella los últimos siete años sin su padre.

52

Lindsay Hart llegó exactamente dos minutos antes de la hora a la que estaba citada. Llevaba un vestido blanco de corte impecable y unos lustrosos zapatos de tacón color carne. Su pelo ondulado, de un rojo encendido, osciló al ritmo de sus pasos cuando entró en el despacho de Laurie. Tenía la clase de look que siempre inducía a Laurie a preguntarse si no tendría que esforzarse un poco más por ser más glamurosa.

—Lindsay Hart —anunció su invitada con un decidido apretón de manos—. Muchas gracias por recibirme, señora Moran.

Laurie insistió en que se trataran de tú cuando la acompañó al sofá y a continuación se sentó a su lado en la silla giratoria gris.

—Tienes un despacho precioso. Si hubiera sabido que trabajando en los medios de comunicación se podía llegar a tener un despacho elegante con vistas a la pista de hielo del Rockefeller Center, quizá no me habrían visto el pelo en la facultad de Derecho.

—¿Así que eres abogada? —Después de todo lo que la madre de Michelle Carpenter le había contado sobre su hija, no se esperaba que la amiga y vecina de Michelle fuera así.

—Oh, perdona. Suponía que lo sabías. ¡Conozco a tu prometido, Alex! Ah, y enhorabuena, por cierto. Vuestro compromiso fue todo un acontecimiento que dio mucho que hablar en nuestro círculo. Todos pensábamos que Alex no iba a casarse nunca. Siento mucho lo de tu sobrino. Pobrecillo. Espero que vuelva a casa sano y salvo.

Laurie le dio las gracias por pensar en Johnny. No había tenido motivos para mencionar a Lindsay cuando le había hablado a Alex de su cita esa mañana. Oír el nombre de su prometido en boca de aquella abogada tan atractiva le recordó de inmediato la reputación de hombre de mundo de la que Alex había gozado en otro tiempo, fotografiado en los ecos de sociedad del *New York Post* y otros periódicos mientras asistía a diversas galas de alto nivel en compañía de mujeres igual de conocidas. No obstante, se recordó que era de ella

de quien se había enamorado. La había perseguido él, no al revés.

—¿De qué os conocéis Alex y tú?

—Soy abogada defensora especializada en delitos económicos en Filadelfia, pero mi bufete tiene un despacho aquí. Hemos coincidido en un par de casos.

—¿Y tú eras vecina de Michelle Carpenter? —le preguntó Laurie—. Perdóname, pero oyendo a su madre tuve la impresión de que Michelle vivía... en una situación difícil.

Lindsay puso en blanco los ojos perfectamente maquillados sin apenas esforzarse por disimular.

—Pues claro. La madre de Michelle ya ni tan siquiera conocía a su propia hija. Probablemente se imaginaba un piso infestado de ratas. Michelle no era ni mucho menos rica, pero había alquilado un pisito muy coqueto en la planta baja de la casa contigua a la mía. Los dueños son un matrimonio mayor que pasa la mayor parte del año en Florida. Michelle y yo nos hicimos amigas enseguida cuando se instaló. Era una de las personas más bondadosas que conozco, pero me dijo que su madre estaba convencida de que era una fracasada que no valía para nada.

—¿Y eso por qué?

Lindsay se encogió de hombros.

—Porque Michelle no estuvo a la altura de los grandes sueños que tenía de más joven. La vida le hizo la zancadilla con aquel embarazo no deseado y ella tomó la dolorosa decisión de entregar al niño a una familia que lo quisiera. Decía que era lo más duro que había hecho nunca, pero que también era de lo que estaba más orgullosa. No obstante, para su madre fue como si hubieran marcado a Michelle con la letra escarlata para el resto de su vida.

—¿Pero insinuó alguna vez Michelle que su madre podía ser violenta... o imprevisible? ¿O que estuviera resentida por la adopción de su nieto? —Empezaba a quedar claro que Sandra no había sido un gran apoyo como madre, pero Laurie intentaba determinar si aquella mujer era capaz de secuestrar a Johnny.

Lindsay negó con la cabeza.

—Pese a lo prejuiciosa que era Sandra, tengo la impresión de que la

adopción fue la única decisión de Michelle que apoyó.

—Por lo que entendí, Sandra pensaba que las drogas habían matado a Michelle mucho antes de que muriera.

Los ojos de Lindsay echaron chispas de rabia.

—Eso es muy injusto. Michelle llevaba casi dos años limpia. Por eso se fue a vivir a Filadelfia. Quería alejarse de las viejas amistades y de los malos hábitos. Sandra se negaba a creer que hubiera dado un giro decisivo a su vida. Demasiadas desilusiones, después de tantos intentos fallidos, supongo. Así que, por supuesto, cuando la policía le dijo que Michelle había muerto de sobredosis, ella los creyó de inmediato. Cerraron el caso sin pensárselo dos veces.

—Pero tú no piensas así. Tú crees que la asesinaron.

—La noche que la encontré, íbamos a pedir comida y cenar delante de la televisión en mi casa. Quedábamos cada dos semanas para ver los programas que nos gustaban, pero sobre todo para charlar. Le envié un par de SMS cuando se retrasó más de lo habitual. Veía su coche aparcado en la entrada, así que al final fui a ver qué pasaba. Primero llamé a la puerta, pero después entré para ver si estaba bien.

—¿La puerta no estaba cerrada con llave?

Lindsay negó con la cabeza.

—Aunque para ella era lo normal, al menos a esa hora. Vivimos, vivíamos, supongo, en un barrio muy tranquilo. Supe de inmediato que algo iba mal. Su piso siempre estaba muy ordenado, pero no ese día. Ese día estaba hecho un desastre.

—¿Como si hubieran entrado a robar?

Lindsay negó con cabeza.

—No, más bien como si... lo hubieran puesto todo patas arriba. Había una botella de vodka abierta en la mesita de noche con un vaso volcado al lado. Una bolsa de patatas fritas abierta en la mesita. Platos sucios por todas partes. Pequeños trastos que normalmente habría guardado en su sitio esparcidos por todo el piso. No era nada propio de ella. La encontré en el dormitorio. La aguja aún estaba a su lado sobre la cama, y tenía una gruesa goma atada en el brazo.

Laurie vio que la escena seguía atormentando a Lindsay.

—¿Cuándo la habías visto por última vez?

—Hacía solo tres días. Había ido un momento a su casa para pedirle unas guindillas. Y, te lo aseguro, estaba sana y limpia, y el piso estaba impecable, como siempre. Le dije a la policía que creía que alguien lo había preparado todo para hacerla parecer una drogadicta o algo por el estilo, pero no me hicieron caso. Era más fácil tacharla como otra yonqui más.

—Según Sandra, Michelle pasó unos años difíciles después del embarazo. ¿No es posible que tuviera una recaída y te lo ocultara? —Laurie sabía que las sobredosis eran más frecuentes cuando los drogadictos recaían tras un periodo de abstinencia porque la tolerancia a la droga disminuía.

—No me lo trago, ni hablar. Michelle iba por muy buen camino. De hecho, empezaba a ganarse la vida bastante bien vendiendo sus joyas por internet. Estaba intentando vender sus creaciones a unos grandes almacenes. Uno de mis socios la ayudaba a elaborar sus planes de negocio.

—Sandra me contó lo de las joyas como si fuera un sueño imposible.

—No me extraña nada. Michelle tenía verdadero talento. De hecho, esta pulsera la hizo ella. —Lindsay alzó la muñeca derecha para enseñarle un brazalete de metal repujado—. Estaba muy comprometida con su nueva vida. Practicaba yoga casi todos los días, seguía una dieta saludable, ya sabes. Intentaba arreglar las cosas, hasta el punto de ponerse en contacto con personas de su pasado para pedirles perdón por el dolor que podía haberles causado. En un momento dado, incluso pensó en pedirle perdón al imbécil que la había dejado embarazada. Yo le dije que no le debía nada, pero, como he dicho, ella estaba empeñada en expiar todos sus pecados.

—Espera un momento. Sandra dijo...

—¡Y dale con «Sandra dijo»! —Lindsay se recompuso después de su momento de impaciencia—. Lo siento, es que no es precisamente una fuente fiable en lo que respecta a Michelle.

—De acuerdo, pero parece que Michelle le dijo que ni tan siquiera conocía la identidad del padre biológico del niño. Que había sido un lío de una noche.

Lindsay se rio con sarcasmo.

—¿Michelle? ¿Un lío de una noche con un desconocido? Eeeh... no. Eso es imposible.

—Entonces ¿por qué le dijo eso a su madre?

—Porque resultó que el tipo estaba casado y ya era padre. Cuando Michelle se dio cuenta de que no iban a criar al niño juntos, decidió darlo en adopción. Para evitar complicaciones, dijo que no sabía quién era el padre.

—¿No podía decirle la verdad a su propia madre?

Lindsay se encogió de hombros.

—A Michelle le preocupaba que su madre le montara un número al hombre casado que había deshonrado a su hija. Ella solo quería hacer lo correcto y pasar página. Consiguió evitar el escándalo público que temía, pero no se dio cuenta de que su madre le echaría toda la culpa a ella. Para que conste, Michelle no tenía ni idea de que el hombre estaba casado. Se conocieron en yoga, donde él aprovechaba cualquier oportunidad para charlar con ella. Al principio, Michelle se resistió a salir con él. Creo que era un poco mayor para ella. Rondaría los treinta años, y ella tenía solo veintidós. Cuando por fin la convenció para ir a cenar, se enamoraron locamente. Michelle me dijo que él era inteligente y sofisticado y que tenía sentido del humor. Incluso después de tantos años, los ojos se le iluminaban cuando evocaba el tiempo que estuvieron juntos. Fue solo un verano, pero ya hablaban de casarse y tener hijos en cuanto Michelle volviera a la universidad y terminara los estudios. El embarazo no fue previsto, pero al principio ella estaba ilusionada. Emocionada, de hecho.

—¿Y él?

—Michelle no llegó a decírselo. Fue a su despacho para darle una sorpresa con la buena noticia y lo vio, saliendo con su propia familia. Llevaba una alianza que ella no había visto nunca. Lo vio colocar a su hija en la sillita del coche y darle un beso a su mujer antes de que ella se sentara al volante. Cuando la esposa se fue, también lo hizo Michelle. Se marchó sin decirle nada.

—¿Y después?

—Después nada. Rompió el contacto con él. Buscó otro estudio de yoga. No veía motivo para destrozar la familia de otra mujer, de

manera que se quitó de en medio. Se había acabado. Así que puedes entender por qué le dije a Michelle que no le debía ninguna disculpa. Ella se sentía muy culpable por no haberle hablado nunca del niño, pero era él quien le había mentido ocultándole que estaba casado. Seguramente fui demasiado franca al expresarle mi opinión, porque ella cambió de tema y ya no volvió a sacármelo.

—¿Sabes si llegó a ponerse en contacto con él?

—No tengo ni idea. Dios mío, ¿crees que podría haberla matado él? ¿Por qué iba a hacer algo así?

—El sobrino de Alex, Johnny... ¿el que ha desaparecido? Es el hijo de Michelle. —Lindsay puso los ojos como platos al atar cabos—. ¿Te dijo alguna vez Michelle cómo se llamaba el padre?

Lindsay arrugó la frente y negó con la cabeza.

—No, pero lo raro es que ella reconoció a su mujer cuando él la besó en el aparcamiento. Se ocupaba de la campaña de marketing del restaurante que Michelle llevaba en Rehoboth Beach y se había hecho buena amiga de los dueños. En ese momento, Michelle se dio cuenta de que tendría que haber desconfiado de que su novio no fuera nunca a buscarla al trabajo. Cuando lo vio con su mujer, comprendió por qué.

Laurie estaba sumida en sus pensamientos, lamentando no haber investigado más a fondo la muerte de Michelle cuando Johnny había desaparecido. Seguramente, Sandra recordaría el nombre de los antiguos jefes de Michelle y, con un poco de suerte, los dueños del restaurante podrían ponerlos en contacto con la asesora de marketing. A partir de ahí, podrían localizar al padre biológico de Johnny y, con suerte, encontrar a Johnny.

—¡Oh, espera! —exclamó Lindsay—. También me dijo que era arquitecto.

Laurie le dio las gracias y la acompañó al ascensor.

En cuanto volvió a estar sola en su despacho, Laurie llamó a Andrew y a Marcy. Fue él quien respondió. Llamó rápidamente a Marcy y activó el altavoz.

—¿Tenéis la información de contacto de Sandra? —les preguntó.

—Nos dejó un número de teléfono y una dirección de correo electrónico —respondió Andrew.

—¿Crees que fue ella la que se llevó a Johnny? —le preguntó Marcy—. Supongo que la policía puede averiguar su dirección. Iré yo misma si hace falta. A suplicarle... de madre a madre.

Laurie les explicó lo que le había contado Lindsay Hart. Incluso sin verles las caras, supo que era demasiada información para que pudieran asimilarla toda. Michelle siempre había sabido quién era el padre biológico de Johnny, pero jamás le había hablado del hijo que habían concebido. Ahora parecía que ese cambio de opinión de última hora podía haber provocado tanto su asesinato como el secuestro de Johnny.

A Marcy se le quebró la voz al teléfono.

—Dios mío. Esa pobre mujer. Ya era desgarrador saber que lo había pasado tan mal y que había muerto de sobredosis, pero ¿asesinada? ¿Por hablarle a ese hombre de Johnny? Menos mal que su vecina sabía la verdad. Creo que este es por fin el gran avance por el que hemos rezado. Lo siento en las entrañas.

—Yo también —dijo Andrew—. Todo encaja. Llamaremos a Sandra ahora mismo, Laurie, y conseguiremos el nombre del restaurante.

53

A casi cinco mil kilómetros de Washington, en Portland, Oregón, una mujer que ahora respondía al nombre de Alicia Nelson estaba retorciéndose para embutirse en un bodi moldeador mientras hablaba a gritos con su hija de nueve años, que se encontraba en la habitación contigua.

—Bella, espero que te estés cepillando los dientes y vistiendo. No puedo llegar tarde a la presentación de hoy.

Consiguió subirse la cremallera de la espalda del vestido ella sola y después se observó en el espejo. «Ah, la magia de las fajas reductoras». Aquel vestido de tubo de color azul eléctrico era como su amuleto de la suerte para captar nuevos clientes. Hacía dos semanas, podría habérselo puesto sin esfuerzo, pero la escapada a San Francisco con Ben el fin de semana anterior había sido una aventura gastronómica de principio a fin. Ponerse un par de kilos más era poco sacrificio a cambio del primer viaje que hacía con un hombre desde que se había divorciado de Daniel.

Se dio cuenta de que había sonreído al pensar en Ben. Daniel era su novio de la universidad, el amor de su vida, el padre de su adorable y hermosa hija. Tendrían que haber pasado toda la vida juntos.

Aún se despertaba en mitad de la noche, acosada por la culpa de haberlo abandonado. No obstante, siempre se decía que Daniel no le había dejado otra opción. Había tenido que irse, no solo por su seguridad, sino también por la de Bella. Pero, al mismo tiempo, había acabado por aceptar que la soledad sería su castigo por haberse divorciado. Si no podía pasar el resto de sus días con Daniel, tendría que vivirlos sin amor.

Pero entonces había conocido a Ben. Ahora iban en serio. Ben conocía a Bella y la adoraba. Claro que la adoraba. ¿Y quién no? Y durante el fin de semana en San Francisco, ella por fin le había contado la verdad sobre su pasado. ¿Ironía del destino? El apellido de Ben era Robinson, igual que el suyo de soltera, cuando era Roseanne

Robinson, o Ro-Ro, como la llamaban todos sus amigos. Oh, cómo echaba de menos aquel apodo, pero lo había dejado atrás, igual que a Daniel.

Encontró a Bella en la cocina, embadurnando de mantequilla una tartaleta recién descongelada sobre la encimera.

—¿Podrías al menos usar un plato, una servilleta de papel o algo?

Se tocó la mejilla con el dedo índice y Bella le dio un beso de buenos días.

Mientras su hija se ponía de puntillas para coger un plato, le dijo:

—Mamá, ¿no tendría que preocuparte más que coma comida basura que unas migajas en la encimera?

Bella tenía nueve años, pero pensaba como si tuviera treinta. En algunos aspectos, parecía que fuera ayer cuando iba por ahí en su jeep de juguete de *Frozen*. En otros, hacía una eternidad.

—Si las tartaletas con mantequilla son el único vicio de mi hija, diría que como madre lo estoy haciendo bastante bien.

—Mejor que bien. Eres la mejor. Estás muy guapa, por cierto. Sé que es tu vestido favorito. ¡Ah, es verdad! ¡Hoy te reúnes con la bodega! Vas a dejarlos con la boca abierta.

Le habían pedido que propusiera ideas de marketing a un viñedo pequeño pero en fase de expansión y esperaba convencer a los dueños para que organizaran una suntuosa fiesta del vino, de alto nivel y una semana de duración, para atraer a enófilos de todo el país.

—Gracias, cariño. Mi vestido de la suerte y yo no podemos dejarlos con la boca abierta si llegamos tarde. —Tenía que dejar a Bella en su encuentro de ciencias antes de poner rumbo a Willamette Valley.

—Voy a por la mochila y estaré lista.

Estaba limpiando los trocitos de tartaleta de la encimera cuando sonó el teléfono. El corazón le dio un vuelco al ver el prefijo 302. Rehoboth Beach, Delaware. Su antigua vida. Se tranquilizó al ver que reconocía el resto del número.

—¿Diga?

—Soy April. Siento llamarte tan temprano.

April Meyer, la dueña del Sand Bucket y su exclienta preferida. Lo que había empezado como un trabajo de marketing para un restaurante nuevo en una localidad de veraneo había dado lugar a una gran amistad. Los Meyer eran uno de los tres únicos matrimonios amigos que sabían cómo localizar a la mujer que antes era Roseanne Robinson.

—Trabajo a jornada completa y tengo una hija de nueve años que se comporta como una directora general. Nunca es demasiado temprano. Por la noche ya es otro tema... A las nueve y media estoy en coma.

—Me han llamado preguntando por ti —le dijo April.

Aquella era la información que temía recibir desde que «Alicia Nelson» había cruzado al otro extremo del país para afincarse en la región del noroeste del Pacífico. Daniel la había encontrado. Iba a arruinarle otra vez la vida. Se armó de valor para recibir la noticia cuando April continuó.

—Se llama Marcy Buckley. Vive en Washington.

—No sé quién es, pero, April, ya sabes cuánto me he esforzado por proteger mi identidad. Probablemente eres la persona más honesta del planeta, pero, por favor, ¿podrías decirle la mentirijilla de que no sabes dónde estoy? A ver si va a estar buscándome de parte de Daniel...

—No. El hijo de esta mujer ha desaparecido. Pero es cierto que guarda relación con Daniel. Cariño, será mejor que te sientes.

54

Cuando Leo entró en el gimnasio de boxeo de Bleecker Street, el penetrante olor a desinfectante fue como una bofetada.

Un hombre estaba atándose las zapatillas en un banco próximo a la puerta. Al ver que Leo arrugaba la nariz, dijo:

—Créeme, amigo, es mejor esto que la alternativa. Te acostumbrarás. No te había visto nunca por aquí. ¿Buscas a alguien para entrenar? A mi padre aún le gusta subirse al ring, aunque va a cumplir setenta el mes que viene. Podríais llevaros bien.

—¿Quieres que boxee con un setentón? Amigo, solo tengo cuarenta y siete años.

El hombre empezó a disculparse de inmediato, explicándole de manera atropellada que nunca acertaba con la edad, hasta que le vio la gran sonrisa que le iluminó la cara.

—Me has pillado, tío. Muy buena.

—De hecho, no he venido a boxear. Estoy buscando a un tal Mason Rollins.

Leo había ido primero al campus de la Universidad de Nueva York, donde Rollins trabajaba como conserje. Un compañero de trabajo le había dicho que era un asiduo de aquel gimnasio de boxeo y que probablemente lo encontraría ahí antes de que empezara su turno.

El hombre se levantó del banco y echó un vistazo alrededor. Dos boxeadores estaban practicando en el ring del centro del espacio, delante de unos cuantos espectadores, pero la mayor parte de los clientes entrenaba con pesas o sacos de boxeo.

—Ahí está Mason. Pasado el ring, junto a esa pared de ladrillo. ¿Ve la hilera de peras? El tío del rincón del fondo, con el pantalón corto azul eléctrico.

Leo le agradeció su ayuda y se dirigió hacia allí. Rollins golpeaba la pera trazando círculos altos y rápidos con las manos. Derecha, derecha, izquierda, izquierda. Leo solo estaba a unos tres metros de él y Rollins seguía sin despegar la mirada de la pera. Pero, cuando Leo se

dispuso a hablar, Rollins paró de golpe y agarró la pera con ambas manos para detenerla.

—Encantado de conocerle, Leo Farley. —Rollins llevaba el pelo oscuro rapado casi al cero y lucía una corta perilla que no aparecía en ninguna de sus fotografías policiales. Era delgado, pero su holgada camiseta sin mangas de los Brooklyn Nets le dejaba a la vista unos brazos que reflejaban horas de gimnasio.

—Me ha reconocido —dijo Leo.

—Cuando un preso te acusa de haber matado a un hombre del que nunca has oído hablar, tiendes a prestar atención a los detalles. Usted es el que puso a Darren Gunther entre rejas. Si tuviera que adivinar, diría que quizá es la única persona que no duda de que soy inocente.

—Inocente en ese día concreto, al menos.

—*Touché*, jefe. Cometí algunos errores cuando era joven, pero yo no apuñalé a Lou Finney.

—No, pero Darren Gunther no es un preso cualquiera, ¿verdad? Usted se encontraba en el Finn's Bar esa noche, antes de que empezara la pelea. Estaba celebrando el cumpleaños de Gunther con él, porque ustedes dos eran amigos. Tenían suficiente amistad para que él le pagara la fianza después de su primera detención.

Mason esbozó una sonrisa astuta que reveló que le faltaba un diente en el lado derecho de la boca.

—Me preguntaba cuándo iba alguien a averiguarlo.

Leo tenía todos los informes policiales sobre Gunther y Rollins desde hacía semanas. Pero la conexión entre los dos hombres no podía encontrarse en la documentación del departamento de policía de Nueva York. Como habían localizado a Summer Carver gracias al registro de visitas de la cárcel, eso le dio la idea de solicitar los historiales penitenciarios de ambos. Entre los documentos que había recibido estaban los registros ya archivados de la cárcel de la que Mason Rollins había salido bajo fianza después de su primera detención por agresión a los diecinueve años. La persona que le había pagado la fianza de doscientos cincuenta dólares era Darren Gunther.

—¿Cómo se conocieron ustedes dos? —le preguntó Leo.

—Nuestras madres trabajaban de limpiadoras en la misma empresa.

Se echaban una mano, se cambiaban el turno según fuera necesario, o una cocinaba para los hijos de las dos mientras la otra trabajaba. Así que Darren y yo nos hicimos muy amigos. Él consiguió una beca importante para ir a una escuela privada y después al Vassar College. Yo no, pero seguimos en contacto... hasta que usted lo detuvo, claro.

—¿El cuchillo era de usted? —le preguntó Leo.

Rollins negó con la cabeza.

—Lo era hasta ese día. Fue mi regalo de cumpleaños. A él siempre le había gustado.

—Usted tenía talento con los cuchillos —observó Leo—. Era capaz de lanzarlos al aire y cogerlos al vuelo por el filo.

Rollins volvió a sonreír.

—Veo que ha hecho los deberes.

La primera detención de Rollins por agresión se debió a una discusión en una fiesta cuando uno de los invitados se quejó de sus truquitos con los cuchillos y le pidió que parara.

—Me sorprende que se muestre tan colaborador —observó Leo.

—Le dije a Darren desde el principio que no iba a mentir por él. ¿El tiempo que pasé en la cárcel? Sé que es un tópico, pero a mí me cambió. Me saqué el título de secundaria e incluso un par de créditos universitarios. Dejé las drogas. Deposité mi fe en un poder superior. No soy un santo, pero no me meto en líos.

—Pero sabe que Gunther le está acusando de un crimen que ha cometido él.

—Leyó un artículo sobre un nuevo análisis de ADN. Una técnica mágica superrápida, con la que un laboratorio podría obtener mi ADN de esta pera dentro de varios años. —Rollins propinó un golpe rápido a la pera para recalcar el concepto.

—Se llama ADN táctil —explicó Leo.

—Cuando le regalé el cuchillo para su cumpleaños, él quiso que le enseñara mis trucos, así que sabía que esa noche yo había tenido la hoja entre los dedos. Me dijo que había conseguido limpiar el mango con la camisa en medio de la confusión después de que el dueño del bar se desplomara, pero que no había tocado la hoja porque cantaría mucho si estuviera limpia. Cuando leyó aquel artículo, se le encendió

una bombilla en ese gran cerebro suyo y se preguntó si yo podía haber dejado un poco de ADN en la hoja.

—¿Y por eso solicitó un análisis de ADN táctil? —le preguntó Leo.

Rollins alzó la comisura de la boca.

—¿Se lo puede creer? Ese era su último cartucho. Pensaba que encontrar ADN de otra persona en la hoja bastaría para echar su condena por tierra. Resulta que lo encontraron en el borde superior del mango, así que debió de dejarse ese trozo cuando lo limpió. De hecho, no había caído en que habría una muestra de mi ADN en los archivos para compararlo. No estoy totalmente seguro de creerlo, pero al menos dice que no tenía intención de meterme en esto.

—Por cómo lo explica, parece que hablan a menudo. ¿Lo hacen por los teléfonos de la cárcel? Me sorprende que se arriesgue tanto.

—Darren es demasiado listo para cometer un error así. Manda a otra persona para darme sus mensajes.

Leo estaba bastante seguro de saber quién era esa persona.

—¿Toby Carver? —preguntó, alzando el móvil para enseñarle una fotografía del hermanastro de Summer.

—Usted sabe lo que se hace, Farley.

—El investigador del fiscal del estado de Nueva York quiso entrevistarse con usted, pero usted rehusó. ¿Por qué no se defiende?

Rollins le sostuvo la mirada durante varios segundos antes de responder.

—No me pareció necesario hablar con ese hombre, porque no conocía la relación entre Darren y yo. Usted la ha descubierto, así que se acabó la fiesta, como suele decirse. Hablaba en serio cuando he dicho que no quiero volver al lado equivocado de la ley. Negarse a hacer una entrevista no es delito. Por otra parte, mentir a un policía podría serlo, según tengo entendido.

—Mi hipótesis es que Darren también le había prometido repartirse la indemnización con usted si no abría la boca.

Mason no dijo nada.

—¿Se acuerda de la camarera que trabajaba esa noche en el bar? —Leo pasó las imágenes de su móvil hasta encontrar la vieja fotografía de Clarissa DeSanto que Samantha Finney le había proporcionado—.

Esta es Clarissa DeSanto. Los vio juntos, ¿verdad?

—Creo que no tengo nada más que decir, jefe.

—Pues supongo que añadiré su nombre a la acusación de confabulación para cometer un asesinato.

—Eh, eh… ya se lo he dicho, yo me había ido hacía rato cuando asesinaron a ese hombre.

—No me refiero a Lou Finney, Rollins. Clarissa DeSanto fue asesinada hace tres meses. Toby Carver la sacó de la carretera haciéndola volcar y matándola. Pero eso usted ya lo sabía, ¿no? Porque les ayudó a planearlo a él y a Darren Gunther, para asegurarse de que Clarissa ya no pudiera contarle a nadie que ustedes dos eran amigos.

El miedo crispó las facciones de Mason. Cuando volvió a hablar, su actitud despreocupada había dado paso a un pánico real.

—¿Está… muerta? No tenía ni idea, se lo juro. Supuse que también le habrían pagado por su silencio.

—Ahora mismo, parece que Toby, su amigo Darren y usted la mataron para sacar a su colega de la cárcel, dejarme a mí como un mentiroso y repartirse el dineral que iba a darle el estado de Nueva York. Así que más vale que se explique.

—Yo no sabía nada de esto de antemano. Un día se presentó un tío de la Fiscalía y me preguntó por la noche en la que detuvieron a Darren. Cuando me dijo que había ADN mío en el cuchillo, me asusté. Yo no sabía nada de ese ADN táctil o como se llame. Luego, al día siguiente, ese tal Toby vino a verme a mi piso. Me dijo que recibiría el veinte por ciento del dinero que Darren le sacara al estado de Nueva York por haberlo metido en la cárcel. Lo único que debía hacer era tener la boca cerrada. No hablarle a nadie de mi relación con Darren.

—¿Y la hermanastra de Toby, Summer? ¿Está implicada?

Rollins negó con la cabeza.

—O al menos no lo creo. Toby decía que era una chiflada, pero creía verdaderamente en la inocencia de Darren. Tengo la impresión de que está enamorada de él o algo por el estilo. Es Toby el que tiene calle.

—¿Y Clarissa?

—Le dije a Toby que había un problema con su plan, porque la camarera que trabajaba esa noche nos había visto juntos. Se notaba que la poníamos nerviosa. Cuando mi nombre apareciera en la prensa como el malo de la película cuyo ADN se había encontrado en el cuchillo, probablemente me reconocería y ataría cabos. Pero Toby dijo que no sería un problema.

—La mataron por su culpa, Mason.

Rollins palideció.

—¡No! Por favor, no diga eso. Pensaba que se refería a que también recibiría parte del dinero. Tenía la impresión de que Toby iba a sacar tajada. Parecía que estuvieran repartiendo dinero de la lotería. No me puedo creer que Darren me haya metido en esto.

—A lo mejor pueden hablarlo cuando se reúna con él en Dannemora.

—No, por favor. Tiene que creerme, yo no sabía que iban a hacerle daño a esa chica. Deje que le ayude. Haré lo que sea.

—¿Lo que sea?

Leo tenía un plan.

55

Marcy Buckley no paraba de dar vueltas alrededor de la isla de la cocina, esperando a que sonara el teléfono.

Desde el momento en el que Laurie la había llamado esa mañana, todos los eslabones de la cadena se habían acoplado. La primera persona a la que Marcy había llamado era Sandra Carpenter, que no había tenido ninguna dificultad para recordar el nombre del restaurante de Rehoboth Beach donde había trabajado su hija: el Sand Bucket. «Lo llamábamos el Sandra Bucket porque yo pasaba mucho tiempo ahí cuando iba a visitarla».

A continuación, Marcy había dejado un mensaje en el buzón de voz del restaurante, suponiendo que no la llamarían hasta la tarde. No obstante, en menos de una hora la había telefoneado la dueña, April Meyer. Al principio, April se había alegrado mucho de saber que Marcy y su marido habían adoptado al hijo de Michelle. «De hecho, era lo único que ella quería, que el niño tuviera una familia que lo quisiera».

April recordaba a Michelle con afecto y se acordaba de los consejos que le había dado durante su embarazo no previsto. «A la pobre le aterraba contárselo a su madre. Estaba segura de que la repudiaría».

April se quedó de piedra cuando Marcy le explicó que el padre biológico estaba casado con la mujer que se había ocupado de la campaña de marketing para inaugurar el restaurante. Y luego pasó al verdadero bombazo: el secuestro de Johnny.

«Tenemos motivos para creer que Michelle se puso en contacto con ese hombre para hablarle del hijo que habían concebido. Creemos que es extremadamente peligroso. Si estamos en lo cierto, mató a Michelle y tiene a Johnny».

Por primera vez, hubo silencio al teléfono. Marcy creyó que la comunicación se había cortado hasta que April finalmente habló.

«Ya volveré a llamarla».

Marcy suponía que April estaba intentando localizar a la mujer que

se había ocupado de su campaña de marketing. En alguna parte, una mujer estaba enterándose de que su marido le había sido infiel. La había engañado con una joven camarera que ella conocía y de la que se fiaba. Y de aquella unión había nacido un niño. Probablemente, saberlo le rompería el corazón.

Marcy rezó para que la mujer, quienquiera que fuese, pudiera comprender que, en ese momento, Johnny era la persona que más importaba. Era un niño inocente.

El tono de llamada de su teléfono le puso el corazón a mil. Era un número desconocido.

—¿Diga?

—¿Señora Buckley? Me llamo Roseanne Robinson. Mi exmarido es el hombre que buscan. Se llama Daniel Turner.

Marcy hizo cuanto pudo por explicarle todo lo que sabía sobre la vida de Michelle Carpenter después de que naciera Johnny.

—Cayó en un pozo. Se enganchó a las drogas y pasó varios años a la deriva. Pero al final se recuperó y se mantenía limpia. Se fue a vivir a Filadelfia y se ganaba la vida vendiendo en internet joyas hechas a mano. Iba a las reuniones. Pensaba que las drogas eran su manera de castigarse por la aventura que había tenido, aunque fuera sin saberlo, con un hombre casado.

Marcy no vio la necesidad de decirle que Daniel había hecho creer a Michelle que se casarían y tendrían hijos juntos.

Para sorpresa suya, Roseanne pareció sincera.

—Pobre chica. No me puedo imaginar por lo que pasó. Yo iba a ese restaurante al menos una vez a la semana. Siempre hablábamos de su embarazo. Y pensar que sabía que yo estaba casada con el padre. Debió de ser durísimo para ella.

—¿Usted no tenía ni idea de que él tenía una aventura?

—Ese verano Danny y yo pasamos por una mala racha que no creí que fuéramos a superar. Él siempre estaba en el trabajo o al teléfono o se escapaba a la clase de yoga. Creía que podía haberse cansado de nuestro matrimonio. A veces llegué a pensar que podía haber otra

mujer, pero nunca se lo pregunté. Debió de ser la época en la que estaba con Michelle.

—¿Se separaron por eso? —le preguntó Marcy.

—No. En un determinado momento, pareció que la cosa mejoraba. Danny pasaba más tiempo en casa. Estaba menos distraído. Se compró una moto y pensé: «Vale, supongo que ha sido una especie de crisis de la mediana edad adelantada y que esta dichosa Harley es lo que necesita para tener un poco de emoción en su vida». Pero eso debió de ser después de que Michelle nos viera juntos y pusiera fin a la relación. Las fechas coinciden. Volvimos a estar bien durante unos años. Pero entonces una furgoneta de reparto lo embistió cuando iba en esa dichosa máquina mortal. Jamás olvidaré el día que me llamaron del hospital. Esperé en la sala de urgencias, convencida de que no volvería a ver a mi marido. Y entonces me dieron la noticia de que se pondría bien. Tenía un traumatismo craneoencefálico, pero sobreviviría. Creí realmente que tenía otra oportunidad de volver a empezar. Que volveríamos a estar como antes.

—Qué horror —dijo Marcy—. ¿Cuándo fue eso?

—Hace cinco años.

—Johnny ya tenía dos años —observó Marcy. En esa época no tenía la menor idea de que había otra mujer, una desconocida, cuya vida se había desarrollado paralelamente a la suya hasta que ambas habían convergido en el momento presente. Sus hijos eran hermanastros.

—Yo me dediqué a cuidarlo en cuerpo y alma —continuó Roseanne—. Encontramos a un abogado magnífico especializado en lesiones personales. Llegó a un acuerdo que nos permitiría vivir con holgura para siempre. Pero el traumatismo craneoencefálico le cambió completamente el carácter a Daniel. Se volvió paranoico, irracional e irascible.

Su manera de explicar la evolución de su exmarido era un claro reflejo de los años que había pasado intentando comprenderlo. Según lo que le habían dicho los médicos, un reducido porcentaje de pacientes con traumatismos craneoencefálicos desarrollaban algo parecido a un trastorno psicótico en el transcurso de los primeros dos años. Síntomas como las alucinaciones, la paranoia y los delirios a

menudo conducían a un diagnóstico erróneo de esquizofrenia. Incluso más frecuentes entre los pacientes eran cambios de carácter más pequeños pero evidentes, como impaciencia, arranques de ira y una falta tanto de empatía como de control de impulsos.

—Yo estaba fatal —dijo—, pero, al principio, me sentía demasiado culpable para dejarlo porque su comportamiento no era culpa suya.

—Pero al final se marchó —observó Marcy.

—Una noche tuvo alucinaciones. Estaba convencido de que yo luchaba contra él con un ejército de soldados. Gritó a personas que ni tan siquiera estaban ahí y después me agredió. Comprendí que tenía que dejarlo para protegernos a Bella y a mí. Después de aquel incidente, pedí una orden de alejamiento que le impedía ponerse en contacto con nosotras. No creía que las cosas pudieran empeorar, hasta que violó la orden. Se coló en la casa que yo había alquilado, armado con un cuchillo, y me acusó de lavarle el cerebro a Bella para ponerla contra él. Bella se puso a temblar de miedo. Yo me coloqué delante de ella para protegerla, segura de que iba a matarnos a las dos. Danny alzó el cuchillo y yo le supliqué, sollozando, que me matara a mí si tenía que hacerlo, pero que no le hiciera nada a la niña. De repente, se dio la vuelta y echó a correr. Después de aquello, por fin obtuve la autorización del tribunal para cambiarme de nombre e irme a vivir a otro sitio con nuestra hija. Hasta ahora, no he vuelto a hablar con ninguna de las personas de mi vida anterior aparte de unos pocos amigos de confianza. Quiero ayudarla, señora Buckley, pero no puedo permitir que Danny me encuentre.

—Yo tampoco quiero que Danny la encuentre, Roseanne, pero necesito encontrarlo. Tiene a mi hijo, y lo que me ha contado de su exmarido me hace temer aún más por su vida.

—No hablo con él desde hace casi cuatro años —explicó Roseanne —. Teníamos un piso en Washington, en un edificio histórico que Danny adoraba. Jamás lo vendería. Pero, si tuviera que adivinar, diría que está en Delaware, no en la ciudad. Teníamos una casita a unos cuatrocientos metros de la playa. No obstante, después del accidente de moto, se volvió cada vez más paranoico. Quería más terreno, más privacidad. Compró una propiedad al norte de la zona más poblada,

cerca de la reserva natural de Cape Henlopen.

Mientras Roseanne le daba las señas, Marcy ya estaba escribiendo un SMS a Laurie con la información. Ella sabría cómo utilizarla.

—Esto es increíble, Roseanne. Muchas gracias. Sé que no debe de ser fácil enterarse de que Daniel puede estar implicado en todo esto.

—Oiga, hay otra cosa que necesito decirle. Si está pensando en llamar a la policía local de Delaware, no lo haga.

Marcy frunció el entrecejo, extrañada de que Roseanne le aconsejara no llamar a la policía.

—Por suerte, la familia de mi marido está en estrecho contacto con las fuerzas del orden. Estoy segura de que podrán conseguir que cooperen.

Roseanne suspiró al teléfono.

—El hermano mayor de Danny, Charlie, es el jefe de policía de Rehoboth. Jamás ha aceptado la enfermedad de Danny y abusó de su poder para intentar impedir que yo obtuviera las órdenes judiciales que necesitaba para protegernos a Bella y a mí. De no ser por él, Danny habría acabado en la cárcel por colarse en mi casa y atacarme con un cuchillo delante de mi hija. Lo siento mucho, señora Buckley, pero tengo que avisarla: si llama a Charlie, él le dirá a Danny que la policía lo está buscando y, si se siente acorralado, me aterra lo que pueda hacerle a su hijo.

56

A menos de un kilómetro de la reserva natural de Cape Henlopen, a casi doscientos kilómetros de la casa de su familia, Johnny Buckley estaba sentado al pie de la cama en la habitación que le habían asignado.

Desplegó el papel que el hombre le había dado la noche anterior. Seguramente lo había leído ya veinte veces, pero volvió a hacerlo. Ya no necesitaba decir las sílabas en voz alta. Una detective llamada Jennifer Langland confirmaba que «la policía parte de la hipótesis de que Johnny Buckley ha sido secuestrado por un desconocido». Pero había una frase que no podía olvidar: «Según una fuente policial, el niño desaparecido fue adoptado de recién nacido por los Buckley».

En la parte de arriba de la hoja decía que el artículo era de un sitio web llamado *Crónica policial de Nueva York*, pero Johnny decidió que era todo mentira. Aquello no era un periódico de verdad, sino solo una hoja de papel salida de la impresora del hombre. Cualquiera que supiese usar un ordenador podía escribir lo que quisiera y decir que lo había encontrado en internet. Era obvio que el hombre se había inventado aquel artículo falso para ser malvado con él.

Porque el hombre era eso: malvado. Un abusón malvado que decía y hacía cosas solo para hacerle daño a la gente.

«Me llamo Johnny, Jonathan Alexander Buckley —susurró entre dientes—. Mis padres, mis verdaderos padres, son Andrew y Marcy Buckley. ¡No me llamo Danny de ninguna de las maneras!».

Se calló cuando oyó pasos que bajaban por la escalera. La voz del hombre.

—Creo que mañana le diré la verdad de quién soy en realidad.

A continuación, la voz de la mujer.

—¿Y yo? ¿Cómo debo presentarme? —Era la primera vez que Johnny la oía bajar la escalera. Empezaba a preguntarse si no estaría prisionera como él, encerrada en otra habitación del primer piso.

—Como mi mujer, por supuesto. Mi hermosa, cariñosa y fiel mujer.

Es un niño maravilloso, Roseanne. Llegarás a quererlo tanto como queremos a Bella.

—Perdona otra vez por haberme llevado a Bella. —Johnny notaba algo extraño en la voz de la mujer. Se parecía a la de un personaje de dibujos animados. Desde la primera vez que la había oído, pensaba en ella como en la única persona que podría estar dispuesta a salvarlo. Ahora que la oía mejor, le parecía que podía ser buena persona. Desde luego, no daba tanto miedo como él.

—Pero después volviste —respondió el hombre—. Y somos de nuevo una familia. Y ahora también tenemos al pequeño Danny.

Si la mujer ya se había ido de aquella casa horrible una vez, puede que quisiera irse ahora, como él. Puede que también estuviera fingiendo que el hombre le caía bien, porque «cuanto más pueda fiarme de ti, Danny, más privilegios podré darte». A lo mejor podían hacer frente común y ayudarse a escapar.

Pero, para eso, tenía que verla.

Johnny dobló la hoja de papel, la guardó debajo del colchón y se dirigió a la puerta de la habitación sin hacer ruido. La mano le tembló al coger el picaporte. Echaría un rápido vistazo a la mujer para ver si parecía de fiar.

Si el hombre lo veía, Johnny diría que necesitaba ir al baño. Le creería, se dijo para tranquilizarse, porque llevaba días portándose de una manera impecable.

Con una creciente sensación de terror, Johnny salió al pasillo y se dirigió sigilosamente al baño. Dos pasos más y vería el salón, de donde provenían las voces.

Estiró el cuello e inspeccionó la habitación en busca de la mujer. Por un instante, se permitió desear que ella lo viera y le guiñara el ojo para tranquilizarlo o le sonriera. En cambio, vio al hombre sentado solo en el sofá, de espaldas a él.

Y entonces oyó la voz de dibujos animados, aunque no había nadie más en el salón:

—Te quiero con locura, Daniel.

La exclamación de asombro que Johnny no logró contener del todo puso al hombre en pie de inmediato.

—¿Por qué no estás en tu habitación? —rugió—. ¿Intentabas irte de esta casa?

A Johnny le tembló la voz cuando se obligó a responder.

—Tengo... tengo que ir al baño. No aguanto más.

El hombre lo miró de hito en hito durante cinco segundos completos antes de suspirar.

—La próxima vez llámame para que vaya a buscarte. Necesito saber dónde estás en todo momento. Ya conoces las reglas.

—Sí, señor.

—Ya lo hemos hablado, Danny. Sí, ¿qué?

—Sí, papá.

—¿Ves? No ha sido tan difícil, ¿verdad?

En su cabeza, Johnny estaba gritando, pero vio que el hombre se mostraba feliz. Decidió volver a probar.

—Me ha parecido oír a otra persona. Me daba miedo que hubiera pasado algo.

El hombre lo miró sin comprender, de repente desconcertado, como si hubiera salido de un trance.

—No, solo es la televisión, eso es todo.

Cuando cerró la puerta del baño, Johnny se tiró al suelo y sollozó en silencio. La televisión no estaba encendida. No había ninguna mujer.

«No va a salvarme nadie».

57

Leo estaba sentado con Mason Rollins en una sala de reuniones de la Fiscalía mientras los abogados ultimaban los detalles de su acuerdo de colaboración con la policía. A cambio de la promesa del fiscal de no presentar cargos, Rollins quedaría con Toby Carver y llevaría un micrófono a la reunión. En cuanto Carver se incriminara por haber sobornado a un testigo y haber asesinado a Clarissa DeSanto, el siguiente paso sería convencerlo para que declarara contra Darren Gunther.

Leo notó que el móvil le vibraba en la cintura. Era Laurie. Hizo un gesto para indicar que tenía que ausentarse un momento y salió al pasillo.

—Laurie, tú siempre tienes el sexto sentido de los periodistas para saber cuándo pasa algo importante. Espera a oír lo que le he sacado a Mason Rollins. Y, aun así, voy bien de tiempo para recoger a Timmy del curso de golf...

—Papá, hemos encontrado a Johnny. O, al menos, eso creo. Se llama Daniel Turner. Es su padre biológico. —Laurie le explicó los hechos a toda velocidad. Un accidente de moto. Traumatismo craneoencefálico. Cambios de carácter. Alucinaciones y paranoia—. Marcy ha hablado con su exmujer y ha conseguido la dirección de su último domicilio conocido, cerca de la costa de Delaware, en Rehoboth Beach. Solo tenemos que encontrar la mejor manera de sacar a Johnny de esa casa.

—Puedo llamar a la policía local ahora mismo. Ponerlos en contacto con la detective Langland. Si es una población pequeña y la comisaría no dispone de un cuerpo especial, es probable que puedan pedir ayuda a la policía estatal. Los núcleos apartados como ese suelen tener acuerdos de colaboración con el estado al que pertenecen para responder a delitos graves.

—Pero hay un problema, papá. El hermano de Daniel Turner es el jefe de la policía local. —Le explicó todo lo que la exmujer de Turner

le había contado a Marcy sobre cómo había protegido a su hermano.

—De una cosa sí que estoy seguro: la detective Langland no podrá ir a Delaware sin una autoridad local. A mí me ocurre lo mismo en lo que respecta al departamento de policía de Nueva York. Y tampoco podemos intentar recuperar a Johnny por nuestra cuenta como civiles. Eso sería demasiado peligroso.

—Pues tampoco podemos llamar al hermano de ese hombre. Según su exmujer, avisaría a Turner de que la policía lo busca. Si eso le agrava la paranoia, quién sabe qué podría hacerle a Johnny.

—La otra opción es el FBI —dijo Leo. Hasta ese momento, la oficina local había dejado la investigación en manos de la detective Langland, poniendo a su disposición los recursos federales que necesitara—. Uno de nuestros agentes debería poder ponerse en contacto con la oficina de Delaware y, con suerte, saltarse algunos de los trámites burocráticos. Llamaré a la detective Langland ahora mismo.

—De acuerdo, pero llámala desde el coche. Brett acaba de decirme que el estudio tiene un servicio de aviones privados, un pequeño secreto que nunca se había molestado en confiarnos. Nos está reservando un vuelo chárter al aeropuerto local más próximo a la playa.

—¿Y Timmy?

—Alex me ha dicho que puede salir del juzgado para verse con él en Chelsea Piers. Prácticas en las jaulas de golf incluidas. —Había logrado convencer a Alex de que sería más útil cuidando a Timmy que acompañándola a Delaware—. Date prisa, papá. ¡Tenemos que salir ya!

58

Al volante de su monovolumen, Marcy aminoró la velocidad y avanzó a un ritmo constante para pasar por los peajes electrónicos del puente de la bahía de Chesapeake. En un día normal, se tomaría un momento para admirar la luz blanca que reverberaba del reflejo del sol sobre el agua turquesa; ahora, en cambio, aceleró en cuanto vio que tenía vía libre.

Según el GPS, aún le quedaban ciento cuarenta y ocho kilómetros y una hora y cincuenta y dos minutos para llegar a su destino. Había corrido al coche lo antes posible en cuanto la exmujer de Daniel Turner le había dado su dirección. Por suerte, su vecina estaba en casa y había accedido a quedarse con las gemelas.

«Aguanta, Johnny. Mamá está en camino».

El móvil le sonó por los altavoces del coche. La pantalla del salpicadero le indicó que la llamaba Andrew. Pulsó un botón del volante para responder.

—Oh, gracias a Dios. Te he llamado sin parar, pero tenías el móvil apagado.

—Lo siento mucho, cariño. Estaba en mitad de un juicio, y el juez Dickinson tiene una política de tolerancia cero. Una vez mandó a un abogado a la cárcel por desacato cuando sonó un móvil durante el alegato final. He oído tus mensajes. Ahora estoy volviendo al bufete. Iré derecho al coche y me reuniré contigo en Delaware.

—De acuerdo, y Leo y Laurie también van hacia ahí, en un avión privado. La detective Langland está intentando convencer al FBI de Delaware para sortear al hermano de Turner. No entiendo por qué tardan tanto. Hay un niño desaparecido y es probable que sepamos dónde está. Tendrían que dejarlo todo e ir inmediatamente a sacar a nuestro hijo de ahí.

—Llamaré a Chuck Martin al Departamento de Justicia para ver si también puede mover algunos hilos. —Chuck era amigo de Andrew desde la facultad de Derecho y trabajaba en la División Penal del

Departamento de Justicia—. Probablemente me llevas unos cuarenta y cinco minutos. Cuando llegues, busca un restaurante o algún otro sitio para esperarme y mándame un SMS con la dirección. No vayas sola a esa casa. No sabemos cuál es la situación y es posible que reconozca el monovolumen si ha estado vigilándonos.

Aún no sabían si Daniel Turner los había seguido a los Hamptons desde Washington o si ya sabía que pensaban irse de vacaciones a Nueva York. Marcy jamás se perdonaría haber publicado sus planes en Facebook a la vista de todos. Nunca se había preocupado de configurar la privacidad de su cuenta y de ese modo había puesto a Johnny en peligro.

«No haré nada tan inconsciente nunca más. Te lo ruego, Dios. Devuélvenos a nuestro hijo».

59

Daniel Turner se notó sonreír mientras veía trabajar a Danny en su nuevo puzle, un mapa de Estados Unidos.

Advirtió que, si en una pieza se leía el nombre de un estado, Danny casi siempre tenía una idea de dónde iba en el mapa. También él había tenido facilidad para la geografía de niño. Puede que Danny acabara interesándose por la arquitectura como él. Sin duda, tenía potencial artístico, a juzgar por sus dibujos y por cómo coloreaba.

Aún le preocupaba el comentario de Danny sobre la voz de mujer que había oído en el salón. Creía que había dejado de tener aquellos episodios después de saber por fin la verdad sobre Danny. El año anterior, había intentado describírselos a su neurólogo, pero ya no se explicaba tan bien como antes. Además, ¿cómo le haces entender a una persona la sensación de estar totalmente convencido de que tu exmujer y tu hija están contigo, viven contigo, te quieren... y al momento darte cuenta de que estás tú solo en casa?

En sus momentos de mayor lucidez, comprendía que aquellos eran los motivos por los que había perdido a Roseanne y a Bella. La causa de fondo podía ser el daño sufrido en las áreas temporal y frontal de su cerebro, pero la consecuencia era la misma: las había hecho desgraciadas y ellas habían acabado teniéndole miedo. Pero, durante las alucinaciones, todo volvía a ir bien. Él era dueño de sus actos, Roseanne lo amaba y Bella dejaba que la levantara en volandas como si fuera un avión, haciéndola girar muy rápido. No obstante, un momento después ya no estaban y él se daba cuenta de lo enfermo que estaba.

Pero entonces recibió la desconcertante llamada de Michelle Carpenter. Después de todos aquellos años, ya no pensaba en ella casi nunca. Quizá había enterrado su recuerdo en un intento de enterrar su vergüenza por haber engañado a Roseanne, el amor de su vida. Hasta que el accidente de moto lo cambió todo, su relación con Michelle era el único verdadero error que había cometido en su matrimonio, y

había sido un error terrible. La había conocido en clase de yoga dos días después de que Bella dijera su primera frase completa. «Yo jugar, papá». Ya era mayorcita, pero, por alguna razón, aquellas tres breves palabras lo hicieron real: era el padre de una personita independiente que lo necesitaría durante el resto de su vida.

¿Era el peso de la paternidad lo que lo empujó a perseguir a Michelle? ¿La necesidad de demostrarse que aún podía ser atractivo para una mujer más joven? Su intención nunca fue que duraran meses ni que hablaran de futuro, de matrimonio ni de hijos. Sabía que tenía que poner fin a la relación, pero, en cambio, fue ella quien lo hizo. Modernamente, se diría que le hizo *ghosting*. Se esfumó sin dejar rastro. No le devolvió las llamadas. Dejó de ir a yoga. Y, desde luego, él no iba a pasarse por su trabajo, dado que su mujer a menudo estaba allí.

Cuando lo llamó hacía seis meses, le explicó finalmente la razón por la que lo había sacado de su vida. Le dijo que había ido a su despacho para darle la buena noticia del embarazo, pero que lo había visto con Roseanne, Bella y la alianza en el dedo. Casi ocho años más tarde, lo llamaba de repente, después de haberse pasado años enganchada a las drogas. Le juró y perjuró que jamás le había dicho a nadie quién era el padre del niño... ni tan siquiera al propio Daniel, tal como se había visto. Para él fue como si Michelle hubiera lanzado una bomba atómica sobre su mundo, para «encontrar paz», fueron sus palabras.

¿Paz? ¿Por qué merecía ella paz? Al menos, Roseanne tenía una razón para haberlo apartado de su hija. Le daban miedo las cosas que su cerebro lo obligaba a hacer. Pero lo que Michelle había hecho era imperdonable. Su único crimen había sido la infidelidad. No merecía perder su derecho a conocer a su hijo, a tan siquiera saber de su existencia, como castigo. «Necesito verte en persona —le había suplicado—. Para que me hables de su nacimiento. Al menos eso me lo debes».

Oh, al final, Michelle había encontrado la paz, eso seguro. Gracias al sedante que le había metido en el cóctel de arándanos con agua con gas sin que ella lo viera, se le soltó la lengua y empezó a balbucear sobre el amable padre irlandés que había encontrado al matrimonio

ideal para robarle a su hijo. Y después se pilló un buen colocón cuando él le clavó la aguja en el brazo. No le había costado mucho poner su piso patas arriba. Sabía por su hermano que la policía sumaría dos y dos: una exdrogadicta, muerta de sobredosis. Caso cerrado.

No le había inyectado la dosis mortal de heroína en la vena hasta tener la información que necesitaba. Incluso después de sacar la pistola y amenazarla con dispararle en la cabeza, Michelle se había negado a decirle dónde estaba el niño. En cambio, le había suplicado que lo dejara en paz, ¡que dejara en paz a su hijo! «Te lo juro, no lo habría dado en adopción si no hubiera sabido que iba a una buena casa. Es un niño feliz. Veo las fotos en la página de Facebook de su madre. Tiene dos hermanitas gemelas adorables. Su padre es un abogado de éxito; acaban de nombrar juez federal a su tío. Tendrá todas las oportunidades. Por favor, déjale vivir su vida sin que nosotros se la arruinemos».

Había muerto intentando proteger a su hijo, pero al final le había dado suficiente información a Daniel para identificar a la familia. ¿Cuántos jueces federales recién nombrados podía haber?

Acarició a Danny en la coronilla.

—Vas muy bien con el puzle, chaval. ¿Sabes qué sitio es ese de ahí? —Señaló el Distrito de Columbia.

—Es Washington —respondió Danny.

—¿Es ahí donde vives?

Escrutó los ojos de su hijo mientras él reflexionaba sobre la respuesta correcta.

—No, papá. Ahí vive la otra familia. Yo vivo aquí contigo. ¿Estamos en el estado de Nueva York?

El corazón de Daniel se hinchió de felicidad. Aquella era su segunda oportunidad de ser padre y estaba saliendo bien. Por eso había dejado de tener alucinaciones sobre Roseanne y Bella después de matar a Michelle, o al menos eso creía hasta ese día.

—No, Danny. Nuestra casa está aquí —dijo, moviendo el dedo unos centímetros a la derecha—. En un estado que se llama Delaware.

La mente se le desbocó con una mezcla de triunfo y esperanza. Por

fin se había ganado al niño.

También estaba orgulloso. Su plan había requerido un grado de paciencia y planificación que no estaba seguro de poseer aún. Había esperado cinco meses enteros después de la muerte de Michelle para asegurarse de que nadie relacionaba la desaparición del niño con el trágico fallecimiento de su madre biológica. Luego, hacía un mes, había escondido un minúsculo localizador GPS bajo el parachoques del monovolumen de la familia Buckley después de seguir a la falsa madre de Danny hasta el aparcamiento de un hipermercado de Costco. Había vigilado los desplazamientos del coche para identificar pautas previsibles, esperando encontrar la oportunidad ideal para llevarse a Danny al que era su verdadero hogar. Al final, el localizador no le había hecho ninguna falta. Había pasado a la acción después de que la mujer publicara en Facebook que se iba de vacaciones a los Hamptons con la familia, pensando que un secuestro fuera del área de Washington evitaría que las sospechas recayeran sobre él.

Le sonó una alerta en el teléfono móvil. Le indicaba la posición actual del localizador GPS. Había decidido dejarlo donde estaba en vez de arriesgarse a que lo vieran recuperándolo. Según el fabricante, el dispositivo era imposible de rastrear, pero, por precaución, Daniel había enrutado las alertas a través de tres capas distintas de cuentas anónimas de reenvío.

Daniel empezó a parpadear con rapidez al notar una vena latiéndole en la sien derecha. Según el localizador, el monovolumen se dirigía al sur por la carretera costera y estaba a menos de veinte kilómetros de su casa.

Se apretó la sien con las yemas de los dedos para intentar detener los latidos.

—Vete a tu cuarto, Danny. Papá tiene que pensar.

60

Marcy se estremeció cuando le sonó el móvil. Vio que era Andrew.

—Hola, ¿estás cerca? —le preguntó ella.

—A cuarenta minutos todavía. ¿Hay noticias de Laurie y Leo?

—No. Ni tampoco del FBI ni de la detective Langland. Tengo los nervios de punta, sabiendo que Johnny podría estar a pocos kilómetros de aquí.

—¿Has encontrado un buen sitio para reunirnos?

—¿Te acuerdas del outlet que hay junto a la carretera a la entrada del pueblo? —Hacía un par de años que no iban a Rehoboth Beach, pero Andrew tenía buena memoria.

—¿En el lado derecho?

—Exacto. Es un aparcamiento con mucho movimiento y estoy parada en la parte de atrás. He pensado que era un buen sitio para esperar.

—Me parece perfecto. Nos vemos ahí. Mándame la ubicación para localizarte en cuanto llegue al aparcamiento.

—Buena idea. —Marcy oyó que le entraba otra llamada. Vio que era un número oculto—. Me están llamando. Mejor respondo, por si es el FBI.

—Vale. Ánimo, cariño. Pronto se terminará todo. Lo noto. Te quiero.

—Yo también te quiero. —Marcy aceptó la llamada.

—¿Diga?

—¿Señora Buckley?

—Sí, soy yo.

—Soy el detective Eddie Miller, la llamo desde Long Island por su hijo, Johnny. Mi compañera, la detective Langland, me ha pedido que me ponga en contacto con usted porque en este momento está ocupadísima con el caso de Johnny.

—¿Ha podido hablar ya con el FBI de Delaware? Yo estoy en las afueras del pueblo ahora mismo. ¿Van a venir?

—Sí, de hecho, ya hay un par de agentes en la zona.

—¿Ya? Me daba la impresión de que la detective no estaba avanzando con las gestiones.

—Así es, pero, en cuanto la han puesto al teléfono con la persona indicada, ha ido todo muy rápido.

—¿Así que están en la casa de Turner? ¿Ya?

—No, no. Aún no. Pero están cerca, planificando la manera de sacar a su hijo. ¿Dónde se encuentra usted exactamente? Quieren asegurarse de que esté presente cuando actúen. Será un consuelo para el pequeño Johnny ver a su madre de inmediato.

Marcy notó los ojos húmedos al pensar en volver a abrazar a su hijo.

—Estoy en el outlet de la carretera.

—Bien, si le doy una dirección, ¿sabrá ir?

—Sí, siempre que la encuentre el GPS de mi móvil. —Marcy buscó un trozo de papel en el bolso y anotó la dirección.

—De hecho, tendrá que alejarse un poco de Rehoboth Beach, en dirección norte. El nombre de la población es Lewes: L-E-W-E-S.

—Ahí es donde vive Daniel Turner. ¿Y si los ve llegar?

—Nosotros teníamos la misma preocupación, pero el FBI nos ha asegurado que sabe lo que se hace. Ahí, los terrenos son grandes y dicen que la zona es boscosa cerca del parque. Me han explicado que la dirección es de la propiedad adyacente; se reconoce porque delante hay un buzón, después tiene que girar a la izquierda y coger una larga pista de tierra. Pero dese prisa, señora Buckley. Lo están preparando todo para entrar. Si la cosa va bien, recuperará a su hijo muy pronto.

61

Después de colgar, Daniel Turner abrió la caja fuerte oculta detrás de un cuadro del monumento a Thomas Jefferson. Sacó todos los billetes que había dentro: casi un cuarto de millón de dólares, el efectivo que tenía para las emergencias aparte de los cuatro millones de dólares de la indemnización, que estaban a buen recaudo en una cuenta en un paraíso fiscal. Después de meter el dinero en una bolsa de deporte, colocó encima la pistola, cerró la cremallera y bajó la escalera.

Encontró a Danny sentado al borde de su cama, fingiendo que estaba tranquilo, pero Daniel percibió su nerviosismo.

Era normal, ¿no? Por fin se había adaptado a su nuevo hogar —con su verdadero padre— cuando Daniel había tenido que pedirle el número de teléfono de su falsa madre.

—Solo quiero decirle que aquí estás feliz y seguro, Danny, para que deje de preocuparse por ti. Tú quieres que pueda dormir por las noches, ¿no?

El niño había asentido y había recitado de memoria el número de móvil de Marcy Buckley.

Daniel conocía el nombre de la detective que llevaba el caso por las noticias sobre la desaparición de Danny, de manera que se había hecho pasar por un compañero suyo. En ese punto, Marcy había confirmado sus peores temores. Sabían que tenía al niño. Y, aún peor, el departamento de policía de Nueva York había recurrido al FBI, lo que significaba que su hermano, Charlie, no podría evitarle la cárcel como había hecho después del desafortunado incidente con Roseanne.

—¿Has llamado a... Marcy? —le preguntó Danny.

—Sí. La ha aliviado mucho saber que estás aquí y que te va bien. Ella tiene a sus otras dos hijas, sus hijas de verdad, así que yo no me preocuparía más por los Buckley. Estarán bien.

Danny crispó las facciones y empezó a sorber por la nariz, y Daniel se preguntó si no se habría pasado de la raya.

—Oye, ¿recuerdas que te dije que, cuanto más me fiara de ti, más

privilegios tendrías?

Danny asintió, con una mezcla de esperanza y recelo en la mirada.

—¿Te apetece dar un paseo en coche? Las playas de aquí son preciosas.

—¿De verdad? —Danny puso los ojos como platos y a Daniel se le derritió el corazón. Era la primera vez que el niño parecía sinceramente feliz en su presencia.

Aún no entendía cómo había conseguido encontrarlo la policía. Cuando había ido a Nueva York, había cambiado la matrícula por una que había robado a un coche en Washington. Y Michelle le había asegurado que nadie sabía la identidad del verdadero padre de Danny.

Renunció a intentar saciar su curiosidad. En ese momento, lo importante era que estaban buscándolo y no tenía ningunas ganas de que lo encontraran.

Quizá incluso permitiría que Danny abrazara a Marcy por última vez para despedirse de ella. A su llegada, el FBI encontraría su cadáver en el terreno sin edificar que Daniel poseía detrás de aquella casa. El descubrimiento de un homicidio desencadenaría una respuesta policial a gran escala en la que también participarían las policías local y estatal, además de los agentes del FBI que ya estaban en camino. La consiguiente confusión le concedería un poco más de tiempo para alejarse de la zona. Y su hijo y él encontrarían otro lugar donde vivir, con otro nombre, para no regresar jamás. Roseanne había desaparecido con Bella. No había razón para que su hijo Danny y él no pudieran hacer lo mismo.

62

Cuando Marcy Buckley salió de la carretera 9 girando a la derecha, su sistema GPS le informó de que solo le quedaban tres minutos para llegar a su destino.

Según el mapa, estaba bastante segura de que la dirección que le había dado el detective Miller se encontraba a unos cuatrocientos metros del acceso a la propiedad de Daniel Turner, que estaba después de la siguiente curva y antes del parque estatal. El FBI tenía razón: la zona parecía más un bosque que las afueras de una concurrida localidad turística de playa.

Acababa de hablar con Andrew, que aún estaba a media hora de allí. Buscó el número de Laurie y la llamó. Mientras esperaba a que respondiera, pasó por el lado de una mujer más o menos de su edad que estaba arreglando una valla junto a la carretera. Detrás de ella, dos cabras enanas brincaban por un campo. Se le encogió el corazón al imaginarse a Johnny sentado a su lado, gritando: «Mamá, mira las cabritas. ¿Podemos parar a saludarlas? Por favor, por favor».

El mensaje del contestador automático de Laurie la devolvió a la realidad.

—Hola, Laurie. Te he llamado varias veces y te saltaba directamente el buzón de voz. Ahora, al menos, tienes señal. Espero que eso signifique que vuestro avión ya ha aterrizado. Un tal detective Eddie Miller me ha llamado de East Hampton. Trabaja con la detective Langland y me ha dicho dónde reunirme con el FBI. Supongo que Leo y tú tenéis la misma información. No quiero adelantarme, pero parece que esto va a salir bien. Reza por nosotros, ¿vale?

Marcy paró cuando vio un destartalado buzón verde con la pintura desconchada y el número de la casa que buscaba apenas legible en el lateral. Detrás de la estructura de madera que sostenía el buzón, distinguió unas rodadas en lo que era, por lo demás, un terreno descuidado lleno de hierba alta y maleza.

No vio ninguna señal del FBI ni de otras fuerzas del orden, pero

recordó las palabras del detective: «Los terrenos son grandes y dicen que la zona es boscosa cerca del parque. Me han explicado que la dirección es de la propiedad adyacente; se reconoce porque delante hay un buzón, después tiene que girar a la izquierda y coger una larga pista de tierra».

No era momento para vacilar. Johnny llevaba nueve días cautivo. Lo mínimo que podía hacer era conducir por aquel terreno desconocido para estar allí, esperándolo, en cuanto lo liberaran.

Respiró hondo y giró, sintiéndose verdaderamente esperanzada por primera vez desde que Johnny había desaparecido.

63

Daniel Turner recorrió en coche los cuatrocientos metros entre su casa y una pista de tierra que conducía al terreno esquinero de casi tres hectáreas que había detrás del suyo. La entrada principal, donde había enviado a Marcy Buckley, era la que correspondía a la dirección postal que figuraba en el censo del pueblo. Él llegaría por detrás, pero, al final, sus caminos acabarían encontrándose.

Había comprado aquel terreno hacía tres años a la familia Garney, que tenía ocho hijos varones, de los cuales solo cuatro se habían ido de casa al hacerse adultos. Los otros organizaban fiestas cuatro noches a la semana y de día conducían motos de trial por toda la propiedad (y, al parecer, cuanto más ruidosas, mejor). Incluso cuando era un apasionado de las Harley, a Daniel jamás le habían parecido bien los motoristas que armaban un montón de estruendo a propósito. Y, después de la indemnización por el accidente, su máxima prioridad había sido encontrar un lugar tranquilo y apartado de todo donde poder aislarse de la sociedad. Cuando le quedó claro que los hijos de los Garney iban a frustrar sus planes, llegó a un acuerdo con sus padres que ellos no pudieron rechazar y compró la propiedad solo para derribar la casa y dejar el terreno vacío.

Apagó el motor junto a un pequeño estanque, delante de un grupo de árboles que tendría que atravesar a pie para llegar al terreno despejado que antes ocupaba la destartalada casa. A su lado, Johnny fue a desabrocharse el cinturón de seguridad.

—Tú quédate aquí —le dijo Daniel.

—¿Yo solo?

Daniel percibió miedo en su voz. No quería que su hijo tuviera miedo nunca más.

—No te preocupes. Esta propiedad también es mía. Solo tengo que ir a ver una cosa superrápido antes de irnos a la playa. —Había decidido que lo más prudente era dejar a Danny en el coche. No tenía la menor idea de cuánto tiempo faltaba para que llegara el FBI.

Aun así, después de coger la pistola de la bolsa del maletero, se aseguró de que Danny se la viera en la mano, por si acaso.

—Es para protegerme mientras voy a ver —añadió.

Observó que Danny se hundía en el asiento. Qué bueno era. Y lo había obedecido a pies juntillas. Se fiaba de que no fuera a escaparse durante su ausencia.

Se alejó con una sonrisa satisfecha. Se irían de allí para empezar de nuevo en un santiamén.

64

La empleada del mostrador del alquiler de coches del aeropuerto regional de Salisbury entregó a Laurie un formulario por triplicado y un bolígrafo.

—Solo necesito que lo rellene sin dejarse nada —dijo en tono alegre mientras a Laurie le sonaba el móvil en el maletín.

A su lado, Leo estaba al teléfono, intentando aún sortear la burocracia del FBI.

No tenían tiempo que perder. Laurie cogió el bolígrafo que le ofrecía la empleada. Cuanto antes se pusieran en camino, mejor. El móvil dejó de sonar.

65

Marcy había recorrido unos cuatrocientos metros, buscando alguna señal de la presencia del FBI, cuando el camino de hierba aplastada se terminó. Si seguía avanzando, tendría que hacerlo por hierba de más de un metro de altura.

Apagó el motor, esperando que el FBI apareciera de un momento a otro. Rodeada de silencio, bajó del monovolumen y se dirigió a pie hacia la única parte del terreno que estaba despejada, posiblemente para construir una casa.

Siguió sin aparecer nadie.

Iba de regreso al coche cuando un hombre salió del bosque que se alzaba detrás del claro.

—¿Señora Buckley? —la llamó.

—Ah, hola. Empezaba a pensar que me había equivocado de sitio.

—En absoluto. Soy el agente especial Gregory Jenson. El resto de mi equipo está apostado en el bosque, a unos cincuenta metros de aquí. Estamos siendo precavidos para que nadie nos vea. —Debió de darse cuenta de que Marcy le miraba el polo y los pantalones militares con cierto recelo—. Lo siento, no estaba de servicio cuando hemos recibido la llamada. He venido directamente.

Se sacó una cartera del bolsillo trasero y le enseñó rápidamente lo que, desde aquella distancia, parecía una placa. Cuando volvió a meterse la cartera en el bolsillo, Marcy le vio el arma de fuego metida en la cinturilla del pantalón.

—Venga conmigo, es por aquí —le aseguró el agente.

Tres pasos antes de entrar en el bosque, Marcy notó un escalofrío que le recorría el espinazo. Por segunda vez en aquella semana, pensó en las palabras de su exprofesor de interpretación: «Presta atención a lo que sabes, porque cualquier experiencia que hayas tenido puede ser importante en este momento».

Primero, la detective Langland había pedido a un compañero que Marcy no conocía que la telefoneara para darle aquella dirección.

Hasta ese instante, Langland siempre había sido la que los llamaba directamente a ella y a Andrew. Ahora la recibía un único agente del FBI que le metía prisa para que entrara en el bosque con él. Su hijo llevaba desaparecido ocho días y ahora, de repente, le decían que acudiera cuanto antes a la zona donde vivía su presunto secuestrador, sola. Nada de aquello tenía sentido.

—Voy a esperar en el coche a que llegue mi marido. Está a solo dos minutos de aquí —mintió, dándose la vuelta para regresar al monovolumen.

—Esto no puede esperar, señora Buckley.

Marcy apretó el paso, sabiendo que un verdadero agente del FBI no se pondría tan nervioso.

Iba a abrir la puerta del coche cuando notó un culatazo en la nuca. Cayó al suelo y oyó la voz del hombre detrás de ella.

—Póngase de rodillas. Ya.

Cuando apoyó las palmas en el suelo para intentar recobrar el equilibrio, bajó la cabeza y vio que el hombre alzaba la pistola. Tenía la mandíbula apretada y los labios fruncidos. No le cabía la menor duda de que iba a matarla.

En vez de levantarse, se echó rápidamente en el suelo y rodó bajo el monovolumen. Se arrastró hasta el otro lado tan rápido como pudo y se le escapó un grito al oír un estallido. El monovolumen se tambaleó. El hombre había disparado a uno de los neumáticos traseros. Irse de allí en coche ya no era una opción.

Se levantó con esfuerzo y, sin aliento, buscó una vía de escape. Echó a correr hacia el bosque justo cuando oyó otro disparo a sus espaldas.

Johnny Buckley estaba agazapado en el asiento delantero del coche, preguntándose qué tramaba el hombre. Había fingido que le entusiasmaba la idea de visitar las playas cercanas, pero su verdadero entusiasmo era por la perspectiva de salir de aquella casa siniestra que se había convertido en su cárcel.

Ahora que el hombre lo había dejado solo, Johnny por fin vio su oportunidad. El coche no tenía los seguros echados. Lo había visto

entrar en el bosque. Por fin podía escapar.

«¿A qué esperas? —se preguntó—. Nadie más vendrá a salvarte. Ponte en marcha ya».

En cambio, estaba completamente inmóvil, con la cabeza agachada para asegurarse de que nadie podía verlo. El rumor lejano de las olas era lo único que se oía aparte de una ligera brisa que susurraba entre las copas de los árboles.

Y entonces un fuerte estallido atravesó el silencio como una bala de cañón.

Y después se oyeron otros dos disparos. Una pistola. Tenía que ser la pistola del hombre.

Johnny se desabrochó el cinturón de seguridad, abrió la puerta del coche y echó a correr.

66

Sin contar la época de sus estudios de enfermería, Gretchen Harper, de cuarenta y tres años, había nacido y crecido en Lewes, Delaware, en aquellas mismas cuatro hectáreas de tierra, a menos de cuatro kilómetros de la reserva natural de Cape Henlopen, donde su padre había sido un guarda forestal muy querido.

Desde que había vuelto a vivir sola en la casa de la familia, incluso había aprendido a apreciar las labores cotidianas que antes desempeñaba su padre. Pasó otra brida por la alambrada y la ató bien alrededor del poste metálico que acababa de sustituir. Dio un buen tirón a la alambrada, que no cedió.

—Con esto debería bastar, chicos. —Sus cabras enanas, Epi y Blas, brincaron juntas por la hierba cerca de sus pies. Así evitaría que volvieran a saltar a la carretera en una buena temporada, pero colocaría unas cuantas bridas más para asegurarse.

Estaba atando la última cuando un monovolumen verde pasó por delante de su casa. Saludó con la mano para ser cordial, aunque no podía imaginarse dónde se dirigía. La única otra propiedad de la calle era la de los Garney. Se preguntó si el bicho raro de Daniel Turner por fin se había decidido a venderla, lo que supondría meses, si no un año, de obras para construir una casa. De cualquier modo, seguro que los nuevos vecinos serían mejores que los hermanos Garney.

Había recogido las herramientas y las estaba guardando en el granero cuando oyó un estallido. No oía nada semejante desde que había tenido que llamar al sheriff porque los Garney estaban haciendo prácticas de tiro en su terreno.

Estaba reproduciendo mentalmente aquel ruido, preguntándose si se trataba de un disparo, cuando oyó otros dos estallidos.

¡Bang! ¡Bang!

Se agachó, corrió a la casa y cogió el teléfono de la cocina.

Marcó el número de emergencias.

—Soy Gretchen Harper, de Bonner Road. Acabo de oír al menos tres

disparos aquí cerca. ¡Dígale al jefe de policía Turner que parecen venir del terreno sin edificar de su hermano!

67

Laurie apretó la llave electrónica del coche de alquiler y oyó dos pitidos procedentes de la siguiente hilera de vehículos aparcados. Un pequeño todoterreno gris los esperaba en la plaza que buscaban.

A unos pocos pasos del coche, Laurie vaciló y miró a su padre.

—¿Quieres que conduzca yo? —le preguntó Leo, con una sonrisita.

Ella también le sonrió.

—Sí, por favor.

—Me estaba preguntando cuánto tardarías en acordarte de que casi no sabes.

Crecer en Nueva York tenía muchas ventajas, pero sentirse cómodo al volante no era una de ellas.

—Bueno, pero soy una guía estupenda. —Laurie introdujo el pueblo de Lewes, donde Daniel Turner vivía en Delaware, en el sistema GPS de su móvil y después lo apoyó en el salpicadero de modo que su padre pudiera verlo—. O al menos mi móvil lo es.

Estaban a medio camino cuando Laurie volvió a coger el móvil.

—Marcy iba a encontrar un buen sitio para reunirnos. A ver si ha dicho algo. —Cuando clicó en el icono del teléfono, vio que tenía un mensaje de voz suyo. Activó el altavoz para que Leo también lo oyera.

«Hola, Laurie. Te he llamado varias veces y te saltaba directamente el buzón de voz. Ahora, al menos, tienes señal. Espero que eso signifique que vuestro avión ya ha aterrizado. Un tal detective Eddie Miller me ha llamado de East Hampton. Trabaja con la detective Langland y me ha dicho dónde reunirme con el FBI. Supongo que Leo y tú tenéis la misma información. No quiero adelantarme, pero parece que esto va a salir bien. Reza por nosotros, ¿vale?».

Laurie llamó a Marcy, pero, después de cuatro pitidos, saltó el buzón de voz.

—¿Eddie Miller? —preguntó Laurie al colgar.

—No sé quién es. Deja que llame a Langland.

La detective no se molestó en saludarlo cuando respondió.

—Leo, estoy haciendo todo lo posible. El problema es que no hay un destacamento del FBI en Delaware. Se ocupa la oficina de Baltimore. Dos agentes que normalmente se encargarían de investigar el secuestro estaban a punto de ir a casa de Daniel Turner, pero luego han decidido que se ocupe la delegación local. Está en Dover, a unos sesenta kilómetros, así que creo que ya casi hemos llegado.

La noticia podía justificar el entusiasmo de Marcy.

—¿Y le has pedido a un tal Miller que llame a Marcy? —le preguntó Leo—. Estamos intentando averiguar dónde tenemos que reunirnos con ella.

—¿Miller? ¿Quién es ese?

Por el gesto descompuesto que puso su padre, Laurie supo que le había entrado tanto pánico como a ella.

—Parece que un tal agente Eddie Miller ha llamado a Marcy, le ha dicho que trabajaba contigo y le ha indicado dónde reunirse con el FBI.

—No, no hemos sido nosotros —dijo Langland—. No hay ningún Eddie Miller en nuestro departamento.

Laurie llamó a Andrew tan rápido como pudo.

—Hola, Laurie. Leo y tú ya habéis aterrizado, imagino.

—Ya casi hemos llegado a Lewes. Pensábamos reunirnos con Marcy, pero no responde al teléfono. —Mantuvo un tono de voz calmado, no quería asustar a Andrew hasta que estuvieran seguros—. La ha llamado alguien y le ha dado una dirección donde reunirse con el FBI.

—Sí, me ha llamado desde ahí.

—Entonces ¿sabes con seguridad que ha llegado? ¿Está con el FBI? —Los temores de Laurie empezaron a disiparse.

—Le faltaban unos minutos para llegar cuando hemos hablado. La he llamado hace un par de minutos, pero no ha cogido el teléfono. Supongo que está hablando con los agentes del FBI.

A su lado, Leo negaba con la cabeza, claramente preocupado.

—¿Pero tienes la dirección? —preguntó Laurie.

—No he podido anotarla porque estaba al volante, pero me ha enviado la ubicación, así que puedo localizarla.

—Estupendo. ¿Puedes mirar la ubicación entonces?

—Solo estoy a unos ocho kilómetros de la salida. Te llamo...

—Andrew, soy Leo. ¿Puedes parar en el arcén?

—¿Ahora mismo? —le preguntó Andrew, con la voz súbitamente cargada de temor.

—Sí —respondió Leo con calma.

—De acuerdo, espera... Sí, vale, ya estoy parado. ¿Qué pasa?

—La persona que le ha dado esa dirección a Marcy no pertenece a las fuerzas del orden —le explicó Leo—. Creemos que es Daniel Turner. Tenemos que encontrarla de inmediato.

68

Marcy hizo una mueca de dolor cuando una rama llena de espinas le desgarró el tobillo mientras atravesaba el desigual terreno boscoso. Instintivamente, alargó la mano hacia la herida y perdió el equilibrio, pero lo recuperó antes de darse de bruces contra un árbol.

Se apoyó en el tronco y se miró el corte. Le sangraba, pero le preocupaba más la cabeza. No tenía manera de verse la herida, pero, cuando se tocó la parte de la nuca que le dolía, la sangre de la palma le pareció fresca. Se quitó el jersey de algodón y lo utilizó para hacer presión sobre la herida. La camiseta de tirantes que llevaba debajo apenas la protegería de los pinchos y ramas, pero tenía que cortar la hemorragia.

El pantalón pirata y las bailarinas eran otra desventaja más frente a Daniel Turner, que iba armado con una pistola y probablemente se conocía aquellos bosques como la palma de la mano. Marcy había corrido tan a ciegas y tan a la desesperada que se había desorientado por completo. Sentía un apremio por seguir moviéndose para escapar de él, pero la aterraba la posibilidad de terminar corriendo hacia él en lugar de alejarse cada vez más.

Contuvo la respiración cuando un fuerte chillido rompió el silencio. Era breve e intermitente. Lo reprodujo mentalmente y decidió que solo era un pájaro. Al dar otro paso, oyó otro chillido, pero ese era un poco más agudo. Después oyó los dos a la vez. No eran pájaros, ni chillidos. Sino balidos. Ovejas. No... cabras. Las cabras enanas que había visto antes, al llegar, al lado de la carretera. La mujer de la valla.

Cerró los ojos, intentó determinar la procedencia de los balidos y empezó a andar en esa dirección. Concentrada, siguió avanzando hacia ellos, pero se obligó a ir más despacio. Los pasos rápidos hacían más ruido. Y si perdía el equilibrio, estaba segura de que el ruido de la caída delataría su posición.

Esa vez, no iba a permitir que nada la desviara de su camino.

Sentía que estaba acercándose a los constantes balidos cuando oyó un inconfundible ruido de pasos a su derecha, entre la hojarasca. Buscó el árbol más grande, se escondió detrás y se puso de lado para intentar hacerse lo más pequeña posible. Era imposible que funcionara. Si Daniel Turner se acercaba a menos de dos metros de aquel árbol, seguro que la vería.

Los crujidos entre la hojarasca continuaron. Marcy vio una piedra en el suelo un poco más grande que una pelota de béisbol, se agachó despacio y la cogió con la mano derecha.

Los pasos se acercaron.

Solo tendría una oportunidad para pillarlo por sorpresa. Necesitaría toda su fuerza y mucha suerte. Sabiendo que aquella sería probablemente su última decisión antes de morir, Marcy se irguió y echó la mano con la piedra hacia atrás por encima del hombro. Si podía, apuntaría a la cabeza.

Pero, cuando miró el punto en el que esperaba encontrar su objetivo, no vio a nadie. Solo supo a quién pertenecían los pasos cuando bajó la mirada.

—¡Johnny! —Soltó la piedra y se tapó la boca con las dos manos, en parte por la sorpresa de ver a su hijo y en parte para no gritar de alegría.

Johnny puso los ojos como platos y se quedó con la boca abierta.

—¿Mamá? —Se restregó los ojos como si estuviera despertándose de un sueño.

Marcy cayó de rodillas frente a él y lo estrechó entre sus brazos.

—Chis, cariño. Estoy aquí. Mamá te protegerá. Pero tenemos que estar muy muy callados. Y tenemos que encontrar la manera de salir de este bosque.

—La casa del hombre está por ahí —susurró Johnny, señalando detrás de él—. Y, cuando se ha metido en el bosque, creo que ha ido hacia ahí. —Señaló en la dirección contraria—. No quería ir a ninguno de esos dos sitios y he terminado aquí.

Marcy se dio cuenta de que estaba sonriendo. Qué listo era su hijo.

Como había imaginado, Daniel Turner se conocía muy bien la zona. Oyeron su voz antes de oír sus pasos. E incluso a través de la espesa

vegetación del bosque, no les costó ver la pistola que los apuntaba.

—¡Danny! Te había dicho que te quedaras en el coche. —El hombre estaba rojo como una amapola y tenía los músculos del cuello tensos de la rabia—. Me has engañado, ¿verdad? Nunca has tenido intención de quedarte conmigo. Querías irte, igual que ellas.

—Por favor —le suplicó Marcy—. Solo tiene siete años. Ha oído disparos. Se ha asustado. Estaba buscándole a usted. ¿Verdad? —Miró a Johnny a los ojos y vio su miedo, pero también vio que la entendía.

Johnny asintió despacio.

—Quería asegurarme de que no te había pasado nada —dijo en voz baja—. Me has dicho que te llevabas la pistola para protegerte. Creía que te había pasado algo.

El hombre se pellizcó el puente de la nariz con una mano, pero siguió apuntándolos con el arma.

—Necesito pensar. Andando. Vamos a dar una vuelta en coche.

69

Según el GPS, Leo y Laurie casi habían llegado a la ubicación que Marcy le había enviado a Andrew.

—Papá, mira —gritó Laurie—. ¡Ahí está el monovolumen!

El optimismo le duró poco. Cuando Leo paró, Laurie vio que algo iba mal. El monovolumen parecía torcido.

—Quédate aquí —le dijo su padre mientras sacaba su pistola de la guantera—. Y mira si viene el FBI. Se supone que están de camino.

Se acercó al monovolumen encorvado, abrió la puerta del lado del conductor y después volvió a cerrarla, negando con la cabeza. Estaba a punto de marcharse, pero se detuvo y se agachó para examinar el suelo. Cuando volvió a subirse al coche, informó a su hija de todo.

—Hay un neumático pinchado, con un agujero de bala, y el móvil de Marcy está en el asiento del conductor. Y, Laurie, hay gotas de sangre en el suelo cerca de la puerta.

—No creo que podamos esperar al FBI, papá.

—Busca la dirección de Daniel Turner.

Leo se detuvo en la carretera delante de la casa de Turner.

—Es demasiado peligroso entrar en su propiedad con el coche. Si es tan paranoico como ha dicho su exmujer, es probable que tenga cámaras o sensores de movimiento.

—Entonces ¿qué hacemos?

—Tú espera aquí y yo intentaré llegar a la casa a través del bosque.

—Papá, no. No puedes ir ahí tú solo.

Oyeron un ruido de neumáticos en la pista de tierra detrás de ellos. Laurie se volvió y vio que el vehículo que se acercaba llevaba una luz en el techo.

—Mira, el FBI, justo a tiempo —dijo.

Leo miró por el espejo retrovisor.

—Es la policía local —observó mientras bajaba la ventanilla.

El único ocupante del coche tenía probablemente unos cuarenta y cinco años. De pelo oscuro, llevaba la barba muy bien recortada. Laurie sabía que las estrellas cosidas a las mangas de su uniforme indicaban que ocupaba un alto cargo en la jerarquía del departamento, pero fue la placa con el nombre lo que disipó todas sus dudas. «C. Turner». La ventanilla del acompañante de su vehículo ya estaba bajada.

—Nos han informado de que se han oído disparos en la zona. ¿Puedo preguntarles qué hacen parados al lado de la pista? En esta zona está prohibido cazar, por si no lo sabían.

Leo se volvió hacia Laurie. Una sola mirada les bastó para ponerse de acuerdo. No tenían elección. Charlie Turner era el único que podía ayudarles en ese momento. Era el hermano de Daniel, pero también era el jefe de policía.

—Soy Leo Farley, aún en activo en el departamento de policía de Nueva York. Si a usted le parece bien, comisario, voy a sacar la cartera para que vea mi placa. —Turner asintió y se quedó satisfecho cuando él se la enseñó. Mientras Leo le explicaba los acontecimientos que los habían llevado a aquella pista de tierra, el jefe de policía fue crispando la cara, cada nuevo dato un puñetazo emocional en las tripas.

De golpe, puso el coche en marcha.

—Comisario —dijo Leo—, no me tome por loco. Esto es grave.

—Lo sé —respondió Turner—. Por eso quiero que esperen en comisaría mientras yo pido refuerzos.

—Con el debido respeto, comisario, no podemos esperar. Mi hija y yo iremos a esa casa solos si hace falta. Y, si intenta detenernos, un niño y su madre podrían perder la vida por su culpa.

—¿Va armado? —le preguntó el comisario.

Leo se levantó el faldón de la camisa para enseñarle la pistola enfundada en el cinto.

El jefe de policía apretó la mandíbula y le sostuvo la mirada.

—Está bien. Síganme. Hay una carretera secundaria aquí cerca. Esconderemos los coches ahí y atajaremos por el bosque hasta la casa. Daniel ha instalado tantas alarmas en la entrada principal que parece

Fort Knox.

Después de aparcar, dejaron que el comisario Turner abriera camino, seguido de Leo y después Laurie. Cuando estaban a punto de entrar en el bosque, el comisario se volvió. Tenía la expresión triste.

—Estaba pensando en los datos que me han dado. Algunos se los debe de haber proporcionado mi excuñada, Roseanne.

Ellos no respondieron.

—En ese momento, yo no podía ver el alcance de los problemas de mi hermano. Cuando ella se marchó para siempre, me di cuenta de que no le había hecho ningún favor a Daniel poniéndome de su parte. Habría sido mejor buscarle ayuda. En fin, no voy a preguntarles dónde está Roseanne, pero, si hablan con ella, por favor, díganle que lo siento.

—Veamos si ahora podemos darle a su hermano la ayuda que necesita —dijo Laurie.

Entraron en el bosque detrás de él.

Marcy Buckley intentó concentrarse en la pista de tierra estrecha y pedregosa que llevaba a la casa de Daniel Turner, pero le era imposible no ver con el rabillo del ojo la pistola que la apuntaba desde el asiento del acompañante ni la cara aterrorizada de Johnny en el espejo retrovisor.

Se apartó cuando Turner pasó la mano izquierda por delante de ella y pulsó el mando a distancia de la puerta del garaje sujeto a la visera abatible.

Mientras esperaban en silencio a que se abriera, ninguno de ellos se fijó en las tres personas que salían del bosque justo a tiempo de verlos entrar en el garaje.

70

Laurie percibió un cambio en Charlie Turner cuando vio a Johnny y Marcy Buckley dentro del Chrysler blanco. Hasta ese momento, intuía que Charlie estaba convencido de que habría alguna explicación lógica para el malentendido que había convertido a su hermano menor en el principal sospechoso de la desaparición de un niño. Pero, al ver el secuestro en curso con sus propios ojos, había cambiado de actitud al instante. Ya no se comportaba como un familiar que quería ayudar. Era un jefe de policía que respondía a una llamada urgente y se dirigía a Leo como un compañero de las fuerzas del orden.

—Tenemos circunstancias apremiantes para entrar —susurró, antes incluso de que la puerta del garaje terminara de cerrarse. Utilizó la radio que llevaba sujeta al hombro con un arnés para pedir refuerzos —. Tengo llave de la casa. Usted y yo podemos entrar por detrás. Pero mi hermano es un paranoico. Que yo sepa, podría haber instalado cámaras a lo largo de todo el perímetro. Si nos ve llegar, estaríamos poniendo al niño y a su madre en grave peligro.

Laurie pensó en las gotas de sangre que Leo había visto cerca del coche de Marcy. Ya estaban en peligro.

—Ha dicho que le han avisado de que se han oído disparos en la zona. ¿Y si llama a la puerta de su hermano, solo para preguntarle si ha oído algo y asegurarse de que está bien? Podría tenerlo ocupado mientras nosotros dos entramos por detrás y buscamos a Johnny y a Marcy.

El comisario alzó la vista al cielo, analizando su plan.

—Sí, podría dar resultado. Cuando lleguen el FBI y los refuerzos, probablemente podré convencerlo para que se entregue. Y, si intenta escapar en coche, tendrá que esperar a que se abra la puerta del garaje. Podría disparar a una rueda y ponerme a cubierto. —Se sacó un manojo de llaves del bolsillo, extrajo una del llavero y se la entregó a Laurie—. Hay un patio en la parte de atrás y una puerta acristalada que conduce a la cocina. Intentaré que salga de la casa para hablar

conmigo, pero no puedo garantizarles nada.

Al amparo del bosque, Laurie y Leo se colocaron donde Daniel no pudiera verlos desde el porche y se quedaron viendo cómo Charlie se dirigía a la casa. Oyeron que llamaba a la puerta, luego silencio, seguido de otra tanda de golpecitos.

—Dan, ¿estás en casa? —gritó Charlie—. Me han llamado por unos cazadores que estaban disparando por los alrededores. He pensado en pasarme a saludar.

Un momento después, volvieron a oír su voz, a un volumen más bajo. Laurie no alcanzó a distinguir las palabras, pero lo interpretó como una señal de que Daniel Turner le había abierto la puerta. Leo abrió la marcha hacia el patio trasero cubierto con un entarimado de madera, pistola en mano.

Detrás de la puerta acristalada que había descrito Charlie, las cortinas estaban echadas, lo que les impedía ver el interior de la casa. En cuanto Leo puso un pie en la alfombrilla colocada delante, esta cedió de repente. Leo se tambaleó y se inclinó hacia un lado, con un pie hundido en el entarimado. Gimió de dolor y se mordió el labio para ahogar un grito. Laurie bajó la vista y vio que tenía el tobillo atrapado entre las mandíbulas de acero de una trampa para osos.

Su padre intentó levantar la pierna, pero la trampa era más grande que la anchura de las tablas que habían retirado. Tanto si la trampa estaba pensada para visitantes inoportunos como para Johnny en caso de que tratara de escapar, ahora impedía que Leo entrara en la casa.

Laurie se agachó para intentar abrir la trampa.

—Esto no se mueve.

—Debe de haber manipulado el mecanismo para desbloquearla —susurró su padre—. Solo así tiene sentido esta trampa.

Laurie fue a abrir la puerta acristalada, pero Leo le agarró la mano.

—Sola no.

—Papá, no hay tiempo. Tenemos que encontrarlos.

Leo alargó la mano derecha, ofreciéndole la pistola. Hacía tiempo que Laurie no iba al campo de tiro con él, pero sabía cómo usarla si era necesario.

—No te preocupes por mí, Laurie. ¡Ve!

Laurie introdujo la llave en la cerradura de la puerta y la giró despacio; la dejó puesta cuando entró.

La puerta daba a una antecocina desde la que se veía la mayor parte del comedor. Pasado este, Laurie vio a un hombre en el umbral de la puerta abierta de la casa. Llevaba una pistola en la espalda, metida por dentro del pantalón.

—En serio, Charlie. Tengo que irme. Estoy enfermo. No quiero contagiarte haciéndote pasar.

Daniel Turner ni tan siquiera esperó a que su hermano se despidiera para cerrar la puerta y echar el cerrojo. Laurie vio que, al otro lado de la cocina, había una puerta entreabierta, corrió hasta ella y se escondió detrás. Desde lo que resultó ser una espaciosa despensa, veía parte del salón, donde Marcy y Johnny estaban abrazados en el sofá.

Turner entró en el salón, pistola en mano.

—No habéis dicho ni pío, pero más os vale no haber tramado nada en mi ausencia o será vuestra última decisión.

Johnny tenía lágrimas rodándole por la cara y Marcy miraba frenéticamente entre su hijo y el hombre robusto que los apuntaba con una pistola. Tenía el lado derecho del cuello embadurnado de sangre y el jersey amarillo, hecho una bola en sus manos, estaba teñido de rojo.

—Por favor, no le hagas daño a mi madre —le suplicó Johnny—. Me portaré bien. Me quedaré contigo.

—Pero ella no es tu madre, Danny. Ya te lo he dicho. ¿Es que aún no lo entiendes? Yo soy tu verdadero padre. Yo soy quien debería haberte criado, y ella te apartó de mí.

—Eso no es cierto —gritó Johnny—. Eres un mentiroso. Y hablas solo porque estás loco.

—¡Cállate, mocoso!

Cuando Johnny empezó a sollozar sin poder contenerse, Marcy se levantó de un salto y se colocó delante de su hijo en actitud desafiante para protegerlo de los tiros que podían dispararse en cualquier momento. A Laurie le pareció oír que una puerta se abría a su izquierda, pero no veía esa parte de la cocina para saber si había

entrado alguien.

—No quería decir eso —explicó Marcy—. Tiene siete años y está asustado. Por favor, se lo suplico... por mi vida. Haga conmigo lo que quiera, pero, por favor, no le haga daño a él. Es conmigo con quien está enfadado. Soy yo la que le quitó a su hijo. No tenía ni idea, se lo juro.

—Porque Michelle mintió, a mí, a usted, a todos. ¿Cuántas vidas ha arruinado? Yo no quería hacer lo que le hice, pero era la única manera de recuperar a mi hijo. Tenía que asegurarme de que nadie vendría a buscarme cuando Danny desapareciera. Para que pudiéramos empezar de nuevo... juntos.

—Y aún puede. Le he mentido cuando le he dicho que mi marido estaba a punto de llegar. Nadie más sabe quién es usted. Fue una adopción cerrada, pero Michelle me dijo su nombre en estricta confidencia. No se lo he contado a nadie. ¿Lo entiende? Por favor. Mande a Johnny a su habitación y haga lo que tenga que hacer. No necesita hacerle daño a este niño adorable.

—¡Mamá, no!

Johnny trató de apartar a su madre. Los dos intentaban protegerse el uno al otro. Laurie sabía que no podía esperar mucho más tiempo. La situación estaba agravándose demasiado rápido.

Justo cuando iba a abrir la puerta un poco más, Charlie Turner entró en el salón desde un estrecho pasillo, con el arma desenfundada.

—Dan. Tú no eres así.

Laurie se agachó de inmediato, empujó despacio la puerta de la despensa para terminar de abrirla y se apostó detrás de la isla de la cocina, desde donde podría disparar a Daniel Turner en caso necesario.

«Dan. Tú no eres así».

Daniel Turner parpadeó tres veces, preguntándose si no estaba teniendo otra alucinación. ¿Cuándo había entrado Charlie en la casa? ¿No estaba fuera en el porche?

—¿Eres tú de verdad? —Se dio cuenta del tono confuso de su propia

voz.

—Dan, tú no quieres hacerle daño a nadie más. Te conozco.

—Tú no me conoces. Ya no. No te imaginas las cosas que he hecho.

—Te ayudé después del problema que tuviste con Roseanne y volveré a hacerlo —le prometió Charlie.

—Esto es mucho peor —dijo Daniel—. Ellos dos. Y Michelle. Ni tan siquiera sabes lo de Michelle.

Volvió rápidamente la cabeza al oír una voz procedente de la cocina.

—¡Suelte el arma! —Una mujer se irguió de golpe detrás de la isla, con la pistola apuntando hacia él.

Daniel había estudiado bien a los Buckley y a toda su familia y reconoció a Laurie Moran, la futura cuñada que tenía un programa de televisión. Según parecía, Charlie no había ido solo.

—También sabemos lo de Michelle —dijo la mujer—. Se acabó.

—Te conseguiremos un buen abogado —añadió Charlie en tono de súplica. Era su hermano y siempre había intentado ayudarlo—. A los ojos de la ley, no eres culpable, Dan. Es el traumatismo cerebral. La lesión del lóbulo frontal. No eres dueño de tus actos, ¿no lo ves? Los médicos lo aclararán todo. Te buscaremos ayuda.

Charlie lo quería, pero Daniel sabía que su relación había cambiado desde el incidente con Roseanne. A partir de entonces, más que como a un hermano, Charlie lo trataba como a un niño que había que vigilar o compadecer.

«No eres dueño de tus actos». Sencillamente, ya no era el de antes. Había días en los que no distinguía entre fantasía y realidad. Y ahora estaba claro que ni tan siquiera podía controlar sus impulsos. Era evidente que no podía hacerse cargo de un niño, pero ¿continuaba siendo un ser humano completo? ¿En qué se había convertido?

Aunque lo apuntaban con dos pistolas, Daniel no podía apartar la mirada de Marcy Buckley. Era como si hubiera encontrado el modo de triplicar su tamaño al interponerse entre el pequeño Danny y él. Y, obviamente, todo lo que había dicho sobre ser la única que conocía su identidad era una mentira, pero qué mentira tan extraña. Intentaba convencerlo para que la matara a ella y le perdonara la vida a aquel

niño que ni tan siquiera era suyo.

Pensó en la última vez que vio a Roseanne, cuando descubrió dónde vivía después del divorcio y se coló en su casa para rogarle que volviera con él. La determinación de sus ojos y la desesperación de su voz cuando le suplicó que no le hiciera daño a Bella... Marcy Buckley había reaccionado exactamente igual.

También pensó en la expresión de Michelle Carpenter cuando comprendió que él estaba decidido a encontrar al niño que había dado en adopción. Le había rogado que no lo buscara. Como Roseanne hacía cuatro años. Como Marcy Buckley ahora.

Eran madres dispuestas a morir por los hijos que amaban.

Quizá no llevara su sangre, pero aquella mujer quería a su hijo tanto como un niño puede esperar que lo quieran.

—¡Levántate, Danny! —ordenó Daniel.

—No, no, no, no. —Marcy se arrojó con desesperación sobre el cuerpo del niño en el sofá—. ¡Por favor, no!

—¡Venga! —gritó él—. Sal. Ya.

Tanto Marcy como el niño se quedaron inmóviles, confundidos.

—Hablo con Johnny —dijo Daniel con calma, obligándose a utilizar el nombre que los Buckley le habían puesto a su hijo—. Levántate y espera fuera. Te prometo que a tu madre no le pasará nada.

Marcy se puso en pie y levantó a Johnny; lo estrechó entre sus brazos.

—Haz lo que dice, Johnny. Por mí. Eres muy valiente. Te quiero muchísimo.

—Hazle caso a tu madre —dijo Daniel—. Y recuerda una cosa, Johnny. Digan lo que digan, yo no he sido siempre así. Pasó una cosa que me cambió, lo que significa que tú nunca serás como yo, ¿vale?

Daniel sabía que las palabras solo habían conseguido confundir al niño, pero esperaba que algún día lo entendiera. Al menos, no se quedaría traumatizado por haber visto lo que estaba a punto de suceder.

—Sal tú primero, Johnny —le dijo Charlie—. Tu madre y la tía Laurie irán enseguida. Te lo prometo.

Con los ojos cargados de preocupación, Johnny soltó por fin a su

madre y empezó a andar de espaldas, muy despacio. Daniel sintió que el corazón volvía a rompérsele al ver que su hijo salía por la puerta para empezar el resto de su vida.

Leo no había oído nada desde que Charlie había entrado en la casa detrás de Laurie. Entonces, justo cuando oyó la inconfundible voz de Laurie que gritaba «¡Suelte el arma!», consiguió por fin abrir la trampa y sacar la pierna.

Fue a girar el picaporte de la puerta acristalada, pero se detuvo, torciendo el gesto por la punzada de dolor que le atravesó el tobillo. Intentó apoyar el peso en la pierna herida, pero no fue capaz. No iba armado y apenas podía andar. Sospechaba que tenía algún hueso roto. Por mucho que deseara correr a ayudar a Laurie de inmediato, lo aterraba que aparecer de repente pudiera empeorar las cosas. Si mataban a Laurie porque él se había precipitado, no se lo perdonaría jamás.

Estaba a punto de abrir la puerta cuando oyó otra voz.

—¡Socorro! ¡¡Socorro!! ¡Que alguien me ayude!

Era Johnny, y estaba fuera. Leo se dirigió cojeando al lado de la casa, guiándose por la voz de Johnny. Al verlo en el camino de acceso, corriendo hacia la calle, silbó fuerte. Johnny se sobresaltó al oír el silbido. Cuando volvió la cabeza hacia Leo, él le indicó que se dirigiera al límite del bosque.

Cuando sus caminos por fin se cruzaron y el niño le dio el abrazo más fuerte que quepa imaginar, Leo notó lágrimas en los ojos.

—Mi madre. —Su tono era frenético, su aliento caliente contra la cara de Leo—. Está dentro con el hombre malo. Y la tía Laurie también. Y otro policía.

—Chis. No vamos a dejar que le pase nada a tu madre, ¿vale? Y también ha llegado tu padre. Vamos a buscarlo. —Laurie había compartido su ubicación exacta con Andrew a través del móvil cuando habían aparcado y él estaba convencido de que sus años con los Boy Scouts le ayudarían a orientarse en el bosque—. Se va a alegrar mucho de verte.

Leo tomó a Johnny de la mano y juntos se alejaron de la casa. Justo cuando vio que Andrew salía del bosque y se dirigía hacia ellos, se oyó un solo disparo que retumbó entre las copas de los árboles.

Los últimos nueve días habían parecido años, pero la pesadilla terminó rápidamente. No habría un décimo día de terror.

Marcy corrió afuera pocos segundos después del disparo. Charlie Turner le gritó a Laurie que la siguiera.

—¡Salga! —le ordenó.

La voz de Marcy pareció casi animal cuando llamó a su hijo.

—¡¡Johnny!! ¿Dónde estás? ¡Johnny! Mamá está fuera. No hay peligro, puedes salir... ¡te lo prometo!

—¡Estamos aquí! —La voz de Johnny resonó entre las copas de los árboles.

Momentos después, Laurie vio que Johnny y su padre salían del bosque. Marcy cayó de rodillas en la pista de tierra y estrechó a su hijo contra sí. Andrew le acarició el pelo mientras le aseguraba que todos iban a estar bien. Laurie notó un nudo en la garganta al ver las lágrimas de alegría que les corrían por la cara. Estaba a punto de dirigirse a la parte trasera de la casa para ver cómo estaba su padre cuando él también salió al claro. Cojeaba, pero, cuando sus miradas se encontraron, su cara rebosaba un hondo alivio. Laurie asintió para tranquilizarlo, confirmándole que la familia por fin estaba fuera de peligro.

La pesadilla de la familia Turner había tenido un final muy distinto. Después de ordenar a Johnny que saliera de la casa, Daniel Turner había apuntado a Marcy con la pistola y había anunciado que iba a apretar el gatillo, lo que no había dejado alternativa al jefe de policía. Cuando llegó el FBI, encontró a Charlie acunando el cadáver de su hermano menor, rezando para que por fin tuviera paz.

71

Cinco semanas después

Laurie oyó que llamaban a la puerta.

—¡Adelante!

Aunque las personas reunidas ese día eran pocas, le parecía que el desfile de gente había sido continuo. Sonrió cuando vio a su padre detrás de ella en el espejo.

—Pareces contento —le dijo. La cojera que había tenido durante semanas ya no se le notaba. Las heridas de la trampa para osos de Daniel Turner le habían hinchado y magullado la pierna, pero no tenía ningún hueso roto.

—Pues claro. Hoy es el día más feliz de todos.

—Sí, pero sospecho que está relacionado con la llamada que has tenido que coger.

—El trabajo puede esperar —dijo su padre.

—Anda. Cuéntame.

—Vale, si insistes. El plan ha dado resultado. Gunther lo ha admitido todo. —Como habían previsto, la colaboración de Mason Rollins había bastado para convencer a Toby Carver de hacer lo mismo. Esa mañana había hecho una visita sorpresa a Gunther y había conseguido que él mismo se implicara en los asesinatos tanto de Lou Finney como de Clarissa DeSanto—. Han grabado toda la conversación en la cárcel.

—Me alegro mucho de que se haya limpiado tu nombre, papá.

—Y, más importante, Gunther va a pasarse lo que le queda de vida en la cárcel. El fiscal va a rebajar los cargos contra Summer por la ayuda que ha prestado en la investigación.

La puerta volvió a abrirse y entraron Grace y Charlotte, con copas de champán en la mano.

—Leo, ¿qué haces aquí? —le preguntó Charlotte.

—¡No se admiten chicos! —bromeó Grace.

—Eso solo vale para el novio, no para el padre de la novia. Mi hija y yo estábamos hablando de mi importantísimo cometido: acompañarla al altar.

—Ahora que lo dices, ha llegado oficialmente la hora, Laurie —dijo Charlotte—. ¿Preparada?

—Jamás he estado tan preparada para nada.

Solo habían fijado otra fecha para la boda después de que Marcy y Andrew les aseguraran que toda su familia estaba preparada. Johnny ya conocía los aspectos esenciales de las vidas de sus padres biológicos y de cómo habían terminado. Roseanne Robinson y Sandra Carpenter incluso se habían ofrecido a reunirse con él en unos años para que pudiera tener más información sobre cómo eran Michelle y Daniel antes de que su vida se fuera al traste.

Marcy y Andrew sabían que tendría más preguntas y preocupaciones a medida que se hiciera mayor y madurara, pero, de momento, volvía a ser su alegre niño de siempre.

Ese día, Johnny también era el encargado de llevar las alianzas y sus hermanas, con sus cestitos de flores, lo siguieron hasta el altar, donde Alex esperaba con Andrew a su lado. Al otro lado del sacerdote estaba Timmy, listo para ser el padrino nada tradicional de Laurie.

Rompiendo también con la tradición, el cuarteto de cuerda tocó «At Last» —«Por fin»— de Etta James para su reducida comitiva. Ramon, Grace, Jerry y Charlotte eran los únicos invitados aparte de la familia. Grace se abanicó los ojos con las manos de uñas perfectas para intentar no llorar.

Cuando Laurie subió al altar, alzó los ojos y sonrió a Alex. Estaba perfecto. Todo era perfecto.

—¿Estás bien? —le susurró. Laurie jamás lo había visto tan satisfecho.

Asintió. Perfecta, aparte de saber que no lograría decir todos los votos sin derramar alguna lágrima.

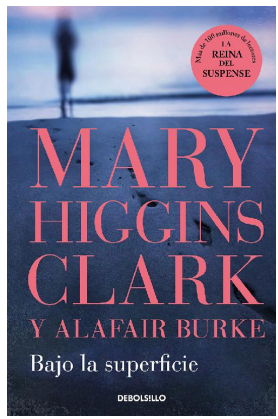
Cuando se volvió para asegurarse de que su padre había tomado asiento, imaginó a Greg sentado junto a él. Sonreía. Se alegraba por

ella.

—Vamos allá —dijo.

Por fin.

Un reloj en marcha, un siniestro acosador y un nuevo romance se combinan en esta apasionante continuación del fascinante rompecabezas *Nunca seré tuya*.



La productora de televisión Laurie Moran y su prometido, Alex Buckley, antiguo presentador de su programa de televisión de investigación, están a pocos días de su boda a mediados de verano cuando las cosas toman un oscuro giro. Johnny, el sobrino de siete años de Alex, desaparece en la playa, lo que desencadena un dispositivo de búsqueda. Los testigos recuerdan a Johnny jugando en el agua y recogiendo conchas detrás de la cabaña de la playa, pero nadie recuerda haberlo visto por la tarde. Al ponerse el sol, la tabla de *skimboard* de Johnny llega a la orilla y todos se dan cuenta de que podría estar en cualquier parte, incluso bajo el agua.

La última y emocionante colaboración de la autora best seller de *The New York Times* y «Reina del Suspense» Mary Higgins Clark y la deslumbrante Alafair Burke.

«Debería venir con una advertencia: empieza por la tarde y estarás leyendo hasta altas horas de la noche». *USA Today*

Mary Higgins Clark (1927-2020) nació en Nueva York y cursó estudios en la Universidad de Fordham. Está considerada una de las más destacadas autoras del género de intriga, y sus obras alcanzaron invariablemente los primeros puestos en las listas de best sellers internacionales. Algunos de sus últimos libros publicados en castellano son *Mentiras de sangre*, *Sé que volverás*, *Los años perdidos*, *Temor a la verdad*, *Asesinato en directo*, *El asesinato de Cenicienta*, *Fraude al descubierto*, *Legado mortal*, *Negro como el mar*, *Vestida de blanco*, *Cuando despiertes*, *El último baile*, *La reina del baile* y *Nunca seré tuya*.

Para más información, visita la página web de la autora: www.maryhigginsclark.com

Alafair Burke nació en Florida en 1969. Después de graduarse con honores en la Stanford Law School de California, trabajó en la fiscalía del estado en Oregón. Actualmente, vive en Nueva York y combina su actividad como catedrática de derecho en la Universidad Hofstra con la de escritora de novelas policíacas. Junto a Mary Higgins Clark ha escrito la serie *Bajo sospecha*, protagonizada por Laurie Moran. Para más información, visita la página web de la autora: www.alafairburke.com

Título original: *Piece of My Heart*

Primera edición: octubre de 2023

© 2020, Nora Durkin Enterprises, Inc.
Todos los derechos reservados
Publicado por acuerdo con el editor original Simon & Schuster, Inc.
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2023, Rosa Pérez Pérez, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
basado en el diseño original de Twenty-five design para Simon & Schuster Ltd.
Imagen de la cubierta: © Milamai / Getty Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. *El copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-7498-9

Compost a: Comptex&Ass., S.L.

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

Bajo la supericie

Agradecimientos
Prólogo
Miércoles, 15 de julio. Primer día
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Jueves, 16 de julio. Segundo día
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30

Domingo, 19 de julio. Quinto día
- Capítulo 31

Lunes, 20 de julio. Sexto día
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Martes, 21 de julio. Séptimo día
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Miércoles, 22 de julio. Octavo día
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Jueves, 23 de julio. Noveno día
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Capítulo 71

Sobre este libro
Sobre Mary Higgins Clark y Alafair Burke
Créditos